Dora Levy Mossanen

EL ÚLTIMO *Romanov*

NOVELA

Un heredero del zar Nicolás II, capaz de cambiar el futuro y poner en orden el pasado

algaida
INTER

Dora Levy Mossanen

El último Romanov

algaida

Contenido

1887
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Nota de la autora
Agradecimientos
Créditos

Para mi padre, Sion Levy, de bendito recuerdo, y para mi madre, Parvin Levy, mis amados maestros, y para Hannah Sophia y Macabee Ryan Ascher, mis estrellas brillantes

«¿Qué han de ser nuestras vidas sino una serie continua de comienzos, de salidas dolorosas a lo desconocido, pasando de los límites de la consciencia al misterio de lo que no hemos llegado a ser aún?».

DAVID MALOUF, *Una vida imaginaria*

«Pienso en uros y en ángeles, en el secreto de los pigmentos perdurables, en los sonetos proféticos, en el refugio del arte. Y esta es la única inmortalidad que podemos compartir tú y yo, mi Lolita».

VLADIMIR NABOKOV, *Lolita*

— 1887 —

Mientras resuenan en las profundidades del bosque primigenio los bramidos de los uros salvajes, Boris Spiridov extiende su capote de cazador sobre un colchón de hojas secas y Sabrina Josefina, hija de un gran duque y favorita en el palacio de los Romanov, se pone en cuclillas como si hubiera pasado toda su vida en este bosque. Boris, a su espalda, alto y recio, carga el peso de ella contra sus piernas, sujetándola de las axilas con las manos. Ella abre bien las rodillas, hace acopio de sus grandes reservas de fuerza, y empuja una sola vez. Nace una niña. Una niña de rizos negros y con la piel del color del cobre. Una niña de ojos dorados exquisitos, uno de los cuales es un ópalo translúcido que refleja la hondura de sus emociones.

Capítulo 1

— 1991 —

Darya Borisovna Spiridova se despierta con sobresalto al oír unos golpes persistentes en la puerta de su casa. Las mariposas aletean sobre su piel, serpentean entre sus rizos plateados, susurran bajo las sábanas. Una nube de mariposas sale flotando del dormitorio al vestíbulo.

Envuelta en un chal de satén fino, con el bastón del zar Nicolás II en una mano y un candil de aceite en la otra, se desliza en silencio por el pasillo del ruinoso Palacio de Diversiones para llegar ante la enorme puerta de roble macizo.

Criadito aparece con una fuente de *pirozhki* y un vaso de vodka. Su sonrisa deja al descubierto una dentadura llena de dientes de oro, que costó a Darya una cruz con perlas engastadas.

—¿La ayudo, señora?

Ella levanta una mano para mantenerlo a raya. El enano, con ese brillo travieso en los ojos y con su costumbre de surgir de la nada en los momentos más inoportunos, puede resultar molesto.

—Esto es para mí. Lo atenderé yo.

Se ciñe el chal a los hombros; a la luz tenue del candil, sus rizos arrojan sombras mientras ataca las muchas cerraduras y cerrojos. La puerta emite un suspiro y un ruido metálico, se abre después con un gran chirrido, y Darya se encuentra cara a cara con un joven de ojos rasgados que lleva un uniforme del color de las costas de Crimea.

—*Dobroe utro!* —la saluda, haciendo una reverencia, llevándose la mano al borde de una *shapka* de piel de zorro que lleva posada en lo alto de su cabeza estrecha, cónica, y tendiéndole con la otra mano un sobre de papel pergamino de color crema.

Cuando ella ve en el sobre el sello de la Asociación, que conoce bien, la mano le vuela al huevo de Fabergé en miniatura que lleva al cuello colgado de una cadena. La Asociación de la Nobleza Rusa es una asamblea deshilvanada de restos de los aristócratas, descendientes de los Schervatov, Golitsyn, Bobriskoi, Yusupov y

Sheremetev. Antes de que los bolcheviques sin madre destruyeran Rusia, aquellos aristócratas se paseaban en sus carrozas relucientes por la Perspectiva Nevski, camino del teatro Mariinski, o de uno a otro de los palacios en los que, envueltos en pieles y deslumbrantes de joyas, tomaban caviar perlado del Caspio a cucharadas y chocaban las copas de champán con sus majestades imperiales, el zar Nicolás Alexandrovich Romanov y Alejandra Feodorovna. Se comunicaban en francés con sus hijos y sus institutrices suizas; en inglés con sus *nannies* y sus amigos británicos, y en ruso con sus criados.

Aquellos aristócratas exiliados siguen soñando, haciendo planes e intrigando para reinstaurar la monarquía; aunque descartan su búsqueda del zarévich, considerándola la última fantasía de una loca.

—*Spasibo,* hijo —murmura Darya, dando las gracias al mensajero de cara rubicunda. Retrocede, disponiéndose a cerrar la puerta, pero el muchacho sigue plantado en el umbral, cautivado por la mujer de ciento cuatro años, de ojos hipnotizadores, uno de los cuales es un globo de ópalo agrietado. No un ópalo lechoso como los que se extraen de las grietas de la tierra, sino de un tono dorado lúcido, desafiante y lleno de misterio.

—¡Es usted tan hermosa, tan distinta! —se oye decir a sí mismo, con la lengua trabada—. ¿Es verdad que su ojo de ópalo puede leer los pensamientos de los animales?

Darya le clava la mirada agrietada.

—También a los seres humanos, *golubchik*, mi querido amigo. Lo veo todo, hasta lo que no quisiera ver.

A su edad, ha aprendido a aceptar muchas cosas... A aceptar la grieta del ópalo, consecuencia de un dolor de hace mucho tiempo, de haber sido testigo de una tragedia, de una mancha negra que no se debería haber producido. Ha aprendido a aceptar la curiosidad que despierta su ojo; a aceptar que su belleza, no empañada por el tiempo ni por las desventuras, también es una rareza. De modo que, a pesar de su impaciencia por enterarse de lo que viene en el sobre, opta por responder al muchacho valiente, que le recuerda a Criadito cuando se presentó en su puerta veinte años atrás, con la boca llena de dientes estropeados y dos civetas de gruesos hocicos en los brazos, y le aseguró que a sus padres los habían exiliado «a los campos». Le había dicho que no le importaba que todos la tuvieran por hechicera y que creyeran que sus mariposas eran los espíritus de los Romanov. En realidad, sus excentricidades le venían bien, le había dicho, porque también él era diferente. Le había prometido

que trabajaría de firme a cambio de la comida y el alojamiento, y le había afirmado que sus gatos monteses estaban enseñados a recoger las bayas rojas de café de los cafetos que él le prometía que plantaría en su jardín, las bayas que darían el café más aromático. Ella había abierto la puerta y le había dejado entrar sin más. Y ahora, a pesar de su costumbre de encender las chimeneas cuando no está ella, sus largos silencios y el vodka excelente que destila se han convertido en complementos agradables para su vida solitaria.

Darya frota el sobre entre las palmas de las manos y brinda al joven uniformado una sonrisa que pone al descubierto sus dientes impecables.

—¿Te gustaría una botella de mi vodka casero?

Él mueve los pies con inquietud, sin estar seguro de lo que manda el protocolo, de si debe aceptar o rechazarlo educadamente. Optando por lo más seguro, responde:

—No bebo, *spasibo*.

Ella suelta una carcajada, rara en ella, que le surge del vientre y estalla en una alegría volcánica.

—¡Qué lástima! Un vaso de buen vodka al día te conserva la salud. Pero yo lo entiendo, muchachito, claro que lo entiendo. Eres joven; no te han tocado las tragedias; estás borracho de vida. Con todo, si cambias de opinión, te daré con mucho gusto una botella de mi excelente vodka.

—¿Es por el vodka por lo que parece usted tan joven...? Perdone. Dicen que es vieja, pero no parece vieja en absoluto. ¿Es verdad que es usted vieja?

—¡Vieja! Ve a lavarte la boca, chico.

Lo mira ladeando la cabeza; le escudriña los ojos en busca de algún indicio de malicia o de burla, y al no encontrar más que la inocencia de la juventud, añade:

—Los secretos de mi larga vida son mis pasiones, mis obsesiones y mis sueños, que no han cambiado en lo más mínimo desde que tenía diecisiete años y vivía en el bosque de Belovezh con las aves del paraíso y los animales silvestres. Hoy estoy más animada, si cabe. Ahora, vete, y comparte esto con tus jóvenes amigos.

En el secreto de su longevidad hay algo más, por supuesto. Un trozo de ámbar gris que encontró en la costa de Crimea sigue siendo esencial para su aspecto juvenil. Y también contribuye su optimismo, esa capacidad suya para sustentarse a base de esperanzas y alimentarse de recuerdos. Incluso cuando las bayas alucinógenas de su jardín no bastan para acallar la combinación de recuerdos y culpas, ella se niega a perder la esperanza. La esperanza

de que el zarévich sobreviviera al horror de aquella noche remota y siga gozando de buena salud, a pesar de su edad. La esperanza de que ella volverá a tenerlo en sus brazos y a cubrirle la cara de un millón de besos tiernos.

—¿Puedo preguntarle otra cosa? —dice el muchacho.

—*Ne budet-li,* ten cuidado con lo que preguntas, joven —responde ella, con una nubecilla de mariposas acurrucadas en el hueco de su mano.

—¿Es verdad que usted fue *tyotia* Dasha del zarévich, Alexei Nikolayevich Romanov?

—La respuesta es que sí. *Da!* Fui su dama de honor, su querida tiíta Dasha. ¡Vete ya! *Shast'ya i zdorov'ya!* ¡Buena suerte! Y acuérdate de nuestro zarévich en tus oraciones —responde, mientras revolotea a su alrededor una nube de mariposas, como si fueran ornamentos.

El muchacho, que la encuentra menos temible de lo que le habían hecho creer, exclama:

—La gente dice que usted es una hechicera, y que esas mariposas son los espíritus de los Romanov, que alejan a sus enemigos y la ayudan...

—Hablas demasiado, hijo. Cierra la boca, o vas a empezar a vomitar sapos gordos.

Le da un empujoncito suave con el bastón y cierra la puerta a su espalda. Agita la mano para espantar a dos mariposas pertinaces que se posan en el sobre, y lanza un bastonazo a una rata que se acerca correteando por el pasillo para darle un mordisco en el talón. Otras ratas van y vienen, contentándose con las escasas sobras. Esta, de ojos saltones, es tan codiciosa como el que más de los rojos revolucionarios que se han cruzado en su camino, como el que más de los bastardos comunistas y antimonárquicos rastreros que se cagan en los pantalones solo de verla.

Rompe el sello del sobre y extrae una nota en papel pergamino. Con el corazón palpitándole con fuerza en el pecho, recorre con la mirada el texto escrito con letras doradas. Los emisarios de la Asociación de la Nobleza Rusa la convocan a una reunión de emergencia en la perfumería Rostislav. A las cuatro en punto de la tarde. Debe atender inmediatamente a una cuestión importante. ¿Qué ha podido pasar para que este círculo cerrado de monárquicos la convoque ahora? Ella los ha estado observando a lo largo de los años, siguiendo su búsqueda patética y fracasada del sucesor al trono, de su pupilo precioso, de su dulce Alyosha, del hombre que restauraría la monarquía. A lo largo de los años iban apareciendo

sucesivos aspirantes al trono, pillos e impostores sin parentesco con los Romanov, sin una gota de sangre real en sus venas secas.

Pliega la nota, reflexionando sobre la búsqueda continua de ella misma por las calles contaminadas de Ekaterinburgo, por los bulevares atestados de tráfico, por los edificios cubiertos de hollín y por los autobuses apestosos, para escrutar a cualquiera que pudiera tener una semejanza remota con su zarévich, su príncipe adorable, con ojos melancólicos en los que se reflejaran sus sufrimientos. Sigue viajando por el país para escuchar a cualquiera que pueda alegar que posee alguna información sobre un Romanov, para verse con un impostor tras otro, para inspeccionar la geografía de sus rostros y cubrir de cenizas sus cabezas mentirosas.

Criadito vuelve a aparecer con su bandeja.

—¿Su desayuno, señora?

Vuelve a meter la nota en el sobre, y libera a una mariposa que se había colado dentro.

—Hoy no.

—¿Una noticia importante, señora?

—Sí, sí; tengo que asistir a una reunión importante.

—¿Ahora mismo, señora?

—No, falta una eternidad. Bueno, no tanto, pero lo parece. Tendré que estar en la perfumería dentro de cuatro horas.

—¿Quizá quisiera la señora que le calentase el *banya?* Eso siempre sienta bien.

—Sí; gracias. Haz el favor.

Se bañará, se dará champú en el pelo y disfrutará de una o dos bayas alucinógenas y de un vaso de vodka aromatizado para pasar el rato. Le gusta la sensación de liviandad que produce cada inmersión en el *banya*. Bañarse es un rito necesario, es su vía de acceso diaria al pasado, que le hace volver a su infancia y a sus amados padres.

El enano se apresura a preparar el *banya,* deseoso de agradar a su señora, quien, a diferencia de los demás, lo trata como a un igual, y no como a una cucaracha aplastada que hay que barrer y echar a la basura. Que él recuerde, siempre lo ha llamado *Criadito,* a pesar de que, aparte de su talla, los demás rasgos son bastante grandes: ojos saltones, nariz ganchuda, manos y pies como palas. Le gusta vivir aquí, donde está a salvo de miradas curiosas y puede vestir como quiera, con pantalones de satén anchos y de vivos colores y camisas que le hacen recordar su pueblo de origen, Bakshi. Su cuarto, a pesar de la pintura que se cae a pedazos y del olor a moho, le parece lujoso para lo que estaba acostumbrado, y le

agrada ocupar una cama que en tiempos fue de la gran duquesa Anastasia. Sale, arrastrando los pies, al jardín, con su macizo de bayas, sus mariposas vertiginosas, sus civetas montesas y la destilería de vodka donde hace fermentar higos negros, melaza, comino y pasas de Corinto. Y sigue el mismo camino por donde se paseaban el zar y la zarina setenta años atrás.

El Palacio de Diversiones, en el centro de un terreno de algo más de dos hectáreas, sobre una colina que domina la ciudad, es el lugar donde Nicolás II y Alejandra Feodorovna disfrutaban de sinfonías y de *ballets* tras las largas jornadas de actos oficiales. Rodeado antes de bosquecillos de abedules, tilos y cedros, el terreno está cubierto ahora de cafetos *robusta* y *arabica* híbrida que plantó Criadito cuando llegó aquí con sus civetas montesas.

Las civetas siguen criando y multiplicándose. De noche, se deslizan entre los cafetos y arrancan las bayas de café, mastican la pulpa y se tragan el núcleo duro. Criadito sale todas las mañanas al jardín y extrae de entre los muchos montones de estiércol de civeta las bayas de café refinadas por los jugos gástricos de los animales. Después, se pone a preparar el más exquisito de los cafés dulces, con aroma de vainilla y chocolate.

Este entorno, conservado milagrosamente, que oculta a la vista las ruinas de la revolución bolchevique y de los años de guerra civil, es la única residencia imperial que no confiscaron los comunistas y los antimonárquicos, por miedo a las mariposas que proliferaban y que ellos tenían por los espíritus de los Romanov.

Criadito entra en el *banya,* una casa de baños construida décadas atrás y que sigue en estado aceptable, aparte de que le falta el techo. Prueba el agua; la encuentra caliente y agradable y le añade una cantidad generosa de esencias de eucaliptos y de azahar; prepara un montón de toallas y dispone junto a ellas un tarro de sales exfoliantes y de ramas de abedul para azotarse. Recoge del jardín cinco bayas alucinógenas y las dispone en un cuenco, sobre una hoja de higuera decorativa.

—El *banya* está dispuesto, señora —anuncia con formalidad.

Ella sale, dejando caer el chal a su espalda y quitándose el camisón, mientras Criadito va recogiendo las prendas y se las echa al brazo plegándolas cuidadosamente. Observa cómo se sumerge en el agua aromática, admirando el milagro que es ella. Tiene los músculos firmes, la piel del color de la canela en rama; en sus ojos dorados se refleja el esplendor de una mujer que está segura de su belleza. Criadito no se cansa de rebuscar en el Palacio de Diversiones algo que le pueda desvelar el secreto de su juventud

eterna: un elixir, un conjuro, una hierba mágica. Algo que quizá pudiera servirle a él para crecer unos centímetros.

Se ha preguntado más de una vez si el secreto de su juventud puede tener algo que ver con la fragancia que emana del huevo de Fabergé en miniatura que ella lleva siempre colgado al cuello con una cadena de oro. Es una joya soberbia, no más grande que la uña del pulgar de él. Esmalte verde oscuro, salpicado de diamantes brillantes y de perlas, en cuyo centro está el retrato de una hermosa mujer pelirroja. Cuando se abre, su aroma penetrante, embriagador, es como la palmada juguetona de un amante.

Criadito ciñe los cabellos de Darya con un pañuelo y le pone una almohada bajo la cabeza. Le acerca el cuenco de bayas. Ella se deja caer en la boca dos, gordas y relucientes; chupa el néctar, saborea el gusto familiar, ácido y amargo. Alza la voz para decir a Criadito que vuelva a traerle el cuenco de bayas que se está llevando.

—Tenga cuidado, señora; están recién cogidas de la mata y son muy potentes.

—Tanto mejor —responde ella, extrayendo del cuenco a una mariposa terca y recogiendo el resto de las bayas, las suficientes para tener a raya su emoción hasta la reunión de la tarde.

Darya apoya la cabeza en la almohada, suelta un suspiro de satisfacción y cierra los ojos para imaginarse una época ciento cuatro años atrás, una época antes de que naciera ella, una época en que los uros vagaban en libertad por el bosque de Belovezh, y Sabrina era una mujer libre de inquietudes.

Capítulo 2

— 1887 —

El gran duque Boris Spiridov se lleva los gemelos a los ojos y contempla un panorama interminable de bosque rico en caza (ciervos, alces y bisontes), salpicado de arroyos serpenteantes y de pistas arenosas, de robles antiguos, pinos y abetos. Se espera al séquito imperial en su finca de Belovezh, en Polonia oriental, y Boris, que es primo segundo del zarévich Nicolás Alexandrovich Romanov, espera con impaciencia la emoción de la caza y el placer de la compañía de las damas.

Se ha organizado una gran montería para cazar a los huidizos uros, bisontes europeos bravos, que se crían y se mantienen para que el joven zarévich disfrute cazándolos. Pero en los últimos años los astutos uros se han multiplicado y pisotean los nidos delicados de las raras aves del paraíso que envió al bosque el zarévich. Las aves, con sus largos plumajes como de encaje y sus matices deslumbrantes, están al borde de la extinción. Y eso no agrada al zarévich.

Boris galopa de un refugio de caza a otro, gritando a los siervos con su voz autoritaria cómo deben preparar los refugios, adornarlos con obras de arte selectas, traer provisiones, distribuir leña, podar la maleza y moler avena para preparar pienso para los perros, mezclándola con carne. En cuanto a la preparación del refugio privado de la princesa Alix de Hesse, compañera del zarévich, está confuso. ¿Qué más comodidades necesitaría una mujer? ¿Una mosquitera sobre la cama? ¿Un ramo de flores y una caja de bombones? Recuerda su larga cabellera pelirroja y se dirige al refugio principal para recoger el juego de cepillos de plata para el pelo que fueron de Catalina la Grande y que él compró en una subasta.

Al crepúsculo, está de nuevo a caballo, con la espalda erguida y atento al más mínimo sonido que le trae una brisa que se va levantando, con un corbatín rojo atado con descuido formando un

lazo suelto; con su camisa y sus anchas mangas, tan blancas como el barranco dolomítico que se alza a su espalda. Oye cascos de caballos que se acercan al galope, seguidos del retumbar de ruedas de madera, eco de voces, y después risas cantarinas.

Boris tira de las riendas y se dirige a medio galope hacia el punto donde se oyen las risas.

El séquito imperial avanza como el trueno. El zarévich Nicolás va a caballo. La princesa Alix Victoria Helena Luisa Beatriz de Hesse y del Rin va a su derecha, montada a mujeriegas en un semental de color de miel de las cuadras imperiales.

Con enormes pendientes y pañuelos de colores vivos, que lleva al cuello como para envolver para regalo la risa que lleva en su garganta, viene la pelirroja Sabrina Josefina, hija del duque y la duquesa de Corinin, pequeño principado europeo célebre por sus dos minas, que surten a las familias reales europeas de los codiciados diamantes rosados.

Tras un contingente numeroso de siervos vestidos de librea escarlata vienen docenas de baúles y un hospital rodante, una cocina móvil, el maestro perrero de su majestad y grandes manadas de borzois, caballerizos y halcones.

Noventa y ocho cazadores, aristócratas y grandes duques Romanov, retienen con las riendas a sus caballos de pura sangre árabe para que vayan al trote y se reduzca la polvareda que incomoda a las damas.

Sabrina se ajusta una escopeta que lleva colgada al hombro y pone al trote a su corcel rodado para alcanzar a la princesa.

—¿Estás cansada, mi querida Alix? Quizá quieras descansar. ¿Nos falta mucho?

—No, no nos falta mucho —responde la princesa Alix—. Es mi espalda, como siempre, ya sabes. Pero, ¿cómo estás tú, querida? No tienes color en las mejillas. Ponte colorete; recógete el pelo tras las orejas..., sí, a la derecha..., bien. Te lo presentaré yo misma. Te agradará. El gran duque Boris Spiridov es de sangre real, y además es un guapo caballero.

Sabrina acerca más su caballo al de la princesa.

—No te enfades, Alix, pero me interesa más la caza que el gran duque.

—No sé lo que ves en este deporte, querida. Puede que esta vez te resulte más interesante el gran duque que disparar a los bisontes. Prométeme que no lo decidirás hasta que lo hayas conocido.

—Lo prometo —responde Sabrina, desviando al caballo para que no pise un macizo de narcisos.

Más atrás, detrás de los siervos y de los caballos de pura sangre, viene a horcajadas sobre un semental castaño Jazmín, la danzarina persa, a la que ha invitado Boris Spiridov para que divierta al séquito imperial por las noches. Sus muslos musculosos aprietan con fuerza la silla; sus manos crispadas empuñan las riendas. Lleva los cabellos oscuros, salpicados de pedrería falsa reluciente, en trenzas recogidas sobre la cabeza y cubiertas de un velo del color del cielo. La acompaña su dulcimer, que va en un estuche de cuero a lomos de una mula.

Está enfurecida; su corazón es como una piedra que le duele en el pecho. Durante el viaje, centenares de ojos masculinos voraces han seguido todos sus pasos, el leve movimiento de la muñeca con que pone al caballo al galope corto, el balanceo de sus amplias nalgas sobre la silla de montar, el guiño tras su velo de un ojo negro como un dátil, el relámpago de sus tobillos cuando se le sube la pernera de los pantalones. Pero para el zarévich no es nada, es como si no la viera, como si no estuviera. Como si no la hubiera inundado de regalos y de adoración hace poco tiempo, como si no hubieran pasado tantas veladas tranquilas en un café discreto, cogidos de la mano, mirándose a los ojos, hablando de poesía, de música persa, de los muchos encantos del dulcimer y de cómo él, el zarévich, Nicolás II de Rusia, temía el día inevitable en que tendría que ocupar el trono.

Y ahora, aquí está con su consorte alemana, cuyas piernas frágiles, sonrisa siberiana y mirada melancólica extirparían cualquier brote de pasión antes de que tuviera tiempo de florecer. Jazmín clava la mirada en el zarévich, se levanta el velo y lo envuelve alrededor de la trenza que lleva sobre la cabeza. Aun desde la silla de montar, Jazmín saca la cabeza a Alix de Hesse, pero el zarévich se niega a darse por enterado de su presencia. No obstante, la bailarina se promete a sí misma que no pasará desapercibida. No ha hecho un viaje de varios días desde Azerbaiyán hasta Rusia, en tren y en mula, para que la deje de lado ningún hombre, ni aunque se trate del heredero del trono ruso.

Sabrina saca de las alforjas sus gemelos de teatro y mira al hombre a caballo que se ve a lo lejos. Parece que los espera, atento, con el corbatín rojo y los cabellos agitados al viento. Galopa directamente hacia ella y se le ve con más claridad, con la cabellera rubia revuelta, complexión bronceada, empuñando las riendas con unas manos tan firmes como las de un herrero. Sabrina se quita el fusil del hombro y se lo pone en el regazo. Con una mano asida al pomo de la silla, con la otra sobre el fusil, ladea la cabeza y mira

intensa, despiadadamente, a Boris Spiridov, que avanza.

El semental de Boris se detiene bruscamente ante ella, con el morro ante el hocico del corcel de ella, agitando las ijadas, piafando con el casco delantero como si se dispusiera a lanzarse a la carga. Boris la mira a los ojos a su vez. Esta mujer pelirroja monta como los hombres, no se protege las manos con guantes; sus grandes pendientes son una profusión de colores. Él se hace cargo de todos y cada uno de sus rasgos: las líneas redondeadas de sus mejillas, que se sonrojan bajo su mirada; sus ojos verdes traviesos que no rehúyen los suyos; su sonrisa lánguida que le enmarca los ángulos de los labios como minúsculos signos de interrogación.

Ella lo saluda con una leve inclinación de cabeza.

Él se lleva la mano a la visera de un sombrero invisible, agita las riendas y se desvía.

El zarévich y su amada Alix son sus huéspedes y no debe hacerlos esperar. Sigue a galope corto hasta la princesa alemana, la ayuda a bajarse de su semental y le da la bienvenida besándole la mano. Ella le brinda una de sus sonrisas infrecuentes. La princesa señala a Sabrina haciendo un gesto ampuloso con una mano.

—Mi querida amiga la princesa Sabrina Josefina de Corinin. Debe de conocer usted a su padre, el duque José León IV de Corinin.

—Sí, mi señora, desde luego que lo conozco. Cazamos juntos en Peterhof —responde Boris, conduciendo a la princesa hacia el zarévich, que entrega las riendas a su caballerizo y camina hacia Alix. El zarévich es hombre de complexión fuerte, no alto. Las expresiones vivas de sus ojos se interpretan con facilidad. Anhela tener a Alix para él solo, acompañarla por el cazadero, enseñarle las aves del paraíso. Pero quiere, sobre todo, tenerla en sus brazos y asegurarle que, a pesar de la formación luterana de ella y de los fuertes sentimientos antialemanes de los padres de él, se casará con ella algún día.

Boris saluda al zarévich con una inclinación y con un beso en cada hombro. Su primo no es tan alto como él, pero tiene una fuerza y una energía que hacen de él un digno adversario en sus partidas de caza, hasta tal punto que el anfitrión, en su impaciencia, ha dado aviso de que la caza empezará mañana a hora más temprana de la acostumbrada.

La princesa Alix saca de su bolso una caja con incrustaciones en oro y se la da a Boris.

—Quería dar esto a Sabrina, pero lo olvidé con las emociones de nuestro viaje. Gran duque Boris, tenga la bondad de ayudarlo con la

cerradura.

Boris hace una reverencia respetuosa a la princesa.

—Será un honor para mí, por supuesto, si me lo permite mi señora Sabrina Josefina.

Sabrina está en la silla de montar, acariciando la escopeta que lleva en el regazo, con un destello de fiera en los ojos. Señala con un gesto la caja que tiene él en la mano. Un ladeo de la cabeza, suave, persuasivo, le hace ver su impaciencia.

Boris abre la caja y encuentra dentro un collar con un huevo de Fabergé en miniatura, de soberbia factura, con incrustaciones de perlas y diamantes, sobre una base de terciopelo. Sin prisa, abre el huevo y admira la imagen del perfil de Sabrina Josefina que se oculta dentro. Lo cierra con un chasquido, se pasa la delicada cadena de oro alrededor de dos dedos y camina hacia la mujer pelirroja. La toma de la cintura y, de un solo movimiento poderoso, la levanta de la silla y la deposita en el suelo para asomarse a las profundidades de sus ojos incitantes. Extiende las manos para abrocharle la cadena tras el cuello, y el aliento de los dos se mezcla durante un breve instante, hasta que el broche se cierra y Sabrina se aparta para dar las gracias a la princesa Alix.

Se conduce a los huéspedes a sus refugios, donde lacayos con guantes de algodón los reciben con *pirozhki* caliente, lengua de buey en gelatina y té con coñac. El día siguiente será largo y duro, y el séquito imperial debe descansar.

Para Boris Spiridov, el día siguiente ya está vivo del aroma de la mujer pelirroja.

Al alba resuena por el bosque el estrépito de las trompas de caza. La tierra reluce del rocío del otoño temprano. Las hojas son un caleidoscopio de rojos y anaranjados. Los rayos del sol templan las pistas arenosas, y el frío del invierno es un vago recuerdo. Los siervos han limpiado las chimeneas de los refugios de caza imperiales y han encendido nuevas lumbres. Las despensas se han llenado de provisiones: hojas de parra rellenas de nueces y dátiles, tortitas de suero de leche, caviar fresco del Caspio, vino de Oporto, coñac, vodkas aromatizados con hierbas y cajas de Château Lafite de la cosecha de 1787.

Se han abierto senderos por los cotos y se han preparado puestos de caza. Se enviaron manadas de perros y de perreros para que ojearan a los bisontes desde atrás. Se han echado halcones, enseñados a no atacar a las aves del paraíso, contra presas menores:

liebres, ardillas y aves de todo tipo. Muchos animales salvajes, percibiendo el peligro inminente, se han retirado con sus crías hasta las profundidades oscuras de los robles y pinos grandiosos.

La partida imperial, vestida de caza (los abrigos ceñidos con cinturones de cuero, los pantalones metidos en botas altas hasta las rodillas), sale de sus refugios a un amplio claro cubierto de alfombras de seda y donde se han dispuesto mesas llenas a rebosar de exquisiteces: *stroganoff* de buey, esturión, caviar negro, blinis rojo, cochinillo relleno y empanadas de *pelmeni* con carne de reno asada. Los siervos, los caballerizos y los criados reabastecen de comida y sirven bebidas de todas clases.

Los perros de Boris Spiridov, de ojos grandes y fuertes lomos, que han tenido tres días de descanso y a los que se ha tenido encerrados todo el día anterior, ladran con emoción al percibir el aroma de las galletas y de los champiñones que se fríen en mantequilla. Se sirve a cazos el hidromiel caliente y el coñac con especias en copas con incrustaciones de joyas, y se hacen brindis por el joven zarévich y por su distinguida invitada.

La princesa Alix de Hesse no es aficionada a la caza. Preferiría con mucho pasar el tiempo presentándose a las aves del paraíso, acariciando sus plumas coloridas y dándoles higos maduros y uvas. Pero con aquella cacería inmensa que se va a celebrar, y con los bisontes que andan sueltos, opta por no alejarse mucho del refugio principal, quedándose atrás con otras mujeres, los criados, los niños y sus *nannies*. Comunica a los hombres sus oraciones y sus buenos deseos e indica a su dama de compañía que la conduzca a sus aposentos.

Sabrina Josefina sale de su refugio seguida de su borzoi de pelo largo. Lleva una falda de cuero, ceñida con un cinturón con hebilla de bronce; el borde de la falda roza unas botas de montar pesadas; sus enormes pendientes brillan como hojas de álamo temblón; lleva la blusa de seda bien escotada para dejar al descubierto sus formas rollizas. Se detiene en el umbral para evaluar su entorno, recorriendo a las personas y a los animales con una mirada altanera, como si ninguno fuera digno de su universo. Se echa el fusil al hombro, camina tranquilamente hasta una mesa y se sirve una copa de hidromiel, que levanta deseando larga vida y victoria a todos. Bebe la libación, entrega la copa a un asistente, atraviesa después el claro y, sin temer los peligros que tiene por delante, se adentra en el bosque de doce mil hectáreas que vibra con el canto de los pájaros, los zumbidos de los insectos y los bufidos y relinchos de los caballos de pura sangre.

Boris se baja de su montura de un salto y entrega las riendas a su caballerizo. Se aparta de las filas de los hombres y sigue a la mujer cuya risa ha resonado en su pecho durante toda la noche. Él es responsable de la seguridad de aquella mujer atrevida, que es huésped en su finca, y se asegurará de que no sufra ningún daño.

Aviva el paso mientras ella desaparece tras un árbol y después tras otro, con paso firme y rápido, como una leona en terreno conocido. Él sigue los destellos de sus pendientes de oro, el brillo de sus rizos, el aleteo de su falda, mientras ella aparece y se vuelve a perder de vista como una gata al acecho. La mujer silba a su perro mientras atraviesa un claro cubierto de hojas en descomposición, la maleza de álamos temblones, y chapotea por una charca que le oscurece de barro el borde de la falda. La pierde de vista por un momento, y después un rayo de sol arranca un reflejo de plata a su escopeta. Los pasos silenciosos de él se apresuran hacia ella con la escopeta preparada, atento a los aullidos lejanos de los perros y a las voces crecientes de los cazadores que siguen el rastro.

Después, silencio. Él se queda inmóvil.

Sabrina se ha apoyado en el hombro la culata del fusil, apuntando el cañón un poco hacia la izquierda. Su borzoi tiene las orejas levantadas y emite un leve gruñido.

Boris apoya una rodilla en tierra, quita el seguro a su escopeta y apunta con precisión de cazador veterano.

El chasquido metálico del seguro suena como una detonación entre la masa de árboles. Sabrina echa una mirada hacia él, como advertencia silenciosa de que no se entrometa. Los astutos uros no permitirán hacer más que un solo disparo. Un movimiento en falso, un ruido accidental, podría tener consecuencias desastrosas.

El animal enfurecido surge de un sendero estrecho entre dos abetos enormes. Con sus cuernos en forma de lira, sus ollares dilatados y su piel negra como la obsidiana, camina pesadamente hacia Sabrina.

Ella apunta la escopeta y dispara una única bala entre los ojos del animal. Un bramido desgarrador reverbera por el bosque, alertando a los cazadores de que se ha abatido al primer bisonte. El animal se estremece, revolviendo la maleza húmeda y levantando el olor penetrante a descomposición. Sabrina remata al bisonte de un segundo disparo.

Con las mejillas enrojecidas y el rostro perlado de sudor, le brota una gota de sangre del labio inferior, que se ha mordido con la emoción. Toma un cuchillo de caza que lleva al cinto y se acerca al bisonte despacio, con calma, y le corta la pezuña delantera derecha,

de un solo tajo fuerte que le secciona con limpieza la piel, el hueso y los tendones.

Boris sale de entre los árboles y camina hacia ella a largos pasos. Ella lo mira a los ojos, le tiende la mano y le pone en la palma la pezuña del bisonte, cerrándole los dedos alrededor de su trofeo.

Él le seca los labios con el pulgar, se lo lleva a la boca y lame la sangre de ella.

Ella suelta una risa desinhibida que tiembla como un centenar de arpas. Desde el momento en que lo vio, montado en su semental negro, con su ancho pecho y sus manos grandes, con aquel gran barranco como telón de fondo, supo que había de ser suyo.

Ella se suelta la hebilla del cinturón, se levanta la falda y se la recoge, metiéndose el borde por la cintura.

Boris cae de rodillas y le desliza las manos por los muslos hasta llegar a su prenda interior, que le baja, al tiempo que la acaricia con la lengua entre los pechos, y ella se deja caer sobre él y sobre la alfombra húmeda de musgo y de tierra.

Nueve meses más tarde, la madre y el padre tienen sucesivamente entre sus brazos a su hija recién nacida, en la finca de Belovezh donde han establecido su residencia desde el día de la cacería imperial. Semidesnudos entre los pinos, tranquilos entre los animales salvajes y entre los bisontes, cuya población sigue en descenso desde la llegada de Sabrina y su borzoi, contemplan a su hija hasta que la semicúpula del sol asoma sobre el borde quebrado del barranco dolomítico y los cielos se convierten en un arrebato de colores.

«Es hermosa», se susurran el uno al otro. «Mira qué ojos dorados tiene», murmuran. Pero, ¡qué extraños son los designios del Señor! ¿Qué habrá querido decirles Dios? ¿Por qué habrá nacido su hija con un ojo opalino? No apagado y sin vida, como puede serlo el ópalo extraído de las minas, sino un ojo de color dorado, translúcido y vibrante, que los observa con la sabiduría inesperada de la doble vista.

Boris dice a Sabrina que aquella criatura, la hija de los dos, con un ojo opalino, debe de ser un castigo por algún pecado oculto que pueda haber cometido él. Sabrina no lo acepta en absoluto. Está segura de que su hija es una bendición que hará más hermoso todavía el amor de los dos.

Capítulo 3

— 1894 —

Sabrina Josefina sujeta entre las dos manos el rostro de su hija de siete años y la besa en el ojo opalino.

—Eres especial, querida mía. Distinta de las demás niñas. Un día cambiarás nuestro mundo. Lo sé. Pero, para ello, tendrás que tener a raya al mal. Mira, te voy a enseñar un secreto. Para ahuyentar el mal de ojo, vuelve la cabeza y escupe tres veces por encima del hombro izquierdo.

Darya se planta con los brazos en jarras, ladea la cabeza y replica que ella no cree en el mal de ojo ni en ninguna de esas tonterías supersticiosas, y que no piensa escupir por encima del hombro como si fuera tonta. No sabe que dentro de pocas horas hará eso mismo, ni que dentro de diez años más no solo escupirá cuando la persiga la mala suerte, sino en todo momento y lugar, cada vez que la acorrale una sensación de presagios amenazadores.

Sabrina se ajusta la escopeta que lleva colgada al hombro, se recoge la falda de volantes y mete las botas de ante en un arroyo que transcurre a lo largo de la finca de Belovezh en toda su extensión. Su risa despreocupada repica por el bosque mientras ella vadea el arroyo, cuyas aguas murmuran y chapotean al rodear piedras y peñascos. Salta para salvar una piedra, toma un recodo, sigue un camino serpenteante de guijarros, y sube después por unas tablas que se han dispuesto para dirigir las aguas hacia un gran prado. No le importa que las botas de ante se le estén oscureciendo de barro; el agua le sube por las piernas y le llega al borde de la falda de terciopelo. A ella le gusta la ropa elegante de todo tipo, pero también le gusta aquella libertad, el bosque de Belovezh y vivir en comunidad con la fauna, la vegetación exuberante, los cantos de las aves y las voces de los animales. Este ha sido su hogar durante más de siete años, y aquí siguen organizando Boris y ella grandes partidas de caza para divertir a Nicolás II, que ya es emperador. Y, para alegría inagotable de su esposa, las aves del

paraíso, con sus cantos y sus arrullos, con sus colores vibrantes, sus plumajes largos y sueltos y su afición a procrearse, se han multiplicado, y su charla amorosa resuena por el bosque. Las hembras, exigentes, se sienten atraídas por los plumajes más excéntricos: el ave dorada, con su canto de cortejo narcisista, que suena como una trompeta; la *Parotia carolae*, con sus bigotes alargados y sus paradas nupciales exageradas; la *Astrapia mayeri,* de larga cola, diáfana y aparatosa, que se las arregla para atraer a múltiples parejas, y las aves del paraíso azules, susurrantes, de costumbres pudorosas y a las que la emperatriz Alejandra tiene un cariño especial.

Sabrina abre la mano a su espalda ofreciéndosela a Darya, que mete en silencio en ella la suya. Caminan así juntas, cogidas de la mano, agachándose al pasar bajo las ramas de los viejos robles y de los abetos que se extienden por todas partes. Corretea junto a ellas una ardilla y las sobresalta a las dos. A Darya no le gustan las sorpresas. Prefiere saber lo que hay, estar preparada para lo inesperado. Su entorno se vuelve austero, casi desnudo; aparece una franja de sol entre las nubes que se van acumulando, hasta que, mojadas y fatigadas de su larga caminata, salen del arroyo a un prado abierto salpicado de pequeñas margaritas, de follaje de todo tipo y de hierbas silvestres agostadas.

Darya saca la mano de la de Sabrina.

—¡Mira, mamá! ¿Por qué están todos mirando?

A cierta distancia, en el centro del prado, hay animales de todas clases —ciervos, conejos, ardillas, zorros, incluso ratas— que han salido de sus escondrijos como convocados por orden del emperador en persona.

—Curioso —murmura Sabrina, procurando disimular su alarma —. ¿Por qué habrán salido al descubierto todos los animales en este campo abierto, rodeados de depredadores como están?

Pero no es esto lo que inquieta a Darya. Está convencida de que han salido a castigarla, de que han salido a reñirla por haber sido mala, por haber hecho alguna cosa muy fea.

—¿Lo ves, mamá? —pregunta a Sabrina, alzando la cara hacia el cielo como si las nubes cada vez más oscuras estuvieran cargadas de una amenaza inexplicable.

Sabrina no percibe nada. No ve más que nubes de tono metálico, pesadas, suspendidas a baja altura sobre el horizonte. Pero ha aprendido a confiar en el instinto de Darya, sobre todo en lo relacionado con los animales. Descubrió pronto que Darya, con su mirada capaz de llegar lejos y de penetrar lo oculto, puede ver cosas

que no ven las demás personas.

—Se avecina una tormenta, cariño. Será mejor que volvamos antes de que los animales se inquieten y de que papá mande una partida de jinetes a buscarnos.

A Darya ya le ha sobrevenido en otras ocasiones aquella sensación de miedo que la vuelve consciente de sí misma como si estuviera fuera de su cuerpo, observándose con ojos críticos y descubriendo cosas que no le gustan. O puede ser el modo en que la miran fijamente los animales, con esos ojos suyos bordeados de kohl o de rojo, que les desequilibran las proporciones de manera inquietante. Con sus patas delgadas, largas o cortas, dobladas en ángulos forzados. Con temblor en los bigotes espesos o ralos. Con ojos penetrantes, de todas las formas, que se apoderan de ella y la retienen con reprobación.

Entonces, lo ve. En el centro de la multitud, un ciervo abierto de patas en postura torpe, que tiene la mirada clavada en ella.

—¡Mira, mamá! —exclama. Aun desde tan lejos, se da cuenta de que las cuatro pezuñas están despellejadas y en carne viva, como los hígados de pollo ensangrentados que prepara su cocinera fritos con pimientos rojos y mucha cebolla picada. Corre por el prado, se arrodilla para mirar una planta tras otra, coge una flor, arranca de raíz unas hierbas, saborea las hojas y las olisquea.

—¡Hierbajos, solo hierbajos! —se queja, aplastando una flor en la mano cerrada.

—¡Dasha! ¡Deja de hurgar ahí! —grita Sabrina a su hija—. ¡Ya! ¡Que te va a arrancar los dedos algún bicho de un mordisco...!

—¡Ay, mamá! ¿No ves que necesita ayuda?

—¿Quién, cariño? ¿Quién necesita ayuda? ¡Te he dicho que tengas cuidado!

Pero Darya no oye más que los leves ecos dentro de su cabeza, los secretos de cómo reconocer en el bosque las bayas del espino majuelo, las hojas de la caléndula, los pétalos de la lavanda y la árnica. De cómo extraer sus aceites esenciales para preparar un ungüento sanador.

Sabrina se sacude el agua de la falda, se ajusta la escopeta que lleva al hombro y se ciñe el ancho cinturón. Los pendientes en forma de aro le bailan en un arrebato de matices cobrizos mientras corre a alcanzar a su hija, que se ha abierto camino entre los animales y ya está arrodillada junto al ciervo.

—Dasha, esto pasa en el bosque por las trampas de las plantas carnívoras. Segregan una sustancia viscosa que atrae a los animales a un charco de jugos gástricos y de ácidos que les corroen la piel y

la carne. Este habrá escapado por pura casualidad. No podemos hacer nada más que ayudar al pobre a que deje de sufrir.

Pero Darya no quiere saber nada de la muerte. Ni tampoco quieren saber de ella los animales, ni la naturaleza. El entorno se queda inmóvil, paralizado, irreal y cargado de lo que podría pasar si Sabrina dispara su escopeta. No se mueve ni una hoja, ni un pétalo. Las aves del paraíso están mudas. El zumbido de los insectos se ha detenido. No se oye ni un bramido ni un gruñido de amenaza de los bisontes. Aunque Sabrina no advierte el entorno paralizado, Darya sí. Registra la quietud. Nota un dolor agudo en su ojo opalino. El miedo le oprime las entrañas, le trepa por dentro para agarrársele a la garganta y le sube para recubrirle la lengua de un sabor penetrante a ceniza. Este es el momento que ella recordará siempre, un momento de descubrimiento en que la mala suerte pudo echársele encima por la espalda, fría, silenciosa y horripilante.

Vuelve la cabeza y escupe tres veces por encima del hombro izquierdo.

—Mira, mamá, ¿mataré así el mal de ojo?

Sabrina echa el seguro a la escopeta y se la vuelve a colgar del hombro.

—Eso me han dicho, Dasha. Veo que te has vuelto creyente.

Darya se toca el ojo opalino.

—¿El mal de ojo es esto, mamá?

—Ay, cariño, ¡no digas eso! Al contrario. Es mágico. Por eso eres distinta de una manera hermosa. Yo no soportaría pensar que esa parte de ti pudiera estar a oscuras.

—Pero, ¿qué me pasa, mamá? ¿Por qué es distinto mi ojo?

Sabrina se pregunta durante un breve instante si su hija sufre el castigo del pecado de sus padres, que consumaron su relación antes de casarse. Pero reflexiona que su hija, como hija del amor que es, se merece un premio y no un castigo.

Así pues, en el bosque, rodeada de animales de todas clases que las miran fijamente con obstinación, y ante un ciervo enfermo, con las pezuñas en carne viva, al que Darya cura con unas caricias calmantes y una mezcla de plantas curativas, Sabrina dice a Darya:

—No lo sé, cariño. No sé por qué naciste con un ojo opalino, por qué eres distinta. Quisiera saberlo. Lo que sí sé es que eres la bendición especial de los dos, de tu padre y mía. Eres mágica, cariño. Algún día cambiarás el mundo. Es lo único que sé. Quizá descubras la verdad algún día.

Capítulo 4

— Diciembre de 1903 —

Darya, a sus dieciséis años, ha sido convocada al Palacio de Livadia, residencia de verano de la familia imperial. La emperatriz no se encuentra bien. El doctor Eugene Botkin, médico de la corte, ha diagnosticado que, además de ciática, la emperatriz padece una debilidad congénita de los vasos sanguíneos que puede conducir a una histeria progresiva. Le ha ordenado que vaya a tomar las aguas al balneario de Nauheim, pero la emperatriz no quiere saber nada de ello. Convencida de que solo puede curarla un milagro, se niega a cumplir las órdenes del doctor Botkin, a tomar medicación y a someterse a cualquier otro tipo de tratamiento.

En carta a Sabrina Josefina, la emperatriz reconoce que ha estado enferma casi constantemente. Rara vez puede asistir a los actos oficiales, y, cuando asiste, tiene que guardar cama después mucho tiempo. Afirma en su carta que tiene agotados los músculos del corazón.

«He descansado, pero no estoy curada —escribe la emperatriz—. Tengo que ponerme buena por mi familia. He decidido trasladarme a Yalta para descansar en mi querida finca. Me escribiste que Darya Borisovna tiene toque sanador, según parece. Quizá pueda curarme ella también. Tráemela».

Después de haber viajado hasta Yalta, pasando largas horas de tedio en el tren, sin ver a su alrededor más que el llano vacío de la estepa ucraniana, el paisaje exuberante de Yalta es un espectáculo que reconforta a Darya y a sus padres camino de la finca de Livadia. Las playas relucen como vidrio molido. Una reproducción de un barco griego, varada en la orilla, recuerda un pasado lejano en que los navegantes griegos se asentaban allí para vender joyas de oro de artesanía que siguen enterradas en antiguos montículos funerarios sencillos, de arena. Por los bulevares con pinos, los vendedores ambulantes ofrecen ajo rojo, aperitivo popular en la región. Las familias se pasean a la sombra de los viejos *zemlyanichnik,* árboles

perennes de corteza roja y hojas anchas. El parque tropical de Prymorski domina las aguas oscuras que se extienden más abajo, sin saber que dentro de menos de dos décadas habrá cambiado toda la geografía política y cultural de la región, y que allí se levantará una estatua de Lenin.

Darya se quita los zapatos agitando los pies y clava los dedos en la arena caliente. De pronto, se le llena la boca de sabor amargo a ceniza. Ya le ha pasado otras veces. En cada ocasión tiene una sensación de presagio que le surge del vientre y le asciende como si fuera bilis hasta recubrirle la lengua.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Sabrina Josefina—. ¿Es por visitar a la emperatriz?

—No lo sé con certeza, mamá —responde Darya—. Creo que yo también estoy mala.

Boris apoya el pulgar en la muñeca de su hija para tomarle el pulso, le observa los ojos y el color de las mejillas. Tiene el pulso acelerado, pero aparte de eso parece que está sana.

—Vamos, eso se pasa descansando un momento —le dice, acompañándola hasta un banco del paseo marítimo.

Se sientan allí los tres mirando al mar. Darya está sumida en pensamientos profundos, temiéndose que no conseguirá ayudar a la emperatriz. Es cierto que ha curado a animales, como aquel ciervo de las pezuñas en carne viva al que aplicó una mezcla de hojas, flores silvestres y raíces, y al viejo borzoi con raíz de valeriana macerada en manzanilla. También trató el escorbuto que padecían los caballerizos con una pomada de cera de abejas y esencia de piel de limón; libró al mozo de cuadra de sus desagradables ataques de fiebre del heno con jarabe hecho de savia de árboles, y alivió a su padre los dolores musculares después de una cacería con un bálsamo de médula de flora y fauna exótica, machacada con hojas de matricaria y pasta de garbanzos. Hasta salvó a su padre del veneno mortal de la víbora. Pero el caso de la emperatriz es distinto. Parece que los males que padece su majestad le arrancan del corazón. Eso dicen Boris y Sabrina. Eso aseguran todos los periódicos. ¿Qué sabe ella, Darya, del corazón humano?

Sabrina se desabrocha el collar, sostiene en el hueco de las manos el huevo de Fabergé enjoyado y dice a su hija que a ella la ha ayudado en los momentos difíciles. Abre el huevo y dice:

—Acércate, cariño, e inspira.

El aroma maravilloso que brota del vientre esmaltado del huevo impresiona a Darya con una fuerza inesperada. Extiende la mano sin querer, como para tocar algunas bolsas de dolor pasado, algunas

emociones potentes que no entiende todavía. Está llorando sin control, con lágrimas ardientes que sobresaltan a Boris y a Sabrina.

—¿Por qué, cariño? —le pregunta Sabrina—. ¡El ámbar gris es magia pura! Aprovecha su virtud curadora.

Pero Darya está desconsolada. Dice a Sabrina que el olor le recuerda a la mujer que acudió a ella la noche anterior, cuando dormía. Se le apareció a media noche, como una advertencia, rondando por los bordes del sueño de Darya. Se le apareció con una cierta calma desconcertante, con un devocionario en la mano.

—Yo soy la Antigua —le dijo—. He venido a ti de hace mucho tiempo y de muy lejos. Estaré aquí para guiarte, para advertirte de las desventuras que se avecinan, de los nacimientos, de las muertes y de las bendiciones.

Alzó el libro, y dijo a Darya que mirara en él su nombre escrito con letras ardientes.

—No temas —la animó la Antigua—. Acércate.

Pero Darya no se movió.

—Ese no es mi nombre —susurró.

—Eres ambas mujeres —respondió la Antigua.

Después, fue retirando uno a uno los velos movedizos que la ocultaban, hasta que dejó al descubierto una sonrisa deslumbrante.

Darya se sintió aliviada. La mujer tenía rostro bondadoso. Después, de manera igualmente repentina, los rasgos empezaron a ablandársele, a derretirse y a gotear. La blusa y la falda agitadas por el viento, que a Darya le habían parecido hermosas, empezaron a ponerse rígidas, a encogerse y a tensarse como cadenas metálicas que la estorbaban en su movimiento fluido. Caminaba con gran dificultad, como luchando contra un gran oleaje, abriéndose camino penosamente hasta una hoguera ritual en la que desapareció. Darya se despertó sobresaltada, con frío hasta los huesos, con el ojo opalino palpitándole de dolor en su órbita.

—Escucha a la Antigua, cariño —aconseja Sabrina a su hija—. Préstale atención. Debe de ser más sabia de lo que podemos entender nosotros. ¿Cuál era el otro nombre escrito en el libro que te enseñó la Antigua?

—No me acuerdo, mamá. Tenía miedo. Cuando me desperté, tenía el camisón pegado al cuerpo. Me sentía presa. No podía respirar.

Sabrina pone la joya en la mano de Darya.

—El olor me alivia, quizá tenga el mismo efecto contigo. Me lo regaló la emperatriz cuando me presentó a tu padre. Vamos, cariño, mira este pedazo valioso de ámbar gris que está engastado aquí.

Todavía tiene un olor fuerte, al cabo de dieciséis años. Cuídalo. No se encuentra en ninguna parte. Cuando se acabe, no podrá reponerlo ni la propia emperatriz.

La finca de Livadia está resplandeciente al sol cálido, rebosante de trébol; sus parques exuberantes descienden suavemente hacia el mar Negro, con sus brisas ricas en yodo. La residencia imperial de verano ocupa la mayor parte de la península situada a diecinueve kilómetros al oeste de Yalta, allí donde la costa meridional de Crimea se ensancha alrededor de las faldas del monte Mogabi. La desdichada muerte del padre del emperador, el zar Alejandro III, en el palacio menor de los dos que hay aquí, llevó al zar Nicolás II a establecer un plazo futuro para derribar ambos palacios y sustituirlos por otros más adecuados al gusto de la pareja imperial.

De momento, los jardineros se afanan en podar, recortar, limpiar los estanques punteados de nenúfares, de los que sacan ya una hoja caída, ya un pétalo o una abeja muerta. Por los límites del parque montan guardia cosacos a caballo. Llevan guerreras rojas, los sables les cuelgan a los costados y las botas negras les brillan a la luz del sol. Saludan a Darya y a sus padres levantándose los gorros *ushanka*.

La iglesia de la Exaltación de la Cruz, de estilo bizantino, domina los palacios desde una altura mayor. Una bandada de cuervos bulliciosos vuelan en círculo sobre la cruz griega que remata la aguja de la iglesia, como si estuvieran de luto. El sabor a ceniza se espesa en la boca de Darya.

En el horizonte se ven lomos de ballenas que asoman sobre la superficie del mar Negro. Boris Spiridov cuenta a su hija que el ámbar gris que lleva ella ahora al cuello en el huevo enjoyado procede de un cetáceo como el que hay allí a lo lejos.

—¿Sabías que los cetáceos tienen unas indigestiones terribles, cielo? Sus eructos suenan como erupciones volcánicas que retumban por los montes y asustan a la gente.

Darya sonríe por primera vez en lo que va de día.

No sabe que, pocos años más tarde, cuando se haya terminado de construir el nuevo Palacio de Livadia, ella irá por aquel mismo paseo y explicará aquel mismo fenómeno a su amado y joven pupilo, el zarévich Alexei Romanov.

La emperatriz Alejandra Feodorovna está en sus aposentos privados, interpretando a Bach al piano. Sentadas en el mismo taburete, a uno y otro lado de ella, están María y Anastasia, las grandes duquesas, de cuatro y dos años de edad. Van todas de blanco, rodeadas de volantes exquisitos de seda joyante y organdí. Los bordados de hilo de seda que lleva la emperatriz en las mangas

y en el cuello alto son deslumbrantes; las perlas de su garganta y su cabellera pelirroja dorada tachonada de diamantes son magníficas.

Margaretta Eagar, institutriz irlandesa de las cuatro grandes duquesas, está de pie tras el piano, dispuesta a llevarse a las niñas para que se echen la siesta antes de acomodarse ella misma con sus periódicos.

Cuando *miss* Eagar ve que se hace pasar a visitas, da dos palmadas anunciando la hora de la siesta. Pero las grandes duquesas saltan del taburete del piano y corren hacia Darya, que las alza en brazos en un vuelo. La emperatriz, apoyándose en el piano, se levanta para saludar a Darya y a Sabrina con un abrazo. Boris hace una reverencia y le planta un beso en la mano. Retrocede hasta las sombras, dejando en primer plano a las damas. Su misión principal en este viaje es velar por la seguridad de su esposa y de su hija en el largo viaje hasta allí y en la vuelta a su casa.

La emperatriz está francamente enferma, piensa Darya; parece más débil que en ninguna otra de las ocasiones en las que la ha visto. No tiene color en las mejillas. Hasta sus ojos han perdido el brillo gris verdoso. A Darya se le encoge dolorosamente el corazón en el pecho hasta que la emperatriz se pone a charlar con Sabrina.

—Ya estás aquí, querida amiga añorada. Ven, ponte cómoda. ¡Qué aspecto tan radiante tienes! Y tú, Boris Spiridov, debes de estar cansado; pero Nico te está esperando. Últimamente mantiene reuniones más reducidas, pues le parecen más útiles los debates y los intercambios de opinión en grupos menores. Solo quedan cuatro ministros, así que reúnete con él en el estudio. Tiene ganas de ir a nadar contigo. Últimamente no he sido buena compañera de mi pobre familia. Y tú, querida Darya, ¿cómo estás? Olga y Tatiana están aquí. Se alegrarán de verte. Me gusta ver que llevas ese colgante; me trae buenos recuerdos. Vamos, Sabrina Josefina, cuéntame tus últimas aventuras de caza. ¡Cuánto disfrutamos con las cacerías que organizáis! ¿Y mis aves del paraíso? ¿Siguen bien? Espero que hayan dejado de molestarlas esos bisontes tan malos.

Los camareros sirven tazas de té caliente con bollos y galletas inglesas, *vatrushka* dulce y golosinas en mesitas con manteles blancos. Aunque todavía no es hora de cenar, se dispone una mesa más con blinis y caviar fresco.

A Darya no le gusta el caviar, ni soporta el té caliente; pero, para contentar a la emperatriz, acepta el bollo que le ofrecen, le da un bocado y ofrece otro bocado a cada una de las niñas. Lo que le apetece son las bayas silvestres que están en un cuenco sobre el piano, recogidas por las niñas imperiales para su madre.

María da unos golpecitos en el colgante de Darya e intenta abrir el huevo de esmalte. Anastasia estira uno de los rizos negros de Darya y se lo enrosca primero en un dedo, después en otro. Darya las rodea con los brazos, les da un apretón afectuoso, planta un beso en cada uno de los ojos azules de María, que la familia llama cariñosamente *los platos de María*.

Anastasia extiende la mano y empuja con el dedo el ojo opalino de Darya.

El dolor hace retroceder a Darya.

La emperatriz riñe a la niña de dos años.

—¡Anastasia! ¡No! Has hecho daño a Darya.

Darya, con el ojo ardiente, intenta recobrar el aliento. Ahí está otra vez la Antigua, en algún lugar de los bordes de su dolor, una mera sombra, una huella pasajera detrás de sus párpados. Le está diciendo algo, susurra unas palabras que quedan veladas por el lloriqueo de Anastasia.

Darya intenta consolar a la niña.

—No llores. Yo también lo hice una vez porque me creía que no dolía. Pero sí que duele.

La emperatriz manda a las niñas a echarse la siesta. Despide a sus hijas besándose la punta de dos dedos y tocándolas con ellos en las mejillas.

Por último, Sabrina pregunta a la emperatriz por su salud.

—Nada buena, querida, nada buena en absoluto. Y la familia me hace más difícil la recuperación. Tuve un aborto, querida. Terrible. Y las hermanas de Nico están dando a entender que el embarazo fue psicológico, culpando de ello a Philippe Vachot. Pobre hombre; es un místico inocente que hizo todo lo que estuvo en sus manos por influir sobre el sexo de la criatura. Pero, ¡ay!, era demasiado temprano para conocerlo. Xenia llegó a llamarlo *un aborto menor,* y la otra hermana hizo correr el rumor de que se trataba de un embarazo histérico. Qué dañino, querida. Quisiera que la gente no se metiera en mis cosas.

Sabrina acerca su silla a la de la emperatriz y le pasa un brazo por los hombros.

—Pobre Alix mía. No lo sabía. ¡Cuánto has debido de sufrir! ¿Cuándo fue?

—Hoy se cumplen seis meses. Nos quedamos desolados.

—Entonces, tienes que venir con nosotros en cuanto tu estado te permita viajar. Los aires de Belovezh te sentarán bien.

—Sí; prometido. Ahora háblame de ti y de Darya Borisovna. ¿Cómo marcha en sus estudios?

Sabrina dice a la zarina, que la oye con agrado, que Darya ya habla el inglés con soltura, y le explica lo avanzada que está en sus estudios espirituales, hasta el punto de que en poco tiempo ha llegado a saber más que el místico que envió la emperatriz a la finca de Belovezh para que aconsejara a Darya y le afinara sus poderes curativos.

—Ven, querida. Acércate más.

La emperatriz llama con la mano a Darya, que está sentada en silencio, intentando olvidarse de su ojo, con lo que solo consigue que le duela más.

Darya se instala en el asiento que le ha ofrecido la emperatriz, junto a esta, satisfecha de pronto de estar allí, satisfecha de estar cerca del calor inesperado que emana de la emperatriz. A Darya se le calma el corazón. La emperatriz no está enferma. Está sola, quizá, y anhela la compañía de su amiga. Al fin y al cabo, le debe de resultar penoso que no la aprecien sus parientes políticos, que la consideran arrogante y distante, y que la tienen por una alemana que habla con un acento francés atroz y que carece de la vitalidad necesaria para producir un sucesor para el trono. La emperatriz, a su vez, dentro del espíritu de la fe ortodoxa, confía únicamente en el pueblo llano que cree en el derecho inalienable del sistema absolutista, y no en la aristocracia, falta de fe, depravada y que está siempre criticándola. Hasta critican sus gustos en cuestiones de arte y de ropa, que consideran propios de la clase media y por debajo de la categoría imperial, y llegan al punto de contar con una atención malsana el número de veces que sonríe en público la emperatriz.

La verdad, que Darya ha oído contar a su madre, es que cuando la zarina tenía seis años, en su casa, el Palacio de Hesse-Darmstadt, hubo un brote de difteria. Alix perdió a su madre y a su hermana en un plazo de pocas semanas. La tragedia volvió retraída a aquella niña que había sido alegre, sensible y obstinada, y aquel carácter se le agudizó bajo la tutela de su abuela, la reina Victoria de Gran Bretaña. Hasta ahora mismo, después de los años transcurridos, la emperatriz no suele dejar entrar casi nunca a nadie en su núcleo privado; y si admite a alguien, es solo de entre unos pocos seres queridos: su marido, sus hijas, su amiga Sabrina Josefina, y quizás ahora también Darya, que se ha puesto a explicar a la zarina cómo el místico le ha enseñado a producir ungüentos sanadores con las abundantes plantas y minerales que se encuentran en el bosque de Belovezh: angélica para la pleuresía, bayas de laurel para el resfriado, nogal negro para purificar la sangre, castañas para cortar la tos convulsa, y viburno para tonificar los órganos femeninos de la

reproducción.

—¡Apasionante! Vamos, Darya. Ven conmigo al rincón de las oraciones.

La emperatriz va hasta el fondo de la sala y se arodilla ante una pared cubierta de iconos iluminados con velas.

—Vamos a rezar juntas. Tú también, Sabrina, reza con nosotras. La unión hace la fuerza.

Sabrina se recoge las faldas haciendo surgir el olor a tierra, a pino y a pachulí, el olor del bosque que ha llegado a ser en ella una segunda piel. No tiene paciencia para quedarse quieta a rezar; está impaciente por explorar a caballo las colinas o por ir a nadar en el mar con los hombres. Hace una vida activa, de cabalgar, cazar y amar. Las oraciones se rezan por el camino.

Las tres mujeres bajan la cabeza mientras la zarina murmura sus oraciones. La emperatriz tiene en la cabeza la lista de remedios que le acaba de decir Darya, no es capaz de concentrarse, mientras una multitud de santos de todos los tamaños, formas y colores la contemplan con ojos tristes. Está sumando y restando días para calcular la fecha de su próximo ciclo menstrual, pensando en cuántas veces ha decepcionado no solo a Nico, sino a todo un imperio. Se vuelve hacia Sabrina, apoya una mano en su brazo y vuelve los ojos hacia Darya con una pregunta en la mirada.

Sabrina conoce a su amiga, entiende que su recato le impide hablar con franqueza delante de Darya.

—Darya está preparada, Alix. Le he enseñado todo lo que sé, y lo que no le he dicho yo, lo aprende de sus animales. Puedes hablar con ella del asunto que quieras.

La emperatriz mira fijamente a Darya sin que le asome al rostro ningún atisbo de su conflicto interior.

—Esas hierbas que has dicho, querida... ¿Conoces quizá otras que podrían hacer que la mujer tuviera un hijo varón?

Darya es incapaz de disimular las muchas emociones encontradas que le asoman a los ojos, volviéndoselos de un dorado más profundo. La abruma un sentimiento de alegría, al que sigue una tristeza inconcebible y después, con la misma rapidez, una sensación de incertidumbre inescrutable, como si se dispusiera a abrir una puerta para entrar en lo misterioso.

—Sí, majestad, puedo decirte algunas hierbas que podrían ayudar a una mujer a tener un hijo varón. Pero no te hacen falta, majestad. Estás embarazada. De un niño. Un sucesor para el trono.

La sombra de una sonrisa ilumina los rasgos de la emperatriz. Se pone de pie con una sensación inesperada de solidez. Pierde la vista

a lo lejos, tocándose con los dedos las perlas del collar, levantando la sarta brillante con un movimiento de ausencia, como si estuviera soñando con un futuro mejor.

La emperatriz tardará veinte días más en convencerse de que está embarazada, en efecto, y en concederse un rayo de esperanza.

Capítulo 5

— 1991 —

Darya Borisovna arrostra el humo y el bullicio de Ekaterinburgo y camina hacia la perfumería Rostislav, donde aguardan su llegada los emisarios de la Asociación de la Nobleza. Lleva un sombrero de ala ancha con galones dorados y un manto de cervato con ribetes de plumas de avestruz deterioradas. Blande su bastón como si fuera un arma, desafiando a las calles hostiles, el tráfico ruidoso, las fábricas que vomitan humo y los transeúntes apresurados. Evita mirar la cruz de madera que se ha instalado donde estuvo la casa Ipatiev, imagen que le ha estado royendo el corazón, arrancándole un pedazo cada vez que pasa por allí. La casa donde mataron a la familia imperial se levantó allí durante setenta y tres años como un escupitajo asqueroso en el rostro del Gobierno soviético, hasta que la derribaron hace catorce años. Ahora corren muchos rumores de que el Gobierno se propone construir allí una iglesia de la Sangre Derramada en memoria de los Romanov.

Ekaterinburgo tiene la mancha de un legado sangriento que ha infundido en las generaciones actuales la necesidad de olvidar. La ejecución de los Romanov se considera una leyenda, más que una mancha en el lienzo de la historia. Parece que las generaciones actuales son incapaces de conceptualizar los hechos, como si la nación se alimentara de las creencias folclóricas. Darya, con sus sombreros complicados con adornos de flores artificiales deslustradas y sus vestidos con volantes de la época de los Romanov, es un recordatorio que resulta mal recibido.

¿Cómo fue posible que ella no advirtiera entonces, hasta que fue demasiado tarde, que por debajo de todos ellos bullía una caldera volcánica de descontento? Qué ignorancia, qué falta de juicio, piensa, riñéndose a sí misma, haber llamado a la corte a aquel monje errante, Grigori Rasputin. Cuando cayó en la cuenta de las consecuencias de lo que había hecho, la espiral de la revolución estaba descontrolada. Los bastardos rojos bolcheviques engañaron

al pueblo con la ilusión grandiosa de un estado soviético; enfrentaron a hermano contra hermano, ejecutaron a incontables millones y dejaron tras de sí una Rusia destrozada. Los bolcheviques se habían figurado que era el fin de los Romanov, con un alivio cuyos ecos habían recorrido los mares y los océanos. Pero los enemigos de la monarquía se equivocaban, desde luego que se equivocaban. Existía un motivo por el que ella había sobrevivido a aquella noche negra en el sótano de Ekaterinburgo. Un motivo por el que también ha sobrevivido el zarévich.

Las campanas de la iglesia de la Trinidad dan las cuatro. Darya llega a la perfumería y pasa un momento serenándose. El escaparate está lleno de frascos relucientes entre satén crudo del color del broche de aguamarinas siberianas que regaló el zarévich Nicolás a su prometida tres meses antes de su boda. Sí; Darya recuerda bien la emoción con que le enseñó la emperatriz las iniciales con que había firmado el broche Henrik Wigström, maestro joyero de Fabergé. Se lo ponía a menudo. Al zar le gustaba ver a su amada esposa adornada de los atributos imperiales y reluciente de joyas. Se empeñaba en que en todos los viajes de la familia los acompañara en grandes cajas de maderas nobles la gran colección de los regalos que le había hecho.

Tras la puerta de vidrio de la perfumería está colgado un letrero de «Cerrado».

No es de extrañar que se celebre allí la reunión.

Rostislav Alexeevich Dalevich es un monárquico acérrimo. Su perfumería es el centro de todos los rumores políticos de toda especie que tengan que ver con los Romanov. También es craneómetra y antropólogo forense, y el Gobierno suele solicitar sus servicios como perito. Rostislav es el vínculo más importante que tiene Darya con el mundo exterior. Es el hombre al tanto de las últimas noticias. Lloraron juntos el ascenso del bolchevismo y del ateísmo, y celebraron juntos la decisión de Leningrado, por votación, de recuperar su nombre propio de San Petersburgo. Siguieron con interés escéptico el fin del comunismo, dos años atrás, la reunificación de Alemania y la disolución de la Unión Soviética administrada por Boris Yeltsin.

Levanta el colgante e inspira hondo del huevo de Fabergé; el aroma que emana le evoca recuerdos deliciosos de su madre.

Darya se arma de valor y toca el timbre. Abren la cerradura de la puerta desde dentro, y Rostislav la invita a pasar a su perfumería bañada de sol, con sus ventanales del suelo al techo, sus paredes cromadas y sus mostradores de vidrio inmaculados. En los estantes

y en los mostradores brillan frascos de colores variados. Los cuellos de las botellas están adornados con tapones de cristal, de plata y de Lalique de diversas formas y diseños (tachonados de cuentas turquesa, cúpulas de iglesia en forma de cebolla, figuras mitológicas). Hay plantas, hierbas y flores sumergidas en cilindros transparentes llenos de alcohol, sometidas al proceso del *enfleurage* para extraerles los aceites esenciales.

Sigue al perfumista por el suelo reluciente de linóleo, evitando mirarle el perfil marcado, consecuencia de un accidente que tuvo en su juventud y que le consumió la mitad de la cara, dejándole la otra mitad suave como el culito de un niño.

Sucedió cuando su padre, antropólogo forense, se volvió loco en los años de anarquía y ordenó a su hijo que estudiara la ciencia de examinar los cadáveres. Pero Rostislav no quería saber nada de los cuerpos malolientes y en putrefacción. Lo que le gustaba a él era destilar las esencias de las flores, medir, pesar y mezclar pétalos de todas clases para componer fórmulas aromáticas. Un día que el padre se encontró a su hijo con la nariz metida en un puñado de pétalos de rosa, en un arrebato de rabia le arrojó una botella de ácido. Sin más, el lado izquierdo del rostro de Rostislav había quedado quemado en una mueca permanente.

Ahora conduce a Darya a una habitación con moqueta de tono pastel y paredes pintadas de blanco, sillas de aluminio y una mesa redonda en la que se ha puesto a enfriar una botella de champán en un cubo con hielo. Dos hombres, emisarios de la nobleza rusa, y una mujer, secretaria general de la asociación, se levantan para recibirla. Ella los saluda con una breve inclinación de cabeza y ocupa asiento entre los pocos que tienen valor para plantarse ante ella, entre los pocos cuya ideología se parece a la de ella. Estudia al grupo, sus expresiones y sus gestos; les devuelve con firmeza sus miradas impávidas para determinar si son sinceros. En aquellos tiempos de inestabilidad en que la gente o bien tiene miedo de hablar o no tiene reparos a la hora de condenar a ciudadanos inocentes, todo el mundo es sospechoso. Después de llegar a la conclusión de que no están de parte de Dios ni del demonio, se dirige a ellos con interés cauteloso.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

La secretaria general se tira de la falda para cubrirse las gruesas rodillas.

—Le agradecemos que nos haya concedido unos minutos de su tiempo. Como sabe, de seis años a esta parte se han producido cambios en nuestro país con la *glasnost* y la perestroika...

—Una coyuntura importante en nuestra historia —añade el hombre más joven, de cabellos engominados que le relucen a la luz blanca de los ventanales y frente aristocrática.

Darya hace un esfuerzo para que no le salgan por la boca sus opiniones. No tiene fe en la *glasnost* ni en la perestroika, está segura de que ni siquiera ninguno de los Estados bálticos ha alcanzado la independencia verdadera. La disolución completa del Comité Central del Partido Comunista no se producirá mientras no hayan enterrado cabeza abajo, como a rábanos podridos, a todos y cada uno de los comunistas sin Dios.

El emisario de cabellos plateados y mandíbula cuadrada tose dos veces y enciende un cigarrillo. Tiene la voz áspera.

—Ha llegado el momento de estabilizar a Rusia. De llenar el vacío ideológico que dejó el régimen comunista.

—Y, si me es lícito preguntarlo, ¿cómo piensan conseguirlo? —pregunta Darya, a cuya voz se asoma un matiz de impaciencia.

—¿Y qué propone usted? —replica el hombre de cabellos grises, devolviéndole la pregunta.

A ella le aparece en el rostro una sonrisa amarga.

—¿Y me lo pregunta? Reinstaurar la monarquía, por supuesto.

—¡Exactamente! Y esta es nuestra intención.

Ella los mira fijamente con incredulidad.

—¡Cielo santo! ¿Es esto verdad?

—Desde luego que sí. Estamos trazando los planes desde hace años. De hecho, ahora mismo se están realizando los preparativos para reinstaurar la monarquía.

Darya contiene una exclamación y hunde los puños en el bolsillo.

—Entonces, deben de tener pensado a alguien para que sea nuestro próximo zar.

—Puede ser —responde la secretaria general—. Y por eso hemos convocado esta reunión de emergencia. Rostislav Alexeevich, haga el favor de explicar el resto.

El perfumista deja su asiento, se ajusta la chaqueta a los hombros de púgil y empieza a pasearse por la habitación.

—Esto es información clasificada, se entiende. Hagan el favor de abstenerse de comentarla hasta que el Gobierno tome una decisión. Hace siete días, Boris Yeltsin autorizó la apertura de la tumba de Ekaterinburgo donde se cree que se enterró a los Romanov. Solicitaron mi presencia en el Instituto Forense gubernamental para colaborar con un grupo de antropólogos forenses en la tarea de identificar los restos recién exhumados.

Darya no sabe qué hacer con las manos, con el corazón desbocado, con las muchas voces que le chocan entre sí en la cabeza. Había pasado años preparándose para un día como aquel, mientras buscaba al zarévich, se imaginaba cómo lo saludaría, cómo lo abrazaría, cómo le pediría perdón. Aquella búsqueda se había convertido en la meta de su vida, en el núcleo de su universo. La había mantenido viva con la esperanza de purgar los pecados que había cometido en su vida anterior, hasta el punto de que no se le había ocurrido siquiera pensar que el zarévich podría haber perecido con los demás. Y ahora Rostislav le está diciendo que se han desenterrado los restos de la familia imperial. ¿Y si se descubre al zarévich entre ellos? ¿Y si resulta que la búsqueda, la misión de su vida, no es más que la añoranza lastimosa de una vieja? Se encuentra en el bolsillo una baya alucinógena; se dispone a echársela a la boca, pero opta por no hacerlo. No puede huir al pasado, ahora no.

Rostislav sigue contando con gran delectación los sucesos de las últimas noches, con todos sus detalles, sin olvidarse de la decoración del Instituto Forense, donde las paredes son de color de orina y donde él se echa constantemente dulces en la boca seca para enmascarar el sabor de la muerte.

—¡Era terrible, se lo aseguro! Espantoso de un modo indescriptible. Los cuerpos se descuartizaron, se quemaron con ácido sulfúrico, y pasaron décadas enterrados en una tumba poco profunda. Los huesos no estaban revestidos de carne, por supuesto, pero hubo que cocerlos para limpiarlos antes de emprender la labor meticulosa de identificación.

Durante las seis noches siguientes, Rostislav había cenado en el Instituto Forense mientras los huesos se cocían en grandes ollas que emitían el olor apestoso de la descomposición. Masticaba un pan con una loncha de jamón curado, y de cuando en cuando dejaba el plato en el asa de la olla para que el vapor le calentara la comida. Mantenía un debate silencioso con su padre. Se jactaba ante él, muerto hacía mucho tiempo, de que había llegado a ser antropólogo forense, pero no un forense hurgacadáveres cualquiera. Estaba examinando los restos de la familia imperial. De vez en cuando revisaba el guiso burbujeante de restos y se echaba a la boca otro dulce.

—Identificar los doscientos seis huesos del cuerpo humano ya es difícil de por sí. Pero es casi imposible reconocer unos huesos degradados químicamente y que han pasado setenta y tres años expuestos en una tumba poco profunda. Pasamos horas enteras

reconstruyendo tibias destrozadas, cráneos aplastados con bayonetas, vértebras quemadas y desintegradas. Muy difícil, pero conseguimos al fin dar unos resultados provisionales y preliminares. Hay que hacer más cosas, por supuesto: preparación de muestras, extracción de ADN, ampliaciones de PCR, pruebas extensas de ADN comparando con muestras de los parientes, para demostrar la autenticidad de los restos, antes de que se anuncien unos resultados concluyentes, e incluso entonces...

—Al grano, Rostislav Alexeevich —lo interrumpe Darya—. No tenemos el día entero.

—Los restos pertenecen a los Romanov —responde él.

—¿Estás seguro? —le pregunta Darya—. ¡Júralo sobre la tumba de tu madre!

—Darya Borisovna, no me insultes, por favor.

Darya se pone de pie y camina hasta los ventanales, de luz clara y afilada como una navaja de afeitar. Tiene el impulso de rezar, pero, ¿a quién? ¿A qué? Los ventanales dan al jardín trasero, en cuyos arriates trazados cuidadosamente brotan margaritas, magnolias, begonias y lirios tan coloridos como los frascos que se exhiben en el interior. ¿Cuándo ha venido la primavera? ¿Será diferente el año que viene? ¿Notará ella el cambio de las estaciones? ¿Se alegrará de las flores abiertas? ¿Sentirá bajo sus pies el crujido de las hojas del otoño? ¿Sentirá en el ala de su sombrero el peso de los primeros copos de nieve gruesos? Se vuelve hacia el perfumista, con la garganta seca, la lengua pesada. Se humedece los labios y hace la pregunta que ha estado evitando desde hace setenta y tres años.

—¿Identificaste los restos de Alexei?

—Ahí es donde quiero ir a parar, Darya Borisovna. Me estás poniendo nervioso; ¿te puedo pedir que te sientes?

Ella se queda de pie, paralizada, incapaz de moverse, hasta que él se le acerca y le pregunta si está bien, si le puede ofrecer un vaso de agua, cosa que a ella le arranca un fuerte suspiro, porque se da cuenta de que nada podría calmarla en ese momento, ni siquiera el fuerte vodka de Criadito.

—No quiero agua, Rostislav. Limítate a responder a mi pregunta.

—¡La respuesta es que no me queda duda, ninguna duda en absoluto, de que los huesos del zarévich Alexei Nikolayevich Romanov, sucesor y gran duque de Rusia, no estaban entre los restos!

Todos los ojos se vuelven hacia Darya, y ella tarda un momento en asimilar la buena noticia, y otro momento en recuperar el

dominio de sus músculos. Se acerca a la mesita, coge una copa alta de champán, la alza en un gesto de alegría poco común en ella y se la bebe de tres tragos rápidos. Toma la mano del perfumista y le da unos apretones afectuosos.

—Gracias, Rostislav. Me confirmas lo que siempre había sabido. ¡Toma, bebe un poco de champán!

La secretaria general se lleva una servilleta a los labios.

—Darya Borisovna, ha de saber que hemos recibido hace poco un telegrama que nos informaba de que un aspirante al trono ha estado viviendo discretamente en Rusia.

—¿Dónde? —exclama Darya—. ¿Aquí mismo? ¿El zarévich en persona? ¿Un hijo suyo? ¿Un nieto, quizá?

—Eso puede descubrirlo usted misma. Siendo como es la única superviviente de aquella corte imperial, es la persona más cualificada para confirmar las pretensiones de esta persona o para refutarlas. Se puede organizar un encuentro.

Darya se aferra a su bastón; el contorno de su cuerpo cobra una juventud nueva.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En cuanto esté usted dispuesta a viajar a la finca de la gran duquesa Sofía Sheremetev.

Capítulo 6

Cuchillo en mano, Darya se arriesga a subir por la escalera empinada que conduce al piso superior y avanza por el pasillo de su casa. En las paredes quedan señales desvaídas de marcos de todos los tamaños cuyo robo no deja nunca de lamentar, sus recuerdos de la corte imperial: las coronaciones, los nacimientos, los aniversarios, las muertes que estaban plasmadas en esos lienzos.

El mismo roedor imprudente que le mordió la punta de los pies aquella mañana corre a su espalda y sube la escalera, deseoso de asaltar su escondrijo secreto y de clavar los dientes hambrientos en su tesoro. Darya levanta el bastón con intención de clavarle la contera de plata con un movimiento rápido. Con la mano en alto, se le ocurre que ya basta. Ekaterinburgo ya ha visto demasiada muerte.

Ahuyenta al roedor con un movimiento del bastón y apoya los labios en la empuñadura de águilas bicéfalas; el cuerpo del bastón está brillante de haber sido pulido con aceites de sándalo, jengibre y pachulí. Mira a su alrededor para cerciorarse de que está sola; es un hábito del pasado del que no se puede deshacer. Con una sonrisa en los labios regordetes, imita al zar, levanta el bastón sobre la cabeza y lo blande con una agilidad inesperada para su edad, como si el zar estuviera reprendiendo a su único hijo por haberse escondido bajo la mesa del comedor en una cena de gala de Estado que se celebraba en el Palacio de Diversiones. Había quitado a la gran duquesa Chostayovska un zapato de tacón y lo había plantado en la mesa, delante de su padre. El zar había mandado a su hijo que devolviera el *trofeo* a su legítima dueña, y el zarévich lo había hecho así, pero no sin antes dejar caer dentro una fresa gruesa y jugosa. La gran duquesa había vuelto a encajarse el zapato en el pie con una sonrisa horrible en la cara cubierta de colorete. A resultas de aquello, se había prohibido al niño que asistiera a actos formales durante varias semanas.

Darya había considerado con enfado que el castigo era injusto,

ya que la salud de Alyosha no solía permitirle asistir a tales ceremonias. A ella le habría parecido bastante una severa reprimenda de su padre. Con todo, Nicolás II era un buen padre, desde luego que sí. Siguiendo por el pasillo, Darya dedica un momento a saludar a la cabeza de bisonte disecada que está montada sobre la puerta de entrada al salón, cuya mirada apagada le sirve de recordatorio constante de sus padres. También aquel es un viejo hábito, como si pudiera desencadenar más desventuras si despreciara al primer bisonte que cazó Sabrina. Agita dos dedos dentro de su bolsillo y surge una corriente de mariposas que le ablandan el ánimo, le adornan el pelo y le escarban entre el armiño ajado que le adorna el abrigo.

Abre la puerta con la llave y entra. El salón es un teatro de forma ovalada donde ella compartía en tiempos uno o dos vasos de vodka con la familia imperial y sus invitados, donde sigue disfrutando de su vodka del anochecer, sazonado con bayas alucinógenas. Lo justo para dar vida a sus recuerdos sin borrarle el presente. Las columnas corintias, el estuco que se cae a pedazos y el suelo de parqué con dibujos son recuerdos de una época lejana de opulencia, resplandeciente de plata imperial, porcelana, cristal de roca y flores exóticas enviadas desde el invernadero imperial de Tsarskoe Selo. Era allí donde no se agotaba nunca el Château Lafite, el Mouton Rothschild y el Larose, y el champán francés, Monopole de Charles Heidsieck, de Reims, burbujeaba como un manantial eterno. Donde después de las cenas se presentaban *ballets* a cargo del cuerpo de danza del teatro Mariinski, y los menús ornamentados, con el sello imperial, realizados por el impresor de cámara de su majestad; A. A. Levinson, de Moscú, eran un recuerdo muy estimado de una noche de arte, música y deleites culinarios.

Ahora hay una celosía de telarañas que se aferran a la lámpara de araña suspendida sobre un escenario. Una gotera del techo ha dejado alrededor del escenario un charco de un dedo de agua que debería haberlo podrido hace décadas, pero que aguanta gracias a la gran calidad de la madera y de su construcción. La máquina que producía los sonidos del viento, el trueno y la lluvia, así como un aparato que elevaba el foso de la orquesta para que el teatro pudiera servir de salón de baile, fueron saqueados ante los mismos ojos de ella cuando la revolución estaba en pleno apogeo. En aquella ocasión, ella se había escondido, agachada, tras las cortinas de terciopelo, con el corazón de luto hecho un puño sangriento en el pecho, con las venas saltándole en las sienes, mientras los ladrones registraban todos los rincones y recovecos, metiendo las

bayonetas por el tiro de las chimeneas, rasgando el damasco azul de los sofás y los sillones Luis XVI, arrancando de las paredes los tapices gobelinos, llevándose en carretillas la inmensa alfombra de seda, regalo del sultán del Imperio otomano, Abdul Hamid II. Ella tenía entonces treinta y un años y no sabía utilizar la mejor de sus bazas: ante una mirada de enfado del ojo opalino que se le había agrietado hacía poco, cualquier ladrón hubiera salido de estampida hacia la salida más cercana.

Se detiene ante el último retrato de ella que pintó Avram, al que los bastardos bolcheviques no habían visto ningún valor. Acaricia el lienzo; el duelo es palpable en cada pincelada. En el cuadro, ella está desnuda, recostada en un estrado, con los pezones erectos, con sus curvas suaves semiiluminadas por la lámpara de araña, mirando con los ojos marcados por el duelo al pintor, con una mezcla de asombro y admiración.

En el espejo deslustrado, de marco dorado, que está sobre la chimenea, contempla a la mujer antigua con cabellos como los mares plateados. Se arranca con el pulgar y el índice un pelo negro que tiene entre los rizos. Su criado de ojos de bicho tiene órdenes estrictas de no encender las dos chimeneas del salón ni ninguna de las otras treinta y seis que hay en la casa. Necesitó un trozo de ámbar gris y los poderes de un monje errante para entender por qué las lumbres le producían ataques de temblores y le llegaban hasta la médula como ráfagas de viento siberiano.

En invierno, Criadito recorre el Palacio de Diversiones envuelto en una manta, encendiendo pequeñas hogueras para entrar en calor, incapaz de comprender qué sangre tiene en las venas su señora para reaccionar de esa manera tan extraña.

Se pone en cuclillas junto a la chimenea, comprueba si hay suciedad o excrementos de rata en el tiro. Al no ver nada, quita una mota de polvo de la moldura dorada que rodea el hogar, y extrae después un paquete grande de un nicho oculto en el tiro.

Desenvuelve varias capas de tela hasta dejar al descubierto un bloque poroso, ceroso, de ámbar gris, de tonos cenicientos abigarrados como el mármol. Acaricia el ámbar gris, se frota las palmas de las manos, se las lleva a la nariz para absorber el perfume de los siglos, las pleamares y las bajamares, el calor de las olas bañadas por el sol, los relámpagos de los cielos de Crimea, la arena caliente que le corre entre los dedos de los pies. El salón se llena de olor a brisa marina, a miel caliente y a mariscos, que la hace volver vertiginosamente al día que su madre le dio el colgante de Fabergé, a su vida con los Romanov y a aquel día decisivo en la costa de

Crimea en que ella descubrió aquel ámbar gris.

Extendiendo los dedos sobre la superficie, mide la mitad; después, tres cuartas partes; después, un poco más. Todo aquello se lo debe al zarévich. Haciendo acopio de valor, alza el cuchillo y lo baja de un rápido movimiento, dividiendo el ámbar gris.

Algo asoma de la parte cortada, como una advertencia. Ella, muy turbada, pasa la palma de la mano por la superficie mantecosa para descubrir qué puede estar incrustado en ella. Toca con los dedos el objeto, suave y duro. Lo ase de la punta y lo afloja cuidadosamente, agitándolo de un lado a otro, haciendo un poco más de presión para soltarlo sin estropearlo. Sale una mano de esmalte en miniatura, abierta como en gesto de oración. Ella toma la manita cuidadosamente, con dos dedos, sin soltarla, temiendo que se rompa o que vuelva a meterse y a enterrarse. Mientras la respiración le duele en el pecho, hace salir el resto. ¡Un amuleto! Una figura infantil mitológica, con orejas puntiagudas de esmeralda y vientre de ópalo, la mira fijamente con ojos de rubíes.

Suelta un grito de incredulidad, cierra el puño sobre el amuleto y vuelve a abrir la mano para mirarlo más de cerca. Con el corazón agitado, deja el amuleto en la palma abierta de su mano y le inspecciona la espalda; su índice percibe algo grabado. Va apresuradamente a la ventana, descorre las cortinas levantando una nube de polvo y dejando entrar un haz de luz que no sirve de gran cosa. Necesita su lupa. Es ilógico que sus ojos penetren el pecho de las personas para descifrar sus emociones, pero que les resulte difícil leer letras pequeñas. Revuelve un montón de periódicos amarillentos en una mesa auxiliar, busca en los cajones de la vitrina ornamentada, tras el retrato que está apoyado en el espejo sobre la repisa de la chimenea. Entreabre la puerta y grita:

—¡Criadito! La lupa. ¡Ahora mismo!

Se pasea de un lado a otro maldiciendo la tardanza del enano, que debe de estar borracho de bayas.

Rascan tímidamente la puerta.

—Señora. Su lupa.

Ella saca la mano y se apodera de la lupa, la pone sobre la inscripción grabada, la mueve arriba y abajo, adelante y atrás. Incapaz de confiar en sus ojos, limpia el vidrio con su falda y mira fijamente la inscripción con los ojos posesos de un incrédulo.

Alexei Nikolayevich Romanov. 12 de agosto de 1904

Al cabo de ochenta y siete años, conserva vibrante el recuerdo del día del bautizo del zarévich. Aquel día caluroso de verano se le

concedió a ella un gran honor. Aunque era una huérfana joven e inexperta, la designaron para que llevara a la pila bautismal al sucesor al trono ruso. Ya por entonces sentía al zarévich con su corazón, con todos los nervios de su cuerpo, hasta lo más hondo de su médula. Aquel día, ella había prendido aquel mismo amuleto del traje de cristianar del zarévich, un poco a la izquierda, justo por encima de su corazón. El amuleto había desaparecido años más tarde. Con su pérdida había cambiado a peor la suerte de los Romanov.

Busca a tientas una explicación que de momento no está a su alcance, se prende el amuleto del vestido y va al otro extremo del salón, a mirarse en el espejo de cuerpo entero, cuyo vidrio está lleno de manchas. El bautizo cobra vida en el espejo. La familia imperial, dignatarios de todo el mundo, diplomáticos, grandes duques y grandes duquesas congregados en la capilla del Palacio de Peterhof para celebrarlo con el zar y la zarina como si todo marchara bien en su mundo. Pero no todo marchaba bien. Rusia estaba en guerra contra Japón. La Marina rusa estaba en un aprieto. Una serie de derrotas inflamaban la ira del pueblo. Por toda la nación bullía el descontento con la familia imperial por su supuesta indiferencia ante la corrupción en el Gobierno. Los liberales, los socialistas, los marxistas y los populistas formaban sindicatos. Se estaban sembrando las semillas de una revolución.

Darya envuelve el resto del ámbar gris en sus cubiertas protectoras y lo mete de nuevo en el nicho superior de la chimenea. Inspecciona el resto de la sala buscando indicios de intrusos, las florituras sobre la ventana, cuyos detalles precisos ya están oscurecidos, el añil que fue magnífico, ahora descolorido, las cerraduras oxidadas de las ventanas. El eje de la lámpara de araña, cubierto de terciopelo ajado, todavía suspendido del techo con firmeza, oscila levemente como impulsado por la mano de un fantasma juguetón. Sale del salón y cierra la puerta con llave, y mueve el picaporte de un lado a otro, tal como hace con todas las puertas cerradas con llave del pasillo superior. La vida le ha enseñado a estar en guardia. Nunca se sabe cuándo puede irrumpir por la puerta otro disidente, otro soldado u otro grupo de revolucionarios dispuestos a intentar sustraerle más recuerdos suyos.

—La cena está servida, señora —dice en voz alta Criadito desde el piso inferior.

—Estoy ocupada —responde ella, bajando por las escaleras.

Criadito está en el rellano con la cara larga por la desilusión.

—¿Un vaso de vodka, quizá?

—Más tarde, quizá, pero no me esperes. Cena tú, suelta a los gatos y da de comer a las mariposas.

Entra en su habitación. Elige un par de vestidos de la emperatriz, dos juegos de ropa interior, un par de zapatos y otro por si hay algún acto formal, y lo deposita todo sobre la cama junto al ámbar gris. Revisa un bolso con cierre de aros rematados en bolas de metal que encajan unas en otras. El bolso es lo bastante resistente como para aguantar el peso de las joyas preciosas que llevará a la finca de Sheremetev, joyas que ella ha estado custodiando desde hace décadas. Siente en la boca un sabor amargo a ceniza cuando le llega el recuerdo acre del día en que ocultó las joyas imperiales bajo las tablas del suelo del sótano de esta casa. Soltaba maldiciones, gritaba y se dolía mientras enterraba los zafiros, rubíes, diamantes, perlas y esmeraldas, con la certeza de que un día se devolverían a su legítimo propietario. Tenía razón. Ese día ha llegado.

Recorre su dormitorio a lo largo, hacia el trastero lleno de polillas, con su olor a cosas que han conocido tiempos mejores. Ella procura evitar ese lugar. La habitación, que fue la biblioteca del zar, sirve ahora de trastero lleno de baúles y maletas abandonadas y de cajas diversas. Echa una rápida ojeada y elige un maletín de piel de cerdo que ha perdido el brillo por la pátina del tiempo, con herrajes dorados complicados que le dan un aire decadente. Se le despierta el leve recuerdo de haber visto este maletín en alguna parte en el palacio, o quizá llevado por algún criado. Apaga el recuerdo y saca a rastras el maletín, que deposita sobre la cama. Le sorprende la facilidad con que se abre la cerradura; la observa más de cerca y descubre que la cerradura y los herrajes son de oro macizo, que, a diferencia de los seres humanos, no se oxida. Levanta la tapa, haciendo brotar una bocanada de moho y colonia rancia.

Un trozo de papel plegado, una página arrancada quizá de un cuaderno, yace olvidada y amarillenta en un rincón del forro color marrón opio con telarañas. Retrocede y observa la hoja como si esta pudiera cobrar vida y morderla, o abrir un portón por el que irrumpirían unos recuerdos que ella preferiría tener a raya. Bajo un borde curvado del papel asoma la silueta de algo escrito. Lo toma entre el pulgar y el índice y lo inspecciona desde todos los ángulos antes de desplegar la hoja delicada para poner al descubierto lo escrito con esa letra que ella conoce bien: el texto algo inclinado, la delicadeza de ciertas letras con sus bucles alargados, la tinta roja azulada, una fórmula especial que apenas se desvanece con el

tiempo. Sí, no le cabe duda de que la letra es del zar Nicolás II. Su zar era meticuloso, desde luego que lo era; prestaba atención a cada trazo y a cada rasgo preciso que ponía en el papel.

Le palpita una vena en el cuello mientras se acomoda en el borde de la cama y alisa cuidadosamente el papel sobre sus rodillas. La vista le salta a la parte superior de la hoja buscando un título, una fecha, que faltan.

> *Hoy ha sido un día especialmente difícil. Hace calor y no nos permiten abrir las ventanas. Sunny tiene que guardar cama por su ciática... Las niñas se entretienen haciendo ganchillo. Y... Alexei... aburrimiento... con su caja de chucherías. A las nueve se rezaron las Vísperas. El día de la Presentación tuvimos que pasar sin servicio religioso..., no lo permitieron. Se parte el corazón al oír... lo que pasa en Petrogrado... Cómo pueden esos canallas bolcheviques... Tengo el alma confusa. Me preocupa el mismo... pensamiento. ¡Mogilev! ¡Guerra! Qué mal juicio... una vida de tormentos... Perdona este pecado... ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? Señor... no puedo... ni siquiera con Sunny... los detalles me los llevaré a la tumba.*

Darya vuelve el papel de un lado a otro, buscando una frase más, una palabra más, con la esperanza de desentrañar el significado de las letras desvaídas, cualquier pista que aclare el motivo de los sufrimientos del zar. ¿Qué podría estar cargándolo de tal tormento personal? Pasa un dedo por el borde rasgado de la hoja, ya con la certidumbre de que esta debió de arrancarse del diario que seguramente llevaría el zar durante su estancia en la Casa de Propósito Especial. Pliega el papel y lo mete en el forro de la maleta, un misterio más que queda relegado a las revelaciones del tiempo. Con un vestido de terciopelo negro con remates de gasa hechos a mano, mangas anchas y cola deteriorada por miles de pisadas accidentales, levanta la maleta y emprende su viaje a la finca de la gran duquesa Sofía Sheremetev.

Capítulo 7

Una templada brisa crimea hace entrar el rugido lejano de las cataratas por la ventanilla del Volga alquilado, cuyo motor tose bocanadas de humo negro. Más lejos, en el horizonte, más allá de la franja de vegetación subtropical exuberante, un antiguo volcán se clava en el cielo brillante. Los valles, a lo largo de los barrancos, están adornados de viñas cargadas de uvas. El ojo de Darya palpita de dolor con el recuerdo de aquellos años remotos en que se consumían centenares de botellas de vino tinto y blanco de Massandra, la finca del emperador en Crimea, durante los bailes invernales en San Petersburgo.

Han pasado ochenta años desde que puso los ojos por última vez en este paisaje maravilloso de barrancos escarpados, desfiladeros profundos y montañas exuberantes que dominan el mar Negro. En aquella costa encontró ella el ámbar gris. En aquella costa, Grigori Yefimovich Rasputin consiguió superar su resistencia y sumirla en un trance hipnótico. Y en aquella costa, su madre, la princesa Sabrina Josefina de Corinin, le dio el colgante con el huevo de Fabergé que ella ha llevado a modo de talismán durante ochenta y ocho años.

Ahora, décadas más tarde, con la memoria intacta, Darya se vuelve hacia Rostislav, que va al volante.

—Haz todo lo que puedas para que corra este coche monstruoso. No llevas ninguna mercancía frágil.

Rostislav se seca la frente con la manga.

—Deberíamos haber tomado habitaciones en un hostal primero.

—*Nyet!* Nunca. Cuanto menos tiempo se pase en esos sitios odiosos, mejor.

Aun cuando su búsqueda constante del zarévich la hace salir de casa y la obliga a tomar una habitación, ella se empeña en dejar sus escasas propiedades en su bolsa de viaje en vez de echarlas en un armario que ha debido de mordisquear la ropa interior sucia de algún que otro bolchevique sin padre.

—¡Rostislav Alexeevich Dalevich! ¿Por qué vas tan despacio hoy?

—¿No ves los centros estatales de inspección al aire libre? Están llenos de policías a rebosar.

Ella suspira y revisa las joyas que lleva guardadas en el bolso. Sale revoloteando una mariposa que se le posa en el hombro.

—Fuera —la riñe—. Vete a la derecha, o te escupiré encima.

Vuelve a recostar la cabeza en el asiento, convencida de que no llegará a aceptar nunca lo que ha sido de su país, de que no entenderá nunca a una generación que se deja dirigir por un puñado de opresores. Abre su colgante e inspira hondo.

Al perfumista se le cierran las pupilas y, como si estuviera en presencia de Shesmu, dios egipcio de los aceites preciosos y de la embalsamación, inspira hondo varias veces dilatando las aletas de la nariz. Conoce bien el ámbar gris; ha intentado con frecuencia, sin éxito, conseguir un poco en el mercado negro para emplearlo en sus perfumes a modo de fijador, de base a partir de la cual crearía una mezcla mejorada de fragancias raras y perdurables. Aunque lo ha intentado muchas veces, no ha conseguido emular con ningún otro ingrediente el perfume de sutileza única que aporta el ámbar gris a la mezcla de aromas de un frasco.

Se pregunta cómo habrá obtenido Darya este raro ámbar gris. La armonía de aromas embriagadores demuestra que este ámbar gris es muy superior al que se recoge del estómago o el tracto intestinal irritado de los cetáceos muertos. Este ámbar gris se vomitó al mar y se curó como es debido durante décadas. Si él aplicara sus conocimientos al ámbar gris, fruto de un estado patológico provocado por alimentos marinos indigeribles (picos de pulpos, caparazones duros de moluscos, calamares), crearía un perfume excepcional gracias al cual a él lo recordarían como la mejor nariz de la historia. Darya cierra el huevo de Fabergé y le echa el broche con un chasquido.

—Darya Borisovna, ¿te sobra algo de ámbar gris?

—Ojalá, Rostislav. Quisiera rellenar mi propio colgante, no me queda mucho. Si tú encuentras algo, avísame, ¿quieres?

Rostislav vuelve la mirada hacia la carretera serpenteante, aferrándose al volante con tal fuerza que se le ponen blancos los nudillos. Ella le oculta la verdad. La vacilación imperceptible de su voz, el leve temblor de sus párpados, los golpecitos nerviosos de sus labios sobre su bolso lo demuestran de sobra. La verdad es que debe de tener algo de ámbar gris escondido en alguna parte. Quizá entre su tesoro de joyas, que va a empeñarle a él de vez en cuando para

conseguir dinero con el que comprar comida y otros artículos necesarios. Ella insiste en que las joyas se las deja a él en prenda hasta que reúna el dinero para devolverle los préstamos. Pero él las considera suyas para siempre, ya que la probabilidad que tiene ella de reunir dinero es nula.

Darya acaricia el vientre redondeado de ópalo, las manos abiertas y los ojos saltones de rubí del amuleto que lleva prendido al vestido. Siente una oleada repentina de optimismo. Si el amuleto se escondió durante años para presentarse en este momento, será por un buen motivo.

El coche Volga pasa ante el parque tropical de Prymorski, donde la estatua de Lenin contempla desde lo alto las aguas oscuras. A Darya se le llena la boca de cenizas amargas ante la arrogancia de ese rostro. Una placa conmemora el decreto de Lenin de 1920 sobre el uso de crimea para el tratamiento médico del pueblo obrero.

—Qué absurdo —dice con enfado—. Ese hombre odioso hizo de Crimea un lugar de diversión para las masas, destruyendo el corazón cultural de Rusia.

—¡A tu izquierda! —exclama Rostislav—. El Palacio de Livadia.

A ella se le tensan los músculos al ver el palacio imperial, que contiene un tesoro de recuerdos. Antes fue la joya y el orgullo de los Romanov, ahora es un museo.

—Por qué, Rostislav, dime por qué tuvieron que convertir el palacio en museo. Y ni siquiera para recordarlos como santos, sino para exhibir su vida como si fueran un trasto barato. Hasta a sus perros los trataron mejor. Dime, Rostislav Alexeevich Dalevich, ¿crees que la familia imperial pudo prever su destino? Al fin y al cabo, eran santos. Divinos.

—Sí, lo eran, ciertamente. Pero yo no lo entiendo. Fueron tantos los que se volvieron contra ellos al final... Sí, había pobreza, claro está, pero el zar estaba intentando arreglar las cosas. Somos un pueblo impaciente, Darya. Queremos que se cumplan en seguida nuestras exigencias.

—¡No! Esto no lo hicimos nosotros. ¡Fueron los bolcheviques! ¡Los rojos! ¡Los liberales! Como se quisieran llamar —grita Darya, asiendo con una mano el brazo de Rostislav y dando golpes con la otra en el salpicadero.

A Rostislav se le escapa de las manos el volante. El coche se desvía acercándose peligrosamente al precipicio. Recuperando el control del coche y de su corazón desbocado, Rostislav grita:

—¡Tranquilízate, o nos vas a matar a los dos!

—¡Que me tranquilice! ¿Cómo, en nombre de Dios? Esos

fanáticos sedientos de sangre lo destruyeron todo con su Declaración sobre la Europa Liberada. ¿Es esta una Europa liberada, Rostislav? ¡Mírame a los ojos y dime la verdad!

Ante su silencio, busca en su bolso y encuentra dos bayas alucinógenas escondidas bajo las joyas. Se dispone a echárselas a la boca, pero se contiene. Hoy, su presente es mucho más importante que su pasado.

Rostislav abre la guantera y saca unas bolas de chicle.

—Cuando me reúna con el zarévich, te invitaré a Massandra a tomarnos una buena botella de madeira. Puede que dos. Nos emborracharemos, Rostislav, nos pondremos tan borrachos como Dioniso.

—No digas cuando te reúnas con el zarévich, Darya. Si te reúnes con él. Hay demasiados condicionantes en el cuadro. En primer lugar, su edad. Si ha sobrevivido a la hemofilia y a los embates del tiempo, tiene ochenta y siete años, no es muy joven. En segundo lugar, nadie ha dicho que este aspirante al trono sea el zarévich en persona.

—El zarévich vive y está bien, Rostislav. Y no me gusta esa actitud pesimista tuya. Concéntrate y conduce más deprisa.

Él, con una sonrisa displicente en su perfil quemado, lleva el coche hacia un claro en forma de península junto a una curva de la carretera y lo detiene en un mirador que sobresale de la ladera de la montaña. Masticando el chicle, Rostislav despliega el mapa y lo extiende sobre el volante. Señala con el dedo.

—Allí.

Frente a ellos, posada sobre un barranco, está la finca de Sheremetev. Allí los espera el aspirante al trono, el mismo zarévich con quien ella había establecido un vínculo emocional desde mucho antes de que su propia madre fuera consciente de que estaba embarazada de él.

Capítulo 8

El Volga petardea por el ancho camino privado circular de la finca de Sheremetev. Se cierra a sus espaldas un doble portón ornamentado, coronado con el emblema de los Sheremetev: dos leones, uno con un cetro en la garra y una rama de laurel en la boca, el otro blandiendo una rama de olivo.

Esta obra maestra de la arquitectura, de estilo europeo, creación del italiano Bartolomeo Rastrelli, domina las orillas cálidas de Ucrania; uno de sus lados desciende hacia el mar sin que sus límites estén señalados con una simple verja siquiera. Es notorio que la finca ha cambiado de manos veinte veces en el transcurso de dos siglos, perdida en borracheras y en partidas de cartas, hipotecada una y otra vez, pero consiguiéndose siempre que siguiera perteneciendo a algún miembro de la familia Sheremetev.

«Esto es un hogar», suspira Darya. «Así es como hay que vivir, sin vergüenzas y a plena vista de todos». Conoce bien a los Sheremetev, una de las familias más ricas cuando ella era joven. A diferencia de otras familias distinguidas que ascendían y caían con los cambios de emperador, esta dinastía se mantuvo en gracia hasta el final mismo. Los Sheremetev habían servido a la corte imperial en calidad de compañeros del zarévich, de chambelanes de la zarina y de diplomáticos y jefes militares del zar. Nicolás II otorgó a los Sheremetev terrenos fértiles en el sur de Rusia y en Ucrania, además de grandes extensiones de bosque que les permitieron multiplicar su riqueza creando fábricas papeleras e industrias.

Aunque durante la revolución bolchevique fueron asesinados algunos miembros de la familia, y otros huyeron del país, la actual propietaria, la gran duquesa Sofía, se quedó en Rusia y consiguió el anonimato a base de sobornos, para recuperar después un estilo de vida restaurado que pocos se imaginaban en un mundo postrevolucionario. Se rumorea que el Estado buscó a la gran duquesa y la encontró por fin cuando esta salió del anonimato tras la revolución para reclamar su propiedad, haciendo valer su

encanto inagotable y sus ricos diamantes sueltos.

Los guardias de la puerta principal descienden por la ancha escalinata de mármol y se sitúan a ambos lados del coche Volga para dar la bienvenida a Darya y a Rostislav y llevarse ágilmente sus maletas.

Darya hace caso omiso del brazo que le ofrece un criado, que abre todavía más los ojos de plato al ver a aquella mujer que parece salida de una fotografía de tonos sepia de la época de los Romanov.

Se abren de par en par las dos puertas de roble pulido, y los hacen pasar al gran vestíbulo donde se exhibía en tiempos una de las colecciones más amplias de arte europeo, pero que, saqueada durante la revolución, se ha rehecho ahora con obras modernas de Chagall y de Kandinski y un retrato de santos bizantinos de grandes ojos, con cabellos pálidos y brazos y caras en miniatura. Sobre las mesas están dispersas tabaqueras de Fabergé con joyas engastadas y ceniceros de malaquita que forman parte de una colección de tesoros heredados que se volvieron a traer del exilio. Se rumorea que la duquesa posee treinta y seis diamantes de pesos que van de los ocho a los dieciséis quilates, tan inigualables por su color, talla y claridad que no se les puede poner precio.

Una chispa de esperanza reluce en los ojos oscuros del perfumista. Si juega bien sus bazas, a la gran duquesa no le costará mucho premiarlo con uno de los ceniceros con joyas engastadas que están dispersos por el vestíbulo como si fueran guijarros. El Gobierno, en bancarrota, no tiene recursos para importar las esencias de gran calidad que él necesita para sus perfumes, cuánto menos fijadores costosos como el ámbar gris, pero un cenicero de aquellos podría hacer realidad sus ambiciones.

Darya observa su entorno con agrado y veneración, como si hubiera vuelto a pisar un palacio de los Romanov, como si fuera a aparecer en cualquier momento la zarina a preguntarle cómo está su pupilo. Se ordena el pelo con los dedos, se alisa la falda y se pasa la lengua por los dientes perfectamente sanos mientras un taconeo regular sobre suelos de parqué anuncia la llegada inminente de la gran duquesa.

Esta surge de uno de los muchos pasillos radiales, trayendo consigo el aroma de Rose Blanche, la fragancia favorita de la emperatriz Alejandra. Un sombrero de ala ancha adornado con una pluma le arroja sombra en la cara. De entre sus labios de color rojo sangre sale una boquilla de esmalte. Juguetea con una sarta de perlas como Darya no ha visto otras iguales salvo las de la emperatriz, perlas de agua dulce que relucen como colas irisadas de

pavo real. Una mota de ceniza de cigarrillo cae sobre el brillo perfecto del esmalte de uñas rojo de la duquesa, que se la quita de encima de un soplido con gesto de molestia.

Tras ella hay un hombre apuesto, vestido de uniforme, con un cinturón de cuero que le ciñe la figura maciza, con un cenicero en equilibrio sobre la palma de la mano. El hombre dirige la mirada a un lado y otro para posarla después sobre Darya y Rostislav, como si la mera presencia de los dos fuera una afrenta para su señora.

La gran duquesa tiende una mano hacia sus visitantes, con brazaletes de diamantes en su muñeca delgada.

—Los esperaba antes. Está aquí, ¿saben? El aspirante al trono. Hoy hemos tenido un día muy agitado, muy especial. Su presencia nos ha alborotado. Hagan el favor de seguirme al salón.

Atraviesa la alfombra persa y los suelos de maderas nobles, pasa ante un guardarropa con paneles de seda en cuyos estantes de caoba hay encendidas velas aromáticas y por un vestíbulo que conduce a un salón.

Se instala en una butaca en la cabecera del salón e invita con un gesto a Darya y a Rostislav a que ocupen los dos asientos opuestos. Después de haberlos puesto en sus sitios respectivos, se asienta en su cara empolvada una expresión de tedio.

Cada una de las notas discordantes del caro perfume de imitación que lleva la duquesa es una afrenta para los sentidos olfativos de Rostislav. Abre su maletín con un clic, extrae un frasco de cristal de Baccarat, le quita el tapón haciéndolo girar y se lo lleva a la nariz.

—Su perfume favorito, señora. Rose Blanche. La fórmula exacta, sin que falte ni sobre una sola nota.

La gran duquesa se aplica un toque de perfume en la concha transparente de cada lóbulo. En sus labios rojos vivos aparece la sombra de una sonrisa.

—Un regalo para usted también —añade Rostislav, dirigiéndose al hombre apuesto que ronda cerca de su señora como protegiéndola de algún peligro inminente—. El agua de colonia favorita del zar, de cedro aromático y hojas de eucalipto.

—Gracias —dice con una voz tronadora que intimida todavía más que su estatura.

La duquesa alza la cara hacia el techo y exhala una bocanada de humo. Aplasta el cigarrillo en un cenicero donde ya hay restos de colillas manchadas de barra de labios y se dirige a Darya.

—Es una leyenda viviente, Darya Borisovna, y, como pasa con las leyendas, algunas cosas que se cuentan son ciertas y otras son

puras invenciones. Cuénteme sus relaciones con los Romanov, sobre todo con mi abuela Tamara.

—Dios la tenga en su gloria. Que tuviera que morir tan joven, y con el talento que tenía, y de pena nada menos.

Darya desabrocha el bolso para buscar un resto de baya, una fibra de ámbar gris, cualquier cosa que le mitigue los recuerdos que la asedian, pero respira hondo y cierra enseguida el bolso.

—El zarévich era aficionado a las miniaturas que hacía ella, hasta el punto de que no me sorprende que se sienta a salvo aquí, con vuestra majestad .

—No hace falta que me llame así —responde la gran duquesa con una llaneza poco frecuente en una persona de su categoría—. Basta con que me llame *duquesa*. Y sería prematuro saltar a la conclusión de que el aspirante al trono que espera su llegada es, en efecto, el zarévich.

Pone de pronto la mirada en el amuleto que lleva Darya prendido en el vestido.

—¿Dónde he visto esto antes? ¿En una fotografía? Sí, eso creo.

—En la solapa del zarévich —apunta Darya—. Yo procuraba que lo llevase allí siempre.

—Sí, sí. Pero, ¿cómo ha llegado a su poder?

Darya inspecciona los ojos de la duquesa, negros y muy separados; no encuentra en ellos ninguna amenaza, y esboza una sonrisa.

—La historia es larga e increíble. Se lo había regalado yo al zarévich, y de alguna manera supo volver a mí.

La gran duquesa da golpecitos sobre la superficie de la mesa con un cigarrillo de boquilla dorada. El guardián se apresura a encenderle el cigarrillo.

—Entonces, cuéntemelo todo, Darya. No se salte nada, ni siquiera las ejecuciones. ¿Es verdad que estaba allí? Y, en tal caso, ¿cómo sobrevivió, en nombre del cielo?

—Mi historia no empieza por el final, sino por el principio, cuando los Romanov me invitaron a la corte.

—Entonces, empiece por el principio. Sé que espera con impaciencia ver al aspirante al trono, pero es importante para nuestra futura monarquía que yo distinga la ficción de la realidad en lo que respecta a sus relaciones con los Romanov. Su vida está rodeada de muchos mitos, Darya. Tiene que decirme la verdad.

Capítulo 9

— 1904 —

La finca de Belovezh resplandece de velas gigantes y candelabros de Baccarat. Se ha instalado una amplia carpa en el claro, ante los refugios, y las notas melodiosas de *El Danubio azul* salen flotando y resuenan por el bosque. La emperatriz ha enviado desde el invernadero imperial del Palacio de Alejandro centros de lilas de la altura de un hombre, en jarrones. De las cocinas portátiles y de los hornillos de cerámica asciende el olor del cordero asado, de las perdices y del caviar de esturión beluga trufado, que se mezcla con el aroma del hidromiel, de los pinos y de la impaciencia. Es el decimoséptimo cumpleaños de Darya.

Boris Spiridov, con camisa blanca, corbata floja y chaleco desabotonado, con el pelo salpicado de plata, hace trotar a su semental por la finca, dando las últimas instrucciones, cerciorándose de que se hayan puesto las mesas con manteles almidonados y la cubertería de plata que lleva estampado el emblema de la familia, de que haya bebidas en abundancia y de que los cocineros estén atentos.

Haciendo crujir con las botas las agujas de pino caídas, barriendo el suelo con la falda azul zafiro, Sabrina Josefina da consejos a Darya sobre los matices del protocolo de la corte, los peligros y las alegrías de tener sangre real y el arte de la seducción.

Sus muchos pretendientes, caballeros de todas las edades que vienen de visita, aristócratas jóvenes y viejos, nobles y grandes duques, llegan de todas partes con espléndidos regalos de todas clases y promesas de devoción eterna. Ella, como Sabrina, es partidaria de conocer a los jóvenes educados que puedan tener posibilidades. Tiene curiosidad, quiere evaluarlos por sí misma, medir la primera reacción de ellos. Al fin y al cabo, ella es distinta. Ese primer momento de un encuentro es lo que importa, si la miran boquiabiertos como adolescentes atónitos o si están dotados de la sabiduría y del dominio de sí mismos que se alcanzan con la

madurez y con un imaginación sana. De momento, ninguno ha salido airoso de su escrutinio.

De manera que prefiere vadear los arroyos, intentar descifrar sus sueños o buscar un milagro sanador más que brote del suelo. O bien, lo que más le gustaría sería tomar con Boris el tren a Bialystok, la población grande más próxima, y ver las subastas a su lado, mientras él la enseña a distinguir un cuadro original de una imitación, a pujar sin suscitar demasiado interés para que no suba el precio. Le gustaría visitar alguna galería de arte, oír la filosofía de Boris sobre las diversas técnicas artísticas, sobre tal o cual obra de arte. O debatir el milagro de la imaginación con artistas de todas las tendencias, hombres de estética aventurera, clavados a su mirada opalina translúcida.

El séquito imperial llega con regalos y felicitaciones y cigüeñas que se dejan en libertad para que traigan buena suerte. La emperatriz Alejandra desea a Darya un cumpleaños feliz y muchos años más de salud y felicidad.

Darya, que lleva los cabellos rebeldes domados bajo un pañuelo fino de su madre, está radiante con un vestido brocado en plata, de cuello alto y mangas largas para cumplir con el sentido del decoro de la emperatriz. Se ha pasado cuatro horas en su vestidor, una amalgama de sombreros emplumados, velos de gasa, vestidos y guantes tachonados de diamantes falsos, corsés de puntilla y satén y zapatos de tacón resplandecientes de cristales de roca brillantes, comprados en anticuarios y en tiendecitas de las callejuelas secundarias. Hay un estante dedicado a las prendas que le envía la emperatriz después de haberlas usado ella, y que una costurera de la ciudad acorta y estrecha para que vengan bien a Darya. Las prendas y accesorios que otras personas desechan resultan preciosos y llaman la atención cuando se los pone ella.

La emperatriz entrega a Darya un icono de esmalte adornado con diamantes y perlas, una imagen de la Madre de Dios de Feodorovskaya, que apoya la mejilla en la cara de Cristo.

Darya hace una reverencia.

—Gracias, majestad. Lo guardaré siempre con aprecio.

El icono es un regalo mucho más valioso que ningún otro que haya recibido en su vida, pero ella desea más que nada apartarse de los rasgos tristes de la Feodorovskaya, de sus ojos huecos, de sus labios cargados de duelo.

La emperatriz le hace un gesto con dos dedos.

—Acércate, Darya Borisovna, esto solo lo puedes oír tú. No habría hecho este viaje en mi estado si no hubiera sido porque

quería darte las gracias en persona, querida. Aquel día, en Yalta, estuviste en lo cierto. Estoy embarazada, en efecto. Y poniendo fe en tus palabras, tengo la esperanza de que sea niño.

—Felicidades de todo corazón —susurra Darya a su vez—. No veo la hora de conocer al pequeño.

—Entonces, deberás visitarnos cuando llegue el momento. Te haré llamar. A las niñas también les encantará verte. Ahora, ve a disfrutar de tu día. No te entretendré más.

Al zar le agrada estar allí, lejos de los actos formales interminables de la corte y de las responsabilidades que le dejan poco tiempo de asueto. Da a Boris una palmada en la espalda.

—Amigo mío, me resulta difícil creer que hayan pasado diecisiete años desde que *Sunny* te presentó a Sabrina Josefina. Aquel día hiciste un buen trabajo —añade el emperador, burlón—. Ampliaste tu propia familia y redujiste la población de bisontes. ¿Están controlados los animales?

—Tanto, que parece que han dejado de reproducirse —responde Boris, devolviéndole la sonrisa.

—Eso tampoco nos interesa en absoluto. Debe haber un número controlado para que podamos disfrutar de la caza.

—Comprendido, majestad imperial —responde Boris con un saludo militar humorístico y haciendo chocar los tacones de las botas—. ¿Nos unimos a las damas?

Las notas tiernas de un dulcimer salen flotando de la carpa, donde Jazmín, la bailarina persa, se suma a tres percusionistas sentados en un estrado alfombrado. Alza los brazos, se ciñe la larga caballera a lo alto de la cabeza, recoge las piernas y se instala ante un taburete bajo de caoba sobre el que está su santur, dulcimer persa que se toca con macillos. Introduce los índices en los lazos de los macillos del santur y los hace saltar sobre las cuerdas tensas, arrancando notas que llegan a lugares remotos y que llevan consigo el perfume de las rosas persas y visiones de cúpulas turquesa, el sufrimiento de los amantes ausentes y las *Rubayat* de Omar Kayyam. Desde su última visita al bosque de Belovezh, diecisiete años atrás, han cambiado muchas cosas, pero lo que no han cambiado son sus sentimientos hacia el emperador, que, en el corazón de ella, sigue siendo el mismo zarévich tierno e inseguro que en tiempos atendía con arrobo a cada una de las palabras de ella. Deja caer los macillos sobre el dulcimer, se frota los dedos, sacude la melena de bucles negros y se pone de pie, exhibiendo todo su porte llamativo.

Está en la pista de baile, los velos perlados se mecen y ondulan a su alrededor, se retira la chaquetilla bordada para dejar al

descubierto los pechos rollizos, embutidos en un sostén adornado con abalorios. Sus movimientos son frescos, lánguidos, con la cabeza echada hacia atrás, el cuello palpitante húmedo de sudor, agitando las nalgas voluptuosas al ritmo de los tambores. Gira y se retuerce, se aleja del público flotando, da rienda suelta a sus emociones mientras cae en trance.

Van entrando más invitados en la carpa. Las mujeres se agrupan más lejos del espectáculo, charlan, intercambian cotilleos, se preguntan cómo puede seguir siendo favorita en la corte una bailarina tan descocada. Alrededor de la pista de baile están los hombres, excitados y electrizados, comiéndose con los ojos a la bailarina persa, cada uno de sus movimientos deliciosamente íntimos.

Levanta la mano y se desabrocha el sostén, haciéndolo bailar lánguidamente sobre su cabeza.

Los hombres la jalean, la aplauden, la animan. El alcohol de sus alientos se mezcla con el olor del cordero asado, de la fruta madura y del deseo.

Ella hace girar el sostén una vez, dos, como para cazar con lazo a alguno de los hombres, lo arroja hacia la entrada de la carpa.

El sostén aterriza en el hombro izquierdo de la emperatriz, que acaba de entrar.

Se oye por toda la carpa una exclamación ahogada colectiva de horror. Cesa el ritmo de los tambores, las risas y los aplausos. Las doncellas, los criados, los camareros, procuran hacerse invisibles, ocultándose tras expresiones de seriedad solemne, pegándose a las paredes de lona.

La emperatriz mira el sostén, mira fijamente aquel insulto de encaje con abalorios, fragante de perfume y húmedo de sudor. Su cara es un rictus de repugnancia; tiene los labios apretados con una palidez de muerte. Levanta la mirada para hacer frente a la ofensora. Con un gesto que solo parece semipudoroso, Jazmín se recoge la falda y levanta ante sus pechos varias capas de gasa fina, dejando al descubierto al mismo tiempo su ropa interior de puntilla negra.

Sabrina retira el sostén del hombro de la zarina, aplastándolo en una mano, conteniendo con la otra a la emperatriz, a la que toca suavemente en el brazo.

—Alix, por favor, yo me ocuparé de esto. Te lo prometo. Darya te acompañará a tu alojamiento. Te dará algo que te calme.

Alix asiente con la cabeza, conmocionada. Busca a Darya con una mano como si fuera a desmayarse.

Darya siente el impulso de escupir por encima del hombro. Va creciendo una desventura en ciernes, ácida y amarga, que se le acumula en la lengua. Darya acompaña a la emperatriz, a la que hace salir de la tienda y aleja de la multitud, sin ser consciente de que aquella misma noche ya habrá entendido lo que su corazón ya sabe.

Sabrina Josefina se adelanta por el interior de la carpa hacia la bailarina, que, después de haber gozado de ver retirarse a la emperatriz, se ha subido de nuevo al estrado.

Sabrina, con el sostén de encaje colgando de la mano, avanza como un bisonte, sube con firmeza los tres escalones alfombrados y se planta cara a cara con la bailarina.

—Señora mía... —dice con dulzura la bailarina a Sabrina, mirándola desde su altura mayor—. ¿En qué puedo servirla?

—¡En esto! —grita Sabrina, poniéndose de puntillas y rodeando con el sostén el cuello de la bailarina, asiéndolo de los dos lados y tirando con todas sus fuerzas.

Toda la carpa se agita alrededor de los dos, el viento que mueve los árboles en el exterior, el viento que se abre camino por debajo de la carpa. La lámpara de brazos que se ha instalado oscila como movida por un coro de fantasmas. Se oye el corretear de las ardillas. Pasa una nube ante la luna llena, enmarcada por la entrada de la tienda.

En ausencia de la emperatriz, los invitados, envalentonados, se agolpan ante el estrado como si estuvieran aclamando un espectáculo en un circo romano.

Sabrina ase con más fuerza el sostén, tirando, apretando, ahogándola más. Sus ojos verdes despiden chispas de rabia. Sus venas bombean veneno.

—¡Te mataré! Te arrastraré al bosque y te echaré a los bisontes.

En el labio superior de la bailarina aparecen gotas de sudor. Intenta tomar aliento, tiene convulsiones. El sostén, en la mano de Sabrina, está mojado. Jazmín ase a Sabrina de las muñecas. Se miran a los ojos con las miradas de desafío de los gatos. Boris grita a Sabrina desde alguna parte, mandándole que lo deje. Está en el estrado e intenta soltar las manos de Sabrina. A esta se le tensan todos los músculos de la cara. Los labios de Jazmín están cambiando de color. Las manos le cuelgan inertes a los costados. Boris toca a Sabrina, un toque suave en el hombro, delicado, convincente, lleno de reproche.

—¡Sabrina! —la riñe en voz baja.

Ella vuelve hacia él su mirada penetrante de rabia. Y entonces le

oye pronunciar de nuevo su nombre, siente en el brazo la presión de su mano. Suelta a Jazmín y esta se aparta jadeando desesperadamente.

Más tarde, aquella misma noche, cuando la mayoría de los invitados se han retirado y los pocos que quedan están borrachos y se bambolean al son de un tango lento, Darya y sus padres se retiran discretamente bajo la espesura húmeda de los árboles para brindar por el cumpleaños de Darya y por los diecisiete años y nueve meses de amor de Boris y Sabrina.

Se adentran mucho en el bosque, alejándose de la música y del aire cargado de vodka.

Sabrina y Boris caminan tranquilamente por delante, compartiendo una botella de champán.

—Ven, cariño —dice Sabrina, llamando a su hija—. Ven a tomar un poco de champán.

A Darya el bosque le parece extrañamente silencioso. Los árboles se arrastran hacia ella. Nubarrones densos cargan con su peso el desarrollo fecundo de los pinos, los robles y los fresnos. Darya se detiene en un camino de arena estrecho entre los árboles. Escucha, esforzándose por descifrar el silencio de una naturaleza repleta de animales de todas las especies.

Entonces ve a la Antigua. Sus velos se agitan a su alrededor levantando un vendaval; flota alrededor de una rama, de otra, desaparece tras un grueso tronco de árbol y vuelve a aparecer. En un momento dado está tentando a Darya a seguirla a la oscuridad, a un abismo de incertidumbre, a algún lugar lejos de casa; al cabo de otro momento cruza las manos ante el rostro, la pintura roja de sus uñas cuidadas se funde y gotea sangre. Darya ha aprendido a desentrañar sus sueños con la Antigua, con la certeza de que presagian algún hecho que se avecina, algo que sucederá dentro de un instante, al día siguiente, el mes que viene, el año próximo. Pero esto es distinto. Plenamente despierta y atenta, no sabe bien cómo descifrar el mensaje de la Antigua. Hasta que la Antigua, levantando los dedos ensangrentados, se señala los ojos, que están cambiando de forma, se hacen más anchos, más profundos, más oscuros, se vuelven salvajes, de fiera.

Darya hace bocina con las manos alrededor de la boca y grita a Sabrina y a Boris que vuelvan inmediatamente porque el bosque está distinto esta noche, peligroso, lleno de animales sedientos de sangre y de fantasmas silenciosos.

En un momento dado, sus padres van por delante de ella; Boris está secando el champán derramado que reluce en la mejilla de Sabrina mientras esta se vuelve a decir algo a Darya. Al cabo de un instante, los envuelve un denso vendaval de polvo del que Boris no regresa.

Un bisonte embiste, arrancando matas con las pezuñas y levantando polvo que ciega a Darya un momento. Los cuernos curvos del animal atraviesan la falda de Sabrina, que todavía empuña en la mano la botella de champán como si fuera un arma. Sabrina grita el nombre de su hija con una voz irreconocible, intenta decir algo, pero es arrojada con una sacudida violenta al suelo cubierto de piñas y hojas. La botella se hace añicos contra un árbol. El champán forma espuma y silba. Sabrina, jadeante, se pone de rodillas y avanza sobre manos y rodillas para apoderarse del gollete roto de la botella. Se adelanta penosamente a gatas y apunta a los ojos del animal con el vidrio quebrado.

El bisonte baja la testuz con los cuartos traseros temblando, rechinando los dientes, mirando a la cazadora intrépida con sus ojos inyectados de sangre. Avanza pesadamente soltando un gran bramido y pisa el brazo de Sabrina con la pata delantera, se apodera de su mano entre sus mandíbulas poderosas, y muerde.

Capítulo 10

Las baterías de artillería de la Fortaleza de Pedro y Pablo anuncian trescientas salvas por toda Rusia. El pueblo se agolpa en las calles, vitoreando. Las banderas ondean en la brisa cálida. Los cañones retumban en Kronstadt. Se canta y se baila en las calles. Se espera en la capilla de Peterhof a su majestad imperial Alexei Nikolayevich, zarévich heredero soberano, gran duque de Rusia, sucesor de la dinastía Romanov, de trescientos años de antigüedad.

El zar Nicolás II y la emperatriz Alejandra Feodorovna se pasean inquietos ante la iglesia. La costumbre impide que los padres imperiales estén presentes durante la ceremonia del bautizo de su hijo. Se miran mutuamente con alegría compartida, esforzándose por contener su impaciencia hasta el momento conveniente, cuando les harán pasar a la capilla donde ya están sentados la familia y los invitados.

Dios les ha impartido su misericordia, y de momento su alegría pesa más que el resultado catastrófico de la guerra contra Japón, que ya dura ocho meses.

Cristian IX de Dinamarca, bisabuelo del zarévich, ha venido de lejos para ser testigo del bautizo de un milagro, del primer heredero que nace de un zar ruso en el trono desde el siglo XVII. Se sienta junto a María Feodorovna, la emperatriz viuda, que está majestuosa con un vestido de brocado tachonado de diamantes. Una diadema de hojas de roble y de laurel rodeadas de espigas de trigo incrustadas de diamantes y, como centro, una citrina, le brillan sobre el cabello recogido hacia arriba.

Las grandes duquesas, primas lejanas y tías, lucen vestidos bordados de oro, joyas rutilantes, pendientes de diamantes en cascada y diademas de todas las formas y tamaños. Los grandes duques, príncipes y tíos debaten la trascendencia de este nacimiento y cómo cambiará el curso de la historia. Los funcionarios de la corte, con casacas con galones dorados, calzones de piel de alce e hileras de medallas en el pecho, se sientan en silencio y muy

derechos, esperando la llegada venerable. Cortesanos con uniformes magníficos, con galones de oro y altas condecoraciones en el pecho, debaten la situación política apurada: las negociaciones con los japoneses para obtener un puerto de aguas cálidas en el océano Pacífico habían fracasado, conduciendo a la guerra y con la perspectiva de una victoria japonesa. Si Japón ganaba la guerra, el equilibrio de poderes en el Asia oriental cambiaría significativamente, y la derrota vergonzosa podría poner al pueblo ruso en contra de su Gobierno zarista. No obstante, en homenaje a su valentía y a su valor en el campo de batalla, todos los oficiales del Ejército y la Marina rusa han sido nombrados conjuntamente padrinos honorarios del zarévich.

Las grandes duquesas (Olga, de nueve años, Tatiana, de siete, María, de cinco, y Anastasia, de tres) van todas vestidas de encajes, chifón y organdí. Estiran el cuello para tener un primer atisbo de su hermano recién nacido.

Los miembros del séquito imperial, damas de honor, escuderos y cosacos de la Guardia están sentados al fondo de la catedral. Entre ellos se encuentran Lili Dehn, amiga íntima de la emperatriz, y su esposo, oficial del yate imperial, y Anna Vyuroba, dama de honor de la emperatriz. También está presente Tamara Sheremetev, pintora de la corte y creadora de miniaturas, acompañada de su esposo sifilítico el conde Trebla, veterinario imperial.

Las puertas de caoba con incrustaciones de oro se abren, y entra en la capilla el gran maestro de ceremonias. Levanta el bastón de ébano con el águila bicéfala imperial. Tres golpes de su bastón resuenan por todo el templo.

—Su majestad imperial Alexei Nikolayevich, zarévich heredero soberano.

Sale por la puerta Darya Borisovna, y su mirada dorada se posa en cada uno de los hombres, mujeres y niños. Su torrente de bucles negros se derrama sobre una capa de terciopelo de color de amatista, bajo la que oscilan pañuelos de colores y enaguas perfumadas que fueron de su madre.

Lleva al zarévich a la pila bautismal sobre un cojín de paño dorado que va sujeto a una correa enjoyada que le rodea el cuello.

Surgen de entre los reunidos murmullos de incredulidad. ¿Quién es esta revelación, envuelta en misticismo y en misterio? ¿Quién es esta muchacha que se mueve con elegancia nunca vista y con confianza ejemplar? ¿Por qué se ha confiado una misión tan sagrada a una mujer tan joven?

Darya se traga su duelo, se ajusta el cojín en los brazos y se

dirige hacia el pasillo central, avanzando con paso vivo hacia el padre Yanishev, confesor de la familia imperial.

Pocos días antes, la dama de honor a quien correspondía la tarea había sufrido una varicela que le había llenado todo el cuerpo de pústulas contagiosas. La emperatriz, a la que desde el primer momento le había parecido inadecuada la dama de honor por su edad avanzada, había aprovechado la oportunidad para convencer al emperador de que Darya era una candidata oportuna. A Darya, que ha ido a residir con la familia imperial para pasar su año de luto en el Palacio de Alejandro, la conmueve mucho aquella nueva muestra de afecto.

Se desliza por el pasillo central, segura de sí misma, como si llevara a la pila bautismal a su propio hijo. Con los cordones de los zapatos bien atados, las suelas de goma para que no resbale, como es tradicional por consideración a las damas de honor, que suelen ser de más edad, entrega el zarévich a las manos temblorosas del padre Yanishev.

Despacio, con cuidado, desviste al pequeño zarévich, preparándolo para la ceremonia. Sumerge al sucesor en la pila, y después levanta al niño bien alto, sobre su cabeza.

La catedral rompe en aplausos.

El zarévich, que está chillando, suelta un chorro de orina que cae sobre el colgante eclesiástico de rubíes y esmeraldas que lleva el padre Yanishev sobre la sotana. Ante las sonoras carcajadas, el padre afirma que ahora está ungido por partida doble.

El gran maestro de ceremonias anuncia a sus majestades imperiales. La multitud se pone de pie.

Las mujeres hacen hondas reverencias.

Los hombres inclinan la cabeza.

Con el cabello rojizo castaño reluciendo bajo las lámparas de araña, con los ojos deslumbrados de alegría, la zarina está espléndida, de seda blanca con bordados de oro y cubierta de un manto de terciopelo con cola de cuatro metros con remates de marta cibelina. Lleva un broche con un zafiro de Ceilán engastado en oro y plata y rodeado de cincuenta y seis quilates de diamantes inigualables, que se trajeron en coche blindado de la cámara de los diamantes del Palacio de Invierno de San Petersburgo. El zar lleva uniforme de gala, cargado de medallas y con remates de galones de oro y de marta cibelina.

Darya vuelve a tomar al zarévich de manos del padre Yanishev, lo envuelve en una toalla y lo seca con energía. Le deposita suaves besos en la frente arrugada, le cepilla el pelo como pelusa de

melocotón y le abotona el traje de cristianar. El zarévich se agarra a su dedo y le sonríe con los ojos grises azulados de su madre. Darya se saca del bolsillo de la falda una cajita, le quita el cierre y echa una rápida ojeada al amuleto de esmalte que contiene, sobre un lecho de satén azul. El amuleto, creado por Peter Carl Fabergé, orífice y joyero de la corte imperial, representa una figura infantil mítica con orejas puntiagudas de esmeralda, ojos de rubíes y el vientre hecho de un ópalo translúcido, presagio del futuro del zarévich.

—Te lo regalo, amores. Para que te traiga buena suerte y felicidad eterna —susurra—. A mí me lo regaló mi padre cuando cumplí los diecisiete años, y he hecho que lo graben en la espalda para ti.

Prende el amuleto de la ropa de cristianar del zarévich, acaricia el vientre de ópalo; no se trata de un gesto de despedida, no, en absoluto, sino de una promesa silenciosa de seguir venerando el recuerdo de su padre. Ha otorgado al regalo que le hizo él una relevancia destacada, un honor y una permanencia que su padre habría valorado.

Capítulo 11

En su ombligo florece una gota de sangre que borbotea como si fuera un manantial subterráneo minúsculo.

El zarévich, de seis semanas de edad, está sangrando.

La emperatriz aplica los labios al pecho de su hijo, pasa un dedo tembloroso por la sangre que le serpentea vientre abajo. Pálida como la luna y algo jadeante, busca con la vista entre iconos que se apiñan en su cuarto, hasta poner los ojos en la imagen de Nuestra Señora de Tsarskoe Selo. Se postra de rodillas ante su advocación favorita y mueve los labios orando en silencio. Apoya las mejillas húmedas en la imagen de la Virgen suplicándole su perdón. Ha rezado demasiado pidiendo un sucesor para el trono, ha obligado a Dios a cumplir con ella, y Él la ha castigado dándole un zarévich enfermo.

Darya cambia la gasa empapada en sangre del vientre de la criatura, pone otras secas y las sujeta con vendas. Pliega la manta alrededor del niño y le besa las mejillas con hoyuelos. La lumbre viva de la chimenea hace que Darya sienta que tiene los huesos quebradizos como carámbanos. Aunque todavía no hace frío al aire libre, los médicos han mandado que se encienda el fuego para que la criatura esté caliente.

La emperatriz vuelve con su hijo y lo coge en brazos como si quisiera metérselo otra vez en el vientre. Allí, en el Salón Lila, es donde se retira ella para huir del protocolo oficial y de las intrigas de la corte, para pasar ratos tranquilos con su hijo y para tomar el té con su marido al caer la tarde. Aquel refugio suyo está decorado en estilo victoriano, muebles de palo limón esmaltados de un color que imita el marfil. Los tapizados de los muebles combinan con la seda que recubre las paredes, con un motivo floral en relieve que hace reflejos. El tejido se eligió a juego con un lirio que le dio a ella una vez el zar.

Dos ventanas altas, enmarcadas con cortinas de la seda malva francesa de Charles Berger, decoradas con cintas y borlas, dejan

entrar abundante luz por el día. Se rumorea que los tejidos de seda y los remates ornamentados con que se ha decorado el Salón Lila valen mucho más que cualquiera de los huevos de Pascua de Fabergé imperiales.

Para que la familia pueda tener un poco de intimidad, el saloncito tiene puertas con tallas florales y muy tapizadas que conducen al Salón de Palisandro o a otros dormitorios.

Los estilos pasan de moda y aparecen otros nuevos, pero esta sala sigue como estaba en la noche de bodas de la pareja imperial, a pesar de que la prensa criticó muchísimo que se hubiera decorado con un estilo británico un dormitorio que compartiría el zar con la zarina.

Eran tiempos más felices. Ahora, a su hijo le han diagnosticado hemofilia, una enfermedad incurable. El médico le dice que es un defecto congénito de la coagulación de la sangre, una enfermedad caprichosa que, aunque la transmiten las mujeres, rara vez les afecta a ellas. Uno de cada cinco mil varones padece la enfermedad que hace sangrar, y Dios ha elegido al hijo de ella. Nadie es capaz de prever cuándo empezará a sangrar ni cuánto tardará la sangre en coagularse.

Se recomienda tener paciencia.

Una madre tiene derecho a la impaciencia.

—¡Cúralo, Darya Borisovna! ¡Cúrame a mi hijo! ¡Pon fin a este sangrado terrible!

—Lo he intentado, majestad, con hierbas, con el poder de mis ojos, con mi tacto. Vuestra majestad estaba delante, vio con cuánto ahínco lo intenté. Es cruel que pueda curar a otros, pero no a mi propio hijo.

Darya contiene el aliento. Se encoge para sus adentros temiendo haber insultado a la emperatriz. Está segura de que no es normal querer tanto al hijo de otra mujer. Ha llegado a creer que la respuesta está en algún lugar de sus sueños, bajo las cortinas de humo que ocultan a la Antigua, que últimamente se le aparece con mayor frecuencia para burlarse de ella, reñirla, acosarla o incluso alabarla, no solo de noche sino de día en muchas ocasiones. Mira a la emperatriz con una pregunta en la mirada.

—Espero no haber insultado a vuestra majestad.

—Nada de eso, querida, has sido buena con Alyosha. Pero, ¿por qué te falla ahora tu poder sanador? Quizá haya depositado yo demasiada fe en él.

Darya baja los ojos. Ha desilusionado a su majestad, demostrando que no era digna de su confianza. Espera en silencio,

percibiendo la desaprobación de la zarina, deseando poder desaparecer y difuminarse. Entonces se le ocurre una cosa, un pensamiento que le había estado bullendo en el fondo de la mente.

—Majestad, he oído hablar varias veces de un *starets* errante, de un tal padre Grigori. Quizá pudiera ayudar él a Alyosha. He oído decir que la Virgen lo eligió como portavoz de Dios para que viajara al monte Atos y rezara a la Virgen Negra de Kazán, en el monasterio de Afron.

Cuando la emperatriz oye el nombre de la Virgen de Kazán, la advocación rusa de su devoción, el asombro se derrama de sus ojos afligidos.

—¿El monasterio de Afron? Pero, ¡si está muy apartado e inaccesible!

—Sí; pero a pesar de ello él hizo la peregrinación a pie, la ida y la vuelta. ¿Puedo hacer llamar al palacio a Grigori Rasputin?

—¿Para que cure a Alyosha? —pregunta la emperatriz con voz suave.

—Sí, si Dios quiere —responde Darya, y alivia a la emperatriz del peso del zarévich dormido, lo deposita sobre la *chaise longue* y lo arropa con una manta.

—Y podría ser que el padre Grigori me ayudara a mí a canalizar mis propios poderes para que pueda ayudar también al zarévich.

—Ese monje, ese tal padre Grigori, ¿será discreto con nuestra prenda querida? Ya se ha ordenado a los médicos que guarden reserva sobre la cuestión. Nadie debe sospechar que al heredero del trono le pasa algo malo. ¡Nadie! ¿Qué te parece, Dasha? ¿Podemos confiar en el padre Grigori?

—No lo sé, Majestad.

La emperatriz se acerca a la ventana y mira al exterior como si estuviera buscando un milagro allá a lo lejos. El cielo es una extensión azul pura, sin una nube en el horizonte, sin el menor indicio de brisa que interrumpa la calma, y abajo, en el jardín, los setos están recortados perfectamente, los rosales en estado latente esperan la llegada de la primavera para florecer. Los cosacos imperiales montan guardia en sus puestos, custodiando el portón inmenso que está más lejos, a la derecha.

En el interior, los criados, los lacayos, los camareros, los cocineros, los médicos, las damas de cámara y los cuidadores de las aves de corral están en sus puestos, ocupándose de que todo marche como debe en el palacio.

Pero en el corazón y en la cabeza de la emperatriz todo está revuelto, mientras ella se esfuerza penosamente por entender lo

injusto que es todo. ¿Por qué? ¿Por qué sufre su único hijo? Se vuelve hacia la cesta imperial de joyas que representan lirios del valle, que está sobre su escritorio. Es una de las creaciones magistrales de Fabergé, un estallido de oro, plata, perlas, diamantes rosados y nefritas que le regalaron en Nizhni Novgorod en 1896. Acaricia las hojas de esmalte, acerca la cara a las flores de diamante como para inhalar su aroma. Tendrá paciencia, no porque se lo recomienden los médicos, sino porque confía en el poder curador de la fe y de la oración. Al fin y al cabo, Dios y Sus santos están de su parte.

—¡No me hables más del padre Grigori, Darya! El zarévich es nuestro futuro emperador. Pondremos nuestra confianza en el Señor. Él curará a mi hijo.

Capítulo 12

El disco perfecto del sol está suspendido en lo alto de un cielo sin nubes. El olor a lilas y a césped recién regado baña el parque del Palacio de Alejandro en Tsarskoe Selo, el «pueblo del zar», un oasis de trescientas veinte hectáreas, veinticinco kilómetros al sur de San Petersburgo. Darya y la emperatriz se pasean por el parque, seguidas de cosacos imperiales a caballo y rodeadas de viejos abetos.

Darya, pálida y con los ojos tristes, va contando los guijarros que pisa. El bosque de Belovezh está a solo un corto viaje de dos horas en el tren imperial que la trajo aquí, pero, sin Boris y Sabrina, lo siente muy lejos de su corazón.

La emperatriz, que al ser la joven Alix de Hesse y nieta de la reina Victoria estaba casi siempre de luto por algún miembro de su amplia familia, ha exigido a Darya que guarde el luto según la costumbre victoriana: de negro los seis primeros meses, y de blanco, gris o malva durante los seis meses siguientes, a excepción del bautizo del zarévich, en el que la ropa de gala festiva era de rigor para la ceremonia.

Ahora, envuelta en tristes grises, un chal de muselina cruda, vestido con apliques y botines de satén de tacón alto, a Darya se le está partiendo el corazón. Está a punto de concluir el luto, y se esperará que ella se reponga, que agradezca a la familia imperial sus bondades y se vuelva a su casa. Por eso la ha debido de hacer llamar la emperatriz. Para despedirse de ella y mandarla a casa. Echará de menos el placer de entrar corriendo todas las mañanas en el cuarto del niño, de ser la primera que revuelve el pelo sedoso de Alyosha, la primera que estrecha en sus brazos su cuerpo, cálido por el sueño, la primera en cambiarlo, echarle polvos de talco y dejarlo preparado para su madre. El niño apenas sabe hablar, pero cuando se toca el paladar con la lengua regordeta, ella oye que la llama: «Da, da, da».

—Quieres a Alyosha —dice la emperatriz—. Tu madre querida

también sabía tratar a los niños. La echo de menos terriblemente. Nacimos un mismo día, ¿sabes?, y procurábamos celebrarlo juntas, solas las dos, siempre que era posible. Estábamos bien las dos juntas, a pesar de nuestras diferencias, o quizá a causa de ellas mismas. A mí me gustaba tu finca de Belovezh. Pero ahora es distinto. No debes volver allí durante algún tiempo, querida. Será difícil.

Darya se sorprende. Por muy difícil que sea, ella no tiene más opción que volverse al bosque de Belovezh. ¿Dónde puede ir si no?

Las dos mujeres siguen paseando por la avenida de los Abetos, hacia el puente del Dragón, que conduce a un prado abierto. La emperatriz pasa un brazo por el hombro de Darya.

—Quiero que sepas que el espíritu de tu madre está siempre contigo.

Como para confirmar las palabras de la emperatriz, una bandada de aves del paraíso se posa en una rama por encima de ellas, un espectáculo de plumaje extravagante que sería infrecuente en cualquier parte del mundo, tanto más en Europa y el norte de Asia. Más de un siglo atrás, con ocasión de cumplirse veinticinco años del reinado de Catalina II, la déspota ilustrada, se recibieron ocho aves, enviadas desde las selvas tropicales de Nueva Guinea. Estas criaturas, grandes maestras del arte de la seducción, se han multiplicado, y ahora viven en el Palacio de Alejandro aves de todo tipo. Sus acrobacias extraordinarias y sus ritos complicados de cortejo han merecido al parque el nombre poco estimable de *la pajarera imperial de las putas*.

La emperatriz acaricia a Darya en la mejilla.

—Cuando nos morimos, nuestras almas vuelan al cielo. Después de pasar por el proceso de purificación, volvemos a la Tierra en forma de aves del paraíso. Esa roja de allí debe de haber venido de tu casa, en Belovezh. Debe de ser el alma de tu madre querida.

Darya ve la cabellera roja de Sabrina en el tono de tierra tostada del plumaje del ave. En su canto, el eco de su risa que resonaba en la corteza de los viejos árboles y hacía bailar sus hojas. Ojalá tuviera algún modo de comunicarse con el ave, de confiarle cuánto echa de menos a su madre, que tenía corazón de guerrera y risa de hechicera. Cuánto echa de menos la sabiduría de su padre. Pero lo que más le interesaría saber es por qué Sabrina y Boris perdieron aquella noche su instinto de cazadores y no prestaron atención al silencio amenazador del bosque.

—Tú estabas presente cuando murieron —dice la emperatriz—. Aquello seguirá contigo para siempre.

—Sí, majestad, así será. Si aquella noche yo hubiera tenido la prudencia de llevar una escopeta, mis padres seguirían vivos.

—Dasha, pobrecita mía, no debes culparte a ti misma. Si alguien tiene la culpa, sería yo misma.

Darya afloja el paso, siente debilidad en las rodillas, un dolor en el pecho.

—Pero, ¿qué quiere decir vuestra majestad?

—Fui yo quien presenté a Sabrina y a Boris. Invité a tu madre a que acompañara al séquito imperial a cazar bisontes en la finca de tu padre. Así fue como tu madre conoció a tu padre. Yo no suelo hacer planes, querida; solo Dios sabe cómo terminan.

Por delante de ellas aparece, saliendo de detrás de los garajes imperiales, el conde Trebla, veterinario de la corte, que hace balancear su cabeza pequeña sobre sus hombros cuadrados y va braceando con el brazo izquierdo y tirando con el derecho de la correa de un dóberman.

—Buenos días, alteza —dice el conde Trebla, saludando a la emperatriz con una reverencia exagerada—. Vamos a la enfermería. Un problema intestinal, me temo.

Darya se ciñe el chal a los hombros. Se lleva la mano al colgante y acaricia con el pulgar y el índice el vientre pulido de una perla. Le desagrada el conde Trebla, el marido loco de Tamara Sheremetev, la creadora de miniaturas. Está dedicado a su trabajo, amaestra a los perros imperiales, administra medicamentos a los animales enfermos y vela por ellos, pero los malos tratos interminables a los que somete a su esposa están corroyendo de tal modo la vida de esta y su arte que parece que se está consumiendo por dentro. Sus miniaturas también se vuelven cada vez más pequeñas: un retrato del zarévich tallado en un hueso de cereza, el Palacio Infantil imperial grabado en marfil del tamaño de la uña del pulgar, un cochecito de niño de mimbre tallado en una esquirla de oro.

Durante el último año, doliéndose de sus pérdidas respectivas (Tamara, la de su personalidad, y Darya, la de sus queridos padres), las dos mujeres llegaron a comunicarse sus penas respectivas. Darya se ha enterado, con horror, de que al final de cada jornada Trebla anota en un libro de cuentas los progresos y los fracasos de su esposa, sus puntos fuertes y sus debilidades, y la castiga o la premia en consecuencia, lo cual viene a dar lo mismo, ya que tanto los castigos como los premios concluyen en actos sexuales sádicos de los que él se jacta después ante cualquiera que le preste atención.

La emperatriz saluda a Trebla con una inclinación de cabeza, da al perro una palmadita en la cabeza y sigue con su paseo,

adentrándose en el parque. Cuatro cosacos imperiales a caballo montan guardia a una distancia prudencial.

—Guapa —susurra el conde Trebla a espaldas de Darya, haciendo chascar los labios.

Ella se vuelve, mira entrecerrando los ojos a aquel ser vil que ha osado hablarle de aquel modo. Levanta el índice a modo de advertencia.

Él está tras ella, demasiado cerca, susurrándole al oído con su aliento repugnante, ofensivo.

—El perrito tiene ganas de lamer, guapa. Venga, sé buena.

Ella hace un gesto con la mano como para ahuyentar a un perro y aprieta el paso para alcanzar a la emperatriz.

Él la sigue de cerca, la sujeta del chal, se lo arranca de los hombros.

—¿Por qué? ¿Es que no te gusto? Claro que te gusto. Tú también me gustas. Ven conmigo, ¿quieres? Sí, claro que vendrás conmigo esta noche, al final de este camino, y allí...

Cada una de sus palabras es un vivo insulto. ¿Le está proponiendo una cita amorosa a ella, a la hija de Boris y Sabrina, que ha rechazado la mano de príncipes y de grandes duques? Le arranca el chal de entre las manos, lo apunta con dos dedos como con una pistola.

—¡Vete! —gruñe, sorprendida por la inmensidad de su propia rabia.

Él retrocede de un salto como herido por una bala, con los ojos saltones desorbitados de ira, emitiendo un rugido de furia. Su madre, que maldecía constantemente con su lengua vulgar, era lo mismo. Él tenía menos importancia para ella que sus enormes sombreros y que los moños gigantescos que se hacía en lo alto de la cabeza.

Con un movimiento rápido de los dedos libera al dóberman de la correa, que le queda colgando en la mano como un lazo corredizo. Suelta dos breves silbidos, y el perro, con la respiración fuerte y agitada, se adelanta de un salto como un mal pensamiento.

Darya tiene el antebrazo preso entre las mandíbulas del can. Sus dientes le atraviesan la manga, le rasgan la piel y la carne y le aplastan los huesos. Ella retrocede de un salto, debatiéndose para liberarse de la presa poderosa del perro. Intenta gritar para pedir ayuda, pero su voz es un nudo doloroso en su garganta. Los dientes del dóberman penetran cada vez más. Morirá como murieron Boris y Sabrina. No tendrá una muerte digna en su casa, en su bosque de Belovezh, sino una muerte sin sentido instigada por un loco

despechado.

Las aves del paraíso levantan un alboroto y alertan a la emperatriz, que seguía paseando sin saber lo que pasaba a su espalda. Se detiene. Mira atrás. Se aferra a un banco próximo. Tiene la cara más pálida que la gravilla del camino.

—¡Contén al animal! —grita a Trebla, y hace después una señal a los cosacos, que se acercan con sus caballos. Le tiembla la voz de miedo y de indignación.

—¡Traed a un médico! ¡Ahora mismo!

Trebla lanza un puntapié al bajo vientre del dóberman. Tiene el rostro retorcido. Le cae un hilo de saliva por la barbilla. Lanza un puñetazo tras otro a la cabeza del animal, arrancándole rugidos salvajes. Pero Darya sigue con un brazo atrapado entre las mandíbulas del perro.

La emperatriz alza la voz.

—¡Contén al animal, he dicho, antes de que la mate!

El conde Trebla se lleva la mano al bolsillo y saca un revólver, apunta al perro entre los ojos y dispara. Las aves del paraíso entonan un coro tremendo, dejando caer una lluvia de hojas en su huida a ramas más altas. El dóberman suelta un aullido estremecedor. El animal cae al suelo entre convulsiones. La sangre y los sesos saltan en todas direcciones.

Darya se lleva la otra mano al antebrazo. Se esfuerza por cortar la sangre, por unir los ligamentos, la carne viva abierta. No se entera de que la emperatriz manda a los cosacos que le quiten a Trebla de delante, de la nube de moscas que se dan un banquete con el dóberman de ojos vidriosos, ni de la presencia del médico imperial, que ha acudido a toda prisa. El médico le baña la herida en alcohol, le drena la sangre, le sutura la herida con filamentos de plata y le venda el brazo. Acompañada de los trompeteos nasales tristes del ave del paraíso roja que sigue vigilando desde una de las ramas inferiores, una música, una melodía desconocida, surge alrededor de Darya y la rodea como un abrazo, como un bálsamo que se asienta en su herida y le compone los huesos, le une los tendones y le suelda la sangre.

El doctor murmura algo de que se ha olvidado de un ungüento y deshace el vendaje para aplicar otro bálsamo curativo.

La emperatriz, que ha recobrado en parte el aliento, se retira del banco en el que ha estado apoyada, se acerca apresuradamente al médico alarmado, al que le cuesta dominar el temblor que agita sus manos. Está presenciando un fenómeno que pone a prueba sus firmes creencias en el mundo de la ciencia y de la Medicina. La

herida ha cambiado de forma en pocos momentos. La sangre se ha secado, las venas se han reparado, hay carne sana en lugar de la dañada.

—¿Cuál es el pronóstico? —pregunta la emperatriz al médico.

—He suturado la herida, majestad, y he aplicado antisépticos. El resto está en manos de Dios.

La emperatriz se inclina para ver mejor.

—¡Asombroso! ¿Había visto usted que una herida se curara tan aprisa, doctor?

—No sé qué decir, majestad. He suturado la herida con filamentos de plata, un material relativamente nuevo, pero en ningún artículo médico que haya leído se cita un resultado tan positivo como este.

—La medicina no entiende de milagros, doctor. La fe sí.

—Por supuesto, majestad. Entiendo. ¿Puedo volver a cubrir la herida? —pregunta, buscando nuevas vendas en su botiquín.

—Creo que no será necesario —interviene Darya con voz débil.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta el médico—. Debe de estarle doliendo.

—No me duele mucho, pero estoy cansada.

—¡No te duele! —exclama la emperatriz—. ¿Cómo es posible?

Tampoco Darya sabe con certeza lo que está pasando, si lo que la está curando es esa melodía que le sigue sonando dentro de la cabeza, si la canción le sale de alguna parte de su alma o del ave del paraíso roja que sigue posada en su rama con la cabeza ladeada, con las alas abiertas luciendo matices deslumbrantes de rojo. Solo sabe que aquella curación es muy distinta de las otras, de cuando ella curaba con hierbas y con pociones de todo tipo. Esta vez la aterroriza la mujer en que se ha convertido ella misma, una extraña a la que no es capaz de reconocer.

—¿Me disculpa, majestad? —dice el médico, volviendo a guardar las vendas en su botiquín, impaciente por consultar sus libros de Medicina para enterarse de si se ha producido algún descubrimiento reciente que pueda arrojar luz sobre lo que acaba de suceder.

—Gracias, doctor, se puede retirar —responde la emperatriz, cuyo asombro va dejando paso al regocijo.

Darya atraviesa el vestíbulo principal del palacio con su olor térreo a mármol italiano en invierno, a velas consumidas en el baile de la noche anterior, un toque de sudor y de polvos de talco. El

reloj de la hornacina da las cuatro de la tarde de manera metálica y definitiva. En el Gran Salón, el *Triunfo de Venus* y el *Rapto de Europa* la contemplan desde lo alto de las paredes blancas. El techo en cúpula sobre la escalinata principal es un fresco extenso y lleno de colorido que representa a Galatea, ninfa mitológica a la que amaba Polifemo, el hijo de Poseidón que tenía un solo ojo. Galatea recuerda a Darya a la Antigua, las líneas fluidas de su cuerpo y su sensualidad discreta en contradicción con sus mensajes proféticos, sus advertencias, sus instrucciones.

La Antigua se le volvió a aparecer la noche anterior. Darya era una observadora curiosa asomada al borde de la consciencia, intentando descodificar el mensaje antes de que su sueño se disolviera con la luz del alba. El rostro nebuloso de la mujer formó por un instante una expresión que era de afecto y de ánimo, y sus ojos se volvieron de color violeta subido, conmovedores. Levantó dos dedos, apuntó a Darya y sus labios pálidos se abrieron formando algo parecido a una sonrisa. Después, con una rapidez y una precisión sorprendentes, se apuntó a sí misma y se clavó el índice en el ojo izquierdo. Darya, en vez de despertarse sobresaltada por aquel acto horrible, se aferró a su sueño, al calor agradable que manaba del ojo atacado, que se conservó entero, expresivo y lleno de promesas. La mujer apartó la cara y se adentró en una hoguera que en vez de calor emitía un viento frío que helaba los huesos, y solo entonces dejó Darya el sueño, convencida de que se le había impartido un don.

Tendrá que esperar seis años más, presenciar la derrota humillante de la flota rusa del Báltico ante la Marina japonesa, la aparición de varios partidos políticos antimonárquicos radicales y la influencia creciente sobre su vida de Grigori Rasputin; solo entonces hará acopio del valor y de la sabiduría necesarios para desenvolver el regalo y descubrir lo que contiene.

Ahora Darya, con el estómago revuelto por la angustia, asciende la gran escalinata que conduce al pasillo superior. La emperatriz la ha hecho llamar para que vea a la gran duquesa Anastasia, que se niega a abrir los ojos, a comer y a tomar un solo trago de agua. Suelta quejidos y se revuelve en la cama con una fiebre aguda que se resiste a todos los medicamentos que le recetan.

En el pasillo superior está expuesto en lugar bien visible *Fumée d'Ambre Gris,* regalo de Boris y de Sabrina. Darya mira a su alrededor y comprueba que está sola. Pasa la mano por el lienzo que porta los consejos amorosos de su padre, la risa sonora de su madre. Sigue fresco el recuerdo del día que Darya acompañó a Boris

a la casa de subastas Ponyatowski. Su padre pujó por aquel cuadro (una mujer envuelta de pies a cabeza en una capa como leche revuelta, que se ha retirado la capucha de la cara para inspirar el humo del ámbar gris que sale de un brasero que tiene a los pies) como regalo para la familia imperial con ocasión del nacimiento de su cuarta hija, la gran duquesa Anastasia Nikolayevna.

Darya se quita de encima los recuerdos y sigue por el pasillo que conduce a los aposentos de los niños. En el dormitorio que comparten Olga y Tatiana se oye una nota única y repetitiva. La aguja del gramófono ha vuelto a quedarse atascada. Las dos están enamoradas de aquel nuevo aparato traído de América y pasan muchas horas escuchando las mismas canciones. Darya se agacha a recoger un pasador del pelo que debió de perder en el baile la gran duquesa María Nikolayevna la noche anterior. Observa en el mármol del suelo un goterón de cera fundida, y lo despega con una uña. Se detiene ante la puerta del dormitorio de Anastasia para recuperar el aliento. Van y vienen criados que pisan suavemente, con el rostro contraído en un gesto perpetuo de atención. Se desvanecen por la escalera de servicio y en el túnel que transcurre por debajo del palacio y conduce a las cocinas. Llega del túnel aroma a guiso de cordero con arroz, pero por debajo de la puerta se cuela el olor a jabón y a antisépticos. Darya llama a la puerta, entra en la habitación con la mano sobre el huevo enjoyado que lleva colgado al cuello, con las palmas húmedas de sudor. La emperatriz ha depositado en ella su confianza, y desilusionar a su majestad es una posibilidad inaceptable.

La zarina está acariciando la frente de su hija de tres años, presionándole un ojo para medirle la fiebre. Empapa una servilleta en agua helada y se la pone a Anastasia en la frente.

La emperatriz desvía la mirada hasta ponerla en el ojo opalino de Darya, su chispa traviesa, la sabiduría que hay en sus profundidades. La zarina reflexiona que en aquella mujer se encierran cosas tan complejas que la mente no puede hacerse cargo de ellas. ¿Habría juzgado mal sus posibilidades, se habría comprometido demasiado con ella? Al fin y al cabo, no había conseguido curar a Alexei. ¿Cómo le irá con Anastasia?

—¡Dasha, ya estás aquí, gracias a Dios! Estoy fuera de mí de preocupación.

Darya se apoya en el borde de la cama de Anastasia. Le retira la servilleta y vuelve a mojarla en agua helada.

—Hola, cielo, ¿te duele? Dime dónde.

Pero la niña, enrojecida por la fiebre, está acurrucada, se agita y

suelta quejidos, con el pelo húmedo pegado a la cabeza, los labios pálidos como piedras.

La emperatriz pone una mano en el hombro de Darya y se lo aprieta como para recalcar la importancia del momento.

—Cura a Anastasia, querida. ¿Lo harás? Demuéstrame que lo puedes hacer.

A Darya le echan a volar los pensamientos en busca de una revelación, de una fórmula mágica quizá, que pueda ayudarla. Aplica un masaje a los ganglios inflamados que palpitan bajo las palmas de sus manos, dice a la niña cuánto la quieren, abraza el cuerpo frágil y lo aprieta con fuerza hasta que las mariposas que siente dentro extienden las alas y se posan.

—No tengas miedo, querida. Abre los ojos, Anastasia. Dime dónde te duele.

Pero la gran duquesa no responde. Se le saltan lágrimas de los ojos, que tiene cerrados con fuerza.

—¡Cariño! —exclama de pronto Darya—. ¿Es por Shibzig? ¿Estás triste porque has perdido a tu perrito? ¿Qué te parece si tú y yo vamos a visitar la tumba de Shibzig, en la isla? Le llevaremos flores y juguetes y haremos allí una merienda.

Darya levanta el cuerpo desmadejado de la niña y apoya la cabeza en su regazo. Con los ojos palpitándole de dolor en sus órbitas, Darya ahonda en el pozo de sus emociones: pérdida, nostalgia, miedo y amor. Pide, suplica y exige ayuda a la Antigua.

Su ojo opalino irradia calor, le inunda las venas, todo su cuerpo. Apoya el ojo en la frente de la niña.

—Y ¿sabes lo que voy a hacer también, cariño? Te traeré otro perro en lugar de Shibzig, que ahora está muy contento, jugando con sus amigos perritos en el cielo.

Anastasia entreabre los grandes ojos azules. Darya la ayuda a sentarse, coge un vaso de agua que hay en la mesilla y se lo acerca a la boca.

—¿Lo ves, cariño? Ya estás mejor. Déjame que te examine los ganglios. ¿No te duelen? Sí, un poquito, ya lo sé, pero mañana se te habrá pasado.

La emperatriz se acerca a Darya, le toma la cara entre las dos manos y la contempla durante un momento largo, tierno, casi íntimo, antes de apoyarle las manos en los hombros aplicándole una presión constante, como si Darya pudiera huir si no la sujetara.

—Darya Borisovna, mi corazón está lleno de agradecimiento. Has estado a la altura de tu fama, querida, has demostrado tu poder sanador. Quiero que me cuides a mi Alyosha precioso. Te nombro

tyotia Dasha de su majestad imperial Alexei Nikolayevich, zarévich heredero soberano, gran duque de Rusia.

Capítulo 13

Darya entra en la casa de subastas, de gruesas alfombras y paredes revestidas de caoba, que evoca los conventos donde monjas calladas se deslizan por pasillos sombríos. Tiene instrucciones de pujar por un retrato contemporáneo que desea la emperatriz y que se desvía del arte clásico establecido, que es la norma general en la corte imperial.

Darya advierte la multitud de corazones cansados que ella pone al galope con su presencia juvenil. Hombres con chalecos de satén y pesados relojes de bolsillo de oro, gruesos mostachos que se extienden sobre sonrisas arrogantes que denotan riqueza y codicia. Reconoce a uno de sus pretendientes, el príncipe Lukashenko, con barba y gruesos párpados, que se pone de pie para saludarla con una chispa en los ojillos inquietos. Entre los muchos caballeros a los que ha rechazado, este era el que tenía menos imaginación, ni un solo gramo de creatividad que pudiera aportar una cierta sensación de curiosidad, una idea de emoción por lo que podría venir en el caso de que ella lo aceptara. Lleva un traje borgoña de tres piezas con cadena de reloj de oro sobre el chaleco apretado. El príncipe intenta sacarse el reloj y, al hacerlo, hace saltar un botón del chaleco, que le rebota levemente en el pie. Ella lo saluda con un movimiento de la cabeza y sigue adelante.

La reciben los tratantes, conservadores, asesores y coleccionistas con los que está familiarizada. ¿Es posible que haya pasado solo un año desde que vino a esta misma casa de subastas acompañando a sus padres, para pujar por una escultura de Mark Matvéievich Antokolski? Una semana más tarde, Sabrina y Boris habían muerto. Los especialistas en subastas se mueven por la sala, saludándola discretamente con un movimiento de cabeza. Darya, hija del gran duque Boris Spiridov y de la princesa Sabrina de Corinin, es un rostro reconocido, y uno de los pocos presentes a los que se consiente no utilizar paleta de puja. A los avisadores de pujas se les ha comunicado su número y están enterados de la señal con la que

puja: quitarse de los hombros el chal.

En este terreno de juego con cultura propia, la conducta del coleccionista tiene tanta importancia como su cuenta corriente; la disposición de los asientos es trascendental, y también lo son los ritos que se observan entre los pujadores expertos. La compra de una obra de arte por afición, y no para especular, es una decisión subjetiva y personal, y ella se ha propuesto descubrir la condición, el precio de reserva no publicado y el grado de interés por el retrato que ella quiere. Darya está segura de que los cuarenta y cinco mil rublos que ha estipulado la pareja imperial como presupuesto máximo para la adquisición deberán bastar y sobrar; es una suma muy superior a lo que estaría dispuesto a pagar ningún pujador.

Se instala en el asiento que se le ha asignado, en la misma zona preferente donde se ponían sus padres, con los que asistió a la subasta en que estos adquirieron *Fumée d'Ambre Gris*. Aquel día, Boris le enseñó a apreciar los matices de una escultura: los hombros de suave curva que se fusionan con los pechos; las caras en forma de corazón, extraídas de la piedra; la piel tersa de mármol y la elegancia en la representación de los pliegues de los ropajes de las antiguas diosas. Ahora, ella está aquí con un vestido de color de concha marina que se puso una vez la emperatriz para asistir a una ceremonia inaugural de mucha trascendencia, con los cabellos rebeldes relucientes como tinta negra, sola en una sala abarrotada, con todos los asientos ocupados salvo los dos que están a su derecha y que fueron de Boris y Sabrina.

En la sala se levanta un runrún de emoción. Se vuelven cabezas hacia la entrada. Los murmullos se extienden como ondas, bullen y se refuerzan. «Curaciones milagrosas...»; «...fe religiosa extraña...»; «...curó al campesino de la rabia...»; «...se ha acostado con miles de mujeres...»; «...sacudió el pene delante de los clientes...»; «...curó a Mirfenderesky de la gota»; «...un hombre de Dios...».

Una mosca entra zumbando en la sala y se posa en la cabeza del subastador, cubierta de gotas de sudor. Un leve rumor de expectación se suma al murmullo general.

Darya se vuelve hacia la entrada para descubrir a qué se debe el alboroto.

Un par de ojos se apoderan de ella y la sujetan como si fueran imanes azules, inflexibles, cortantes, abriéndola por la mitad, dejándola expuesta.

Tiene estatura mediana, con piernas poderosas, hombros cuadrados, el pelo peinado con raya por el centro y recogido atrás con una cinta gris. Una barba hirsuta le araña la chaqueta

abotonada hasta el cuello, con huellas de *borstch* y de vino de Madeira. Se abre camino hacia Darya, como una tormenta en ciernes que cobra fuerza a cada paso, un ciclón en el que las solapas de su abrigo de campesino se agitan como alas de murciélago. Su barba, precedida por el retumbar de un trueno inesperado, tiembla al viento de sus pasos, que portan el olor penetrante de sus pecados colectivos. Darya está desconcertada. ¿Ha presenciado un milagro, lo ha visto dejar entrar el viento? ¿El trueno? Olisquea el aire, cata el olor que tiene bajo la lengua y en la base de la garganta, y el corazón se le cierra en un puño en el pecho. El olor a almendras amargas y a arsénico se vuelve más fuerte a cada paso que da él hacia ella.

Darya ha aprendido a reconocer el sabor de la ceniza, el sabor amargo que hace fruncir la boca y que anuncia desventuras. Pero no reconoce el olor penetrante que está entretejido en la tela de este hombre, no es consciente de que presagia unas calamidades históricas que resonarán por todo el mundo, unas tragedias mucho mayores de lo que puede abarcar la mente joven de ella.

Está de pie ante ella, con la mano izquierda apoyada en el corazón, la mano derecha alzada en ademán de saludo, con el tejido basto de sus pantalones atacando las rodillas de ella. Habla de manera entrecortada.

—Grigori Yefimovich Rasputin. ¡Ah! ¡Darya! Tu nombre. El mar.

Darya rehúye su presa, intenta cerrarse a su mirada abrumadora. ¿Qué más sabrá de ella? ¿Sabe también que la concibieron en el bosque, en una relación extramatrimonial? ¿Qué ha venido a hacer un hombre de gustos tan rastreros en esta casa de subastas exclusiva?

—¿De qué me conoce? —le pregunta, apartando las piernas.

Él sostiene su paleta de puja bajo sus ojos implacables, ampliando el poder de su mirada.

—Lo sé todo de ti, Darya Borisovna. Claro que lo sé. ¿Por qué? No importa. En absoluto. Importa tu ojo de amuleto. Precioso.

Ella se yergue en su asiento, se ciñe el chal a los hombros. No quiere tener nada que ver con ese hombre que huele a rancio.

El subastador da un fuerte golpe con el martillo para imponer el silencio entre la multitud. Con los pies colgando de sus cortas piernas sin llegar al suelo, bajo el escritorio ornamentado, agita hacia atrás la cabeza calva y después la mueve a un lado con un gesto peculiar de apremio; es su modo de hacer pasar el primer objeto.

Introducen un violín. Las luces bruñidas de la lámpara

parpadean sobre la caja reluciente de arce y pícea que ha adquirido el color del ébano. Según la leyenda, cada vez que el violín tocaba por una doncella muerta se volvía un poco más oscuro, hasta que acabó quedándose negro.

—Lote número uno. Violín funerario del siglo XVI. Vilhelm van Mordeh. El único violín negro del mundo. Excelente estado.

Cae un velo de silencio sobre la sala. ¿Quién había de querer un violín célebre, conocido por las melodías melancólicas que hacía sonar en los funerales imperiales, un violín que tenía el don de arrancar las lágrimas a los más endurecidos? Un violín del que se dice que todos sus dueños acabaron de manera trágica. Su último dueño fue un cortesano imperial de alto rango que murió pisoteado por su propio caballo.

—¡Pieza única! —anuncia el subastador—. ¿Alguien puja?

Un hombre de mejillas sonrojadas, de pelo engominado y peinado hacia atrás, levanta una mano huesuda para blandir su paleta. Darya reconoce al tratante a quien sus padres compraron el menospreciado *Mefistófeles*.

—Veinticinco rublos —anuncia el subastador—. ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres! ¡Se remata! ¡Se remata! ¡Adjudicado! El violín funerario, al pujador número cincuenta y tres.

El hombre se levanta y, sin volver siquiera la vista atrás, abandona la sala a pasos cortos y precipitados, dejando tras de sí una sensación de alivio.

El subastador, con otro movimiento rápido de la cabeza hacia atrás, hace pasar a dos muchachos adolescentes que portan una representación detallada de lo que parece ser una catedral ricamente ornamentada.

—Lote treinta y tres. Plano de la gran logia principal de la masonería rusa. Es la única representación de esta especie que se conoce, obra del famoso Soltan Kontiski, maestro masón que recopiló datos que no se han desvelado nunca hasta ahora.

Un murmullo de sorpresa corre por la sala. Ningún no masón ha puesto nunca los ojos en el recinto sagrado de una logia, donde los masones, tan reservados, celebran sus ritos. En el centro de una sala sin ventanas hay un altar y unas velas. Se aprecian dos bloques de piedra reproducidos cuidadosamente, uno sin desbastar y el otro pulido, símbolos de la preparación ritual a la que deben someterse los masones. Un panel de vidrio policromado representa una letra G enmarcada por una escuadra y un compás. Darya se pregunta si será verdad que los masones se desnudan durante sus ritos, que exigen hacerse tatuajes, y que no admiten a las mujeres porque las

consideran inferiores ante los ojos de Dios, el Gran Arquitecto del universo.

—Sí, señor; más fuerte, por favor. Ciento quince. ¿Alguien más?

Salta a la vista que los pujadores se han puesto de acuerdo para no competir unos con otros, y la obra se vende rápida y discretamente a un hombre que luce un anillo masónico en el dedo meñique.

Otro golpe del martillo silencia al público. Sacan el *Sansón victorioso* de Guido Reni, una importante pintura barroca del siglo XVII que sería más propia de la colección imperial que la obra que interesa ahora a la emperatriz.

El torso inferior de Sansón está cubierto por el rojo oblicuo de los pliegues de una toga, los matices de la carne y de la sangre son realistas, sensuales las líneas de su brazo vigoroso que levanta para verterse directamente en la boca el vino de una frasca. Tiene el pie apoyado en el cuerpo sin vida de un enemigo.

—Doscientos cincuenta... Trescientos... Cuatrocientos cincuenta... El *Sansón victorioso*, damas y caballeros. ¿Alguien da más? Adjudicado, señor.

La velada va tocando a su fin. El aire está cargado de emoción.

Al subastador le brillan las mejillas a la luz del candelabro.

—¡Último lote! Número treinta y seis.

Los dos muchachos introducen un caballete con ruedas cubierto de satén blanco, como si llevaran a la horca a un condenado. Dando una exhibición dramática de sincronización, levantan a la vez el paño para dejar al descubierto el tesoro que está debajo.

La sala se llena de murmullos, de asombro, de incredulidad, pero sobre todo de admiración.

Darya se inclina hacia delante; las palpitaciones de su corazón le resuenan en los oídos. *La curación,* de Avran Bensheimer, es estremecedora. Es una obra maestra impresionante por su intimidad y aterradora por la expresión hostil de los ojos oscuros. Una cicatriz surca en diagonal la representación en blanco y negro de la cara y el cuello de un hombre, señal de una bala que le destruyó las cuerdas vocales expuestas, le destrozó la mitad de la barbilla y de la mejilla derecha y le dejó en el cráneo un agujero del tamaño del dedo pulgar. Pero no es un cuadro siniestro. La cinta vibrante de rojo, anaranjado y violeta que pintó el artista con pinceladas sueltas para enmarcar la cicatriz hace que el retrato deje de ser la exhibición de una fea lesión para convertirse en confirmación de la milagrosa capacidad del cuerpo humano para curarse.

Darya entiende mejor ahora por qué quiere este retrato la

emperatriz. En última instancia, se trata de una obra de arte optimista que denota esperanza y un futuro restaurador. Es de entender que la emperatriz, que padece de la espalda y tiene el corazón débil, admire la capacidad de Bensheimer para celebrar la fragilidad humana y el poder sanador del cuerpo.

Darya se acomoda en su asiento. Es fundamental tener paciencia y saber elegir el momento. Esperará a que cada uno de los pujadores haya llegado a su límite, y solo entonces dejará caer su chal.

Se ponen de pie dos hombres en primera fila, uno de cara larga y nariz gruesa y el otro gordo, de grandes orejas enrojecidas por la emoción. Los dos hombres se esfuerzan por hacerse notar. El de cara larga da saltos como un resorte; el otro hace aspavientos con ambos brazos como si fueran las alas de un ave gigante. A Darya le vendrán bien estos principiantes que han entrado en la puja demasiado pronto, que blanden sus paletas con brusquedad y que contribuyen a caldear el ambiente.

—Nueve mil... Nueve mil quinientos... ¡Once mil!

A Darya empiezan a sudarle las palmas de las manos; le corre una gota de sudor por el espinazo. El precio está subiendo mucho más de lo que había previsto ella para un pintor desconocido. Con todo, hay tiempo.

A su lado, Rasputin está inmóvil como una piedra.

Quedan dos pujadores: en primera fila, un hombre anémico con el pelo tan hirsuto como las cerdas de un jabalí, y el pretendiente barbudo de Darya, que mira alternativamente el cuadro *La curación* y a Darya como si estuviera pujando por ambos.

Darya entrecruza los dedos en el regazo. Se están acercando rápidamente al límite que se le ha estipulado. Pronto habrá llegado el momento de intervenir.

El subastador está de pie, se seca la calva con un pañuelo a cuadros.

—¡Veinte mil!... ¡Veinticinco mil! ¿Está levantando la paleta, caballero?

Darya escucha con atención, advierte en los gestos de su pretendiente tensión, emoción. Pero, más que nada, angustia; sus dedos temblorosos juegan con su reloj de bolsillo, abren y cierran la tapa con chasquidos metálicos. Ha llegado a su límite. La cantidad más elevada que se ha pagado nunca por una pintura rusa fue la suma de treinta y cinco mil rublos que dio Alejandro III por *Cosacos zaporogos escribiendo una carta al sultán,* cuadro que había costado once años de trabajo al pintor Ilya Repin.

Darya deja caer el chal de sus hombros.

Ante esa señal, uno de los avisadores de pujas levanta un dedo índice haciendo una señal al subastador.

—Pujador número dieciocho. Cuarenta y cinco mil.

Darya recoge el chal, se lo echa a los hombros y se lo asegura con un fuerte nudo. El retrato es suyo. La emperatriz estará satisfecha.

Rasputin levanta su paleta. La enseña como si fuera un reclamo de caza. Tiene manchada la axila.

—¡Cincuenta y cinco mil! —anuncia el subastador, casi sin aliento.

El público estalla en aplausos. La acumulación de cuerpos sudorosos llena de calor y de humedad la sala. La mosca va zumbando desde el otro extremo de la sala y se pone a volar alrededor de la pantalla de una lámpara, encuentra la bombilla desnuda, chisporrotea y crepita.

—¿Alguien da más? ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!

El subastador apunta a Rasputin con un dedo de uña amarillenta.

—Lote número treinta y seis. ¡Adjudicado! ¡Enhorabuena, señor!

A Darya le da vueltas la cabeza. Ase con firmeza su chal, le da un tirón violento que le hace saltar las costuras. Se aferra a su colgante, quiere abrirlo, necesita inhalar el aroma, anhela evocar a Boris, preguntarle en qué se ha equivocado. Se vuelve para mirar mejor a Grigori Rasputin. Este suda copiosamente, se tira de la barba con dos dedos. Ella le devuelve la mirada sin pestañear, echando fuego, hasta que se le hunden los hombros bajo el chal rasgado. ¿Cómo es posible que este hombre tenga medios para pagar un retrato tan caro?

Se oye el roce de las sillas sobre la alfombra. Empieza a salir el público de la sala. Los compradores se felicitan mutuamente.

Rasputin no se mueve de su silla. Darya tampoco.

Cierra un ojo haciendo un guiño. Tiene la voz resonante, melódica incluso.

—Para ti, Darya Borisovna Spiridova. El retrato. ¡Tuyo!

—Entonces, ¿por qué ha pujado contra mí?

—Porque quiero algo a cambio.

Ella lo mira con perplejidad.

—Quiero una audiencia con la emperatriz.

A Darya la domina el impulso de darle una bofetada en la cara grasienta. ¿Cómo se atreve? Si lo hubiera conocido antes en persona, no habría sugerido a la emperatriz que lo invitara. Con su

aspecto descuidado, sus botas embarradas y su mirada vil, su sitio está más bien en los barrios bajos de San Petersburgo, infestados de delincuentes, que en el palacio imperial.

—¿Por qué le va a conceder una audiencia la emperatriz a usted?

Su mirada magnética salta a apoderarse de ella.

—Porque el pequeño zarévich necesita de mi ayuda.

Capítulo 14

Darya se revuelve inquieta, le duele el ojo opalino, tiene palpitaciones dolorosas en las sienes. La emperatriz está descontenta. El emperador está muy enfadado. ¡La *Tyotia* Dasha del zarévich no tiene derecho a alzar la voz en un tribunal para defender a un judío! Pero por mucho que la riñan por haber asistido al juicio de Kishinev, no se arrepiente de haber seguido a la Antigua entre la bruma del alba, de haberla seguido hasta el juzgado para ser testigo de lo peor y de lo mejor de la humanidad.

Se estaba juzgando a un muchacho judío, a un muchacho al que se acusaba de haber asesinado a un cristiano, a pesar de que había quedado establecido sin ningún género de dudas que el asesino había sido otra persona. Los periódicos antisemitas *Bessarabetz, Ceem* y *Svet* habían insinuado que se había asesinado al niño cristiano para preparar con su sangre las *matzá,* las tortas de pan que comen los judíos en la Pascua. Al día siguiente, un pope había entrado en Kishinev encabezando a una multitud frenética. Habían matado a ciento veinte judíos, herido a quinientos y saqueado y destruido setecientas casas. Ni la Policía ni el Ejército habían intervenido durante tres días.

A pesar de las pruebas de la inocencia del muchacho judío, ni un solo cristiano temeroso de Dios había alzado la voz ante el tribunal para protestar ante la injusticia hasta que un hombre elocuente y desafiante al que Darya no olvidaría se levantó, orgulloso e impertérrito, ante el juez.

—¡Yo soy judío! —había dicho, como si esto bastara a modo de presentación—. Mi gente es como usted y como usted.

Señalaba con dedo acusador a los jueces, a los abogados y a todos los presentes en el juzgado.

—Nosotros somos padres, madres, trabajadores y artistas. Amamos a nuestro país. ¡Mírenme! ¿Acaso tengo cuernos? ¿O cola? ¿Por qué voy a tomar mi pan con sangre, si no lo hacen así ustedes? Ustedes pagan mis obras de arte, las exhiben en sus casas. Y después

se dedican a asesinar a mi gente.

En aquel momento, la Antigua se volvió hacia Darya; sus uñas pintadas se cernían como pequeñas dagas; sus ojos, que despedían fuego, penetraban en la conciencia de Darya, le llegaban hondo y le agitaban el sentimiento del deber de tal modo que, sin atender a las duras consecuencias, Darya se puso de pie en aquel entorno antisemita para defender al valeroso judío.

Alzó los hombros, se abrochó el botón dorado del cuello de su capa de terciopelo verde esmeralda, tachonada de perlas; los dos pasadores con rubíes que llevaba en los rizos negros ardían amenazadores. La Antigua estaba a su lado, delante de ella, a su alrededor, le sonreía, la animaba, la inspiraba. La voz de Darya resonaba e impuso el silencio en el tribunal.

—Señoría, soy Darya Borisovna, *Tyotia* Dasha del zarévich. Hablo en nombre de la familia imperial, que son defensores de la verdad. ¡Les disgustaría saber que se lleva a juicio a un muchacho inocente en lugar de al verdadero asesino, que, como saben todos ustedes, ya está detenido y en prisión en estos momentos!

Al día siguiente, los periódicos refirieron con gran profusión hasta el último detalle de lo que había sucedido en el juzgado. La noticia corrió por la ciudad de boca en boca como una epidemia y se introdujo en el palacio.

La emperatriz, con la pluma de escribir suspendida en el aire, vuelve la mirada hacia Darya, que está en la puerta. Tiene los ojos fríos como cuchillos. Deja caer la pluma en el escritorio, donde hay grandes pilas de papel, y la pluma rueda hasta quedar detenida en una ranura. Es una prolífica escritora de cartas, lleva consigo sus blocs de escritura y se los deja olvidados por todas partes.

Darya intenta hablar, presentar una disculpa, pero los ojos de la emperatriz la tienen paralizada, y se queda en la puerta, cubriéndose la boca con la mano como para impedirse a sí misma proferir más inconveniencias.

—Estoy decepcionada —dice la emperatriz—. Darya Borisovna, tú representas a la familia imperial, y una conducta tan inaceptable tiene repercusiones negativas para nosotros. El zar está enfadado, y yo solo te puedo defender hasta cierto punto. Es imperdonable que te hayas puesto de parte de un judío y hayas dado un espectáculo en un tribunal de justicia. Deja que los miembros de ese clan taimado se valgan por sí mismos. No necesitan de tu ayuda.

—Pido disculpas —responde Darya, y las palabras le queman en la boca—. Ha sido una tontería por mi parte. No volveré a avergonzar a vuestras majestades.

—Es muy impropio de ti, querida. ¿Por qué fuiste al juzgado?

—Por curiosidad —responde Darya, diciendo una verdad a medias, y se calla el resto. La emperatriz cree firmemente en los sueños y en su influencia sobre la vida cotidiana, pero no entendería el poder que ejerce sobre Darya la Antigua, cómo la hizo salir de su cama y la llevó hasta el juzgado.

—La curiosidad es propia de jóvenes y de ociosos. Tú, Darya, aunque eres joven, llevas sobre tus hombros una gran carga de responsabilidad. La próxima vez, da más muestras de discreción. Y nunca, jamás, vuelvas a citar nuestro nombre en relación con ningún judío.

La emperatriz, esforzándose por reprimir su enfado, va hasta su *chaise longue* y toma su labor de bordado, que está allí.

—Siéntate. Quiero debatir contigo un asunto importante.

Frunce los labios y baja la vista hacia sus bordados como si la cuestión importante se encerrara en ellos.

—Han trascendido algunos detalles sobre la enfermedad de Alyosha. La gente empieza a hablar, a decir que el sucesor al trono puede estar enfermo. Esto es inaceptable. Tenemos que poner fin a los rumores. De lo contrario, a nuestros enemigos se les ocurrirá aprovecharse de la situación. Pueden producirse luchas terribles por el poder. Podría ponerse en peligro la monarquía.

»El doctor Botkin me ha dicho que es inevitable que se vuelvan a producir hemorragias en el futuro. Alyosha tendrá que reposar y estar bajo observación médica. Tendremos que apartarlo de la vida pública. He debatido largamente con el zar, querida, buscando algún modo de que las ausencias de Alyosha no llamen la atención. Al final, el zar ha dejado la decisión en mis manos. He pasado largas noches sin dormir; ni siquiera me sirven los somníferos.

Levanta su bordado, lo pliega, lo despliega de nuevo, le pasa la palma de la mano por encima, le enrolla una esquina y vuelve a darle forma con unas palmaditas.

—Como sabes, en las épocas difíciles, la corte tiende a desatender a los artistas y su arte. Así pues, con el fin de presentar nuestra corte como un remanso de paz y de tranquilidad, hemos decidido establecer en el palacio un salón artístico. ¿Qué te parece, querida?

Darya considera las consecuencias de establecer un salón artístico cuando el paisaje político se vuelve cada vez más volátil, hay violencia por todas partes, los obreros se quejan del aumento de precios de los productos de primera necesidad y del descenso de los jornales, los campesinos están descontentos con sus condiciones de

vida miserable y con los castigos injustos que les infligen los terratenientes, y hasta los cosacos imperiales, que tan fieles eran, están ahora alborotados. Se ha propuesto que el medio más eficaz para poner fin a la agitación creciente sería que el zar renunciara a una parte de su poder y que el país dejara el régimen absolutista para convertirse en una monarquía semiconstitucional que prometiera un orden social reformado, derechos civiles elementales para todos, sobre todo para los campesinos descontentos, e incluso llegara a legalizar la actividad sindical, las huelgas políticas y la libertad de prensa. A la emperatriz, esta propuesta le parece una blasfemia. No quiere saber nada de que el zar renuncie al puesto que le corresponde como monarca supremo.

Ahora quiere abrir las puertas de su casa a una comunidad artística en la que abundan los disidentes.

—No estoy segura, majestad. Nuestra situación política es inestable. Algunos miembros de la comunidad artística son unos insurrectos declarados que podrían perturbar más todavía nuestra frágil situación.

—Ay, querida, no seas pesimista. Fíjate en todo el amor que se nos dedica más que en una minoría pequeña e intranscendente que solo aspira a instigar alborotos que se pueden aplastar con facilidad.

La emperatriz cambia de postura. El dolor le irradia por la espalda; la ciática le causa estragos en los músculos de su corazón, ya débiles. Clava sin querer la aguja en el ojo del icono que representa el bordado. Se estremece, extrae la aguja y la deja clavada por fin en el cielo que rodea la imagen; después, pliega el bordado en su regazo con cuidado de no arrugar el rostro del icono.

Darya se apresura a recolocar un montón de almohadas que tiene detrás.

—Majestad, pasarse todo el día bordando no le hace bien a la espalda.

—Las manos ociosas son instrumentos del demonio, querida. Por eso favorezco yo a los artistas que trabajan con las manos, además de con la cabeza. En cualquier caso, querida, un salón artístico requiere preparativos, tiempo y atención. Yo no estoy en condiciones de asumir una nueva responsabilidad. No se me ocurre nadie mejor que tú para que se ocupe de los detalles. Has estado rodeada de arte. Entiendes más de arte que ninguna otra persona de mi confianza. Estoy segura de que, bajo tu tutela, florecerán nuevas tendencias artísticas atrevidas que darán de qué hablar a la gente. Tienes mi permiso para seleccionar a los artistas. Envía invitaciones. El salón artístico se celebrará cuatro veces al año.

Redacta la invitación de tal modo que refleje nuestro aprecio por el arte y la importancia de elevar la conciencia artística de nuestro pueblo. Procura invitar a nuestros amigos y partidarios. Son muchos, te lo aseguro. Prepara una lista de nombres para que yo la revise. No olvides al pintor de *La curación,* ¿cómo se llamaba?

—Avram Bensheimer, majestad.

—Sí, sí, Bensheimer. Lástima que sea judío. *La curación* es una gran obra de arte. Sigue siendo mi favorita, ¿sabes? ¿Quién lo compró por fin en la subasta?

—El monje, majestad, Grigori Rasputin —responde Darya sin dar más detalles.

—¡El padre Grigori! —exclama la emperatriz, mientras indica a Darya con un gesto que le aplique un masaje en la espalda—. ¿Cómo ha podido pujar más que nosotros, en nombre del cielo?

—Es hombre adinerado, majestad. La gente acude de todas partes del país para recurrir a sus poderes sanadores. Lo recompensan con grandes sumas de dinero.

—Yo lo dudo, querida. Ha debido de recibir el dinero de alguno de nuestros enemigos. Sí, estoy bien segura. Aunque dispusiera de los medios, un monje errante no tendría inclinación estética para comprar un retrato como este. En cualquier caso, asegúrate de que se invita al pintor, a este judío, Bensheimer, a nuestro salón artístico.

Capítulo 15

Los artistas más destacados del país, cuatro hombres y dos mujeres, se ponen de pie. Han abandonado y han dejado desatendidos sus lienzos, su pintura, sus pinceles, sus trípodes, sus cámaras fotográficas, su arcilla y sus bloques de piedra, y han dedicado su valioso tiempo a prepararse para la ocasión, a pesar de lo cual los ronda todavía el olor a pintura, a sustancias químicas y a arcilla mientras esperan con impaciencia la llegada de la pareja imperial.

No tardan en ver recompensada su espera, no con la aparición de sus majestades imperiales, sino con la imagen de Darya, que se detiene en el umbral, dirigiéndoles los ojos con pestañas como pelos de marta, como si fueran una manada de piezas de caza exquisitas.

Vestida de crespón morado, con el talle encorsetado y una gasa con abalorios que le cuelga por detrás, se contonea ante ellos agitando las caderas con arrogancia.

Con los pies delicados enfundados en unas zapatillas de satén, le encanta el entrechocar de los abalorios a su espalda, le encanta el efecto que producen en ellos sus ojos, la impresión de sus cabellos de fiera que le enmarcan el óvalo perfecto de la cara. A diferencia de los artistas, ella está en su elemento, se encuentra como en su casa en la corte y rodeada de opulencia.

Se han retirado del Salón de Retratos los sofás y sillones Jacobs tapizados de seda azul, las magníficas consolas, los pianos dorados y las mesas de lapislázuli y cornalina. Los retratos a tamaño natural de Alejandro I, Nicolás I a caballo, Alejandro II, los hijos de este y Catalina la Grande se cubren con paños para protegerlos del polvo.

Se han montado siete puestos de trabajo para que los artistas laboren en sus medios respectivos. Se levanta un andamiaje gigante en el centro del salón. Todas las demás herramientas y materiales necesarios (bancos de trabajo, útiles de escultor, caballetes, pinturas, pinceles y un gramófono) están dispuestos.

Un cosaco de la Guardia, sin barba, está firme con una cámara

Kodak en las manos. Ha recibido órdenes estrictas de su majestad imperial de recoger todos los detalles. Desde la aparición reciente de la cámara portátil con película en rollo, que sustituía a las cámaras aparatosas que contenían rollos de papel de más de seis metros, las grandes duquesas se han enamorado de la fotografía, y en el palacio y sus alrededores se oyen constantemente los clics de las cámaras fotográficas.

La escultora Rosa Koristanova lleva una blusa blanca almidonada con botones de madreperla. Se le está formando un sarpullido en el pecho, muestra de su aversión a cualquier cosa que sea remotamente femenina. Es una mujer menuda que guarda en su cuerpo reducido una energía insondable. Se siente cómoda en el andamiaje, sabe escalarlo con agilidad de mono, ataca bloques inmensos con la fuerza y la destreza de un púgil, forma esculturas de hombres en actitudes hercúleas, con títulos polémicos como *Nobles salvajes y el Apocalipsis*, *Mística femenina y la polémica masculina* y *Dioses asesinos y sus víctimas*. Padece asfixia de escultor. Aunque el polvo de mármol le está ahogando los pulmones, ella se niega a ponerse mascarilla. Cree que el arte digno de tal nombre cobra vida cuando se le dedican los cinco sentidos. El aroma de sus piedras, el olor a polvo, a sangre y a historia, determinan la forma definitiva de sus esculturas.

Junto a ella está el coreógrafo Igor Vasiliev, con la cabeza gacha. Tiene las manos extendidas a lo largo de los costados. Da golpecitos con los zapatos de charol al ritmo de la danza que cobra forma dentro de su cabeza, un vals que puede tener que ver o no con las relaciones complicadas entre el zar y su primo alemán, el káiser.

Dimitri Markowitz es conocido por sus caricaturas promonárquicas, imágenes de un zar bondadoso que conduce a su pueblo hacia riquezas inconcebibles (minas rebosantes de oro, pozos que arrojan joyas, mares que vomitan decretos benévolos de todas clases). En realidad, considera que el zar es responsable de la miseria del pueblo; sin embargo, Dimitri hace todo lo posible por ocultar su verdadera ideología. No está por la labor de convertirse en mártir en nombre del arte.

Belkin Fyodor también se cuenta entre los invitados. Darya admira sus paisajes, que le evocan una cierta sensación de familiaridad, quizá una sensación de que ella ya ha estado allí: desiertos llanos y arenosos, palmeras que se agitan al viento fuerte, dunas onduladas que resplandecen a la puesta del sol, caravanas de camellos que serpentean alrededor de tiendas de campaña

ondeantes.

El fotógrafo Joseph Petrov Eltsin no está acostumbrado a los palacios fastuosos, a las aspiraciones imperiales ni a los premios honoríficos que no están acompañados de beneficios tangibles. Los muchos tranquilizantes que toma le espesan la sangre y le producen temblores espasmódicos de las rodillas y de la mejilla izquierda. Se encuentra más a gusto en los manicomios, donde toma fotografías de los enfermos mentales. Sus imágenes en blanco y negro recogen el alma angustiada de los animales, los sufrimientos de los amantes y la soledad de los monjes, y demuestran que el hombre nace abatido y con ansia de la atención de los demás. Aquí, en el salón, rodeado de personalidades inteligentes, cada una con una cabeza de forma distinta, opta por emprender un proyecto científico crucial. Reunirá una colección de fotografías con el fin de demostrar que la forma de la cabeza no es prueba de locura, a diferencia de lo que afirman por entonces algunos médicos.

Tamara, la creadora de miniaturas, la artista más querida en la corte, es invitada honoraria. Los años que ha pasado inclinada sobre su trabajo le han dejado huella. A sus veintidós años ya se aprecia bajo su blusa fina el perfil de una leve joroba y la caída de sus hombros huesudos. Sus miniaturas, talladas en todo tipo de maderas preciosas, piedras, pieles y raíces, se aprecian en todo el país, pero las pocas que tiene tiempo de realizar ella son para el disfrute exclusivo de la familia imperial.

Darya se acerca sucesivamente a cada artista, los saluda con la cabeza, felicita a Rosa Koristanova por la medalla de oro imperial que se le ha otorgado por el mérito especial de su obra escultórica, dice a Igor que ha asistido dos veces a su *Ballet des aristocrats* y que no le importaría volver a verlo, dice a Dimitri que el emperador tiene colgada en su despacho su caricatura *Nuestro zar en la ópera*. Da la mano a Belkin.

—Me encanta su cuadro *Desierto azul* que está en el museo Borodino. Me gustaría tener alguno yo.

Toma el pelo a Joseph.

—En cuanto a sus fotografías, señor, son demasiado intelectuales para mí, pero al zar le gustan.

Besa a la creadora de miniaturas en las mejillas.

—Gracias, Tamara. Alyosha no se separa un momento del precioso perro de esmalte. Ven a visitarlo pronto, ¿quieres?

Después de haber dado la bienvenida a cada artista, Darya ocupa su lugar tras dos sillones a modo de tronos que aguardan a sus majestades imperiales.

Darya, observando a los invitados, piensa que algo falla. Algo no marcha bien del todo. Los cuenta una vez. Seis. Los cuenta de nuevo, esta vez con más atención. El terror la azota como una oleada de agua hirviendo. El corazón le da un vuelco. Se lleva la mano al colgante de Fabergé.

Avran Bensheimer, el único artista al que invitó personalmente la zarina, está ausente.

El zar y la zarina no tardarán en llegar. Darya ha sido la encargada de organizar el salón artístico, de cerciorarse de que los artistas entiendan lo que se espera de ellos, de que reconozcan los matices sensibles del protocolo de la corte. La culpa de aquella insolencia descarada, de aquella impertinencia intolerable, recaerá sobre ella.

Hunde los dedos en su cabellera lustrosa, que no consigue dominar con el fijador de cera natural y almidón perfumado. Está acalorada, sudorosa. Suelta una cinta de seda de los cortinajes y se recoge con ella el pelo. Se acerca a una mesa donde se han dispuesto empanadillas de carne y patatas, soperas con *borscht* y estofado a la pimienta, faisanes en salsa de nata, frutas en vino y helados. Un camarero sirve vodka aromatizado con menta en un vaso de Baccarat. Darya toma un trago de vodka, espera a que le haga efecto el calor, a que se le calme el corazón.

—Damas y caballeros, bienvenidos al salón artístico imperial, donde cada nuevo día promete una nueva inspiración creadora que ustedes podrán embellecer y emplear en sus medios artísticos respectivos.

Calla unos momentos para producir expectación, intercambio de opiniones, leves bromas; algunos segundos más para que se le normalice la respiración.

—Consideren que este es su refugio. Un hogar donde podrán pulir sus habilidades, ser fieles a las exigencias de su arte sin miedo a la censura. Esto se lo prometo solemnemente.

Los artistas se cruzan miradas furtivas. ¿Eso es lo que cree la pareja imperial? ¿Se les está animando a dar rienda suelta a su imaginación sin miedo a ser perseguidos? ¿O solo lo cree así la *tyotia* Dasha?

Un escalofrío repentino recorre las venas de Darya. Se riñe a sí misma con frenesí. ¿Cómo ha sido capaz de decir aquello, de dar permiso a los artistas para que hagan públicas todas sus creencias? ¿Ha cometido el error imperdonable de otorgarles libertad de expresión? ¿Y si crean obras de arte que planteen interrogantes acerca de la monarquía? ¿O acerca de la situación política? Los

artistas guardan silencio, están a la expectativa, dispuestos a arrojarse sobre la menor migaja de información que pueda arrojarles Darya. La observación atenta les resulta natural, es un instrumento útil de su acervo, una manera de penetrar hondo para sacar a la luz detalles preciosos que acabarán alimentando su arte. El Palacio de Alejandro, sus moradores imperiales, y Darya, con sus ojos fascinantes, son fuentes interesantes que hay que explorar. Markowitz esboza mentalmente el perfil del rostro de Darya, sus rasgos de aspecto bíblico, la nariz patricia, la boca fuerte, la cinta con borla que le cuelga por debajo de los lóbulos de las orejas. El *ballet* que se va formando en la mente de Igor cambia de forma; los primos, el alemán y el ruso, están en un *allegro* perpetuo, vivo, agudo, exigente. Tamara solo es capaz de pensar en el próximo regalo que hará al pequeño zarévich: un ciervo minúsculo, como el que hay en el parque, o quizá un bisonte, o el poni dorado al que tanto quiere. Rosa quiere acercarse más a Joseph, inspirar su aroma, percibir sus emociones, grabárselo en la mente. Quiere recrearlo en piedra.

El aroma de las flores de los limeros del exterior entra flotando en el salón. Un ave del paraíso se posa en el alféizar de la ventana, agitando levemente el pecho hinchado, con una lombriz colgada del pico amarillo. Darya arroja de su mente sus inquietudes, intenta sonreír.

—Damas y caballeros, no es preciso que les diga que la pareja imperial favorece las artes con ardor. No es preciso que les diga que están aquí porque sus majestades admiran su obra. Así pues, ¡no los decepcionen!

Las puertas de caoba se abren, y el maestro de ceremonias da tres golpes en el parqué con la contera de su bastón de ébano para anunciar a sus majestades imperiales.

La emperatriz está majestuosa con un vestido vaporoso de seda adornado con encajes y diseñado por Worth, de París. Toca las perlas rosadas que le ciñen la garganta blanca, busca el brazo de su marido y, como si estuvieran a solas, él le sonríe y le aprieta la mano para darle ánimo.

Él lleva su uniforme militar más sencillo, ceñido con un cinturón de cuero, sin sus medallas imperiales. El salón artístico es una idea de su esposa, y él no tiene intención de eclipsarla.

Los artistas hacen reverencias a sus monarcas. Se quedan de pie mientras el zar y la zarina atraviesan el parqué reluciente hacia sus sillones, sobre los que está colgado un tapiz gobelino de seda que representa a la desventurada María Antonieta con sus hijos,

regalado por el Gobierno francés con poca consideración por su parte.

La emperatriz indica a los artistas con un gesto que ocupen sus asientos; la sonrisa le suaviza el semblante serio. Le agrada su propia decisión de haber establecido un salón artístico. Nadie se enterará nunca de su dolor, de su desconsuelo, de su busca interminable de un milagro para curar a su hijo. Lo que proyectarán al mundo los artistas serán las vivas escenas de la vida imperial, vibrantes, variadas y espectaculares, una familia muy unida que solo se ocupa del bienestar de su pueblo.

Habla a los artistas en ruso con un acento que es mezcla de británico y alemán.

—Bienvenidos a nuestra corte, damas y caballeros. Espero que aquí reciban la inspiración que los permita ganar grandes honras para nuestro país. Yo los apoyaré personalmente en sus trabajos futuros, pues esta corte considera que nuestra gran cultura se mide por el genio de nuestros artistas. Seguiré sus progresos, y a fin de año entregaré un premio honorario al artista cuya obra represente mejor el alma de nuestro amado país.

Introducen un caballete esmaltado sobre el que está montado un retrato fotográfico grande del heredero del trono, Alexei Romanov, y lo instalan entre los dos miembros de la pareja imperial.

El cosaco imberbe de la Guardia se adelanta a toda prisa para tomar fotografías.

La emperatriz contempla con orgullo la imagen de su hijo. Ha reflexionado y ha sopesado mucho la decisión de elegir a Avram Bensheimer para que pinte el retrato de su hijo; ha debatido la cuestión con el zar, quien se opone rotundamente a la decisión, y, por primera vez en su vida de casada, ha pasado por alto un consejo de él, con la esperanza de que Bensheimer consiga crear una obra maestra superior a *La curación*. Observa a cada artista, los agrupa mentalmente y los va separando después uno a uno, intentando determinar cuál es el pintor judío. Opta por Joseph, de ojos saltones y orejas codiciosas.

—Avram Bensheimer —anuncia—, te encargamos que pintes un retrato de tu zarévich.

Joseph se encoge bajo su mirada, observa a un lado y a otro, niega sutilmente con la cabeza. El silencio es absoluto. Ni el golpecito de un pie impaciente, ni el carraspeo de unos pulmones congestionados, ni el clic de la cámara fotográfica, ni un chillido de los cisnes, ni el canto de las aves que se cortejan en el exterior.

A Darya le tamborilea el corazón en las sienes, el colgante del

huevo de Fabergé que lleva al cuello le pesa como si fuera una horca. Se esfuerza por sosegarse, por aparentar calma, serenidad.

—Pido disculpas a vuestras majestades. No sé por qué no ha venido Bensheimer.

Rosa susurra algo al oído de Igor; este, a su vez, tira de la manga a Joseph, y un leve murmullo corre por el salón como una rata que se quema.

El emperador aprieta los dientes. Tiene el rostro enrojecido de rabia. Ase la empuñadura del bastón y aprieta el águila bicéfala que es el emblema de su casa imperial. Se levanta, ofreciendo a su esposa su brazo. Los dos se quedan de pie en la cabecera del salón, con indignación majestuosa, dirigiendo a Darya sus miradas acusadoras.

Se oye un aleteo al otro lado de la ventana. Ladra un perro en el parque. El conde Trebla suelta maldiciones con su voz ronca.

—¡Nos enteraremos del por qué! —dice el emperador mirando a Darya, que desearía acurrucarse en sí misma y derretirse—. ¡Y tú, Darya Borisovna...!

No dice más, conteniendo su ira en atención a la emperatriz, que está a su lado, al afecto que tiene esta por la muchacha. Pero no hace falta que diga más. Su dictamen sigue resonando y vibrando cuando ya hace mucho tiempo que les ha vuelto la espalda y ha salido con la zarina.

Capítulo 16

Darya extiende una mano para dar unos golpecitos en la puerta de pintura desconchada, recoge la mano, se la guarda en el bolsillo de su capote con capucha y se arrebuja en él como si quisiera desaparecer entre sus pliegues oscuros. El piso de Avram Bensheimer está en la tercera planta de un edificio estrecho de ladrillo amarillo, en una zona de Tsarskoe Selo que ella no había visto nunca. Por el camino, el carruaje de caballos imperial, fuera de lugar en aquellas calles estrechas, pasó ante algunos estudios artísticos, una carnicería, una sinagoga, una panadería, una escuela elemental y otras tiendas, casas y galerías muy apiñadas, como si en toda Rusia no hubiera otro lugar para acoger a esa gente.

Tiene a su disposición el carruaje imperial durante todo el día, supuestamente para su salida de compras de cada dos meses en la que se aventura por los almacenes de calles secundarias y por tiendas de antigüedades de las afueras en busca de nuevos tejidos (tafetán, tarlatana, terciopelos de todos los colores, brocados de seda de diversos diseños) para adornar sus vestidos, plumas y flores rojas para sus sombreros y, de cuando en cuando, un hallazgo especial para la emperatriz, como puede ser una cinta salpicada de perlas que la costurera imperial cose para que sirva de talle de falda, o una pluma enjoyada para adorno de sombrero.

Ella no ha venido a este barrio de la ciudad, principalmente judío, para comprar cintas, encajes ni plumas, sino para verse cara a cara con Avram Bensheimer. Se había otorgado al pintor un honor sin precedentes, y él lo había pagado ofendiendo a sus majestades. El emperador espera una explicación.

Llama a la puerta una vez; después, más fuerte, dos veces. Al principio no se oye ningún sonido en el interior; después, crujidos de madera. Pasos. Darya respira hondo, entrecruza los dedos a su espalda, se aparta de la puerta. Una cucaracha pasa corriendo, se detiene, desorientada, y se refugia bajo una bola de polvo.

La puerta se abre, haciendo rechinar sus bisagras oxidadas, y

aparece un hombre alto bajo la luz tenue de la lámpara desnuda del techo. Tiene una gama de pintura seca (tonos arena, rojizos y morados) adherida a los cabellos rubios, que le llegan hasta los hombros. Pone en Darya los ojos, moteados de verde, sobresaltándose al reconocerla.

—¡Darya Borisovna! —exclama con acento austriaco—. ¡La *tyotia* Dasha de los Romanov!

El asombro reduce a Darya al silencio por un momento. ¿Se habrá equivocado de puerta? No es de extrañar que la reconozcan. Su ojo opalino es su tarjeta de visita inconfundible, una presentación inmediata. Pero el hombre que la está evaluando con atención de artista es el mismo hombre al que ella vio defender al muchacho judío aquel día, en el juzgado.

—¿Avram Bensheimer? ¿El pintor? —pregunta.

—Soy Avram, el pintor —responde él con una sonrisa que le ilumina los ojos tristes—. Y tú eres la valiente Darya Borisovna, que me defendió ante el tribunal. Y aparece cuando la vuelvo a necesitar.

—Claro que me necesita usted, señor Bensheimer, pero creo que no podré hacer gran cosa por usted. Lo que ha hecho usted es imperdonable. Ha ofendido a la pareja imperial. De hecho, ni siquiera lo habrían invitado al salón artístico si no hubiera sido porque la emperatriz admira su obra *La curación*.

Ella lo evalúa a su vez, esforzándose por separar al pintor judío de veinticuatro años que ha osado dejar plantados al zar y a la zarina del hombre heroico que se levantó en el juzgado.

—No vino usted, señor Bensheimer. Lo invitaron. Se le esperaba.

Él se aparta el pelo de la frente y se señala una cicatriz reciente.

—Necesitaba asistencia médica —dice.

Abre la puerta del todo y la invita a pasar con un gesto.

Ella entra tras él en un cuarto pequeño, ordenado, con las paredes cubiertas de estudios para sus cuadros: anatomía humana, brazos, piernas, dedos, ojos de diversas formas, algunos llorosos, otros de curiosidad o de susto, heridas de todas clases, sangrantes, con costra, sanadas, siempre dejando huella. A pesar de las imágenes que lo rodean, el cuarto resulta agradable a Darya. Un sol nacarado se filtra por los visillos, un leve rumor de hojas agitadas, la risa de los niños que juegan en la calle.

—¿Qué le sucedió? —pregunta Darya, señalándole la frente.

—Me atacaron —responde él, como si se tratara de un accidente de poca importancia. Cruza la habitación con agilidad de pantera, toma dos de las cuatro sillas de madera dispuestas alrededor de una

mesa redonda y le acerca una a ella—. Descansa, haz el favor. El viaje desde el palacio es largo.

—¿Por qué lo atacaron, señor Bensheimer?

—Por ser judío.

—No entiendo.

Él podría decirle que la vida protegida que hace ella la aísla de los horrores que la rodean. No tiene acceso al *Bessarabet* ni al *Svez,* los periódicos antijudíos; no sabe que Theodore Roosevelt envió a Nicolás II un mensaje requiriéndole que pusiera fin a su opresión cruel de los judíos, a los disturbios violentos, a los ataques por multitudes incontroladas, a las matanzas y a la destrucción de sus hogares. No sabe nada del último pogromo contra los judíos, el más grave de todos.

—Hubo otra masacre, peor que la anterior. Yo intenté salvar a un vecino, a un niño, de manos de un policía. Peleamos. Me llevé una cuchillada; el corte es profundo. Pido disculpas.

Él le explica que el pueblo se había echado a la calle, aparentemente para protestar por las posturas políticas del zar. Pero de pronto, y de manera inexplicable, los amotinados se habían vuelto contra los judíos. Estaban enfurecidos, rompían ventanas y escaparates, saqueaban tiendas, sacaban a las mujeres arrastrándolas por el pelo. Los vidrios rotos salpicaban las calles, se metían entre el pelo de la gente, herían en los ojos a niños y adultos. Caballos desbocados, cubiertos de sangre, aplastaban a niños bajo sus cascos. Habían muerto dos mil quinientos judíos.

Darya se sienta en la silla de madera, que emite un crujido. Está pálida, desfallecida, como si se le estuviera desmontando todo su ser. ¿Cómo es posible que ella ignorara que se estaban cometiendo tales atrocidades contra un pueblo en su propio país? ¿Y es consciente de ello la pareja imperial? Caso de serlo, ¿cómo lo toleran?

—Lo lamento —dice a Avram Bensheimer. ¿Qué otra cosa puede decir?

—Yo no tenía intención de ponerte en una situación apurada. Sobre todo, después de lo que hiciste por nosotros en el tribunal. Eres valiente, muy valiente, judía del ojo opalino.

Ella no sabe por qué la llama *judía del ojo opalino,* si con ello pretende ofenderla o alabarla.

—No soy judía —le dice.

—No; claro que no. Pero, aunque los judíos no podemos contar con la ayuda de nadie ajeno a nosotros, tú nos defiendes en el tribunal. Así que, dame la alegría de aceptar este título honorífico.

O podría llamarte *reina del ojo opalino,* ya que acudiste a defendernos como hizo la reina Ester.

«¡Acepta ambos títulos!». La Antigua se eleva entre los visillos hinchados por la brisa; hoy está distinta, con silueta nítida, sólida, sin la nebulosidad que la oscurecía en otras ocasiones. Darya piensa que es hermosa, que sus ojos sabios tienen algo de tranquilizador, que su mensaje es de ánimo. «Unos títulos merecidos, que puedes lucir como medallas preciosas», le dice.

Avram la observa apoyándose en el respaldo de la silla que está frente a la suya, observándola como observa un pintor ante un lienzo en blanco, con un abanico inagotable de posibilidades ante sí.

—Quisiera pintar tu retrato —dice, con un cierto aire de considerarse con derecho a ello.

Ella le clava la mirada; recuerda con intensidad renovada la gravedad de la situación.

—Señor Bensheimer, parece que no se da cuenta usted de la seriedad de los hechos. Lo han expulsado del salón artístico. La emperatriz espera una explicación. Eso no bastará —añade, señalándole la herida que tiene en la frente, cosida con varios puntos entre los que se ven algunas gotas de sangre—. No era de vida o muerte. Podría haber venido usted después de que se lo curaran. O, como mínimo, haber mandado aviso de que no podía venir. En cuanto a mi retrato, no le consentiré que me pinte. Usted pinta cicatrices de todas clases, e incluso cuerpos desnudos. Yo, por desgracia, no tengo una sola cicatriz en el cuerpo, ni tampoco pienso desnudarme jamás ante usted.

—Estás enfadada conmigo, reina del ojo opalino. Me da pena.

A ella le duelen los músculos de las mejillas. No sabe si echarse a reír o a llorar. No había visto nunca tal dolor, tal insistencia, tal calor, en unos ojos. El pintor emite una sensación de expectación que a ella la emociona y la asusta a la vez.

—¿Qué debo hacer, señor Bensheimer?

—Llámame Avran. Por favor. Quedamos pocos Bensheimer. Asesinados en algún pogromo. ¡Por sus majestades imperiales, los Romanov!

Ella se estremece como si cada palabra fuera un cuchillo que le clavan en el pecho.

—No es cierto, Avram. No culpe a sus majestades. ¡Ellos no tolerarían jamás tales atrocidades!

Él percibe el titubeo en su voz, advierte que se tira del colgante, que baja después la mano y la esconde en la manga de terciopelo

con ribete de encaje muy elaborado. Avram se abstrae de su dolor.

—No quiero acarrearte problemas. Dime qué puedo hacer por ayudarte, y lo haré.

—No puede venir al salón artístico, y quizá no esté a salvo en su casa. Quiero ayudar, de verdad. Admiro cómo representas lo más bajo de la sociedad, su lado más sórdido, además de su belleza.

—En tal caso, ¿por qué no quieres posar para mí? Es mi mayor deseo.

—Usted no lo entiende, señor Bensheimer. Corre peligro. El zar ha mandado al Ministerio de Policía que investigue sus asuntos. Eso no es bueno. ¿Quién sabe dónde estará usted mañana?

Darya levanta una mano en gesto de despedida.

—Lo siento, Avram. No sé qué hacer.

Él le toma la mano, se la lleva a los labios y la sostiene así largo tiempo.

Afuera se está poniendo el sol. Empieza a lloviznar. Corre un aire frío.

En el ojo opalino de Darya cobra vida una chispa misteriosa. Se le ha ocurrido una idea. Chasca los dedos como si quisiera cambiar así el curso de los hechos.

—Usted es artista, Avram. Váyase a pasear a un parque, desaparezca, y que no se le ocurra siquiera volver a su casa o a su estudio. Váyase a un museo, a casa de algún amigo, haga algo, cualquier cosa que lo inspire para encontrar el modo de que la pareja imperial lo perdone. Si lo consigue, posaré para usted. Tenga presente que el único medio para ganarse el corazón de la zarina es a través de su hijo.

Capítulo 17

— 1905 —

En un rincón del Salón de Retratos ascienden volutas de vapor de un samovar barrigudo. Sobre una bandeja dorada hay tazas de Limoges con los emblemas de los Romanov. En una mesa en cuyo mantel se han extendido pétalos de rosa hay hidromiel, coñac, tortitas de suero de leche, champiñones encurtidos y vodkas aromatizados con hierbas. La mesa está adornada con cuencos de las bayas silvestres de Crimea favoritas de la zarina. Se espera en cualquier momento la llegada de su majestad imperial.

Un paño con hilos de plata cubre un caballete que se ha montado en un estrado, en la cabecera del Salón de Retratos. Avram se pasea de un lado a otro ante el caballete como un león nervioso que custodia su cubil.

Darya lo recorre todo, se detiene en cada puesto de trabajo para atender a los detalles de última hora. Siente una grave carga en el pecho, y piensa que si es capaz de superar aquel día, podrá salir airosa de cualquier obstáculo que le ponga por delante el destino en el futuro.

Avram se lleva discretamente la mano a la frente, hace un gesto de dolor, se pasa el pulgar por la cicatriz. En sus ojos hay una nueva inquietud, más profundidad, una tristeza añadida. Sabe que la emperatriz no lo ha perdonado; sabe que Darya, al invitarlo al salón artístico, se ha puesto a sí misma en una situación muy delicada. Tira de un hilo de plata suelto, lo arranca del paño, se lo enrosca a un dedo, hace una bola con él. Ya no hay vuelta atrás. Lo que tenga que pasar, pasará.

Rosa Koristanova, subida al andamiaje, está preparando un bloque enorme de alabastro ágata. La emperatriz lo ha hecho traer de Italia a sus expensas. La piedra luminosa, de color de carne, se ha humedecido con agua; se le han localizado las líneas de fisura y la veta y se ha trazado a lápiz sobre la piedra el diseño de un Ipabog, dios de la caza, en actitud triunfal. Rosa, mazo en mano y

sin protección ocular, ni mascarilla ni manoplas, acaricia el alabastro, considerando, absorta, el mejor modo de retirar los fragmentos de piedra no deseados, con cuidado de no dejar lesiones ni sacrificar el corazón.

—¿Quién es su modelo, Rosa?

Rosa, sobresaltada, levanta la vista y descubre que Darya ha subido por la escalera de mano y está de pie a su espalda, en lo alto del andamiaje.

—¡Huy! La verdad es que no debería estar usted aquí arriba, con todo este polvo. No es sano en absoluto. ¡Ah! Me preguntaba usted quién es mi modelo, ¿verdad? Pues, deje que lo piense, la verdad es que este me resulta especialmente importante... y... si se me permite, bueno, preferiría no tentar al diablo haciéndolo notorio.

—Claro, claro —dice Darya enseguida para tranquilizarla, convencida de haber apreciado el perfil de Joseph dibujado sobre la piedra—. Muchos artistas piensan así. Buena suerte, pues, y ya hablaremos más tarde.

Da un golpecito en el hombro a Rosa y baja por la escalera de mano entre los chasquidos incesantes de la cámara fotográfica de Joseph.

En otro rincón de la sala, Igor Vasiliev está acompañado de dos bailarines que representan al zar y al primo alemán de este, el káiser Guillermo II. Uno de los bailarines vuela sobre un escenario improvisado como si desafiara a la gravedad. Realiza una serie de giros atrevidos y cae por fin haciendo un grácil *plié* sobre la espalda del otro bailarín, el que representa al zar, que se ha puesto a cuatro patas. El káiser, haciendo ademanes maliciosos con el brazo, da palmadas en las nalgas del zar, que prácticamente lleva a cuestas a su primo.

—¿Cuál es el argumento de su *ballet?* —pregunta Darya a Igor—. ¿Por qué va ese bailarín montado sobre el otro?

Igor se muerde el labio. Se vuelve hacia Darya con una sonrisa exenta de malicia.

—Es el cuento de un mercader bondadoso que hizo un trato con su asno. Movido por un espíritu igualitario, el mercader montará en el asno por las mañanas y dejará que el asno lo monte a él por las tardes.

A Darya le pasa fugazmente por el rostro una expresión divertida.

—¿Y da resultado? ¿Se arreglan bien?

—El tiempo lo dirá —responde Igor—. Esto no es más que el principio.

En aquel momento, la pierna de uno de los bailarines surca el aire como una flecha veloz y asesta involuntariamente una patada en la espinilla al caricaturista. Este se levanta de un salto y propina al bailarín un puñetazo en la nariz.

Vuelan los golpes y las patadas, mientras Darya, horrorizada, intenta separarlos, amonestándolos, advirtiéndoles que se espera la llegada de la emperatriz en cualquier momento.

El andamiaje tiembla, y Rosa baja como si fuera un cosaco de la Guardia Imperial, blandiendo el mazo ante los rostros de los hombres.

—¡Qué vergüenza! ¡Vergüenza debería daros a los dos, que tenéis la cabeza llena de mierda! ¿Cómo os atrevéis? Salid a la calle y meaos el uno en el otro. Dejad de comportaros como eunucos frustrados.

Ase a un hombre del brazo con cada mano y los lleva a la fuerza hasta el sitio que les corresponde, mientras los demás artistas tienen el tiempo justo de volver a toda prisa a sus puestos respectivos cuando el gran maestro de ceremonias anuncia a su majestad imperial. Se hace el silencio de inmediato y todos los ojos se vuelven hacia ella.

La esbelta Alejandra Feodorovna entra deslizándose como un ángel, con una falda blanca de cuatro volantes, medias de encaje blancas y zapatos de ante. Lleva el pelo recogido sobre la cabeza, sujeto con alfileres de plata. Le cuelgan de los lóbulos de las orejas dos perlas con forma de lágrima y del tamaño de huevos de paloma. Acaba de volver de la capilla Feodorovski, que está al fondo del parque, donde se ha postrado de rodillas y ha aplicado la mejilla a las duras losas mientras daba gracias al Señor por haber aliviado temporalmente a su hijo.

Está de buen ánimo, radiante, sonriente. Hace un gesto de complicidad con el índice tras la puerta para invitar a sus hijas a sumarse a ella. Entran como brisas perfumadas, atraviesan el salón y caminan directamente hacia Darya.

Al verlas, a Darya se le alivia la opresión que siente en el pecho y es capaz de tomar algo de aire en los pulmones. Olga y Tatiana, la *pareja grande,* y María y Anastasia, la *pareja pequeña,* como las llama ella con cariño, se arrojan a sus brazos abiertos. Ella las abraza, cargándose de fuerza con el contacto de sus cuerpecitos. Olga, la mayor, solo tiene diez años. Las demás hermanas tienen edades decrecientes de dos en dos años, pero la compostura y la elegancia de todas es sobrecogedora.

La emperatriz está observando a los artistas, les clava la mirada,

va recordando los rostros que le presentaron en la primera reunión, tres meses atrás. Percibe una cara que no le resulta familiar.

—¿Quién es este hombre? —pregunta a Darya.

—¡Avram Bensheimer! —responde Darya, agrupando a las niñas a su espalda como si quisiera protegerlas del arrebato que se ve venir.

—¡Bensheimer! —exclama la emperatriz.

Se produce una pausa tan larga, un silencio tan absoluto, que Darya puede oír las suaves inspiraciones a su espalda, oye una tosecilla. Le viene a la cabeza la idea de que Anastasia puede estar resfriándose.

—He invitado a Bensheimer a volver, majestad. ¿Me permite que se lo explique?

La sonrisa desaparece de los labios de la emperatriz. Su cara tensa se petrifica. Se aproxima a Darya con ligereza.

—¡No! ¡No te permito que me lo expliques! Entrega a este hombre a los cosacos imperiales, y ven a verme al Salón de Lectura.

Darya se acerca al caballete y apoya sobre su parte superior una mano temblorosa. La mantiene allí un instante.

Llega del exterior ruido de cascos de caballos inquietos; una pálida luna diurna se oculta tras una nube. Entra por la ventana una nubecilla de mariposas blancas que dan vueltas por la sala para acabar posándose en el hombro izquierdo de Anastasia.

Darya tira del cordel que ciñe el paño por su base y desata un nudo. Ase una esquina del paño y, de un rápido movimiento, lo retira del caballete.

La zarina se queda plantada, inmóvil, ante el caballete. Le palpita una arteria en la garganta. Se muerde el labio inferior. Tiene los labios secos, los ojos húmedos.

En aquel mismo caballete donde tres meses atrás se exhibía una fotografía de su hijo hay ahora un retrato de la Virgen con el Niño.

Pero esta no es la imagen del Hijo de Dios. Este es su querido Alyosha. Tiene un brillo en los ojos grises azulados. Le relucen los bucles de su rica cabellera. Sus mejillas con hoyuelos irradian salud. Está a salvo en brazos de la Virgen, cuya mirada sanadora cae sobre él como una bendición; su sonrisa benévola es como un bálsamo; sus manos cariñosas reposan sobre él como incontables bendiciones.

La emperatriz suelta un suspiro. Las lágrimas se le agolpan en los ojos, se le quedan suspendidas de las pestañas. Traza con el índice el perfil de la imagen de su hijo en el lienzo. Qué brillantez artística. Qué visión excepcional de lo que desea su corazón. Pero, ¿qué mensaje le quiere transmitir el Señor, y por qué ha elegido

como intermediario a aquel hombre judío?

Después de una eternidad, durante la cual los demás artistas se acercan disputándose las mejores posiciones para contemplar el cuadro, la emperatriz se deja caer en la silla más cercana.

Darya señala a Avram, explica a la emperatriz que el retrato es una obra suya con la que pretende reparar su insolencia, le explica que le expresa su más sentido arrepentimiento y disculpas profusas, y que aquel día no pudo asistir al salón a causa de un hecho trágico que se había producido en su comunidad.

Avram guarda silencio. Es un hombre con poco miedo. Piensa que no se trata de un hecho trágico, sino de unas tragedias continuadas que están destruyendo comunidades enteras, pogromos instigados por las autoridades, por la Policía Secreta zarista, hasta por el propio alcalde. Sus vísceras son una caldera volcánica de resentimiento contra los Romanov. Pero no quiere poner en peligro la situación de Darya en la corte imperial. No está dispuesto a perderla, ahora que ella tendrá que hacerle de modelo para cumplir la promesa que le hizo.

La emperatriz se levanta, se acerca al retrato para contemplarlo atentamente de nuevo. Se frota la mejilla con la palma de la mano. Da un paso atrás como en presencia de una imagen sacra.

—Darya Borisovna, haz que lleven el cuadro a mis aposentos privados. ¡Premia a Bensheimer por su trabajo!

Una vez manifestados sus deseos, se vuelve y se retira, sin dedicar una sola mirada a la obra de los demás artistas.

Darya espera hasta que se pierde el eco de los pasos de la emperatriz, hasta que se le tranquiliza a ella misma el corazón.

No es consciente del gran peligro en que se ha puesto Avram. Este ha presentado el retrato a su majestad imperial con la certeza de que la emperatriz no reconocería a la mujer que hizo de modelo para la figura de la Virgen.

Y estaba en lo cierto.

La emperatriz, encerrada como vive en el Palacio de Alejandro, no ha reconocido en el rostro de la Virgen el de Paulina *Muslos Blancos,* una ramera proletaria poco conocida.

Capítulo 18

Desafiante, con todas las células de su cuerpo en rebelión, Darya manda a los guardias que salgan del salón. Ahora que ya se ha marchado la emperatriz, hace retirarse a los criados de pasos silenciosos, y estos desaparecen por las muchas puertas.

Va a cumplir su promesa de servir de modelo a Avram. Y lo hará desnuda. Y lo hará ahora mismo. Lo hará para escupir a la cara a la Antigua, que se le apareció de nuevo anoche, desnuda como Eva, con una lágrima que parecía una llama y se le veía a través del velo en un rostro que por lo demás carecía de rasgos. Antes de adentrarse en la hoguera devoradora, la Antigua se arrancó la lágrima ardiente y se la arrojó a Darya; pero el vestido de Darya, en vez de arder, se convirtió en unas tenazas heladas, rígidas e inamovibles, que amenazaban con ahogarla. La Antigua siempre lleva algo encima en sus sueños (una blusa, una capa, una falda) que después transforma en una maldición dura y esclavizadora.

Darya no lleva hoy sus galas habituales, sino un atuendo más sencillo, de lino y encajes de Malinas. Tira a un lado las sandalias, se quita el vestido, se desabrocha los botones de madreperla que van de arriba abajo de sus enaguas con volantes y deja caer estas a sus pies. Empieza a soltar uno tras otro los corchetes y las cintas de su corsé. Vacila, insegura; mira a los artistas que, aunque se esfuerzan por guardar la compostura, tienen puestos en ellos todos sus sentidos. Busca el apoyo de Avram.

—Se puede hacer traer un biombo —propone él, casi sin saber qué decir. Se pregunta si aquella mujer es de verdad, o si es una aparición que no tiene idea de lo que es el miedo.

—No tengo nada que ocultar —responde ella. No es verdad. Sus sueños, su ojo opalino, la mujer que es ella y la que está al servicio de la Antigua, guardan un millón de secretos.

Darya entrega a Avram su corsé.

Se queda de pie, desnuda, en el centro de la Galería de Retratos. Delante de los artistas, y del cuadro del zarévich con la Virgen, que

no tardará en ocupar un lugar destacado en el Salón Lila.

Se echa en el estrado cubierto de satén y alarga el cuerpo. Brinda a Avram una sonrisa de ánimo, aunque lo único que querría ella sería cubrirse el cuerpo desnudo y refugiarse en sí misma.

Avram ataca la tarea imponente de reproducir en el lienzo la curva perfecta de sus pechos, el hueco grácil de su talle semiiluminado por la luz que entra por la ventana, la media luna de su nalga, pero, sobre todo, la translucidez encantadora de su ojo opalino, que proyecta los placeres y los sufrimientos de Darya, su valor y su vulnerabilidad.

Desde lo alto de su andamiaje, Rosa intenta quitarse de la cabeza sus demonios, su hambre y su deseo. Mira a Darya, desnuda como Venus, sus pezones prominentes suculentos como el chocolate, la piel suave de su vientre como el bronce bruñido. Avram Bensheimer tiene suerte de contar con Darya como modelo. ¿Qué va a hacer ella, Rosa, con aquel bloque de piedra espectacular, si Joseph tiene siempre la cabeza oculta tras la cámara o hundida sobre sus fotografías?

Dimitri arranca de su cuaderno de apuntes la caricatura a medio dibujar, arruga la hoja y la tira a una papelera que rebosa borradores descartados. No ha conseguido embellecer ni exagerar la expresión de los ojos de Darya, uno astuto como una anguila escurridiza, el otro obsesionado y un poco desesperado, algo así como una mujer traicionada. Deja su puesto para servirse té del samovar, y le añade un vaso de vodka. Es miembro del Partido Socialista Revolucionario, y, a semejanza del resto de sus camaradas, prefiere tener clara la afiliación política de los que lo rodean. Pero el chulo judío es un misterio. Por una parte, está enamorado de Darya Borisovna, la perra imperialista; por otra, se declara opuesto a todo lo que pueda oler remotamente a imperialismo. Dimitri se echa cuatro terrones de azúcar en el té y lo revuelve distraídamente mientras observa al pintor y a su modelo.

Transcurren dos horas, y Darya está cada vez más inquieta. Avram no ha empezado a pintar todavía. Darya intenta mantenerse inmóvil mientras él la sigue mirando alternativamente a ella y al lienzo, que ella no puede ver, sin tomar el pincel. Darya no quiere perturbar lo que se esté formando en la cabeza de él; pero el fuego de la chimenea se le clava en la médula de los huesos como hielo, y se muere de ganas de cubrirse, de tomarse un té caliente.

—Avram, ¿vas a pintarme, o te vas a quedar allí plantado mirándome?

Avram, sobresaltado como si lo hubieran arrancado de un

trance, se limpia las manos con un trapo húmedo, mete el pincel en un bote de trementina y lo blande. La mide visualmente sobre el mango del pincel, extrae pintura de los tubos de metal flexible, extendiéndola sobre la paleta como los colores de un arco iris. Charquitos relucientes de rojo de Persia y sangre de dragón, azul de calamina y añil, amarillo cromo y cornalina, y encarnados más suaves de prímula cromo y rosa de nácar. Moja el pincel en pintura y le limpia la punta con un trapo. Aplica pinceladas rápidas, atrevidas; el pincel lame el lienzo como un amante poseso, convirtiendo la extensión de tela en un ente vivo, trazando su perfil, su naturaleza, captando la quintaesencia de aquel momento de su vida.

El salón artístico está en plena actividad, el ambiente está electrizado. Rosa, que suele tratar con respeto hasta la piedra más vulgar, golpea con furia el valioso alabastro. Dimitri se comporta de manera sospechosa; su pluma roza el papel como los pasos de una rata sobre tablas secas; arranca una hoja tras otra sin molestarse en arrojar a la papelera los papeles descartados y arrugados. Darya se pregunta qué se traerá entre manos. No se fía de él. Procura no pensar en nada ni en nadie que no sea Avram, que retrocede de vez en cuando para inspeccionarla entrecerrando los ojos. Darya piensa en las grandes duquesas y en la nueva alegría que han aportado a su vida. Piensa en el zarévich, en si seguirá tan apegado a ella cuando sea un hombre joven. Piensa en sus propios padres y en lo desconcertados que los dejaba la habilidad creciente de su hija para sanar heridas y pequeñas penas. Piensa en su país, en lo difícil que debe de ser para el zar dirigir una nación turbulenta, con un populacho que pide cada vez más reformas y derechos de todas clases, una nación que hace caso omiso del derecho divino de su monarca. Y piensa en el odioso pope Gapon, el clérigo que ejerce de policía por su cuenta y riesgo y que incitó a la clase obrera a marchar hasta San Petersburgo para implorar cambios al zar. Las consecuencias fueron trágicas. Los obreros se habían dirigido pacíficamente al Palacio de Invierno, en procesión, con iconos en las manos y cantando el *Dios salve al zar,* para entregar al monarca un documento en el que pedían jornales más justos, mejores condiciones de trabajo y el fin de la guerra ruso-japonesa. Los piquetes de soldados nerviosos que estaban en los alrededores del palacio dispararon directamente contra la multitud de más de trescientas mil personas. Mataron a muchos. Se culpó de ello al zar, que por entonces no estaba en la capital.

—Avram, quiero ver tu obra —dice por fin.

—Todavía no. ¿Necesitas algo? ¿Estás cómoda?

Avram tiene puesta toda su atención en el lienzo; el olor de la trementina le quema los ojos.

Dos aves del paraíso se posan en el alféizar y emprenden una danza nupcial. El macho se pavonea con un atuendo digno de un zar: plumas negras relucientes en la cola, costados rosa pálido, moño ondeante y collar aterciopelado. La hembra, escéptica, le inspecciona las alas agitadas, los bigotes temblorosos y el pecho hinchado. Por fin, el ave hembra, estremeciéndose, suelta un trino gutural, incitante. El macho salta sobre ella, y se unen en un arrebato de plumas.

Darya toma el paño de satén y se envuelve en él; se incorpora hasta quedar sentada, deslizando las piernas sobre el borde del estrado. Para horror de Avram, y sin que este tenga tiempo de protestar, lo ha rodeado para ponerse ante el lienzo.

Darya olvida su desnudez, el ruido del escoplo de Rosa por encima de ellos, los chasquidos de la cámara de Joseph en la ventana, la música de Wagner que hace sonar Igor y que resuena por todas partes, el rasgar de la pluma de Dimitri a sus espaldas y los trinos apasionados de las aves del paraíso en el alféizar.

Esto es más que arte. Esto es magia.

Avram ha dado vida al misterio oscuro que tiene ella entre los muslos, al entrante grácil de su talle, a su cuello delgado que se inclina hacia unos hombros voluptuosos. Sus ojos místicos, el ópalo que irradia en los bordes de su rostro matices de cáscaras de nuez. Darya no reconoce el hambre y la tristeza que ve en sus ojos, la cicatriz de su frente, que es reproducción de la de Avram.

—¿Por qué has hecho eso? —le susurra, señalando la cicatriz pintada.

—Te estoy marcando como mía.

En el futuro, cuando sea una mujer anciana de rostro juvenil que ronda por su Palacio de Diversiones deteriorado, con sus ratas ansiosas, por el huerto con las civetas hambrientas que arrancan las bayas de café de los arbustos, cuando se bañe en su *banya* mientras Criadito atiende a todas sus necesidades, recordará que este fue el momento en que se enamoró.

Ahora que tiene tan próximo a Avram, ya nada le importa, salvo su propio anhelo. Le tiende una mano. Quiere cogerlo de la mano y sacarlo del Salón de Retratos, por suelos de mármol, de parqué y de maderas doradas, a través del zaguán semicircular con su techo pintado al trampantojo, hasta llegar al parque donde se oyen por doquier los trinos de las aves del paraíso en celo.

Él ladea levemente la cabeza hacia el suave aroma de ámbar gris que emana del colgante de ella y, consciente de que todos los ojos están clavados en ellos, susurra:

—Después, Darya, después.

No dice más, pero a ella le basta para volver en sus sentidos, sobresaltada.

No va a tentar al destino. Ahora no. Todavía no.

Capítulo 19

Debatiéndose con sus emociones, miedo y nerviosismo, pero sobre todo deseo, Darya conduce a Avram sobre el puente que atraviesa el estanque adornado de templetes barrocos, donde se entrecruzan los cisnes mientras se meten los picos entre el suave plumaje.

Pasaron tres meses hasta que ella acopió el valor suficiente para acercarse a él, que seguía ante su caballete mientras los demás estaban en el comedor. Pensaron verse al anochecer, cuando el parque está tranquilo, cuando las aves del paraíso mayores, cansadas de seducirse mutuamente pavoneándose, aleteando y estremeciéndose, dormitan posadas en las ramas.

Ahora lleva a Avram hasta lo más profundo del parque, pasando ante fuentes y fantasías al estilo chino, y cruzando el puente para llegar a una isla reservada donde estarán a salvo. Se arrebuja en el chal para protegerse del frío de la madrugada, mientras indica a Avram que ize el puente levadizo para quedar a solas.

Él trabaja con rapidez y eficacia, tensando los músculos al seguir las instrucciones de ella, desacoplando las piezas de metal, las mordazas, las lengüetas, moviendo, elevando y haciendo bajar los cierres pesados, que encajan con precisión bien lubricada.

Se adentran en la isla, dejando atrás una columna que se erigió en su centro en conmemoración de una victoria naval y dirigiéndose a unas hileras de urnas enormes que conducen a dos pabellones de madera amarillos, los *banya* que hizo construir Catalina II para su nieto adorado.

Avram se aproxima más a ella y le murmura entre el pelo.

—Eres deliciosa, reina mía, y tu aroma es como una droga para mí. ¿Dónde me llevas?

Ella responde con voz algo temblorosa:

—Al *banya,* Avram.

Él levanta un dedo en señal de advertencia de los muchos peligros que la amenazan. El palacio tiene ojos y oídos. Es una cueva de delatores. Puede haber espías al acecho tras los arbustos y

los árboles. Al zar y a la zarina no les agradaría enterarse de que su admirada Darya Borisovna se ve a escondidas con un judío. Avram retira su advertencia. Él también la desea a ella, la desea con ardor.

No son conscientes de que el conde Trebla, veterinario de la corte, empapado y tiritando por haber atravesado el estanque a nado, los sigue entre las sombras, saltando de un árbol a otro, con un gruñido de fiera en la garganta. Ha estado siguiendo a Darya, sus idas y venidas, con la certidumbre de que llegaría a atraparla con las manos en la masa. Y así ha sido. De la mano de Bensheimer, nada menos, el de las tonterías artísticas y que se da tantos humos como si llevara sangre real en las venas. ¿Cómo ha osado Darya rechazarlo a él, a un aristócrata, descendiente de una larga estirpe de nobles, condes todos ellos? Se agacha tras un arbusto para ocultarse, corre a agazaparse tras la pequeña arboleda que rodea el *banya,* retira unas ramas y se instala sobre las nalgas para observarlos.

Entran en el Pabellón de Ágata, de jaspe y cristal de roca, donde surge de una pileta vapor con aroma a eucalipto. Darya se suelta el chal de gasa, que ondea por el aire, deslumbrante, diáfano, leve como alas de mariposa. Se quita varias capas de raso de seda que caen al suelo con repique de abalorios; deja a un lado sus zapatos de ante tachonados de perlas y sacude sobre sus hombros la melena negra. La luz de la luna se asoma entre una arboleda salpicada de dalias y cinias y le cubre de motas los pechos desnudos, las nalgas voluptuosas, el estrecho talle. Se arroja de cabeza al estanque perfumado; su risa repica por el *banya*. Tiene tenso el vientre de tanto como ansía la flexibilidad felina de Avram, mientras este se despoja de los pantalones manchados de pintura; su pene excitado tiene una belleza inesperada.

Avram salta al estanque; el vapor le lame la línea del bronceado del cuello.

Ella le apoya las palmas de las manos en los ojos, le pasa la lengua por el cuello, con un zumbido de placer en la garganta de él, con su aliento en el pelo de ella.

Avram nada alrededor de ella, rozándole las nalgas con los muslos, acariciándole el vientre con las manos como si lo hiciera con un pincel. Prueba sus pezones con la boca, uno tras otro, para conocer sus sabores respectivos.

—Algún día te llevaré a Viena. Comeremos en el Tomaselli, el café preferido de Mozart. Te enseñaré la Ópera de la Corte de Viena. Veremos el manuscrito del *Don Giovanni,* la obra musical más grande que se ha compuesto nunca. Te enseñaré a nadar en el

Danubio.

—Yo te enseñaré las estatuas doradas del Palacio Imperial de Peterhof —le susurra ella a su vez. El aliento de ambos se mezcla con el vapor de eucalipto—. En agosto, cuando está en flor el damasquino, nos subiremos a los dragones de alas azuladas y nos bañaremos bajo los chorros de agua que despiden por la boca. Jugaremos al ajedrez en el tablero gigante del jardín y haremos como que nos está mirando Pedro el Grande.

—Yo te amaré aquí, y allí, y en todas partes —murmura él, chupándole el lóbulo de la oreja mojado, cubriéndole de besos los párpados—. Te tomaré en brazos, así, y haré que me rodees con las piernas. Tendré paciencia y delicadeza y te diré cuánto te deseo. Y tú sentirás placer, y ningún dolor, mi judía del ojo opalino; ningún dolor en absoluto.

Capítulo 20

La emperatriz vuelve los ojos velados por las lágrimas hacia su marido, que se pasea por la sala con las manos unidas a la espalda. Ella no oye más que los gemidos de su hijo de quince meses y su impotencia para liberarlo de su dolor. ¿Qué saben los médicos de su sufrimiento, de su sentimiento insoportable de culpa y de compunción? Ahora que Alexei ha empezado a andar y corre mayor peligro de sufrir accidentes, su marido y ella debatieron largamente la posibilidad de asignarle a dos marineros de la Marina Imperial para que lo protejan. Pero al final habían llegado a la conclusión de que todavía no le hacía falta una vigilancia como aquella. ¡Qué equivocados estaban!

Para mayor disgusto, y a pesar de todas las precauciones, han empezado a aparecer en las revistas y en los periódicos rumores sobre la mala salud del sucesor. En las catedrales e iglesias de todo el país se celebran actos religiosos especiales. La emperatriz, cuando no está junto a su hijo o refugiándose en la capilla Feodorovski, al fondo del parque, se postra ante el retrato que pintó Avram Bensheimer de la Virgen, en cuyos brazos su hijo rebosa salud.

El emperador se acerca y se queda de pie tras su esposa, a la que han diagnosticado una dilatación del corazón debida a la preocupación por el estado de su hijo, y está temporalmente en silla de ruedas. Flota por el aire de la habitación el olor de la pena y de medicamentos de todas clases. La hemorragia interna de su hijo es más grave esta vez. El país está paralizado tras meses de disturbios sociales y una huelga general. Los barcos están amarrados en los puertos. Los trenes no circulan. Las fábricas, las escuelas y los hospitales están cerrados. Faltan los alimentos, y las calles están oscuras y desiertas por las noches. Las multitudes expresan posturas antimonárquicas. En los tejados se despliegan las banderas rojas de los movimientos obreros y campesinos. Ha aparecido como de la nada y va cobrando fuerza una nueva organización de obreros que ha adoptado el título absurdo de *sóviet,* es decir, «consejo». Los

campesinos asaltan las fincas e incendian las mansiones.

Para que el país recupere algo parecido a la paz, el emperador ha aceptado, en contra de sus deseos, la propuesta de Serguéi Witte, y ha transformado a Rusia, de la monarquía absoluta que era, en monarquía semiconstitucional, concediendo a su pueblo un parlamento electivo, la Duma. A pesar de estas concesiones, la situación no ha mejorado. ¿Qué debe hacer un monarca? Todas las creencias que le inculcaron desde niño se van desmoronando, a pequeños fragmentos primero, a trozos mayores después, hasta que él no sabe en qué creer.

Darya arropa con una manta las piernas de la emperatriz, le entrega una taza de té caliente. La *tyotia* Dasha grita por dentro, suplica, exige con furia a la Antigua, que aparece y desaparece como un huésped inesperado, pero a la que ahora no encuentra por ninguna parte. «¡Antigua, te necesito! ¡Mi Alexei está sangrando! ¡Sufre! Yo no puedo ayudarlo. ¡He perdido mis poderes!».

Entonces la ve por la ventana, a lo lejos, en el horizonte. La Antigua lleva en una mano el libro de la ley rabínica, el Talmud, y en la otra el Libro de la Ética, y camina entre ríos de sangre, dejando una estela de información subliminal sobre el carácter de la enfermedad del sangrado. «Una maldición tan antigua como la humanidad», susurra, «velada en el misterio desde los tiempos antiguos. Los faraones prohibieron que una mujer tuviera más hijos si el primogénito padecía la enfermedad del sangrado. El Talmud prohíbe la circuncisión en la familia si dos hijos varones han sufrido hemorragias mortales».

«Enséñame un remedio», suplica Darya. «Dime el modo de salvarme». Pero la Antigua le da la espalda, se marcha, se hunde, se ahoga en la sangre.

El doctor Eugene Botkin, médico de la corte, aplica una nueva compresa a la rodilla hinchada del zarévich, que está más oscura que una berenjena quemada. El médico se retira a un rincón del fondo de la habitación; por el camino, la cadena del reloj de oro le balancea sobre el grueso vientre. Hace una señal en silencio al zar, que retira con suavidad los dedos con los que la emperatriz se asía a su bastón.

—El pronóstico es grave, majestad —dice el médico en voz baja —. El zarévich tiene hemorragia gástrica, además de en la rodilla. Hemos intentado cortar la hemorragia con medicamentos, presión, vendajes. Todo ha fracasado. Ha llegado el momento de llamar a un sacerdote.

El zar se aferra a la empuñadura de su bastón.

—¿Para que administre la extremaunción?

—Eso me temo —murmura el médico en un suspiro.

Parece como si el zar se encogiera; una expresión de incomprensión le invade los ojos. Hace un remolino en el aire con la mano derecha, como desconcertado ante su destino. Le tiembla un poco la voz.

—Publiquen un parte médico. Anuncien que el zarévich está gravemente enfermo. Pero que no se hable de hemofilia, bajo ningún concepto.

Darya se arrodilla ante la zarina, cuyo rostro ha envejecido de la noche a la mañana y que tiene los labios azules por sus dificultades para respirar.

—¿Puedo hablar, majestad?

—¿Qué se puede decir, Darya? Si tú también quieres decirme que descanse mientras se muere mi hijo, entonces, no, no puedes hablar.

—Majestad, vuestro hijo no morirá; pero vuestra majestad sí, si no come. Los ayunos constantes están afectando a la salud de vuestra majestad.

—¿Qué va a hacer una madre?

—Permitirme que pida al padre Grigori que venga a ver al zarévich.

A Darya le repugna reconocer que aquel hombre vil de mirada cortante y habla deshilvanada que le arrebató *La curación* en la subasta tenía razón después de todo. El zarévich necesita de él. Lo necesita con urgencia. De modo que ella está dispuesta a tragarse su orgullo y a escupírselo en su propio rostro si existe la posibilidad de que Rasputin pueda curar al zarévich.

—¡Tonterías! —exclama el doctor Botkin, haciendo con el brazo un gesto exagerado que hace surgir el fuerte aroma de su colonia de París—. Han examinado al zarévich los mejores médicos del país. Nada puede hacer un monje analfabeto sin conocimientos de Medicina.

—Esos tales médicos han fracasado miserablemente —protesta la emperatriz.

—Majestad, os lo suplico. Un nuevo examen innecesario podría mover el coágulo, aumentar los sufrimientos... Precipitar lo inevitable.

La emperatriz se aferra a los apoyabrazos de su silla de ruedas y se pone de pie, más alta que el médico, quien parece difuminarse ante su presencia.

—¡Está usted hablando de mi hijo, doctor! La muerte no entra

en lo posible. ¿Está claro?

»Darya Borisovna, ¡haz venir al padre Grigori!

Capítulo 21

Ciento cincuenta guardias se ponen firmes cuando el convoy de automóviles imperiales pasa rugiendo por el amplio paseo y se detiene ante el Palacio de Alejandro. Grigori Yefimovich Rasputin se baja del primer vehículo de la caravana. Da pisotones en las losas del camino, como para sacudirse de encima el polvo del largo viaje. Dándose sombra a los ojos con una mano, observa el entorno, la extensión aterciopelada de cielo turquesa, la charla de las aves del paraíso entre el rumor de las hojas, un pétalo de rosa que flota llevado por la brisa.

Desde el rellano superior de la escalinata de entrada del palacio, Darya contempla a Rasputin, que camina hacia ella pisando ruidosamente. A medida que avanza, se percibe con más fuerza su hedor a almendras amargas, el mismo olor que emitía en la casa de subastas catorce meses antes.

Las aves del paraíso empiezan a alborotar, huyendo de las ramas próximas. El sol se refugia tras una nube oscura. Llega del este un viento cortante que se traga la brisa placentera.

Darya agita una mano como para ahuyentar el olor de Rasputin, para ahuyentar cualquier desventura de la que pueda ser un presagio. Sube involuntariamente dos escalones para apartarse de él, pero se apresura a volver sobre sus pasos para dar la bienvenida al que es la última esperanza del pequeño sucesor. No sería prudente por su parte impedir el paso a Rasputin, aunque ella lo desee, aunque cada uno de sus pasos le duela como si le asestara un golpe.

—Por favor, Dios mío, haz que este monje, que este que se dice sacerdote, cure a mi zarévich —pide para sus adentros.

Él hace caso omiso de la mano que le ofrece ella, le dirige sus ojos saltones, con su olor repugnante, acercándole demasiado la barba que huele a humo, pasándose por los labios húmedos la lengua desvergonzada.

—Un placer volver a verte. ¡Raro! Muy raro. Una judía en la

corte.

—¿Qué quiere decir? —dice ella sin pensarlo.

—Naciste cristiana. Sí. Pero yo veo un pasado. ¡Una judía! Eres de otros tiempos.

Su mirada le enciende imágenes que pasan velozmente por el lienzo de su vida y que le inciden en el ojo como relámpagos. Darya vacila. Se lleva la mano al ojo con un movimiento rápido. ¿Qué son esas imágenes? Manchas de color granada por todas partes. ¿Sangre menstrual? Israelitas que la arrastran de los pelos. Le da miedo entrar en un templo, o puede que sea una iglesia. Se dispone a recibir un castigo de algún tipo. ¿Por qué está rezando en hebreo?

Rasputin le retira la mano del ojo opalino.

—Mucho misterio en tu ojo. Tu joya.

Ella aparta la mano. De pronto, lo que más desea es apartar a aquel hombre todo lo posible del sucesor, de la corte, de ella misma.

—Padre Grigori, su majestad la emperatriz no está bien, y ahora no lo podrá ver. Volverá a hacerle llamar en cuanto se lo permita su salud.

Él levanta la mano y le agarra un puñado de cabellos. Su mirada la envuelve como unas tenazas.

—Eso no es verdad, ¿no? Piensa en Rusia, en nuestro pueblo. Ayúdame a curar al sucesor.

Darya, desafiante, esforzándose por dominarse la rabia, recupera su pelo. A él le quedan cabellos enroscados en los dedos mugrientos que se frota bajo la nariz.

—¿Dónde está el cuadro de Bensheimer? Usted me prometió que traería *La curación* si le conseguía una audiencia con la emperatriz.

—Hace meses que lo compró un marchante de arte. Pero, ¿para qué he venido yo aquí? ¿Para salvar a la criatura, o para discutir por ese cuadro estúpido?

—De modo que ha quebrantado la promesa que me hizo, Grigori Rasputin. Pero, ¡más le vale salvar al zarévich! De lo contrario, no volverá a poner el pie aquí.

—¡Llévame con él!

La sigue al interior del gran vestíbulo, manoseando un cuenco antiguo de porcelana que está en una mesilla, toqueteando las urnas de malaquita y de jaspe, manchando con las botas las alfombras de seda, los suelos de parqué de ébano y de palo de rosa, los escalones de mármol por los que ascienden hacia el Salón Lila. Se detiene tras la puerta, rascándose con los dedos la barba enmarañada. Le hunde la mirada en el ojo opalino, penetrándola muy hondo para leerle los

pensamientos. Ella cree que la está contaminando. Qué equivocada está.

Cuando la emperatriz ve a Grigori Yefimovich Rasputin, el alivio le suaviza las arrugas de la frente, convirtiéndola en la mujer elegante y majestuosa que había sido. Últimamente va siempre de blanco, con diversos matices y tejidos de tal color (lino, damasco, tafetán, satén, angora y cachemira de seda), pura e inocente, envuelta para regalo, como un cordero que se envía al sacrificio.

Está sentada junto a un piano Becker de palo limón; a su derecha hay una maceta antigua con una mata de lilas, junto a un biombo de vidrio con marco de madera. Los estantes están abarrotados de fotografías de parientes y amigos, adornos de cristal y de porcelana y huevos de Fabergé enjoyados.

El zarévich está echado en la *chaise longue* de su madre, apoyado en almohadones bordados y arropado con una colcha forrada de seda que hicieron a ganchillo la propia zarina y sus tres hijas mayores. Es pequeño; está pálido y lánguido.

El monje no besa la mano a la zarina como exige la etiqueta de la corte real, sino que se arrodilla ante ella mirándola fijamente a los ojos, como si se viera reflejado en ellos el futuro de su hijo. Se pone de pie, se inclina, y ella se deja dar dos besos seguidos en la frente.

—Recibí tu llamada en Siberia. He venido inmediatamente.

—Gracias. Debe quedar en secreto.

—Siempre, *Matushka*. ¡Siempre, Madrecita!

De pronto, se incorpora de un salto y grita como un poseso, sobresaltando a las dos mujeres.

—¡Fuera! ¡Todos fuera!

La emperatriz indica a Darya con un gesto que salga de la habitación.

Él levanta un dedo encallecido.

—Ella no, *Matushka*. Tu hijo me necesita a mí, no a ti. Tú lo pones nervioso. Le haces sangrar. Ve a tomarte un té. Lee un libro a tus hijas. También ellas te necesitan.

La emperatriz se recoge la falda y atraviesa su saloncito haciendo sonar el parqué bajo sus tacones. Con la mano en el pomo de la puerta, se vuelve hacia su hijo y lo mira con atención. Se santigua y sale, cerrando la puerta tras de sí.

Rasputin vuelve la mirada más allá de Darya, que está de pie junto al zarévich, sosteniendo su mano lánguida, más allá del retrato de Nuestra Señora de Tsarskoe Selo, hasta clavarla en el retrato del zarévich en brazos de la Virgen. Se tira de la barba

mientras frunce el ceño. La sombra de su rostro, cada vez más oscuro, es una mancha plana sobre su abrigo, acartonado por el sudor y salpicado de lamparones grasientos. De lo hondo del pecho le brota una serie de rugidos profundos, como si lo estuviera sacudiendo sucesivos seísmos interiores. Extiende bruscamente la mano derecha, que le llega muy lejos, como si el propio Dios se dispusiera a arrancar el cuadro de su marco ornamentado.

Con una expresión de furia contenida en el rostro, grita:

—¡La jodida Paulina *Muslos Blancos!*

—¿Qué? —exclama Darya—. ¿Quién es Paulina *Muslos Blancos?*

—Paulina. ¿No la conoces? No, claro que no. Ni la conocerá la emperatriz.

Se inclina hacia delante para leer la firma. Contiene una exclamación. Se yergue.

—¡Avram Bensheimer! Fue el que pintó *La curación,* ¿no? El retrato que querías tú.

—Sí, padre Grigori. Bensheimer es el mismo pintor. ¿Qué importancia tiene?

—Esta no es una Virgen. ¡Para nada! Esta es Paulina *Muslos Blancos*. ¡Una jodida puta!

Darya se lleva la mano al colgante, aprieta el huevo enjoyado. Las perlas y los diamantes se le clavan en la palma de la mano.

El palacio está en silencio; no se oye un solo ruido al otro lado de la puerta cerrada. Darya cruza la amplia habitación hacia la ventana. La luz fuerte le hiere los ojos. El viento está arreciando; las ramas se agitan como brazos desesperados.

¿Qué ha hecho Avram? Esto será su fin. ¿Por qué lo ha hecho? Ni Dios ni todos sus santos impedirán que Rasputin desvele la verdad a sus majestades imperiales.

Rasputin está a su lado; le dirige su mirada cortante como si quisiera aplastarla con sus ojos poderosos.

—Ese Bensheimer te gusta.

Ella también tiene los ojos firmes, de desafío.

—¡Sí! Me gusta. Es un gran artista.

Él se planta ante ella, mirándola a los ojos, reafirmando su autoridad. Levanta un dedo en señal de advertencia.

—Sí; pero su nombre te hace sonrojar, te hace sudar.

La ira de su rostro se convierte en una sonrisilla de complicidad.

—Seremos buenos el uno con el otro —afirma, como cerrando un trato—. Yo no contaré a la emperatriz la ofensa terrible de Avram, si tú me das acceso a los misterios de tu ojo opalino.

Ella se yergue con el espinazo tan recto como el bastón del zar.

A partir de este momento, temerá a aquel hombre, estará vulnerable, expuesta, por debajo de él.

No es consciente de que en la mente de él está cobrando forma una conspiración. No es consciente de que su mirada poderosa encontrará el modo de perforar su ojo opalino para echar una ojeada furtiva a unos secretos muy codiciados. No es consciente de que dentro de seis años acabará por ceder a las manipulaciones persistentes de aquel hombre despreciable y le desvelará lo que tiene dentro.

El zarévich abre los ojos y lloriquea.

Rasputin acerca una silla al niño, se inclina hacia delante, le retira la colcha y le levanta la manita. Examina con su mirada intensa de vidente la cara pálida de Alexei.

—Hijo precioso, escucha al padre Grigori. Escucha bien. Te contaré un cuento especial. Una joya que deberás guardar como un tesoro y no contar a nadie.

»Una vez, en un planeta blanco de nieve, vivía un niño que se llamaba Alexei. Pero no. ¡No! Aquel no era el nombre que había querido darle el Señor. ¿Alexei? Jamás. Aquel niño debía elegir su propio nombre y su propio destino. No quería que lo coronaran emperador. No quería ser cautivo de aquel planeta de nieve. Lo que quería de verdad era que lo coronaran arcángel de todos los firmamentos.

»Un día, dieciocho ángeles con pestañas de plata y alas con filigranas agitaron las plumas llenas de encajes y bajaron volando para reunirse alrededor del palacio de hielo del niño. Sus voces melosas ascendieron hasta el séptimo cielo anunciando al buen Señor. Le pidieron que el sol iluminara el palacio durante cuarenta días con sus noches, para que fundiera la crisálida de hielo. Suplicaron al Señor que tuviera piedad del niño y que le deshelara los huesos, que se le habían vuelto tan quebradizos como su casa helada. Volaban alrededor del palacio, entonando himnos, alabando al Señor y a todos sus santos, protegiendo al niño con sus alas de gasa de los embates del granizo, la nieve y el hielo. Al amanecer del día decimoctavo, al niño empezó a calentársele la sangre, las articulaciones se le volvieron elásticas, y sus ojos, antes secos, chispearon con la alegría de sentir calor por primera vez en su vida. El niño sonrió, rio a carcajadas, salió del palacio corriendo para dar las gracias a los buenos ángeles. Pero estos ya se alejaban sobre una carroza de nubes; iban a cumplir otra promesa.

»El niño, encantado al ver los brotes verdes, las flores de colores y las hojas esmeralda que habían aparecido en lugar de la tierra

desnuda y del manto de nieve helada, se arrodilló para sorber el dulce perfume de las posibilidades. Alzó ambas manos al cielo, y gritó: «¡Mi nombre es *Vida!*».

»Y ese eres tú, Alexei Nikolayevich Romanov. Eres vida.

Aparece un atisbo de color en las mejillas del heredero, y una respiración suave sustituye a sus quejidos anémicos. Las lilas de la maceta antigua vibran; su fragancia es embriagadora. Entra flotando por la ventana el aroma del romero y la menta. Y a Darya, por primera vez desde la muerte de sus padres, la recorren unas corrientes cálidas que también a ella le deshielan los huesos.

Rasputin se pone de pie, se inclina sobre el zarévich, ocultándolo a la vista de ella con su largo abrigo. Transcurre un instante de silencio, después otro, y el cuerpo del monje empieza a sacudirse con débiles espasmos que se van haciendo más fuertes. Se clava las uñas en las palmas de las manos hasta que le salta la sangre. Su respiración es sonora, con gorgoritos de flemas. La larga cabellera le gotea sudor, y le sale otro sonido de la garganta como si tuviera algo que le bloqueara la tráquea.

Darya suelta un grito de susto. Rodea con los brazos el abrigo empapado de sudor de Rasputin, tirando de él con todas sus fuerzas, esforzándose por apartarlo del niño. Lo ayuda a llegar hasta una silla, derribando un jarrón por el camino. Él se derrumba en el asiento con los ojos en blanco, agitado por una serie de fuertes temblores. Ella toma de la mesilla de noche una jarra de agua y le vierte todo el contenido en la cabeza. Un quejido, una inspiración viva, y Rasputin se pone de pie trabajosamente, desorientado, aunque por poco tiempo. Se saca de la manga un pañuelo sucio y se seca la cara empapada de sudor.

Darya retrocede, se frota los ojos con los nudillos. Quiere arrebatar al zarévich de la *chaise longue* y huir con él para alejarlo de aquel loco y de sus rarezas. Solo que el niño ya no está pálido, ya no sufre.

Sin previo aviso, y como si no hubiera pasado nada fuera de lo común, Rasputin le ase un puñado de tela de la falda y se la levanta, y le mete la otra mano entre las piernas oprimiéndola con fuerza. Ella, asqueada y maldiciendo entre dientes, lo aparta de una bofetada.

Él agita los dedos bajo la nariz.

—Qué pena, qué pena más grande —anuncia con un arrebato de rectitud—. ¡No eres virgen!

Capítulo 22

Paseándose con Avram por el fondo del parque, Darya encuentra una planta de olor dulce. La examina distraídamente a la luz gris del alba y aplasta sus hojas en la mano cerrada.

Una luna delgada se esconde tras una nube metálica. Las hojas salpicadas de rocío se agitan con la brisa. El palacio está en calma. Han pasado dos meses desde que Rasputin curó al zarévich, y Darya se ha quedado aquí mientras la familia imperial está de vacaciones en el yate imperial, el *Standart*. Los cosacos están haciendo el cambio de guardia, pero Darya se los ha ganado con sus hierbas sanadoras y sus pociones milagrosas, de modo que ellos hacen la vista gorda mientras los amantes se pasean tras viejos árboles y emparrados.

Ase a Avram del brazo, le clava las uñas. Está enfurecida. Mientras el zarévich se recuperaba de su última hemorragia y la emperatriz necesitaba atención constante, Darya pasó dos meses sin poder verse con Avram, y ahora la ira contenida se le vierte en la voz.

—¿Por qué lo hiciste, Avram? ¿Por qué elegiste a una puta como modelo para la Virgen?

Él se sorprende. A esa mujer no hay quien le oculte nada. Ni siquiera la identidad de una prostituta a la que nadie reconocería en aquella parte tan aristocrática de la ciudad.

—La elegí porque tenía el rostro adecuado y la hermosa serenidad de la Virgen. Y no creí que la reconociera la emperatriz.

—La ha reconocido Rasputin. Y sabe que el pintor eres tú. Se servirá de ello en tu contra si le conviene.

—He vuelto a ponerte en una situación difícil, ¿verdad?

—Sí; pero yo te pedí que buscaras el modo de que la zarina te perdonara, y tú lo encontraste.

Darya no tiene derecho a estar airada, cuando en una relación como la de ellos son de esperar esas dificultades. Deberían alinearse todas las estrellas del firmamento para que pudiera florecer su

amor, el de dos personas procedentes de culturas y de entornos enormemente distintos, que se pueden ver de milagro. Durante el último año, su amor ha evolucionado y madurado, ha adquirido estratos sucesivos como los de una perla irisada, y ella no va a consentir que este incidente lo empañe.

Las aves del paraíso que los rodean están desenfrenadas; sus trinos descienden en cascada por los árboles mientras picotean las migas de pan que Darya va sembrando a su espalda. Esta es la hora y el paisaje que más le gustan, cuando sus sueños se quedan atrás y el alba promete nuevas posibilidades. Busca con la vista al ave del paraíso de plumas rojas, y allí está, como acudiendo a su llamada silenciosa, paseándose por una de las ramas inferiores, con la garganta henchida de canto. Darya se ríe a carcajadas, pero a Avram no le hace gracia. Avram se ha detenido a leer los extensos epitafios de las tumbas que encuentra a sus pies.

> *Yace aquí Zemir, y las Gracias, entristecidas, deberán arrojar flores silvestres sobre su tumba. Como Tom, su antepasado, como Lady, su madre, era constante en su afecto, ágil... Los dioses, testigos de su ternura, deberían haber recompensado su fidelidad con la inmortalidad, para que pudiera seguir siempre junto a su ama.*

—Es un mausoleo para perros —dice Darya—. Lo hizo construir Catalina la Grande.

—¡A los Romanov debería darles vergüenza! Se preocupan más de sus perros que de su pueblo.

—¡Qué cosas tan terribles dices, Avram!

Él le dirige su mirada implacable.

—Escucha, mi reina del ojo opalino, tú no eres la única que tiene frío. En estos tiempos lo tiene todo el mundo, sobre todo los judíos. Lucha por nosotros, Darya. La zarina te escucha. ¡Haz algo!

—No sé qué decirle. Ella cree que todos los revolucionarios son judíos.

—Y tú, aquí, con un judío. ¿Qué vamos a hacer, Darya? ¿Por qué toleras a los Romanov? ¿No te das cuenta de que están llevando a Rusia al desastre?

—¡Basta, Avram! No hables de ese modo. Nuestro sistema político sigue siendo el mejor del mundo.

—¿El absolutismo? ¡Tonterías! No dio resultado en tiempos de Pedro el Grande. Y tampoco da resultado ahora. Ya has visto en qué se convirtió una marcha relativamente pacífica hasta San Petersburgo. ¡El Domingo Sangriento! Nuestro país no volverá a ser

el mismo. Todo el mundo está resentido.

—El zar se puso fuera de sí, Avram. Fue un día triste para todos nosotros. La orden de disparar sobre los civiles inocentes salió de los soldados nerviosos, no del zar.

Se pone de puntillas y levanta la cara hacia Avram.

—Basta de política por hoy —dice. Después, aun a sabiendas de que la verdad es otra, añade—: Nuestra relación no tiene nada que ver con los Romanov.

Rodea las tumbas, mientras Avram la guía del brazo.

—Avram, ¿no percibes por aquí un olor a carne podrida?

Él acerca la cara a la tumba y finge olisquear como un perro. Mete las manos entre el pelo de ella, le sonríe con una sonrisa burlona.

—Sí, así es. Huelo la peste de la corrupción. Huelo a Rasputin. Huelo la traición. Durnovo, Gerasomov...

Sigue con el dedo el epitafio de las tumbas.

—Déjalos, Darya; vente conmigo. Déjalos mientras conservas la inocencia.

Ella le rodea la muñeca con la mano para contarle las pulsaciones. Frota la mejilla contra el paño basto de su abrigo. Ama a aquel hombre, lo desea con todas sus células, pero se oye a sí misma hacerle daño de modos que no busca.

—Aquí está sellado mi destino, Avram. Se me ha asignado una responsabilidad que no entiendo del todo. Es como si dependiera de mí la supervivencia de la monarquía.

Avram le empuja la barbilla hacia arriba con un dedo.

—Supervivencia. Destino. Sellado. Eres demasiado joven para pensar de este modo.

Ella no sabe por qué le acuden a la cabeza estos pensamientos, por qué su sentido del olfato detecta aromas que no perciben otras personas, por qué los fuegos que calientan a los demás le producen a ella escalofríos en el espinazo. Grigori Rasputin le ha dado a entender que posee la capacidad hipnótica de sumirla en un trance que le dará respuesta a todas esas preguntas. Pero a ella le resulta intolerable la idea de dejarse controlar, aunque solo sea temporalmente, por los poderes de ese Rasputin de ojos pálidos. No obstante, Rasputin no solo se ha convertido en un huésped bien acogido en la corte, sino en miembro esencial de la familia imperial. También Darya lo anima a venir al palacio, le envía un regalo cuando cura a Alexei, lo felicita por su capacidad para calmar al niño; todo ello lo hace por el zarévich.

Se apoya en Avram. Darya está triste hoy y no sabe por qué.

—¿Sabías que mi nombre significa «mar»?

—Lo sé. Es hermoso. Tiene origen persa.

—Pero tiene agua fría y sal, y siempre está helado, y puede que sea por eso por lo que siempre tengo frío. Así que, ya no quiero ese nombre. Llámame como quieras, por cualquier nombre que me caliente.

—Judía del ojo opalino —susurra Avram a las aves del paraíso que llegaron aquí hace un siglo, traídas de Nueva Guinea—. Darya —grita a los cisnes que se deslizan por el lago—. Mi reina del ojo opalino —murmura a la rosaleda que está tras ellos—. Me encantan todos tus nombres. No sabía que no te gustaba el de Darya.

—Estoy cansada de que la lumbre me dé frío. Estoy cansada de ser diferente.

—Pero eres quien eres porque eres diferente. Y a mí me gusta lo diferente.

Avram hace de pronto un gesto señalando hacia su izquierda, le indica que guarde silencio.

Una sombra se agazapa tras un arbusto, después tras otro, riéndose entre dientes como un bufón depravado con patas de cabra, como un hombre obsesionado, incapaz de dormir, incapaz de comer, con la cabeza llena de Darya. Está temblando, excitado, esperando el momento de aliviarse.

—Quédate donde estás —susurra Avram—. Volveré.

—No vayas solo —dice Darya, cogiéndolo de la mano.

Pero él ya se ha adelantado, camina aprisa, con agilidad felina, sin miedo. Se agazapa tras un arbusto recortado tras otro, en silencio, avanzando poco a poco. Pisa con seguridad, sabe no hacerse ver, sabe ocultarse aunque no tenga nada que ocultar. Vive en un barrio donde son necesarias estas dotes, esta capacidad para dar esquinazo, para pasar desapercibido, para escaparse de los que odian a los judíos. Darya lo alcanza. Está segura de que los sigue Rasputin para castigar a Avram.

Los dos rodean el arbusto recortado, despacio, en silencio. A Avram le palpita con fuerza el corazón en el pecho.

El conde Trebla está agachado tras el arbusto recortado. Su cara, empapada de sudor, está contorsionada como si sufriera un dolor. Se está masturbando.

Se pone de pie de un salto. Se sube los pantalones. Se limpia la mano en el abrigo.

Avram lo agarra del cuello del abrigo, le clava una mirada con toda la fuerza de la rabia contenida, dispuesto a meter en la dura cabeza de aquel hombre un poco de temor de Dios.

Darya toca a Avram en el brazo, lo contiene de un leve tirón de la manga.

Avram suelta al conde Trebla, lo aparta de un empujón.

—¡Vuélvete a las perreras, que son tu sitio! ¡Vete!

—¿Quién eres tú para mandarme? —vocifera el conde Trebla, arrojando a Avram una bocanada de aliento rancio—. Sé lo que estáis haciendo aquí. Lo contaré.

Darya se adelanta, le apunta entre los ojos con dos dedos como si tuviera una pistola. En otra ocasión lo asustó así; quizá vuelva a asustarlo esta vez.

—¡Abajo! —dice, como dando una orden al dóberman que la mordió aquel día—. ¡Ya!

Aquel hombre que está al borde de la locura, que ya no cuida a sus perros, que se olvida de darles de comer, que les aparta la lengua con la mano cuando lo lamen; aquel hombre que ha perdido el interés por su esposa y por el libro de cuentas que llenaba cada noche de observaciones frenéticas, cae de rodillas a los pies de Darya. Murmura entre dientes, le promete que será bueno, que la servirá, que hará todo lo que le ordene.

—Ahora, vete —dice ella—. Ve a cuidar de tus perros.

Se pone de pie torpemente. Se sacude como un perrito empapado, le hace una reverencia, le da las gracias con efusión, le jura que será siempre su fiel esclavo.

Se aleja a paso vivo, satisfecho, riéndose por lo bajo.

—Me impresionas —dice Avram a Darya—. Tú, mi reina, eres capaz de salir de cualquier apuro por medio de la palabra. Lástima que estés del lado de los Romanov.

—También estoy de tu lado, Avram. Será mejor que nos marchemos ya. Este hombre es peligroso.

—Y está loco.

—Puede ser, pero no por eso es menos peligroso.

Al otro lado del portón, la ciudad empieza a moverse; el sol asciende, cobra fuerza. En el aire hay aroma de jazmín.

Avram se besa la punta del índice y toca con él el ojo de Darya.

—Pase lo que pase, mi reina, no te olvides de este judío.

Ella se aparta de él y camina ante los parterres en cajones dorados, cruza el puente de mármol y regresa hacia el palacio. No se vuelve para despedirse con la mano. No quiere que él vea sus lágrimas, su dolor y su conflicto.

No quiere que él sepa aún que espera un hijo suyo.

Capítulo 23

— 1906 —

Los cosacos imperiales de la Guardia entran en el Parque de Alejandro escoltando a una mujer que se cubre el rostro con un velo. Sus cabellos oscuros, entrelazados con sartas de perlas falsas, le tiemblan sobre los hombros mientras ella avanza contoneándose con agilidad de cervatillo, dejando entrever los muslos desnudos entre sus velos color lavanda, hechizando con sus ademanes teatrales a los hombres que montan guardia en el parque. Seguida por el ruido de los cascos, asciende la escalinata hacia los dos guardias nubios apostados a ambos lados de la entrada del palacio. Los nubios le abren las puertas de par en par y se hace entrar a Jazmín, la bailarina persa.

Los sirvientes, con librea de ceremonia, corbata y guantes blancos, calzones, medias y zapatos adherentes, van y vienen rápidamente por los pasillos del palacio. De las fuentes de pollo y cabra montés sube el aroma de las especias: eneldo, perejil, laurel. Los miembros del personal saludan a Jazmín con inclinaciones de cabeza mientras ella se desliza hasta el pasillo, serpentea entre las columnas de malaquita, hacia el comedor formal.

Las mesas están coronadas de candelabros con grandes centros de flores fragantes. Se han sacado los sujetamenús de cristal de Tsarskoe Selo, con oro y el escudo de armas de los Romanov en esmalte, que se reservan normalmente para las ocasiones formales de gala. Hay ensaladas alemanas, caviar, ostras y setas aromáticas, servidos en plata y porcelana. Las frascas de Baccarat están llenas de vodkas que perfuman el ambiente con aromas de menta, pera y naranja amarga.

Se celebra un almuerzo en homenaje a Grigori Rasputin.

Los camareros sirven a los invitados discretamente y en silencio. Los pocos privilegiados a los que se ha elegido para que sirvan al zar son altos, fuertes y apuestos. Siguen al emperador de un palacio a otro, se hacen viejos a su lado, tienen los oídos abiertos para

captar los chismorreos íntimos, que después les paga bien algún ministro.

El zar, ataviado con una guerrera militar sencilla, con las charreteras que le impuso su padre y que lleva siempre, no va cambiando de mesa para tomar un plato en una y otro en otra, conversando con sus invitados y honrándolos con su presencia, según es costumbre. También se ha prescindido del protocolo de servir el *zakuski* en el salón contiguo. El emperador se queda sentado en la mesa de su huésped de honor, Rasputin. A su derecha están la emperatriz y las grandes duquesas. A su izquierda, en una silla alta infantil de caoba, de estilo georgiano, con patas rematadas en garras, está sentado el zarévich, de dieciocho meses, con la cara manchada de chocolate y de salsa de frambuesa.

Grigori Rasputin extiende la mano para dar un pellizco al niño en la mejilla, hace el gesto de mandar un beso con un soplido a la gran duquesa Tatiana, que está sentada al otro lado de la mesa, y guiña un ojo a Anastasia, que está contando un chiste a María. Mete los dedos en el bol del caviar, toma un pellizco de las gruesas huevas y da de comer con la mano al zarévich, que lo escupe. Rebusca entre la sopa cremosa, saca una empanadilla y se la echa a la boca. Olga enarca las cejas con sorpresa. María y Tatiana se intercambian miradas. La emperatriz mira para otro lado.

Darya está en otra mesa, con el gran duque Miguel Alexandrovich, hermano menor del zar. El gran duque choca su copa con la de Darya y bebe a su salud.

Ella asiente con la cabeza. Toma un trago de vino.

El gran duque intenta entablar conversación con ella, contarle los pocos días interesantes que ha pasado en compañía de su hermano, hablarle de la cena con los guardias montados y la revista militar que tuvieron al día siguiente, del desayuno con los oficiales y sus esposas y de la cena que se celebró más tarde con los oficiales retirados en el Club de Oficiales, en la que su hermano y él bebieron cuanto quisieron. Y le cuenta que estuvo presente cuando el regimiento Semyonovski regresó de Moscú para comunicar a su hermano que se había reprimido con éxito el motín. Pero están pasando muchas cosas tristes por todo el país: huelgas en todas partes; no se pagan los impuestos; no se devuelven los créditos a los bancos. Los campesinos se apoderan de las tierras; se mata a los terratenientes; las guarniciones militares se amotinan; los obreros en huelga hacen descarrilar los trenes. El zar, para evitar una masacre, accedió a firmar el Manifiesto de Octubre, que otorgaba a su pueblo unos derechos civiles básicos y permitía el

establecimiento de partidos políticos.

—Pero mi hermano sentía náuseas de vergüenza por esta traición a la dinastía —cuenta el gran duque a Darya.

Darya no lo escucha. Está observando a Rasputin. A este le han asignado el asiento que suele ocupar ella, junto a Alexei, y a ella la han desterrado a otra mesa. La temperatura de su ojo opalino va en aumento y se le extiende a las mejillas.

El gran duque Miguel le está contando algo acerca de Alexandra Kossikovskaya, la dama de honor de su hermana. Darya intenta controlar sus emociones. Asiente con la cabeza para indicar que sigue lo que le están contando. Si no supusiera tanto esfuerzo, le habría dicho cuánto se solidariza con él. El gran duque está enamorado de Alexandra Kossikovskaya, que es plebeya, y ha pedido al zar y a la reina madre, María, que le permitan casarse con su amada. Pero su madre y su hermano no quieren ni oír hablar de ello. Lo han amenazado con apartarlo de la línea sucesoria si se casa con una mujer que no sea de sangre real.

Él le apoya la mano en el brazo.

—¿Estás bien, Darya Borisovna? Estás muy pálida.

¡No! No está bien. Teme desmayarse. Busca con la mano el salero y se echa unos pellizcos de sal bajo la lengua para reanimarse.

—Me encuentro bien, gracias —asegura al gran duque.

No quiere ir a la enfermería, no quiere que el doctor Botkin se entere de lo que pasó anoche en su dormitorio tras una pesadilla más angustiosa de lo habitual, en la que ella prendía fuego a todo y a todos sus seres queridos, al palacio, al zar y a la zarina, al zarévich, quemando todo lo que le es querido, dejando tras de sí una devastación inconcebible.

La había despertado un ruido metálico vibrante que sonó tras sus tímpanos. Se llevó la mano al colgante con el huevo de Fabergé. Estaba abierto del todo. Se lo llevó a la nariz para oler su dulce aroma, pero no había nada que oler. El ámbar gris había desaparecido. Ella lo había buscado por todas partes, bajo las almohadas, las colchas, el colchón, incluso bajo la cama y por la alfombra, pero no había conseguido encontrar el ámbar gris. Fue entonces cuando se le apareció la Antigua en el alféizar, estremeciéndose como si no se decidiera a entrar en la habitación ni a marcharse. La cola flotante de su vestido ondeaba incitante más abajo de los cristales.

—Devuélveme mi ámbar gris —le ordenó Darya, segura de que lo tenía la Antigua.

Había brotado de la figura espectral un suave suspiro, una exhalación de desánimo, antes de que esta agitara los brazos con anchas mangas y se alejara flotando, perdiéndose de vista entre la aurora plateada.

Mientras Darya se preguntaba cómo habría podido abrir la Antigua el cierre, y por qué le habría arrebatado el ámbar gris, recordó que estaba embarazada, y se frotó suavemente, con afecto, el vientre redondeado.

El recuerdo de Avram le impedía volver a dormirse. Se preguntaba cuándo sería el momento oportuno para revelarle que estaba embarazada. Él querría casarse con ella, llevársela, cuidar de ella. Pero no era aquello lo que quería ella. Sin embargo, ya empezaba a notársele. ¿Cómo reaccionaría la corte imperial? La *tyotia* Dasha, que, como tantas otras damas de honor a lo largo de la historia, tiene sangre real, puede contar con un cierto grado de tolerancia. Pero Darya considera que, a diferencia de aquellas otras mujeres, el padre de su hijo no es un rey, ni un príncipe, ni un gran duque, cuyo bastardo podría ser aceptado más adelante por la corte imperial, e incluso le podrían consentir que llevara el apellido de su padre. Pero ni la pareja imperial ni ningún tribunal trataría con la más mínima tolerancia a su Avram, que era plebeyo y despreciado como judío. En aquel momento, como rebelándose contra sus pensamientos, el vientre empezó a protestarle, a apretar y a retorcerse para expulsar sin dolor el embrión que ella había llevado con éxito durante cuatro meses y diez días.

Y así, sin más, se le salió su hijo al amanecer.

Era como si el pequeño espacio de su vientre estuviera reservado para el zarévich, y como si el hijo de Avram fuera un intruso. Solo entonces comprendió por qué le había robado su ámbar gris la Antigua. Era un castigo por haber deseado un niño que no era Alexei. Ahora, débil y sangrando, se pregunta si llegará a tener alguna vez un hijo propio.

Acerca la mano a su vino.

El gran duque le entrega la copa. Se ajusta la medalla de la cruz de San Jorge que lleva con el mayor orgullo, el máximo galardón militar, que le concedieron por haber comandado a la Caballería Indígena Caucasiana. Hace a Darya varias preguntas innecesarias para romper el silencio.

Ella responde con voz apenas perceptible. Sí, asistió al *ballet* de Diaghilev. No, últimamente no se ha comprado nada en subastas. El salón artístico no se celebra cada mes, es trimestral. Sí, fue a ver *Las tres hermanas* en el teatro Mikhailovski, pero la compañía de

aficionados de Moscú no le gustó. No asistió a la función benéfica que organizó Sonia Orbeliani en el Teatro Artístico Stanislavski, pero piensa visitar la exposición de vestidos en el Palacio Táuride.

El sirviente personal del emperador, un hombre anciano que está perdiendo la vista, y que el zar heredó de su padre, intenta servir más vino en la mesa principal. El zar sostiene el brazo tembloroso de su sirviente para que no pase ningún contratiempo. A este, el más antiguo de sus criados, se le ha concedido el honor de servir a Rasputin, y a él le desagrada la tarea, le desagrada la zafiedad del monje y le desagrada, más que nada, que se haya puesto en primera fila y haya despojado al zar del lugar que le corresponde. El criado hace caso omiso de Rasputin y atiende profusamente a las cuatro grandes duquesas, pero sobre todo a Olga y a Tatiana, que le parecen dotadas de una elegancia excepcional.

Jazmín, la bailarina persa, se recoge los velos y asciende los tres escalones de un estrado donde se ha dispuesto un santur. Hace una reverencia y los muslos le asoman entre las telas transparentes. Dirige la mirada al zar y a la zarina, habla afablemente con su voz áspera, que florece en una caricia.

—Dedico mi composición *Visiones e intimidad* a nuestra pareja encantadora.

El zar Nicolás contiene una sonrisa. Pocos de los suyos ignoran el protocolo de la corte hasta el punto de hablarle de manera tan informal como lo hace esta bailarina persa que emigró a Rusia desde Azerbaiyán. No ha envejecido en lo más mínimo desde los tiempos en que él era un zarévich despreocupado que comía con ella platos sencillos en un restaurante de las afueras, donde le volaban las horas en su compañía, mientras ella le explicaba que el santur, con sus setenta y dos cuerdas, es el abuelo del piano moderno, pero con un alma mucho más tierna.

Las notas de su dulcimer echan a volar por el salón, envolviendo y acariciando a todos los huéspedes y haciéndoles olvidar de momento sus preocupaciones cotidianas. Antes de que se pierdan los últimos ecos de su melodía y de que los invitados hayan tenido tiempo de volver a la realidad de su presente, se suelta el pelo y baja de la plataforma. Con música en las puntas de los dedos, con los velos rozándole los pies, haciendo volar los cabellos alrededor de sus caderas, gira como un derviche, moviendo las caderas con frenesí y llevándose a su público de su universo ajado y del marco formal del palacio.

El zar la observa con una mezcla de nostalgia y de afecto.

Su compromiso de matrimonio con Alix de Hesse, la muchacha

criada en Darmstadt y en Inglaterra, dejó deshecha a Jazmín, que había llegado a albergar la loca esperanza de ser su esposa.

Era un día triste. El padre de él, el zar Alejandro III, de cuarenta y nueve años, se estaba muriendo. Solo entonces otorgó su bendición a la unión con Alix.

Alix fue acogida rápidamente en la Iglesia ortodoxa. Se convirtió en la fiel creyente gran duquesa Alejandra Feodorovna. Y él, un zarévich de veintiséis años que sabía poco del trabajo de reinar y que estaba mal preparado para cargar con las responsabilidades heredadas, se convirtió en emperador.

Una semana más tarde, sus cortesanos hicieron entrar en el palacio a la bailarina persa. Se impartieron órdenes estrictas de guardar discreción y de no comentar el hecho bajo ninguna circunstancia. Para la corte, se trató de una sencilla reunión privada con asistencia de algunos amigos íntimos para dar la bienvenida a su esposa en la corte. La música encantadora de Jazmín lloró el fin de un gran monarca, y su danza alegró la proclamación del joven zar. Durante unas breves horas, consiguió llevarlo a un lugar de refugio, aunque solo fuera temporal, cuando estaba expuesto en la capital el cadáver de su padre y millones de ciudadanos de luto pasaban ante él, mientras los eclesiásticos de alto rango entonaban el réquiem.

Ahora, el zar observa cómo gira y se agita Jazmín bajo sus velos diáfanos, con esos pechos que le desbordan del corsé ajustado. Aquella noche había hecho milagros, consiguiendo animar a su hermosa esposa, la mujer que había venido a Rusia detrás de un ataúd. Según le han dicho, es así como llama su pueblo a Sunny.

El zar se acaricia la barba, contento de que su esposa haya accedido a levantar el veto a la bailarina. ¿El hecho desafortunado había sucedido el año anterior? ¿Hacía dos, quizá? Había pasado el tiempo suficiente para que su esposa perdonara a la bailarina la transgresión cometida aquella noche en el bosque de Belovezh. Apoya una mano en el regazo de la zarina. Ella sonríe, y el rostro se le pone radiante, como reflejo de que puede ser una mujer apasionada en privado.

Jazmín, enérgica, sociable y bulliciosa, se quita los velos coloridos y deja al descubierto unas piernas musculosas de amazona; pliega los brazos hacia atrás como alas rotas, buscándose los corchetes del corsé.

Darya contiene la respiración. ¡Otra vez, no! La bailarina no osará concluir su actuación como aquella noche en la finca de Belovezh, soltándose el corsé y haciéndolo girar sobre su cabeza

como si quisiera atraparse los pechos a lazo. A Darya la perseguirá siempre aquella noche de su decimoséptimo cumpleaños, la noche en que Sabrina y Boris se adentraron directamente en las fauces de los bisontes, cambiando el curso de la vida de ella.

Y aquí está ella ahora, con el vientre retorciéndosele y llorando, incapaz de adaptarse a su pérdida; con el corazón como un puño que la riñe en su pecho. No tiene ningún derecho en absoluto a ocultar a Avram lo que han perdido los dos. Pero se lo ocultará. Será bondadosa; le ahorrará ese dolor. Ya no tienen ninguna manera de recuperar a su hijo. Cargará ella sola con todo el dolor.

Jazmín, sin haberse despojado del corsé, hace reverencias mientras los *bravos* resuenan por todo el salón. Dedica unos momentos a recorrer con la vista los rostros que le resultan familiares: grandes duques, ministros y príncipes con los que ha tenido trato íntimo. Mesando y retorciendo un mechón de sus cabellos oscuros y ensortijados, hace un guiño colectivo, disfrutando de la atención que despierta inevitablemente el menor de sus movimientos. Pone los ojos en las manos sensibles del zar, y le florece de pronto el deseo que ella había puesto a salvo, plegado como un capullo tierno en un rincón del pecho.

Se desliza hacia la pareja imperial y se postra a los pies de la emperatriz.

—Mi zarina, ¿le ha agradado mi actuación?

La emperatriz está haciendo saltar en la mano un kopek de plata, como considerando si dárselo a la bailarina o volver a guardárselo en el bolsillo. Tiene la garganta muy blanca, los ojos fríos, calculadores, con una mueca torva en los labios. Mira durante largo rato el kopek de valor insignificante, le da la vuelta. Contempla la imagen de su marido en la moneda, como para grabársela más hondo en el corazón. El aire que los rodea está húmedo. Surge un zumbido, un runrún de sorpresa entre los invitados. Todos los ojos están clavados en la emperatriz. Ella mira a su vez a sus invitados, como decretando que no atiendan a lo que no les importa. Extiende un brazo cubierto de manga blanca y arroja la moneda a los pies de la bailarina. Tiene la voz más fría que los ojos.

—Tan divertida como siempre, querida. Ve a sentarte con los demás artistas.

Se sirve un plato de esturión del Dvina en salsa al champán. Rasputin extrae una espina de la carne blanda y la deposita sobre el monograma imperial bordado en el mantel almidonado. Se limpia la barba y arroja la servilleta en su plato. Se pone de pie. Alza la

copa de madeira.

—Majestades imperiales. Damas y caballeros. Propongo un brindis.

La zarina se aferra a los brazos de su butaca para levantarse. El emperador le da un golpecito en la mano, y ella vuelve a dejarse caer en la butaca. Los invitados se revuelven en sus asientos, confusos ante aquella ruptura del protocolo. ¿Desde cuándo ha cobrado Rasputin tal influencia que se le ha asignado a él, en vez de al zar, el papel importante de proponer el brindis?

Rasputin hace girar el vino de Madeira en la copa, pasa el borde de esta bajo su nariz, toma un trago. Sostiene la copa entre ambas manos, se vuelve hacia su derecha y la extiende hacia Darya. Su voz resuena en el salón.

—Bebamos por la hechicera.

A Darya se le contrae el vientre, soltándole un hilillo de sangre cálida entre las piernas. Capta la sensación palpable de sorpresa, la desaprobación de la pareja imperial, el gozo de María y de Anastasia ante el drama que se está desplegando ante ellas y el toque de ánimo que le da en el brazo el gran duque Miguel Alexandrovich. Ellos no saben que Darya se ha estado resistiendo mientras Rasputin la sondeaba insistentemente para descubrir el secreto de su ojo opalino, deseoso de entender el origen de sus dotes sanadoras, de saber por qué percibe ella olores que no captan las demás personas.

—Y por que se estrechen los vínculos —añade Rasputin.

—Por que te mueras —murmura entre dientes Darya.

—Esta noche, bebamos por la vida —grita él.

Darya se serena y se levanta despacio. Alza su copa de vino.

—Padre Grigori, yo no me merezco su amable brindis. Es a nuestro zarévich a quien debería honrar usted.

Se hace el silencio en la sala. El emperador mira a Darya. Deja que pase el momento difícil.

—Bien dicho, Darya Borisovna —dice—. ¡Debes brindar tú!

Ella sostiene la copa entre las dos manos mientras siente en la garganta las palpitaciones del corazón.

—¡Al heredero y zarévich, gran duque Alexei Nikolayevich Romanov, nuestro futuro emperador, salud y larga vida!

Todos los presentes se ponen de pie, y resuenan en el salón las aclamaciones que repiten «¡Salud y larga vida!».

El emperador ofrece el brazo a la emperatriz para acompañarla al salón contiguo, donde se han dispuesto mesas con compotas, guindas glaseadas, gelatinas, helados, chocolates y bollos de la

confitería imperial. Se sirven diversos licores, y el zar toma su coñac favorito, el de Montleau y Hesse de 1875.

Rasputin no se aparta nunca del zarévich, y se apoya un puño en el pecho como si se guardara allí el corazón del niño. La emperatriz está satisfecha. El monje está presente. Todo va bien.

El emperador indica el fin del almuerzo con un movimiento de la cabeza. Es costumbre que él salga antes que sus invitados; pero en esta ocasión se había dispuesto que el zar se quedara sentado mientras se hace salir a los comensales, con el rostro enrojecido por el azúcar y el alcohol.

Los sirvientes se llevan la comida sobrante a la cocina, donde se ha reunido una multitud para comprarla, entre ella miembros de la más alta aristocracia. El dinero se lo quedará el personal de la cocina.

Se hace retirarse a los camareros. Deja de oírse ruido de platos. Las grandes duquesas se reúnen alrededor de Rasputin, su mago de la alegría, el único capaz de tallar una sonrisa en el rostro de su madre, el hombre cuyos cuentos de hadas les tiñen la vida de gusto y de emoción.

El zarévich se sube al regazo de Darya y ella lo rodea con brazos posesivos, como si pudiera servirle para mitigar el dolor de su pérdida reciente.

—Cuéntanos un cuento —pide Tatiana a Rasputin—. Un cuento que hable de ti.

—Sí, padre Grigori —añade Darya—. Cuéntenos quién es usted.

—¿Yo? ¡Ah! Poco que decir. Solo... —La mira con furia. Se da unos golpecitos en el corazón—. Cargado de secretos sin desvelar —dice.

Después de haber dejado claro aquello, de haber recordado a Darya el poder que sigue teniendo sobre ella, se dirige a la familia imperial.

—Este cuento habla de una persona que es más interesante que yo. Una vez, en cierto país, en un reino lejano, vivía una reina.

A Darya la asalta por sorpresa un atisbo momentáneo de una época antigua, de otra vida en la que la reina es ella misma. Va ataviada de ornamentos opalinos y camina entre palmeras dirigiéndose a un lugar de oración. Se esfuerza por conservar las imágenes, por impedir que se le escapen. Pero se le van y desaparecen entre las nieblas de su mente. Levanta la vista y se encuentra cautiva de los ojos de Rasputin, y la acomete el anhelo de desvelar sus secretos más ocultos a aquel hombre que apesta a vodka y a estiércol de burro.

Le asusta aquel hombre que parece como si tuviera entre sus manos el futuro de ella. ¿Sabrá también lo de su embarazo, lo de su aborto? Él le guiña un ojo, rompiendo así el hechizo.

—Aquella reina vivía en un país donde los capullos de las flores se helaban sin abrirse y los pulmones eran incapaces de soportar el frío y reventaban y se deshacían como gruesas pompas de jabón. Pero aquella reina era distinta a todos los demás. Tenía la sangre caliente. La sangre le hervía en las venas. Cuando la temperatura caía y helaba con fuerza, nuestra reina no sufría con el frío, ni el hielo la quemaba al tacto ni sentía ese dolor terrible en los pulmones. Y por eso era la única persona de aquel país que era capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera, cualquier sueño, cualquier deseo. ¡No había nada que no estuviera a su alcance!

»Un día, salió desnuda, con su piel gloriosa con brillo de diamante, irradiando calor por los dedos de las manos y de los pies, y se subió a la montaña de hielo más alta para llamar al Señor.

»Y el Señor, al ver a una mujer de tal valor, a una mujer que se atrevía a alzar la voz plantándole cara, bajó de Su trono para oír su súplica.

»Ella levantó los ojos al cielo y gritó: "He aceptado este país terrible como mío. He vivido aquí muchos años y he conseguido conservar mi juventud y mi belleza. Gracias a ello, he atraído a Tu país a millones de personas. Me debes un gran favor, Señor; me lo debes".

»El Señor se quitó el sombrero de copa e hizo una leve reverencia doblándose por la cintura, y su voz de barítono resonó por el firmamento. "¡Dime tu deseo, mi señora!".

»"Tener un hijo, Señor. Pero no un hijo cualquiera. Que no sea como las demás personas, que se hielan en tu mundo despiadado. Eso no lo quiero. Quiero un niño hermoso, de cabellos dorados y ojos relucientes. Y quiero que lleve mi sangre".

»El Señor se revolvió en Su trono, cruzó una de sus largas piernas sobre la otra, y dejó caer Su sombrero de copa sobre la coronilla de Su cabeza, ya algo calva. "¿Estás segura, mi señora? Piénsalo bien y con tiempo antes de responderme. Has de saber que, cuando se te haya concedido el deseo, ya no se podrá deshacer".

»"Sí, Señor. Esto lo deseo más que cualquier cosa del mundo", respondió la reina de sangre caliente.

»Y así se cerró el trato en el cielo.

—¿Y el Señor le dio un hijo de sangre caliente? —pregunta la gran duquesa Tatiana.

—Un niño rubio, de ojos azules, que montaba por la nieve ponis de color miel dorada y ahuyentaba los bloques de hielo de las cuevas oscuras. De sangre caliente, como su madre.

Darya aprieta al zarévich contra sus pechos, incapaz de despejarse la mente de las imágenes que le surgen..., una mujer de sangre caliente, una reina quizá, un hijo o príncipe..., imágenes que se desvanecen al instante como el vapor. Lo que sigue presente y real es la sangre de su pérdida, que le gotea entre los muslos. Se pregunta si habrá perdido a un hijo, o a una hija con ojos como los de ella.

Rasputin levanta el índice.

—Pero aquel niño era distinto. Mientras que la madre tenía la sangre a una temperatura constante por todo el cuerpo, al hijo le bullía y le burbujeaba en las rodillas, en los codos, en las articulaciones, provocándole un dolor atroz que le hacía llorar.

Darya echa una mirada a la pareja imperial. Las ojeras del zar han tomado un tono azulado, y tiene el ceño fruncido en señal de desaprobación. La zarina le apoya una mano en el brazo. Él le da palmaditas en la mano distraídamente.

—Pobre niño —exclama la gran duquesa María—. ¿Qué fue de él?

—Ni todos los hielos de Siberia ni todas las oraciones del país pudieron curar al hijo de la reina, hasta que llegó de una población cercana un hombre de Dios. Llevaba un zurrón lleno de gemas puras y pulidas como el marfil y aromáticas como la mirra. No eran gemas corrientes. No, en absoluto. En el corazón de cada gema había encerrada una bendición, y él las arrojó a un gran estanque de agua helada. Las bendiciones se multiplicaron más y más, dilatándose hasta convertirse en globos de colores, translúcidos, de todos los tamaños, que seguían hinchándose y vaciando toda el agua del estanque, hasta que fue un gran depósito de esferas relucientes de bendiciones, en el que se dijo al niño que se bañara. Y a partir de aquel momento, día a día, la temperatura de la sangre empezó a regulársele, hasta que la tuvo normal, como corresponde a un buen príncipe.

—¡Bravo! —exclama la emperatriz, dando palmadas—. Me encantan los finales felices.

Capítulo 24

— 1907 —

La noche blanca baña de luces pastel de ensueño los palacios, las cúpulas turquesas, las torres verdes, las iglesias doradas y las columnatas intrincadas. Los bulevares, las avenidas, las calles y los callejones se han barrido, regado y decorado con águilas imperiales y con el escudo de la ciudad. Centenares de banderas ondean movidas por una suave brisa que ha ahuyentado la tristeza del invierno, ondulando la superficie de los canales de la ciudad y agitando el leve olor del sudor y de la expectación. Las festividades se reflejan en las aguas tranquilas del Neva. Es el mes de julio, y se celebra el tercer cumpleaños del zarévich Alexei Nikolayevich Romanov. No se hará oscuro en San Petersburgo, su ciudad natal.

La plaza del Teatro palpita de animación. Los espectadores aclaman, apiñados en las plataformas cubiertas de flores, en los balcones, en las ventanas, en las azoteas y en las aceras del camino que conduce al teatro Mariinski, que está reluciente. Los arcos y las columnas de piedra de la fachada del teatro están iluminados desde atrás. Las ventanas están ornamentadas con colgaduras de terciopelo azul, y se ven a través de ellas lámparas de araña rutilantes.

Se espera en cualquier momento la llegada de la familia imperial y de su séquito. Es el estreno de *El uro rojo*, *ballet* de Igor Vasiliev. Se comenta que, en solo dos años, el salón artístico imperial ha servido para refinar el gusto artístico de los rusos y para aumentar sus conocimientos. Ya no está tan generalizada la creencia de que la familia solo protege un arte, el *ballet,* y ello porque muchas bailarinas son amantes de grandes duques. El zar ha exigido que la temporada de *ballet* se abra un mes antes, para celebrar el cumpleaños de su hijo. Se rumorea que los artistas mismos asistirán.

¡Qué talento tienen los artistas de ese grupo! ¿No es un asombro esa Rosa Koristanova, y no es un espectáculo milagroso esa escultura suya que está en el Museo Ruso? ¿Y los retratos de

desnudos de Avram Bensheimer? ¡Mágicos! ¡Encantadores! ¡Qué imaginación! ¿Es posible que la modelo sea la *tyotia* Dasha? ¡No! La pareja imperial no lo habría consentido. Pero, ¿no le parece a usted que el parecido es extraordinario? Y *El uro rojo* de Vasiliev... Es raro haber puesto la palabra *rojo* en el título, no es nada prudente en los tiempos que corren. Seguro que no lo habrá hecho con mala intención.

Un saludo de treinta y una salvas de artillería disparadas desde la Fortaleza de Pedro y Pablo retumba por la ciudad.

El carruaje imperial pasa por las calles abarrotadas.

La gente se santigua con reverencia. Saludan la llegada imperial con repicar de campanas y ruidosos aplausos. Un pelotón de oficiales condecorados están formados, firmes, en la entrada del teatro Mariinski, que la pareja imperial subvenciona con dos millones de rublos de oro al año.

El carruaje imperial, todo cristal y molduras y ruedas doradas, va arrastrado por ocho caballos blancos magníficos, conducidos por caballerizos con libreas de terciopelo azul y cascos con penachos blancos. Los caballos que se aproximan, fuertes, musculosos y soberbios, pisan los adoquines haciendo sonar los cascos al unísono, como si buscaran algún tesoro oculto para ofrecérselo a la multitud que aclama.

El gran duque Miguel Alexandrovich encabeza la procesión, escoltado por cosacos y por un oficial del Regimiento de Coraceros de la Guardia de Corps, seguidos de pajes de su majestad. Los aplausos arrecian. El apuesto gran duque, segundo en la línea de sucesión al trono, es la mano derecha del emperador, siempre presente, siempre apoyándolo. El pueblo lo quiere; siguen con interés sus aventuras amorosas, y lo aclaman con el mismo vigor con el que su familia procura impedirle sus relaciones amorosas inadecuadas.

El zar y la zarina van vestidos de gran gala. La zarina lleva el pelo recogido en un moño complicado; su conjunto de joyas de perlas y esmeraldas le reluce en las orejas y en el cuello de encaje. El zar se ha puesto su uniforme favorito, una guerrera azul marino oscuro, de dos solapas y botones de oro, con bordados dorados en el cuello y luciendo sus medallas de honor.

El cielo cobra vida, crujiendo con sus propias alabanzas. La aurora boreal ejecuta una sinfonía de colores, ocre oscuro y verde pálido, que arrojan un nuevo lustre sobre la ciudad.

Los dos miembros de la pareja imperial saludan con la mano, sonríen, se cogen de la mano sobre el asiento de terciopelo azul. Su

hijo goza de buena salud. El salón artístico ha conseguido su objetivo. Las artes florecen. La población campesina ha quedado reducida a la impotencia. La alianza entre los campesinos y la clase obrera se ha deteriorado. El Ejército leal ha aplastado los alzamientos puntuales. Según los asesores del zar, las múltiples facciones revolucionarias (los bolcheviques, los mencheviques, el Partido de Socialistas Revolucionarios y los violentos maximalistas que habían brotado como malas hierbas por todo el país) están desmanteladas.

El zar vuelve la vista hacia el atardecer sepia. Forma con los labios una sonrisa de satisfacción. Le esperan unas horas de música y de *ballet*.

—Bonito atardecer —dice a su esposa.

—Precioso —dice ella, apretándole la mano.

Darya está en el segundo carruaje, con el zarévich en su regazo. Lleva un vestido de tafetán de color rojo oscuro, salpicado de estrellas de diamantes, y el pelo le cae en cascada por los hombros. Un pasador con diamantes rosados de las minas de Corinin, de sus abuelos, le sujeta un rizo tras la oreja derecha. Aprieta la mejilla contra la de Alexei, le susurra al oído que recuerde aquel día, el de su tercer cumpleaños, en que todos los habitantes de la ciudad se han echado a la calle para felicitarlo. También ella recordará esta noche, la primera vez que va al *ballet* con Avram, al que ha llegado a querer mucho más de lo que había creído posible. Él está ahora en el auditorio Mariinski, pues ha llegado antes, con los demás artistas, los ministros, los generales y los invitados reales.

Olga, Tatiana, María y Anastasia van en el tercer carruaje, saludando con entusiasmo a las multitudes que les van arrojando al pasar una lluvia de pétalos de rosa.

Los gritos de *¡OTMA! ¡OTMA!* (las iniciales de los nombres de las cuatro grandes duquesas) ascienden y crecen hasta formar un único rugido conjunto de adoración. Si bien el zarévich Alexei Nikolayevich es el futuro de Rusia, no es menos cierto que las grandes duquesas son su corazón y su alma.

Se hace pasar a la familia imperial, a Darya y al gran duque Miguel Alexandrovich por una entrada aparte, y suben por unas escaleras privadas al palco del zar, que está a la izquierda del escenario y tiene el tamaño de un apartamento. Sobre el palco imperial hay dos querubines posados en arcos dorados, como para proteger a la preciosa familia imperial en un auditorio que ya está lleno de guardias de seguridad, de uniforme y de paisano.

El emperador y su hermano ocupan sus asientos a ambos lados

de la emperatriz. Darya pone a Anastasia y al zarévich a su derecha y a Olga, Tatiana y María a su izquierda.

—¿Estáis cómodos, ángeles míos? —les pregunta a todos.

Besa a Anastasia en la punta de la nariz.

—Procura no dormirte, cariño.

—No la dejaré yo —responde María, dando un pellizco en el brazo a su hermanita.

—Se lo voy a decir a papá —se queja Anastasia.

Darya saca la muñeca favorita de Anastasia de la bolsa en la que ha traído todo tipo de entretenimientos para los niños.

—Toma, Anastasia, la pequeña Lariska también quiere ver el *ballet*.

El director levanta la batuta. Un preludio encantador, armónico y profundamente introspectivo surge del foso de la orquesta para llenar el auditorio en forma de U.

Sube el telón azul de terciopelo, seda y encajes.

Se advierte que el público contiene la respiración al unísono en el auditorio.

El escenario del Mariinski está bañado de rojo.

Hay un solo bisonte, envuelto por la luz de las candilejas.

El bailarín va caracterizado de pies a cabeza de un tono más subido que el del rubí.

Cuatro bailarinas, blancas, airosas y más puras que las nubes de verano de San Petersburgo, cercan al bisonte, rodeándolo y hostigándolo, acariciándolo, rozándolo, aleteando con los graciosos *pliés* de los brazos, haciendo equilibrios sobre las puntas de los pies, cayendo sobre su presa, girando en un *adagio,* lentas, envolventes, tentadoras, para rodar después con un *alegro,* livianas, tranquilizadoras, ondulantes, tan etéreas y gráciles como los cisnes que moran en el lago artificial del Parque de Alejandro.

La gran duquesa Tatiana susurra al oído de Darya que parece que el bisonte está nadando en un charco de sangre. Darya asiente con la cabeza. La escena es estremecedora. Pero ella, de momento, está disfrutando del calor de la atención de Avram, que ocupa un asiento de entresuelo, inmediatamente por debajo del palco real, y vuelve la vista hacia arriba a cada instante para descubrir que ella dirige los gemelos de teatro hacia él y no hacia el escenario. Esta noche está especialmente apuesto, de frac y con el pelo cepillado hacia atrás, sin rastro de esa pintura pertinaz que se empeña en quedársele adherida.

Ella baja los gemelos, apoya los codos en el antepecho del palco y se inclina ligeramente hacia delante. Sus ojos se cruzan. Los de él

dicen «te deseo». Los de ella responden «yo también». «Esta noche, más tarde», dicen los ojos de él. «Sí», responden los de ella. No pronuncian una sola palabra.

Las notas mágicas de las flautas y los clarinetes se arremolinan, ascienden y brincan como otros tantos abrazos, ora melancólicas, ora con una vitalidad rítmica sin precedentes. El público se pone en pie.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Alexei se ha levantado de su asiento y está de puntillas con la mitad de su cuerpecito inclinada sobre el antepecho. Darya lo sujeta de la parte de atrás de la chaqueta de esmoquin, lo levanta en vilo y lo deja caer en su regazo.

—¡Alyosha! —susurra, con el corazón palpitándole en los oídos —. ¡Has estado a punto de caerte!

Anastasia, viendo vacío el asiento de su hermano, se traslada a él para estar más cerca de Darya, apoya la cabeza de cabellos castaños claros y rizados en el hombro de Darya y se queda adormecida. Olga echa una mirada a sus padres. Al verlos absortos en el *ballet,* mete la mano en la de Darya. María y Tatiana, que han perdido interés por el *ballet,* hablan entre sí a susurros, preguntándose dónde invitarán sus padres a cenar con ellos a la primera bailarina. Al fin y al cabo, su abuela es la gran protectora del teatro, y su busto está expuesto en la entrada principal.

Avram está de ánimo juguetón, y tan pronto se da golpecitos en la muñeca, donde a Darya le gusta tomarle el pulso, como extiende los brazos, como si la invitara a dejarse caer en ellos.

El gran duque Miguel toca a Darya en el hombro.

—Parece que a Bensheimer le interesa más usted que el *ballet*.

A Darya le arden las mejillas. Enarca las cejas como si no tuviera claro a qué se refiere el gran duque. Se recuesta en su asiento, apretando a Alexei contra su pecho.

Miguel le hace un guiño y le dice con tono alegre:

—¿Invitamos a Bensheimer al palco imperial?

—Si a vuestra majestad le place… —responde ella con otro guiño travieso.

El conductor agita la batuta, y la orquesta de ciento cincuenta músicos ataca un *fortississimo* de tal magnitud que el zarévich clava la manita en el brazo de Darya. Los trombones, las tubas y las trompas truenan. Las trompetas y los platillos resuenan. Los bombos y las panderetas retumban. Un grito de guerra agresivo convierte el auditorio en instrumento acústico poderoso.

¡El bisonte se lanza a la acción! Su potente pierna derecha

apunta como un arma a una de las bailarinas. Salta, brioso, vivaz, hendiendo el aire con la pierna como cortándolo todo en pedacitos. Y después, un arabesco, y otro, y otro más, saltos furiosos, giros y patadas ejecutados bajo un foco de luz roja.

Las bailarinas blancas parecen fundirse en un arabesco de cuatro piernas, con tal unidad que resulta difícil distinguirlas unas de otras. Pero entonces se separan con violencia repentina, un *battement* desenfrenado con extensión de piernas, que se transforma enseguida en un *en arrière,* un desplazamiento hacia atrás de puntillas, alejándose del público cada vez más, espectros blancos que se pierden de vista entre los límites de la oscuridad.

Las cuerdas arrojan suaves lamentos. Los violines, las violas y los violonchelos suplican e imploran, intentando hacer volver de nuevo a las bailarinas.

Pero mientras cae el telón y el público aplaude, puesto en pie, es el bisonte rojo el que sigue firme en el centro del escenario.

Nueve años más tarde, Darya repasará sus pensamientos y recordará que fue aquel el instante en que se le quedó sembrada en el fondo de la mente una pequeña semilla de sospecha, una semilla que crecería despacio, pero llegaría a convertirse en una planta maloliente que ella se vería obligada a reconocer.

Capítulo 25

— 1911 —

El zar lleva a su hijo de siete años al Salón de Retratos, donde huele a pintura y a tinta y una nube de polvo de piedra lo ha impregnado todo. Desde que se creó el salón artístico, seis años atrás, su fama se ha extendido por todo el país; no se habla de otra cosa en San Petersburgo, en Ekaterinburgo y en Moscú; sus artistas se vuelven célebres en todo el país, y se admira a la zarina como protectora de las artes. Hoy, la zarina tiene que guardar cama por su ciática, y es el zar quien va a hacerse cargo de la tarea en su nombre.

Darya lo sigue de cerca. Hace un gesto de dolor, llevándose la mano al estómago. Ha sido un día doloroso, uno de esos días que se le echan encima sin previo aviso. Desde hace cinco años, desde que perdió al hijo de Avram, el vientre se le revuelve y se le retuerce de cuando en cuando, negándose a asentarse, como recordatorio constante de su pérdida. Su amor, el de los dos, ha llegado lejos de seis años a esta parte, se ha vuelto más profundo y se ha dilatado, es una relación más prudente. Ya no se ven en el parque. El conde Trebla puso fin a aquello. Con la sangre envenenada por la sífilis, enloquecido, un atardecer salió a rondar por el parque, aferrándose a cualquiera que se cruzaba por su camino, teniendo preso al transeúnte alarmado mientras divagaba sin cesar sobre Darya y Avram, sobre cómo se veían en el *banya* imperial, jodían allí, lo contaminaban.

Enviaron a Trebla a la enfermería, donde, atado de pies y manos, le inyectaron la malaria, para que le provocara una fiebre alta que le curase la sífilis. El tratamiento le atacó los nervios y lo dejó insensible de cintura para abajo. El funcionario de la Casa Imperial que tenía a su cargo las perreras relevó al conde Trebla de su puesto de veterinario, pero no lo expulsaron de la corte. Las miniaturas que hacía su esposa se han vuelto demasiado valiosas, sobre todo para el zarévich, que espera con impaciencia el

momento de abrir la caja lacada que le regalan dos veces al año para descubrir en ella un milagro más que añadir a su colección.

Desde que su marido no puede salir de casa, Tamara se está volviendo más retraída, se encoge dentro de su piel. También sus miniaturas se van reduciendo de tamaño, hasta el punto de que los detalles de algunas resultan invisibles para todos, salvo para la propia artista.

Ahora se pone de pie con los demás creadores, dejando sus instrumentos minúsculos (la lupa, el mazo, la lima, el martillo, las pinzas, las tijeras), se compone el rostro y hace una reverencia profunda.

El emperador, con las manos unidas tras la espalda, camina tranquilamente de un puesto de trabajo a otro, deteniéndose para observar mejor las obras en proceso de creación, moviendo la cabeza con gestos de aprobación, de sorpresa o de indiferencia. Tiene las sienes más grises, como si hubiera encanecido de la noche a la mañana. Las ojeras se le han quedado flácidas de resignación, el ancho pecho hace pensar en las muchas veces que se ve obligado a llevar en brazos a su hijo de siete años impedido.

Darya está atenta, adelantándose con la vista al zar, revisando cada puesto de trabajo antes de que llegue él. El ambiente político del salón artístico ha ido cambiando, siguiendo las tendencias extremistas de izquierdas del país. Los años de agitación han envalentonado a algunos artistas de tal manera que los *ballets* y las caricaturas que antes contenían mensajes antimonárquicos de una manera cuidadosamente velada, ahora parece que están cambiando. Los creadores se están arrancando la máscara y se permiten algunas libertades. Habría que hacer algo antes de que se radicalicen demasiado.

Pero la emperatriz no acepta la realidad; no quiere ver este cambio. Prefiere ver y contar al emperador las obras extraordinarias que siguen creándose en el Salón de Retratos: pinturas, esculturas, miniaturas, *ballets* y caricaturas.

En Alemania se premió a Igor por su *ballet* sobre el zar y el káiser, armándolo caballero y otorgándole el título honorífico de *ritter*. La aristocracia, aficionada a los cuadros morbosos de Belkin, está dispuesta a pagarlos a precios exorbitantes. Las caricaturas de Dimitri Markowitz expresan la impotencia de la primera y de la segunda Duma y se cotizan mucho en el mercado negro. Su caricatura más popular, *La Duma de la ira pública,* como se llamó a la primera sesión de la Duma, presenta a los socialistas moderados, a los socialdemócratas y a los revolucionarios sociales

estrangulándose mutuamente con sus propios corbatines, mientras el zar y la zarina toman el sol en su yate. Fue el mismísimo ministro de Finanzas quien compró la caricatura, en un acto de desafío descarado.

Darya puso el asunto en conocimiento del emperador. Este alzó el bastón y la señaló con él como diciéndole que era demasiado ingenua para entenderlo.

—Yo admiro la caricatura de Markowitz —anunció el emperador —. Representa a los miembros de la Duma precisamente como lo que son. ¡Un montón de idiotas e inútiles!

Ahora, a pesar de que Darya ya ha avisado a los artistas de que va a venir el zar, no está segura de lo que pasará aquella tarde. Rosa baja apresuradamente de su andamiaje y se queda de pie junto a la base por si el zar le quiere preguntar alguna cosa. Abre la boca para saludarlo, pero el polvo de mármol le ha castigado los pulmones, y se dobla sobre sí misma presa de un ataque de tos. El monarca se apresura a poner a salvo de aquel peligro a su hijo y se lo lleva hacia Igor.

Igor se abotona la camisa y retrocede con la cabeza baja.

Darya lo mira con enojo. Las hojas expuestas alrededor de su puesto de trabajo, dibujos de bailarines realizando diversas figuras, están tan mal disimuladas que cualquier observador atento reconocería fácilmente la verdad que se encierra tras ellas: una serie de viñetas basadas en la guerra ruso-japonesa de 1904, en la que Rusia sufrió una derrota humillante.

—Muy impresionante —dice el monarca—. ¿Es la forma normal de trabajar? ¿Se prueban primero los movimientos del *ballet* sobre el papel? Y los ritmos y las emociones, ¿cómo cobran vida en el escenario?

—Cada artista tiene su estilo, majestad —responde Igor—. Yo prefiero probar en primer lugar toda la danza sobre el papel antes de llevarla al escenario. Y, respondiendo a la segunda pregunta de vuestra majestad, los ritmos y las emociones se añaden en diversas etapas de la práctica.

En realidad, aquellos dibujos solo se habían creado para que los viera la emperatriz, para que Igor pudiera sacarlos del maletín y exhibirlos cada vez que viniera a hacer una visita la zarina. Por lo demás, la coreografía de Igor (el concepto, el espacio, la visualización, y tantas cosas más) nace y cobra forma por entero dentro de su cabeza. Por eso, aquel día, cuando Igor había tenido aviso de la visita del zar, había hecho marcharse al bailarín que representa al emperador japonés Meiji y había montado los dibujos,

si bien con algunas alteraciones menores para dar impresión de avance en el trabajo.

El zar asiente con la cabeza, da un golpecito en uno de los dibujos.

—¡Buen trabajo! Seguiremos con gran interés sus éxitos.

Igor Vasiliev sigue muy rígido, con los ojos bajos; su actitud respetuosa se contradice con el desprecio absoluto que siente por los Romanov. El salón artístico ha hecho cambiar el concepto que tenía el público de que a la familia imperial le resultaban indiferentes las artes. A pesar de aquello (piensa Igor con rabia), esta no es más que la tercera visita del zar en seis años, y aun así la hace con una expresión de aburrimiento que resulta francamente insultante.

Lo único que quiere el fotógrafo Joseph, ahora que está aquí el emperador en persona, es tomar la cámara y captar los cabellos grises de su barba, su mandíbula fuerte, la dentadura irregular que no se cuida, según es sabido; las orejas más bien grandes que reflejan su inteligencia, los ojos grises azulados soñadores; pero, por encima de todo, la forma de su cabeza, una contribución valiosa al proyecto que tiene en marcha. A pesar de sus años de arduas investigaciones, el fotógrafo no ha demostrado todavía que la forma de la cabeza no es prueba de locura, a diferencia de lo que afirman algunos psicoterapeutas, quienes por su parte no tienen en la cabeza una sola célula de entendimiento. Ante la expresión de perplejidad del zar al contemplar las fotografías dispersas por la mesa, Joseph intenta explicarle su proyecto, citarle los muchos manicomios que ha visitado, hablarle de los muchos locos y locas que ha fotografiado, de las comparaciones que sigue realizando entre las formas de sus cabezas y las de personas supuestamente cuerdas. Pero el emperador ha perdido interés y pasa al puesto de trabajo de Belkin.

El zar se encuentra ante una pintura morbosa: un ataúd provisto de clavos de cobre y de pesados cerrojos, como si tuviera que servir para contener a una fiera viva, en vez de al cadáver con barba y larga cabellera que está dentro. Cerca del ataúd, cae de un cielo inhóspito un rayo que abre una fosa honda de la que surge la mano esquelética del pintor, que empuña un decreto.

Darya se acerca un poco más.

—Quizá vuestra majestad prefiera pasar por alto este puesto. El zarévich es demasiado pequeño para contemplar pinturas tan morbosas.

Darya reconoce a Rasputin en el cadáver del cuadro. Cuando la

prensa empezó a hablar de él hace algunos meses, oponiéndose a su influencia sobre los Romanov, el primer impulso del zar fue castigar a los que criticaban a la pareja imperial por apoyar a un humilde campesino, que era conocido por su relación con mujeres de mala fama de todas clases que conducía a su dormitorio, que él consideraba «el sanctasanctórum». Sus majestades siguieron prodigándole ropas elegantes y regalos costosos, acogiéndolo en su palacio, dejándolo estar con las grandes duquesas, incluso ya de noche, cuando estas ya se habían cambiado para dormir. La institutriz de las grandes duquesas había propuesto que se impidiera a Rasputin acceder a los aposentos de las niñas. La emperatriz, enfurecida, despidió a la institutriz. Pero en los últimos tiempos, ante las enormes presiones, el zar, a pesar suyo, ha exiliado temporalmente de la corte a Rasputin. Y el decreto que se empuña en el cuadro no es otro que aquel que dictó el zar, influido por Rasputin, nombrando ministro de Asuntos Eclesiásticos al polémico Vladimir Karlovich Sabler.

El zar se azota la bota de cuero con el bastón.

—Sí; sigamos adelante, hijo. La obra del señor Bensheimer parece menos triste.

El emperador se queda un rato ante el retrato que está pintando Avram de Darya, cuyo rostro llena todo el lienzo.

Una creación maravillosa, considera el zar; es admirable cómo ha reflejado el pintor cada rasgo singular de la modelo, la profundidad emotiva de sus ojos en los que arde su curiosidad insaciable. A pesar de su talento y de sus retratos, que podrían haber sido adquisiciones valiosas para la colección imperial, por desgracia Bensheimer es judío, y, como tal, una mancha para su corte. Pero su esposa no quiere oír hablar de despedirlo. Ella cree que eso equivaldría ni más ni menos que a tentar a la mala suerte. La zarina ha llegado a depender del retrato del zarévich en brazos de la Virgen. Lo valora como un talismán del que depende la salud de su hijo.

Avram está de pie junto al caballete, en silencio. Su retrato habla por sí mismo. Es innegable la sensualidad de los rasgos de su modelo, la boca carnosa, las mejillas enrojecidas, la mirada soñadora. Pone los ojos en Darya, la estudia con mirada exploradora de amante. En su expresión velada hay inquietud.

El zar da la espalda a Bensheimer.

—Ven, hijo; vamos a visitar a nuestra artista favorita. Veamos qué regalos puede tenernos preparados hoy. Qué secretos minúsculos pueden ocultar. ¿Cómo estás, Tamara Sheremetev? —

pregunta a la creadora de miniaturas—. ¿En qué estás trabajando hoy?

Ella se sonroja; cubre algo con la mano. Aunque ya hace años que está al servicio de la corte, no ha llegado a acostumbrarse nunca a ser objeto de tales atenciones. Habla con voz delicada.

—Quizá pudiera alzar la mano vuestra majestad.

Él levanta las palmas de las dos manos, y la creadora de miniaturas le pone una lupa en una y un hueso de melocotón en la otra. El zar sostiene la lupa sobre el hueso y acerca la cara. Por todo el salón se le oye contener una exclamación.

En el hueso de melocotón está grabado el Palacio de Alejandro, con sus doscientas habitaciones. Los salones de música, las aulas, las salas de juego, el túnel que conduce del palacio al edificio de las cocinas, el Salón Lila de la emperatriz, el estudio del emperador, el Salón de Retratos, el salón de recepciones y la sala privada de cinematógrafo del zarévich. Y por si no bastara con haber metido todo aquello en un hueso de melocotón, también están trazados con precisión implacable el parque con sus flores y sus animales y la isla privada en la que se puede quedar uno a solas izando el puente levadizo. El zar está absorto. ¿Qué instrumentos pueden ser tan precisos, qué manos tan delicadas, qué ojos tan agudos, qué paciencia tan inagotable? Él tendría que pasarse días enteros si quisiera reconocer cada rincón de su palacio en esta representación tan precisa.

—Vuestra majestad podría tener a toda su corte en la palma de la mano —murmura la creadora de miniaturas.

—¡Magistral! —exclama el emperador—. ¡Impresionante!

—Y para ti, majestad, un cochecito como el de tu padre —dice, dejando caer en el hueco de las manos del zarévich una pequeña reproducción del Landau Delaunay-Belleville del zar.

El niño suelta un grito de alegría. Se pone de puntillas para darle un beso en la mejilla. Levanta el juguete en miniatura, tallado en un bloque de rubí precioso, con un millón de matices de rojo que centellean a la luz de la lámpara. Mueve el volante con un dedo. Hace girar las cuatro ruedecitas sobre sus ejes de oro, con sus radios y sus cubos minúsculos, levanta la capota desmontable para dejar al descubierto a sus padres sentados atrás, al chófer al volante, con todos los detalles en su sitio, incluso la barba cuidadosamente recortada del zar y los pendientes de perlas de la zarina, todo ello en diversos matices de rojo tallados en el núcleo de la gema. El zarévich se ríe a carcajadas y besa de nuevo a Tamara.

—Gracias, Tamara, muchas gracias.

El emperador coge con fuerza la mano de su hijo mientras ambos caminan hacia la salida. Lleva en la palma de la mano un tesoro que su esposa apreciará más que el huevo de Fabergé de esmalte verde y madreperla opalescente que le regaló este año por el aniversario de su boda.

El zarévich lleva un juguete precioso que guardará con aprecio durante años, hasta que el curso de la historia le obligue a separarse de él.

Capítulo 26

Darya toma un guijarro y lo arroja a las profundidades del mar Negro, que no es negro en absoluto, sino azul como el cielo. Le encanta Crimea, con sus pinos y sus secuoyas autóctonas, las viñas con las que se elabora el moscatel más dulce y el champán que más se sube a la cabeza, las rosas trepadoras y la lavanda, las plantaciones de melocotoneros, cerezos y almendros, la hilera de colinas que tienen a raya a los vientos del norte y dan comodidad a su población de tártaros apuestos.

La familia imperial ha venido con su séquito a la inauguración del nuevo Palacio de Livadia. Darya, con gran alegría por su parte, consiguió convencer a la pareja imperial para que llevaran consigo al zarévich; y este, tutelado y custodiado por ella, tiene un aspecto más sano que nunca. La emperatriz también parece más fuerte y más contenta. Y Avram, invitado junto con los demás artistas, disfruta del éxito de su última colección de retratos, los desnudos de estilo primitivo de su única modelo: ¡ella!

La única nube en el lienzo del cielo despejado de ella es Grigori Rasputin, cuya sombra invasora le sigue los pasos, velada y ominosa, mientras ella se pasea por la orilla del mar. Rasputin, al que la emperatriz ha invitado de nuevo a la corte, está de buen humor. En un viaje reciente de la familia, el zarévich se cayó contra la bañera y se hizo una magulladura. La hemorragia fue terrible. La emperatriz pasó diez días sin apartarse del lecho de su hijo. Los médicos lo desahuciaron. Se redactó una nota oficial para anunciar la muerte del heredero. La emperatriz, desesperada, envió un telegrama a Rasputin.

«Dios ha visto tus lágrimas», respondió él por telegrama. «No sufras. El pequeño no morirá». A las pocas horas, la hemorragia había cesado. Rasputin había vuelto a salvar la vida al zarévich, y ni el ministro más poderoso, ni la institutriz de las grandes duquesas, ni miembro alguno de la familia imperial osarían criticarlo.

Darya observa que algo flota sobre las olas, balanceándose en el agua como un corcho gigante. Protegiéndose del sol con la mano, entrecierra los ojos para captar mejor la forma. Piensa que será un animal, y sigue adelante. La arena caliente se le filtra entre los dedos de los pies descalzos, pero ella no deja de clavar la vista en la criatura marina que cabalga sobre las olas, silbando y arrojando espuma semejante a las faldas de encaje de Chantilly de la emperatriz.

Darya afloja el paso, se acerca al borde del agua. El agua ha vomitado sobre la playa un objeto elíptico, plateado, del tamaño del maletín de viaje del zar. Reluce al sol como si estuviera dotado de vida propia. Asoman picos de calamares fosilizados y conchas marinas entre su piel, que parece piedra pómez quebradiza o algún material esponjoso con el aroma voluptuoso del cuero, del tabaco y del mar, un perfume seductor que la envuelve para abrazarla como un vientre.

«Guárdalo bien», dice la Antigua. «Ha hecho un viaje largo y difícil. Ha cruzado mares y océanos, se ha curtido durante décadas en aguas saladas y bajo soles ardientes hasta llegar a ti. Ámbar gris valioso, Darya Borisovna. ¡Es tuyo!».

Darya cae de rodillas sin pensar en las olas ni en la arena caliente. Tiene tan cerca el cuerpo encorvado de Rasputin que le quedará en la falda su olor a burro. Apoya la frente contra la superficie de textura mantecosa, el acto impulsivo de un viajero que perece de sed en el desierto.

Se siente arrojada a otro lugar, una reina que enseña a sus discípulos a quemar ámbar gris a modo de incienso para purificar el aire y para sanar los malos espíritus, a dar sabor con él al vino para gozar de una larga vida, a frotarlo en las heridas para cortar las hemorragias, a mezclarlo con hachís para aliviar el dolor, a hacer infusiones con él para dar vigor sexual o a consumirlo en ritos de fertilidad para volver fértiles a las estériles. «El ámbar gris es un conducto poderoso». Oye a Rasputin por encima de ella, y por una vez se siente aliviada de tenerlo cerca, como si los dos fueran compañeros de un viaje inminente.

Se frota las sienes.

—Estaba en un lugar extraño.

Él la observa desde lo alto, con ojos cálidos que la animan, que le dicen que está a salvo con él.

—No sé dónde he ido. Creo que yo era otra persona.

—Ven conmigo. ¿Quieres? Iremos allí juntos.

—El ámbar gris es mío —dice Darya, repitiendo las palabras de

la Antigua—. No voy a dejarlo aquí.

Despacio, con cautela, extiende una mano temblorosa y rompe un pedacito.

Y seis años después de la noche en que perdió a su hijo, abre su colgante y vuelve a llenar el huevo enjoyado.

Rasputin mira desde varios ángulos el bloque de ámbar gris, lo levanta un poco por cada lado. Es pesado, pero él es hombre fuerte. Mete los brazos por debajo y lo levanta como si llevara a una mujer en brazos. Sigue a Darya hacia el Palacio de Livadia, con su torre florentina y sus ciento dieciséis habitaciones; pasa por el pórtico con arcos de mármol de Carrara deslumbrante, por el patio italiano con sus columnas de piedra caliza y sus galerías cerradas donde la zarina toma el té por la tarde, por cámaras interiores decoradas con estuco y maderas labradas, hasta llegar a los aposentos de Darya, hasta su mismo dormitorio, donde deposita el ámbar gris sobre su cama.

Después, sin tener en cuenta la rareza de lo que hace, Darya respira hondo y se tiende junto al ámbar gris, inspirando su aroma de almizcle, de tierra dulce y de musgo de los bosques. Está a salvo, más a salvo de lo que se ha sentido desde hace mucho tiempo, con el vientre en paz, como si estuviera perdonada, al menos por sí misma, por Avram y por el hijo muerto de este, incluso por los bisontes.

Se oye en el exterior el zumbido de las abejas, el chasquido de las tijeras de podar, las voces lejanas de los jardineros que discuten entre sí. Llegan de los huertos llenos de fruta los dulces aromas de las cerezas y los melocotones maduros.

La voz de Rasputin se abre camino, serpenteante, hasta asentarse en la cabeza de Darya, haciendo que le pesen los párpados y produciéndole un sueño subliminal que la transporta a arenales de color caramelo y a cielos impolutos donde brillan en armonía sinfónica el sol y las estrellas. El olor de la melaza y de los dátiles perfuma el aire, y las palmeras se mecen con la brisa.

Rasputin mira a Darya fijamente, con una libertad que ella no le habría consentido estando despierta. Contempla el contorno delicado de su cara, la vena que le palpita en la sien, la boca entreabierta como para aceptar sus besos; y aquel hombre que no ha conocido nunca el miedo siente terror ante la mujer capaz de debilitarlo de deseo. Se acerca a la cama y adelanta una mano fría para acariciarle los pechos. Retira la mano, la mira con curiosidad y se inclina para tomarla con la boca.

Ella suelta un suspiro largo y sostenido.

Él se aparta bruscamente, como si ella se hubiera transformado en una deidad capaz de fulminarlo allí mismo. Acerca una silla. Se aleja un poco de la cama en la que yace esta mujer misteriosa que vivirá para ver el mundo cambiado y desfigurado, vivirá para oír millones de campanas que doblan a muerto, verá volverse al hermano contra el hermano y los mares desbordarse de lágrimas.

Rasputin se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Darya Borisovna Spiridova, ¿quién eres?

Ella responde con una voz que él no reconoce.

—Soy Atalía, la traidora.

Capítulo 27

— Entre el 842 y el 830 a. C. —

Soy Atalía Omrida, hija de Omri, reina de Judá. Envuelta en sedas y en brocados, con un tocado de plata sobre el cabello, con la frente adornada con una diadema de ópalo, voy en procesión por las salas de mi palacio. Los esclavos me abanican desde lo alto con plumas de pavo real, los hombres y las mujeres me hacen reverencias a cada paso.

—¿Un trago de agua de rosas, mi señora?

—¿Una rociada de ámbar gris, quizá?

Soy la más querida de las cuarenta esposas del rey Joram, y también me llaman *la Reina de Ópalo*. Los mercaderes recorren los cuatro continentes para traerme ópalo translúcido, el más raro de todos los ópalos. Es tan puro que predice en su corazón mi futuro. Los ignorantes proclaman que el ópalo trae mala suerte. Qué absurdo. El ópalo, como la vida, simboliza tanto lo malo como lo bueno, el nacimiento y la muerte.

Mi bufón pelirrojo piruetea, asomándose y ocultándose alrededor de mis pies calzados con sandalias, tras las columnas de piedra. Haciendo bailar en las cuencas sus ojos saltones, agita los bracitos como si fueran alas y, como si lo impulsara una fuerza mágica, sus pies, que parecen pezuñas, escalan por los muslos regordetes de Sari, por su pecho sin pelo y por sus hombros, hasta encaramarse a lo alto de la cabeza del pobre eunuco.

Me río a carcajadas. Otros ríen conmigo. Mis criados procuran quitarme de encima la tristeza. Mi esposo, Joram de Judá, yerno de la casa de Omri, se ha ido a la guerra. Han ido pasando las estaciones; ha llegado la primavera. Las cisternas y las jarras de las azoteas rebosan agua de lluvia benéfica. Los caminos y las zanjas se han limpiado de enfermedades mortales, los valles y los barrancos están preñados de flores silvestres, las palmeras están cargadas de dátiles, pero sigue sin haber noticias de mi amado rey, Melekh Israel.

—Mi señora, te ruego que descanses; hoy hace calor. Háblanos del ámbar gris. Ya es hora de que nos reveles sus secretos —dice Sari, mi eunuco y confidente, que jadea, incapaz de seguir mi paso.

Contemplo desde mi altura su cabeza calva, pecosa, y siento lástima de este hombre que también debió de soñar con tener esposas e hijos.

—Descansaremos, Sari. Toma, masca un poco de ámbar gris para reforzarte el corazón.

Han pasado los años y he cumplido la promesa que hice al antiguo mercader de especias de guardarme el secreto del ámbar gris. Pero, incapaz de quitarme de encima mi soledad, abro la boca y digo lo que no debo.

—Un viejo mercader de especias que tenía cuatro dedos en una mano y llevaba un saco a la espalda cruzó países, mares y desiertos, a pie, a caballo, en barco y en camello, para venir a verme a mí, a Atalía Omrida, señora de la alquimia. Era alto. Su cara apuesta, curtida por el sol, tenía arrugas de sabiduría; llevaba trenzado el pelo plateado, sujeto con muchas cintas. Me preguntó si yo sabía extraer la juventud del ámbar gris. Acto seguido, abrió su saco y sacó una rodaja de cielo cerosa, inflamable.

»Olía a amor y a vida. Olía a muerte y a renovación. Yo tenía que poseerlo.

»Regateamos.

»"Mira mi collar de ópalo", —dije al mercader de especias—. Es el más raro de su especie. "Tiene el color profundo del oro, pero es translúcido y puro como el aire y el agua. Te lo daré a cambio de la mitad de tu ámbar gris. Y te enseñaré a mantenerte joven. No con el ámbar gris. Esto todavía no lo sé. Pero te enseñaré a llegar hasta lo hondo del corazón de este ópalo puro para desentrañar los misterios del universo".

»Él me puso en el hombro la mano con cuatro dedos.

»"Acepto", dijo. "Y tú, a cambio, deberás prometerme que estimarás bien el ámbar gris. No compartas sus secretos. Tiene un poder que llega más allá de tu imaginación. Manéjalo con inteligencia. Y nunca, jamás lo uses como medio para...".

Irrumpe en el palacio el bramido de una tormenta, seguido de unos aullidos que desgarran el corazón.

Un relámpago da vida a dos siluetas que se marcan sobre el fondo del pórtico abovedado. Los mensajeros del rey, iluminados por antorchas de luz tenue, van saliendo poco a poco de las sombras, con los arcos flojos y sin flechas, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, con los pies llenos de ampollas por el largo

viaje.

—¡Nuestro rey ha muerto, mi reina! A manos de Jehú, su general de confianza.

—¡Un levantamiento!

—Una revuelta sangrienta contra la casa de David.

—¡El rey Joram de Judá ha muerto!

Hago una señal con la palma de la mano abierta, ordenando a mi procesión que se mantenga a distancia. Mi otra mano se apoya en mi pecho para guardar dentro de mí mi dolor.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunto a los mensajeros—. ¿Ha vuelto de la guerra?

Escucho la respuesta asiéndome el pecho, aferrándome a los pedazos de mi corazón que se destroza. Mi hijo Ocozías también ha muerto. El general Jehú instigó un alzamiento. Asesinó a mi marido. Asesinó a mi hijo. Mataron a otros cuarenta y dos príncipes omridas. Solo se perdonó a cinco. Me dicen que corro peligro; Jehú está empeñado en destruir a todos los omridas.

—¿Dónde están mi nieto y mi nuera? —pregunto—. ¿Están a salvo?

—Sí; los perdonaron. Pero debes tomar las riendas de la situación, reina nuestra. Los príncipes que han sobrevivido no son dignos del trono. Tu nieto no es más que un niño. La supervivencia de la monarquía depende de ti.

Sari me acerca a la nariz un frasco de ámbar gris. Yo le aparto la mano.

—Quiero estar a solas con mi Dios. ¡No me sigáis!

Él me echa el frasco al bolsillo.

Cruzo salones de piedra y de mármol, donde las salas dan a otras salas, a mundos interiores de ambición y de engaño. Salgo del palacio y desciendo por escalones de piedra. Ráfagas de viento me echan arena a los ojos y me llenan los pulmones de olor acre a carroña y a orina. En lo alto se congregan cúmulos de estrellas llorosas. Las tarántulas surgen de la tierra y los buitres chillan al viento. Me abro camino entre olivos y palmeras, a través del desierto y hacia el monte de Efraín, buscando el templo que está entre Ramá y Betel. Me refugio bajo el Etz Rimmon, el granado de la misericordia, junto a la entrada principal del templo. Hundo la cara entre las manos y gimo:

—¿Por qué, Adonai? ¿Qué has hecho?

Un viento árido trae el olor de los dátiles en descomposición y el sonido de una conversación en el templo. Debe de estar aquí el sumo sacerdote, Joad, con su mujer, preparando el templo para el

día de luto. Me pongo de pie, yergo la espalda, hago girar el pomo y abro la puerta trasera. El aire huele a incienso y a la *ner tamid,* la antorcha de luz eterna. Cruzo el pasillo estrecho, separado del santuario principal por una cortina de tela bordada, y aparto la tela. Una luz difusa desciende de la cúpula con celosías sobre un corrillo de hombres. Se aprecian vestiduras del color del desierto y rasgos marcados: una mandíbula pesada, una sonrisa estúpida, una nariz rota, una boca torcida que escupe secretos.

¿Qué tienen que hacer aquí los cinco príncipes davídicos que quedan, hijos que tuvo el rey Joram con otras esposas, medio hermanos de mi hijo asesinado?

Se han reunido alrededor del *bema* del templo, sobre el que están esparcidos objetos sagrados: especieros del Havdalá, cuencos de miel del Rosh Hashaná, la faja del sumo sacerdote, candelabros esmaltados. Acercan las cabezas; en los puños les brillan anillos de oro y de plata; sus murmullos petulantes son un zumbido en el santuario.

Suben al altar y abren la cerradura del arca sagrada. Sacan una Torá, que ha estado protegida durante décadas en el arca sagrada, donde no se permite acceder a ningún extraño.

¿Cómo osan sacar la Torá, cuando ese deber sagrado corresponde al sumo sacerdote?

¿Por qué besan el manto bordado que cubre el libro sagrado, besan el pectoral incrustado de joyas que cuelga sobre el manto, abren la cubierta para dejar a la vista el rollo sagrado del interior? ¿Por qué retiran la faja que ciñe el rollo, rezan con los ojos cerrados y tocando el rollo con la frente? Una palabra aquí, otra allá, una frase truncada, y al cabo de poco tiempo se materializa en los límites difusos de mi cerebro una serie de frases.

—Acéptanos, Adonai... La gloria de Israel... en nuestras manos... el rey Joram de Judá ha muerto. Su otro hijo... Somos tus siervos... permítenos servir a Tu tierra.

La boca se me llena de cenizas amargas. ¡Traición! Los príncipes pretenden despojar a mi nieto del título de rey de Judá, que le corresponde por derecho.

Me aparto de la cortina y sigo el pasillo estrecho del fondo hacia unos escalones que conducen a una cornisa que está detrás de la antorcha eterna. Paso a la cornisa y extiendo la mano hacia la luz.

La tomo, y apunto con ella a los traidores. Se la arrojo con toda la fuerza de mi rabia. Ellos miran a un lado y a otro. Creen que ha sido un accidente y dan pisotones a la llama, intentando apagar el débil fuego.

Me saco del bolsillo el frasco de ámbar gris, lo contemplo con una sensación de temor. Es mantecoso, brillante de aceites y palpitante de posibilidades. Pienso en el mercader de especias, en la promesa que me arrancó. Cierro los ojos, y arrojo el frasco a través del santuario. Se hace pedazos. Fragmentos de vidrio se incrustan en la carne de los hombres. El ámbar gris florece como una rosa deslumbrante, abriéndose en centenares de pétalos resplandecientes que cobran vida rugientes, con explosiones caprichosas que ascienden hasta lamer el techo, las paredes, las ventanas y las puertas.

Los hombres, sobresaltados, buscan precipitadamente una salida, pero las llamas se extienden y los rodean como lava fundida, haciendo arder el pelo y los tejidos, fundiendo la piel, la carne y el hueso.

Me abro paso por el pasillo y salgo al camino polvoriento, sin hacer caso de los insectos venenosos que puedo pisar, sintiendo palpitaciones en las sienes, oyendo los chillidos de los buitres en lo alto. El incendio ruge a mi espalda, iluminándome el camino. Por delante, un palmeral. Más abajo, la entrada a los establos de los caballos. Aflojo el paso un momento, miro atrás; las vigas caen con estrépito. Flotan en lo alto telas incendiadas y pergaminos llameantes.

La techumbre del templo se hunde con un gran gemido.

Los remordimientos me retuercen el corazón. La luna me ha dado la espalda. Tengo frío. Caigo de rodillas, me llevo las manos a la cabeza y clamo a Dios: «¡Adonai! ¿Qué he hecho? He quemado Tu libro sagrado. Tus palabras sagradas. Perdona mis transgresiones».

Miro al frente, miro con ojos de incredulidad. Me esfuerzo por entender el cambio del paisaje que tengo por delante.

Las ramas del granado de la misericordia están desnudas de hojas. Están bañadas de fuego. ¡No! No es un fuego que arda. Un brillo hermoso que no consume el árbol. Y después..., ¿qué veo? De los fragmentos de pergamino saltan letras sagradas. Las letras revolotean por lo alto como polillas luminosas, como pequeñas bendiciones. Bajan flotando. Se posan en las ramas y en las ramitas, en los brotes y en los retoños, cambian de posición y se ajustan para vestir al árbol de letras sagradas.

Muy arriba, aparece un arcoíris en el lienzo de un cielo nocturno que deja gotear gruesas lágrimas para apagar las llamas. Y entre las ruinas que surgen del humo, las cenizas y el dolor, reluce como una joya el granado de la misericordia, el custodio de la Torá.

Me aferro a mi collar y miro fijamente el corazón translúcido del ópalo, buscando la imagen del milagro que acaba de producirse. En vez de ella, veo mi propio rostro. El rostro de una traidora. He arrasado la casa de Dios. He asesinado a los hijos del rey. He desencadenado una serie de hechos que dejarán manchada a Judá para siempre. Alzo el rostro hacia los cielos y hago voto de garantizar la continuidad de la Casa de David. Mi voz áspera hace añicos los corazones de los ángeles, haciendo caer un torrente de estrellas.

Llego al palacio. Es hora de bañarme. De ponerme vestiduras reales. De anunciar la muerte de nuestro rey. De anunciar que soy la monarca. De presentarme a mi pueblo.

Sari me ayuda a meterme en la bañera que está en la azotea. Un espectro de luna pálida se desliza tras un manto fúnebre de humo. El hedor de la madera y el pergamino quemados y de la traición flota sobre el reino.

Sari me despoja de capas sucesivas de ropa manchada de granada, agujereada por las chispas, con la tela impregnada del olor penetrante del pecado.

Pasamos siete días de *shivá* con sus noches en la casa de Joram. Mi nieto Joás, de un año de edad, y mi nuera Sibia están a mi lado. Mi gente se da golpes de pecho y oscila sobre los talones recitando el *kadish* funerario.

El octavo día, Sibia y Joás me despiden entre lágrimas. Yo digo a mi nieto, mientras le revuelvo el pelo:

—Un día serás rey, mi Joás. Y tendrás el deber sagrado de preservar la semilla real.

A la semana siguiente, envío a un mensajero para invitar a mi nieto y a mi nuera a que se vengan a vivir conmigo en mi palacio. Criaremos a Joás como corresponde a un rey de Israel. Lo criaremos con mano firme y corazón compasivo.

El mensajero vuelve y cuenta que su casa está en silencio, todo está en su sitio. No hay señales de lucha.

No se encuentra a los dos por ninguna parte.

Y es así como, con la ayuda del granado de la misericordia, de mi leal eunuco y de un ejército fiel a su rey asesinado, llevo seis años reinando sobre un país desprovisto de heredero.

El primer invierno trajo un diluvio, seguido de una primavera gris en la que el sol se asomaba entre nubes teñidas de humo, procurando limpiar la tierra del hedor de los incendios, dar a nuestras vidas un cierto aspecto de normalidad. Albañiles venidos de los cuatro rincones de Israel trabajaban día y noche para

reconstruir el templo sobre las ruinas del anterior.

El granado de la compasión, con las ramas cargadas de las 304 805 letras del libro sagrado, fue testigo de la reconstrucción del magnífico edificio.

En la tercera primavera brotaron dos retoños, uno a cada lado del árbol, adornando la entrada del templo recién construido con tres *rimonim* de la compasión en vez de uno.

La víspera del Rosh Hashaná, con el país ardiente de antorchas aromáticas y el aire fragante de ámbar y de mirra, un séquito me sigue hasta el templo para celebrar el comienzo del séptimo año de mi reinado.

Se hace sonar el cuerno de carnero, que resuena por el desierto y en todos los hogares de mi reino, anunciando la llegada de un nuevo año de paz y de prosperidad.

El estruendo de los clarines de la caballería anuncia mi llegada. Mis soldados, mis ministros y asesores entran tras de mí en el santuario. Está en penumbra y en silencio, despojado de toda señal de festividad. No hay velas encendidas sobre los aparadores. Ruedan por el suelo bolas de polvo, y ramitas secas azotan las paredes. La luz eterna abre un camino solitario entre las tinieblas siniestras. El chillido de un viento que se va levantando irrumpe por una ventana abierta, arrojándome arena a los ojos.

¿Por qué? ¿Por qué está desordenado este templo este día de fiesta? ¿Por qué está asediado de amenazas? ¿Por qué tiembla Sari como una hoja de palmera y corre de un lado a otro como un gallo destinado al sacrificio?

De pronto, el santuario se llena de centenares de sombras movedizas. Aparece por todas las puertas una sucesión de rostros incorpóreos, de hombres, mujeres y niños.

Surge de un rincón oscuro el sumo sacerdote Joad, seguido de tenientes del ejército y de soldados de caballería. *Áhâh!* ¡Un motín! Mi soldados, a las órdenes de mi sacerdote, están tomando posiciones alrededor de mí, de su reina.

Los huesos de la conspiración que no he sido capaz de ver durante ocho años me saltan a los ojos ahora. Había buscado por todas partes, con la esperanza de hacer prisionero al general Jehú, y mientras tanto el sumo sacerdote conspiraba contra mí con mi propio Ejército.

Todos los ojos se vuelven entonces hacia la conmoción que se produce en la puerta occidental. Yo también me vuelvo a mirar.

El amor de mi vida, mi nieto Joás, de siete años, de piel aceitunada, bucles espesos y relucientes y ojos inocentes, castaños

como dátiles, está de pie en el umbral.

Abro los brazos.

—¡Mi nieto! —grito.

La voz del sumo sacerdote resuena en las paredes de piedra.

—¡Atalía, has pecado! Quemaste la casa de Dios. Asesinaste a nuestros príncipes israelitas. La historia te marcará como hija de Jezabel. Te vilipendiará, llamándote *la Otra*. Pero tu propósito de destruir el linaje real fracasó. Se rescató a Joás de tus intenciones malvadas, y se le ha criado en secreto.

La esposa del sumo sacerdote, con su nariz respingona, sale de las sombras y pasa un brazo por los hombros de mi nieto, en cuyos ojos se lee una expresión de alivio que me condena más que el dictamen del sumo sacerdote.

Los tenientes y los corredores se adelantan y empuñan las armas. Un batallón de soldados toma posiciones alrededor del santuario. Mi nieto asciende los escalones hasta el altar, con una precisión ensayada que anuncia, por fin, la coronación legítima de nuestro rey. Se sienta en un sillón tallado de una sola pieza de cedro amarillo; el alto respaldo enrejado está decorado con la *menorá* y con la guirnalda y las demás insignias de la coronación.

El sumo sacerdote abre las puertas de acceso al gabinete que está junto a la puerta oriental y saca dos objetos.

—Contemplad un milagro. ¡La lanza y los carcajes del rey David se salvaron del fuego!

Pero no entrega a mi nieto la lanza ni los carcajes, ni deposita la corona sobre la cabeza del niño. En vez de ello, el sumo sacerdote alza la voz y se proclama a sí mismo regente.

—¡Sacad a las columnas a esta mujer, la más malvada del mundo! —ordena—. Que no muera en el templo de YHWH. ¡Si alguno intenta salvarla, pasadlo por la espada!

Me arrastran hasta la entrada de los caballos. Me arrancan los ornamentos de ópalo. Me atan a un poste que conserva el viejo hedor a humo y a cenizas.

Y, tal como sucedió la noche del gran incendio, seis años atrás, caen sobre mi cabeza gruesas gotas de lluvia y aparece un arcoíris sobre el telón de fondo del cielo estrellado.

Cierro los ojos y recito el Shemá Israel, rezo con mi último aliento pidiendo el perdón.

Una flecha se me clava en el ojo izquierdo.

Mi alma emprende viaje a otro lugar, sobre alas de llamas brillantes.

Grigori Rasputin ronda alrededor de la cama en la que yacen Darya y el ámbar gris como amantes. Está callado, expectante, con movimientos de fiera excitada. Ya es hora de despertar a Darya de su trance. Entra flotando por la ventana el aroma a menta y pepinos frescos, a cordero y ganso asados, el olorcillo del faisán en nata fresca y de los champiñones friéndose en mantequilla. Las cocinas imperiales se afanan preparando la cena de hoy.

Rasputin se saca del bolsillo del abrigo un pañuelo sucio y se frota con él el rostro. Tenía razón, después de todo. Esta mujer encierra más secretos de los que se había imaginado él. Cuando la vio por primera vez en la casa de subastas, seis años atrás, decidida a adquirir *La curación,* su porte regio, su ojo opalino y su aspecto bíblico lo alertaron de su exotismo. Pero él no se había esperado que el viaje de ella se remontara tanto en el tiempo, a más de ochocientos años antes del año del Señor, a Judá, para desvelar la magia del ópalo y del ámbar gris.

Se aproxima para quedarse de pie ante Darya, esforzándose por controlar la respiración y los jadeos de su pecho. Ella, dormida y con su olor a hojas frescas, parece asequible. Él se mete una mano en el bolsillo del abrigo y saca una navaja. Abre la hoja afilada, se la pasa entre el pulgar y el índice, la roza con los labios, la examina a la luz de la lámpara, que le arranca un brillo incitante.

Se inclina hacia delante, extiende la mano y clava el cuchillo en el ámbar gris, que se corta con una facilidad inesperada. Hace girar la hoja para un lado y otro, apretando los dientes, hinchando los músculos del brazo en su esfuerzo por cortar un pedazo. Pero unas mandíbulas invisibles se han apoderado de la hoja desde dentro, y el mango de hueso queda asomado como una afrenta. Se abalanza sobre el mango, manipulándolo con todas sus fuerzas, retorciéndolo y tirando, mientras le gotea el sudor de la cara. Se oye un chasquido metálico agudo. Cae de espaldas, tropezando, con el mango roto en la mano.

Darya abre los ojos bruscamente. Al ver a Rasputin a su lado se incorpora de un salto hasta quedar sentada.

—*¡Áhãh!* ¿Qué he hecho? ¡He asesinado a los príncipes! ¡He quemado el templo! ¡He prendido fuego al libro sagrado!

Rasputin se echa al bolsillo el mango del cuchillo, hace crujir sus gruesos nudillos, se echa hacia atrás el pelo empapado de sudor que se le pega a la frente. Tose para recobrar la voz.

—¡Darya Borisovna! Estate en guardia. Has de saber que el resto de tu vida no será fácil. Vivirás muchos años de desorden sin precedentes. Unas tragedias que te darán ganas de morirte. Vivirás

hasta cumplir los cien años y más. Entonces, y solo entonces, se te desvelarán varios caminos. ¡Cuidado! Ten abiertos los ojos. Elige el buen camino. De lo contrario, quedarás condenada a volver una y otra vez, hasta que...

Darya se baja de la cama de un salto, ase a Rasputin del cuello de la ropa, lo agita con violencia.

—¡Escúchame, Grigori; escúchame bien! Esta es mi última vida. Ahora soy una mujer diferente. Consciente de mis pecados. Repararé el mal que he cometido en mi otra vida.

»Seré fiel a Alexei Nikolayevich Romanov; lo protegeré como si fuera mi propio hijo. Lucharé hasta mi último aliento por su derecho a ocupar el trono. Lucharé por la supervivencia de la monarquía. Lo juro sobre la tumba de mis padres queridos.

Capítulo 28

— 1911 —

Caminan con precaución entre el trébol silvestre áspero hacia la iglesia de estilo bizantino de la Exaltación de la Cruz, donde tendrá lugar pronto la ceremonia religiosa que precede a la gala formal de inauguración del Palacio de Livadia, en la que se concederá al arquitecto, Nikolai Krasnov, el título de académico de Arquitectura.

Cosacos imperiales montan guardia a caballo por los límites del parque. Con guerreras color rojo vivo, botas y sables que les relucen a la luz de la luna, se levantan los gorros de piel para saludar a Darya y al zarévich.

Los jardineros ordenan los nenúfares en los estanques iluminados por la luna, recogen una hoja caída en el agua, un capullo de flor arrastrado por el viento, objetos que ha perdido algún invitado: un abanico de seda, un vaso de vino medio vacío, un pasador enjoyado, un chal que se agita con la brisa.

Alexei se detiene ante el garaje imperial, saluda con la cabeza a los chóferes, se descuelga del hombro la cámara Kodak. Toma fotografías de los automóviles de su padre, lavados y pulidos hasta que brillan: el Delaunay-Belleville Triple-Phaeton, tres Delaunay-Bellevilles, una limusina, dos landós y un Mercedes Landó. En otros palacios se guardan otros muchos automóviles, y el ministro a cuyo cargo corre el presupuesto de la Casa Imperial se ha estado quejando de los muchos gastos que producen. Pero el zar no quiere saber nada de reducir gastos en lo que toca a su colección de automóviles, que es su alegría y su orgullo.

El zarévich, imitando a su padre, se pasea con las manos a la espalda pasando revista sucesivamente a los chóferes imperiales, levanta la mano para ajustar un abrigo caqui que no estaba desajustado, da un golpecito en el escudo de armas que está bordado en un uniforme y frota una gorra de plato que se han quitado en su presencia. Ordena a los hombres que posen entre los coches. Satisfecho de su coreografía, hace algunas fotos más.

—Gracias —dice, llevándose la mano a la frente para saludar militarmente—. Ahora, adiós.

Una brisa cálida le agita los cabellos, que son como oro hilado a la luz de la luna. Las gaviotas trazan círculos en lo alto. Llega del este el aroma embriagador de la fruta madura. Se oyen las notas de los músicos de la orquesta, que afinan sus instrumentos en el palacio. Las ventanas sirven de marco a lámparas de araña rutilantes y a las sombras de los camareros que concluyen tareas de última hora.

Darya piensa para sus adentros que aquella noche, más tarde, después de las festividades, quizá pueda invitar a Avram a sus aposentos. Las relaciones de los dos han tenido sus altibajos, hasta que por fin se han ajustado a los surcos por los que transcurre la vida de ella. Darya sabe que él se ha comprometido mucho más que ella. Al fin y al cabo, ¿qué hombre sería fiel a una mujer que está entregada por encima de todo a un niño enfermizo? Ella no había comprendido hasta ahora las causas de su devoción acérrima hacia Alexei. ¿Lo entenderá Avram? Se dice a sí misma que sí, que lo entenderá. Le contará lo que pasó ayer, le contará lo de Atalía, lo de su pérdida, su pecado y su propósito de redención. Al saberlo, se reforzará la creencia última de él de que ella ha sido siempre dos mujeres distintas: la Darya joven y arrebatada que él ama, y el alma antigua que ha llegado a admirar.

El zarévich aprieta la mano a Darya.

—Mañana me voy de paseo en automóvil con mi padre, desde Yalta hasta Sebastopol.

—La carretera principal de Crimea es muy amena, amores.

—Te traeré muchísimas fotografías.

—Tráeme fotografías de Chufut Kale, por donde pasarás; es una ciudad rupestre colgada de una de las mesetas de Crimea. Yo he estudiado su historia antigua hasta el siglo VIII, cuando el kaganato de los Kazares adoptó el judaísmo. Lo llaman la fortaleza de los judíos.

—¿Qué son los judíos, Darya?

—No es *qué,* sino *quiénes*, amores. Los judíos son personas como nosotros, solo que creen en Moisés en vez de en Nuestro Señor Jesucristo.

—Entonces, son distintos.

—No lo sé; puede ser, pero la verdad es que no; parece que son un pueblo temeroso de Dios, como tú y yo, solo que nosotros somos cristianos.

Esto no es verdad del todo en el caso de una israelita fanática

que cometió en su vida anterior los crímenes más repugnantes. Piensa, soltando un suspiro, que hay cosas que más vale quedarse sin saberlas, y echa de menos la inocencia de ayer.

—¿Por qué dices que Chufut Kale es la fortaleza de los judíos, Darya?

—Porque en otros tiempos vivían allí muchos judíos.

—¿Dónde están ahora?

Ella le pasa un brazo por los hombros.

—Te lo diré cuando seas mayor y cuando el mundo esté más tranquilo. Hay tiempo, amores, hay mucho tiempo por delante para aprender lo que es el odio.

Su mirada recae en el amuleto que lleva él prendido en la solapa de su chaqueta de esmoquin. Lo hace detenerse, lo sujeta por el codo con el hueco de la mano.

—Ven, que te voy a enderezar el amuleto. Ya, así está mejor.

—Vamos, Darya. No quiero perderme la fiesta divertida.

Ella le da un golpecito en el amuleto con el dedo.

—No te la perderás mientras lleves tu talismán de la buena suerte. Nadie va a empezar sin esperar a Alexei Nikolayevich, zarévich heredero soberano, gran duque de Rusia

Él la suelta de la mano y sigue subiendo hacia la iglesia del palacio.

Ella lo sigue de cerca, procurando no tocarlo, darle una apariencia de esa independencia que él anhela.

Llega del mar un ruido repentino, un retumbar fuerte, alarmante.

Él retrocede de un salto para cogerla de nuevo de la mano. Ella lo aprieta con fuerza contra su pecho, que palpita con vigor, espera a que se le tranquilice el corazón. Mira hacia el horizonte, muy lejos, allí donde se fusionan el cielo y el mar y toda la noche de Crimea riela sobre la superficie del mar Negro.

—Mira allá, a lo lejos, amores, más allá de ese barco que pasa y que parece un árbol de Navidad iluminado. ¿Ves esa colina pequeña, gris? Bien. Si me prometes que no te reirás, te contaré una cosa.

—Te lo prometo —susurra él, mientras el esfuerzo por no llorar le hace temblar las mejillas.

—Eso, amores, es la joroba de un cetáceo. Y ese es el ruido que le hace el estómago al protestar. Los cetáceos tienen unos dolores de barriga terribles. Así que lo que oyes son los eructos del pobre animal.

Él la mira con ojos de incredulidad, y ella le deposita un beso en

cada ojo.

—Esto me lo enseñó mi papá, viniendo aquí, cuando tu mamá te estaba esperando a ti.

Él se adelanta a saltitos, avanza unos pasos, titubea, y vacila después como si no supiera dónde ir, como si hubiera cambiado de opinión. Una china le rueda bajo la suela del zapato, se desliza, sale despedida; él agita los brazos como si fuera a echar a volar. Abre la boca, pero no le sale sonido alguno. La cámara fotográfica le vuela del hombro.

Darya suelta un chillido, adelanta los brazos para sujetarlo, para atraparlo, se abalanza hacia él para frenar su caída.

Él se cae de espaldas pesadamente.

Ella se arrodilla a su lado.

—¿Te has hecho daño, amores? ¡Háblame! ¡Alyosha!

Él está inmóvil, mirando al cielo con los ojos muy abiertos. Planea sobre ellos un milano blanco. El cetáceo profiere ruidos sordos a lo lejos. En alguna parte del parque silba un jardinero. Una bandada de cuervos chillones se posa sobre la cruz griega que remata la capilla.

A Darya le sube por el espinazo un escalofrío como un fantasma de mal agüero. Acuna en su regazo la cabeza del niño.

—¡Ay, Dios mío! Te has hecho daño, amores. Háblame. ¡Por favor!

Él toma aliento, se humedece los labios secos, traga saliva. Tiene los ojos desencajados del susto.

—No se lo cuentes a mamá, Darya, por favor.

—¡Ay, amores! No te preocupes por eso.

El niño está intentando apoyarse en los codos, procura penosamente quedar sentado.

—¡Espera! No te muevas. Voy a ver cómo estás.

Él la aparta de sí. Se frota la chaqueta de esmoquin, los pantalones, las mangas, para limpiarlos.

—Darya, por favor, no quiero ponerme malo. ¡Vámonos! Mamá y papá me están esperando.

—Ya lo sé, amores —responde ella sin conseguir disimular su tono de inquietud—. Dime dónde te duele.

Le desabrocha la chaqueta y la camisa, lo examina por todas partes, le suelta la cintura de los pantalones y le pasa la mano por las piernas.

Él levanta el codo para enseñárselo.

—Me duele aquí. No mucho, Darya. Estoy bien.

Pero ella sabe que no es así. Ya nada podrá evitar la aparición

de la hemorragia. No se puede prever lo grave que será este episodio. Intenta abotonarle la chaqueta, pero no puede, porque tiene los dedos fríos y temblorosos.

—Vamos, amores, tenemos cosas que hacer.

—Pero no quiero perderme la ceremonia —protesta él.

—O esto, o quedarte en cama todo un mes, puede que más. Sí; ya sé que no es justo.

Darya se arrodilla, le limpia una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—Venga, súbete a mi espalda. Yo te llevo a cuestas. No debes andar. Arriba, ya, arriba.

Con el niño asido de su cuello con los brazos y a su cintura con las piernas, Darya baja la cuesta, atenta con la vista a todas las chinas del camino, a todas las raíces retorcidas, a todos los aspersores ocultos que pudieran hacerla tropezar. Está empapada de sudor, entre el peso que lleva a la espalda y el dolor que siente en el pecho.

Los quejidos lastimeros del cetáceo reverberan a lo lejos; en lo alto, los chillidos de las gaviotas; abajo, el romper de las olas, y en su pecho las palpitaciones de su corazón angustiado.

«Se curará», se repite a sí misma una y otra vez mientras entra en sus aposentos y deposita al niño en el sofá de su cuarto de estar.

—No te muevas. Estaré en la cocina. Toma, mira este libro de estampas.

Darya elige los ingredientes necesarios entre los botes de todos los tamaños que están en los armarios de la cocina. Un bote de aceite extraído gota a gota, por un cedazo, de las almendras dulces, después de machacarlas y macerarlas en agua caliente. Vierte en un medidor un dedal del aceite de almendras, le añade una cucharada de néctar de miel negra, bálsamo poderoso que se recoge en el mes de julio de los panales de las abejas negras que se alimentan del polen de una variedad rara de rosa roja siberiana. Después descorcha una botella de vino tinto elaborado con las uvas de Livadia que los antiguos inmigrantes griegos hicieron fermentar en barricas de roble, la última botella que existe, y que ella obtuvo de un herrero decrépito que la había heredado a su vez de su bisabuelo. Añade un chorrito de vino, unas gotas de azafrán fundido y un puñado de pasta de garbanzos, de conocidas propiedades ligadoras. Ya ha hecho esto otras veces, con diversas hierbas, raíces y cortezas, para sanar otras enfermedades. Para el insomnio de la emperatriz, o como poción para calmar los nervios a Avram siempre que este se ve obligado a deshacerse de uno de sus cuadros.

Pero alberga la esperanza de crear esta vez un elixir distinto, más potente, capaz de curar lo incurable.

«Antigua», grita desde su corazón, «¡ayúdame! Ayúdame a decidir bien».

La Antigua se aparece, con una gota de ópalo brillante suspendida de una cadena que le rodea el cuello blanco, palpitante. Nunca había estado tan cerca de Darya, trazada con una presencia tan gloriosa, sólida en su aparición, impregnando la cocina de su aliento perfumado. «Darya Borisovna, he venido a despedirme de ti. Mi misión ha quedado cumplida. Hoy eres una mujer mejor. Tienes el conocimiento de dos mujeres, una consciencia más profunda. Guarda bien el don que se te ha otorgado hace tan poco tiempo. Te será muy útil». Se vuelve; la cola diáfana de su vestido chisporrotea de matices opalescentes mientras barre el suelo tras ella.

—¡No te vayas todavía! —exclama Darya—. ¿Un don? ¡Dime qué es!

Pero la Antigua se ha marchado, dejando atrás una fragancia más intensa. Darya tarda un instante en identificar ese aroma perdurable que le evoca el olor que ha conocido recientemente.

Entra corriendo en su dormitorio, donde el ámbar gris está echado en la cama como si fuera un amante que ella no es capaz de despedir de su lado. Respira superficialmente para no dejarse influir por el aroma almizclado, animal, que lo invade todo. Arranca un leve fragmento de la masa mantecosa, que resulta estar más quebradiza que el día anterior, cuando ella rellenó su colgante junto al mar.

De vuelta en la cocina, machaca el ámbar gris, mide una cucharadita, añade una cucharada grande, y después otro poco más. No conoce la dosis adecuada, no tiene manera de saber si añadir el ámbar gris a su poción sanadora servirá para cortar la hemorragia que debe de haber comenzado por dentro del zarévich, en alguna parte. Pero tiene esperanza.

Mientras Darya se afana en la cocina, el zarévich deja el sofá para explorar las habitaciones.

Tanto aquí, en el Palacio de Livadia, como en cualquier otro palacio, los aposentos de Darya no dejan nunca de fascinarlo. Todos los armarios y todas las alacenas son un mundo de cuento de hadas, llenos a rebosar de objetos curiosos que a él le gusta fotografiar: una caja de oro batido, brazaletes de ópalo, cadenas de oro y largos pendientes, chales tan ligeros que revolotean por el aire como globos de colores, libros de estampas de lugares extraños, con hombres que llevan turbantes y largas túnicas, mujeres con

sandalias y los ojos pintados con kohl; pero esta noche su cámara está rota, en alguna parte en lo alto de la cuesta del parque. Descorcha frascos de perfume que huelen a Darya; extrae algunos pelos negros de ella de un peine de madera calada. Vuelve a pasar silenciosamente al pasillo y entra en el dormitorio.

Al ver que hay algo tendido sobre la cama, retrocede de un salto para esconderse tras la puerta. Abre los ojos; vuelve a asomarse al interior. Una luz suave procedente de la ventana arroja un tono metálico sobre el caparazón oleoso que está sobre la cama y que parece una tortuga gigante. Está inmóvil y silencioso como una piedra. El zarévich, boquiabierto y asido a la jamba de la puerta, aguarda un movimiento, un ruido. Pero la criatura, ya esté dormida o muerta, sigue inmóvil. Se adelanta unos pasos, titubeante, se acerca a la cama, se sube a ella para verlo más de cerca. Esa cosa huele como el tabaco de la pipa de su padre y como los guantes de piel que su madre encarga a París. Mira a un lado y otro buscando un objeto agudo. Se desabrocha el amuleto de la solapa del esmoquin y dirige la punta del alfiler posterior hacia el caparazón.

Hurga con el alfiler por un lado y por otro, animándose más a cada pinchazo, penetrando más aquí y allá, rompiendo trocitos de una parte quebradiza. Le gustan las zonas más blandas, las que se aplastan. Se ríe para sus adentros. ¡Mira!, una parte blandita, de las divertidas. Clava más hondo el alfiler. Contiene una exclamación, llevándose la mano a la boca. El amuleto se le escapa. Se esfuerza por sujetarlo, por recuperarlo, mete los dedos, intenta cogerlo. No puede perder su amuleto de la buena suerte, no lo puede soltar. Darya se enfadaría mucho, muchísimo. Pero el amuleto ha desaparecido. Se lo ha tragado entero el monstruo, que después de todo no estaba muerto.

Se deja caer de la cama. Se seca las lágrimas con la mano mientras vuelve corriendo a la otra habitación y salta al sofá.

—Te he hecho una bebida riquísima —dice Darya, ofreciéndole el elixir.

Le observa el brazo. Todavía no hay señal de que se esté formando una magulladura. Se atreve a esperar que quizá esta ocasión sea distinta de las otras, que quizá no se le estanque la sangre en alguna parte de sus articulaciones, bajo la piel, dentro de sus órganos internos.

—Bebe, valiente. Hale. No quema, ¿verdad?

Él mete la lengua en el brebaje caliente. Hace una mueca.

—¡Aj! No me gusta. ¡No! No lo quiero.

—Tienes que tomártelo, amores. Un buen trago, y ya está.

Tápate la nariz y bebe.

Él levanta la cara hacia ella, y ella le pellizca la nariz con dos dedos, le lleva la taza a la boca y se la sujeta allí hasta que la ha apurado.

—Ya está. Muy bien, mi niño. Ahora, descansa, procura reposar.

La voz de Darya llena la habitación espaciosa, prometiéndole salud, una velada con helados dulces y chocolates oscuros, palabras tranquilizadoras que tejen una hamaca en la que se columpia él en paz.

—Me gusta —dice él—. Dame más, por favor.

—Quizá más tarde, amores.

Lo observa atentamente, buscando los síntomas habituales de angustia, miedo, inquietud, que se desencadenan con estos accidentes. Cada uno de los episodios le da más aspecto de viejo, de sabio, de apagado. Ella le cubre la cara de besos suaves.

—Te estás haciendo mayor, amores, tan deprisa que no te puedo seguir.

—Dame un poco más —murmura él con los ojos cargados de sueño.

—No te duermas, amores. No cierres los ojos. Si te duermes, no sabré cómo te encuentras. Ponte de pie, Alyosha; inténtalo.

Ella lo pone de pie, lo sujeta por debajo de los brazos hasta que está firme.

—Vamos, muchacho, baja la cabeza y vamos a rezar juntos.

Le oprime las dos sienes con las manos, dirigiendo su visión hacia dentro de sí misma, acopiando fuerza para desear que se le contraigan los vasos sanguíneos, que se le espese y se le coagule la sangre.

—Te harás mayor y tendrás una vida larga y con salud. Un día serás nuestro zar y reinarás hasta cumplir los cien años.

—Seré el mejor zar del mundo. Les daré mucho dinero. Y no estaré enfermo nunca.

—Y yo te doy un beso para que estés más seguro todavía.

Darya le acaricia la frente, le apoya los labios en la punta de la nariz, mete las dos manos bajo sus brazos y lo levanta hasta dejarlo sentado, le ordena el traje, le ajusta la corbata y lo peina.

—Vamos, amores. Tienes que asistir a una cena. ¿Te llevo a cuestas?

Él se pasa las dos manos por el pelo y se tira del cuello de la camisa, costumbres que ha heredado de su padre. Asumiendo el papel de zarévich de todas las Rusias, chasca los dedos indicando a la sonriente Darya que salga por la puerta tras él.

Capítulo 29

Cruza la extensión de alfombra roja, pasando ante grandes estufas de porcelanas y macetas con orquídeas y lilas, por los suelos de mármol y madreperla, hacia sus padres. Lo preceden lacayos que agitan incensarios aromáticos. En el salón resuenan aplausos atronadores y gritos de «Dios salve al zarévich».

La emperatriz, vestida de tela plateada y encaje antiguo, tachonada de diamantes, con una diadema de perlas y zafiros en la cabeza, se pone de pie. El emperador, majestuoso con su uniforme de gala, cubierto de medallas y de galones dorados, se suma a la emperatriz para dar la bienvenida al hijo de ambos.

Los cien músicos de la orquesta tocan el himno nacional.

El emperador da a su hijo una palmadita en la cabeza.

—No viniste a la ceremonia esta tarde, Alexei Nikolayevich, mi heredero soberano. Envié a nuestro escudero a buscarte.

—Me quedé dormido en los aposentos de Darya, papá.

La orquesta ataca un vals. El zar, tendiendo la mano a su esposa y a su hijo, los conduce hasta la pista de baile y los toma en sus brazos.

El Gran Salón está lleno de ministros, diplomáticos y altos dignatarios extranjeros que han venido de todas partes para celebrar la inauguración del Palacio de Verano. Por primera vez en la historia cenarán con sus majestades imperiales los artistas del salón, hombres y mujeres sin títulos hereditarios, pero que se han ganado la fama con su propia energía y genio.

Las risas de las grandes duquesas se oyen desde el otro lado del salón. Están reunidas alrededor de la creadora de miniaturas. Esta está exhibiendo su última miniatura: el Palacio de Livadia grabado en un colmillo de morsa.

El conde Freedericksz, ministro de la Corte, al que corresponde la tarea delicada de resolver las disputas entre el zar y los miembros de su familia próxima, se suma a las muchachas para enterarse de la causa de su alegría. Olga está examinando la miniatura, hipnotizada

por su riqueza exquisita de detalles. Tatiana toma el colmillo de morsa y se lo acerca a la cadena de oro que lleva al cuello.

—¿Un collar? —dice Anastasia con una risita—. Te podría arrancar el dedo de un mordisco.

María suelta un gruñido de aburrimiento y se aparta, en busca de sus padres.

—Fascinante —exclama el conde Freedericksz, tirándose del largo bigote. Mete la mano en el bolsillo y saca un grueso fajo de rublos—. ¿Puedo convencer a la artista para que renuncie a su tesoro inapreciable? —dice.

Tamara se pone roja. Recupera su tesoro con una mano temblorosa y se lo guarda en el bolsillo.

—Le pido disculpas, excelencia, pero esto es para nuestro zarévich.

—Soy yo el que le pido disculpas, señora —responde el conde Freedericksz—. Que lo disfrute con salud.

Hace chocar los talones de las botas, dirige su atención a Olga, de dieciséis años, y la invita a la pista de baile.

Darya se pasea por el salón, vigilando a los artistas, orgullosa de sus logros, desconfiando de su carácter arrebatado.

—No se queden aquí charlando como ardillas —riñe a Belkin y a Dimitri, que están sumidos en un debate acalorado—. Mézclense y conversen con los demás.

Darya piensa que se echa de menos a Rosa Koristanova. Se había convertido en miembro importante del salón artístico; controlaba a los demás artistas, les exigía orden, creaba esculturas que adquirían después los museos más respetados. Pero nada había podido salvar a la escultora de sus emociones y amoríos arrebatados, que habían terminado por arrojarla a las profundidades de la locura.

Se enamoraba de todos los bloques de piedra con los que había trabajado, de todas las esculturas que creaba; pero, por encima de todo, se había enamorado de Joseph y sus fotografías.

Una tarde que Joseph le dijo que lo dejara en paz, ella salió del Salón de Retratos, llegó hasta las cocinas del palacio y se dispuso a meter la cabeza en una olla de aceite hirviendo. El cocinero la sujetó por la espalda. Hicieron falta dos hombres para reducirla y llevarla a la enfermería. Después de examinarla a fondo, el doctor Botkin le diagnosticó una locura cíclica, enfermedad cerebral crónica, grave e incapacitadora que la volvía peligrosa. No quedó más opción que ingresarla.

Ahora Joseph está contando a Avram la visita que hizo al manicomio de Livadia, donde había fotografiado a Rosa. Por fin

tenía una prueba de que la forma de la cabeza no tiene nada que ver con la locura.

—Esta mujer está loca. ¡Loca como un perro rabioso! Pero su cabeza tiene la misma forma que la de usted y la mía. ¿Me escucha, Bensheimer?

Este, que ha visto a Darya, responde:

—Sí, amigo mío, tiene mucha razón. Bueno, me voy de momento. Lo veré más tarde.

Se abre camino hacia ella y la aparta de la multitud.

—Esta noche estás más hermosa que nunca. ¿Por qué no asististe a la ceremonia?

—Alexei tuvo un pequeño accidente. Estoy preocupadísima.

—¡Otra vez! ¿Qué ha pasado ahora?

—Se cayó. Tengo mucho que contarte, Avram. Pide a Dios por la salud de Alexei.

—Siempre se lo pido, mi judía del ojo opalino.

Ella le toca suavemente en el brazo, y después esconde rápidamente las manos bajo sus mangas con abalorios. El nombre que le impuso él ha adquirido esta noche un significado distinto. Esta noche, las sílabas aparecen en la boca de Avram como bombones dulces, y se funden en su lengua como un jarabe. La Antigua le recomendó hace seis años que aceptara ese título. Ella lo acepta ahora.

—Te esperaré de madrugada, detrás de la capilla —dice él, preguntándose si llegará algún día en que no tengan que verse como ladrones, bajo el manto gris del alba.

—Lo deseo, Avram, lo deseo de verdad.

—Te acompañaré hasta la playa. Te haré el amor en la arena. Te bañaré en el mar.

—Entonces, iré —suspira, echando una rápida mirada a Alexei.

Los miembros de la nobleza rusa, con galones rojos, fajines de color rojo vivo y el pecho lleno de medallas enjoyadas, siguen a la familia imperial a través del Salón de Recepciones y salen a las terrazas, donde se sirve la cena en mesas centrales y una legión de criados con guantes blancos corren de un lado a otro con zapatos de charol de suela blanca.

Las lilas y las violetas brotan de los jarrones chinos gigantes que están dispuestos a lo largo de las balaustradas. El disco perfecto de la luna arroja un halo bruñido sobre la fachada de mármol del Palacio Blanco. La silueta espectacular de las montañas grandiosas se cierne sobre el mar Rojo en el horizonte.

El emperador conduce a su esposa y a su hijo hasta la mesa

principal, y después va visitando sucesivamente las demás mesas para dar conversación. Vuelve con su esposa, que está radiante, y con su hijo, al que se ve animado.

—Alexei Nikolayevich, ¿estás bien? Tienes las mejillas rojas, hijo.

—Hace calor, papá. ¿Me puedo quitar la chaqueta?

El emperador ayuda a su hijo a quitarse la chaqueta y la cuelga en el respaldo de su silla.

—¡Qué noche tan hermosa! —dice, apretando el brazo de su hijo.

El zarévich hace un gesto de dolor y retira bruscamente el brazo.

El emperador desabrocha discretamente los gemelos de su hijo, le remanga la camisa y le levanta el brazo para inspeccionárselo. Mira fijamente el codo hinchado, la piel tensa, oscurecida.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, con una voz de terror que sobresalta a la emperatriz.

El niño sube y baja el brazo, hace girar la muñeca.

—Mira, papá: no me duele. No me mandes a la cama, por favor.

Al ver el codo inflamado de su hijo, la emperatriz se lleva la mano al pecho. Sonríe con los labios, pero su rostro es una máscara de terror mientras cruza una mirada con su marido. ¿Dónde está Darya? ¿Cómo puede haber permitido que pase esto? ¿Cómo no los ha avisado?

Darya está de pie, sola, no lejos de la mesa imperial, siguiendo atentamente todos los movimientos de Alexei. Ante el gesto de la emperatriz, que la llama con el índice, se dirige a la mesa imperial.

La emperatriz señala el codo de su hijo.

Darya ya no oye la orquesta, el tintineo de las copas de champán de cristal, las fanfarronadas con que Rasputin quiere impresionar a las damas en otra mesa, ni la risa aguda de hiena del ministro de Agricultura.

—Déjeme vuestra majestad explicárselo en un momento. Cuando íbamos a la capilla, Alexei se cayó. Debí habérselo dicho a vuestras majestades, pero no quería alarmarlas. Tenía la esperanza de encontrar la curación en un bloque de ámbar gris que encontré ayer. Lo probé antes en mí misma. Me curó un mal de estómago que tenía desde hacía una semana. Se lo apliqué a un jardinero como antídoto para el veneno de serpiente. He estado estudiando..., leyendo, acerca del ámbar gris, y creo, espero, que pueda cambiar la química de la sangre del zarévich. Tengan paciencia vuestras majestades, se lo ruego.

—Tengo hambre, mamá —anuncia el zarévich.

—¿Cómo aplicaste el ámbar gris? —la interroga el zar.

—Lo añadí a una poción que bebió el zarévich.

La emperatriz contiene una exclamación, se aferra a los apoyabrazos de su asiento, intenta componer el gesto.

Al emperador se le pone la cara de color rojo ladrillo.

—¿Que has hecho *qué?*

—El ámbar gris es comestible, majestad. En la antigüedad se empleaba con fines medicinales.

—¡En la antigüedad! ¿Es que has perdido el juicio? ¿Cuándo ha bebido esa cosa?

—Hace dos horas.

—Haz venir a nuestra mesa al padre Grigori —dice la emperatriz en voz baja, apremiante.

Se oye la risa alcohólica de Rasputin al otro extremo de la terraza, donde está sentado con los artistas. Su camisa de lino sucia, su abrigo basto de campesino y sus botas de obrero embarradas se han sustituido por una camisa roja de seda con flores bordadas por la propia emperatriz, unos pantalones de terciopelo fino y botines de cabritilla. Lleva al cuello una pesada cruz de oro reluciente, regalo de la emperatriz.

La fiesta está muy animada, la orquesta toca *Petrouchka* de Stravinski, la pista de baile bulle con el frufrú de los vestidos de baile enjoyados y las pisadas de pies inestables por el alcohol.

Darya pone la mirada en la solapa del zarévich.

—Alexei Nikolayevich, ¿qué ha sido de tu amuleto? Te lo prendí en la chaqueta esta mañana. Lo teníamos cuando íbamos hacia la capilla.

—No lo sé, Darya. De verdad.

A Darya se le quedan las manos frías como tumbas abandonadas. ¿Se le caería en el accidente en la cuesta? Pero ella le había comprobado el amuleto. El cierre era sólido. No; no se le puede haber caído. Debe de tratarse de una conspiración. De un plan de algún ministro que pretende despojar al zarévich de la poca buena fortuna que tiene. Debe de haberlo robado Mikhail Rodzianko, el presidente de la Duma, para hacer daño a la emperatriz. Desprecia a Rasputin y la influencia que ejerce sobre ella. O puede que haya sido obra del traidor Alexander Fyodorovich Trepov. Hace todo lo que puede en la Duma para recortar la soberanía indiscutible del zar.

El zarévich mete una cuchara en el cuenco de caviar y devora un bocado. Pasa después al *borscht,* prueba el estofado a la pimienta y pide faisán en salsa de nata.

El emperador levanta el cuchillo y el tenedor, mira las empanadillas de champiñones, el ganso asado y las croquetas en nata que tiene en el plato. Finge tomar un bocado y deja después el cuchillo.

Traen otra silla para Rasputin y la colocan junto al zarévich. Su mirada desquiciada salta sucesivamente de Darya al zarévich y de este a la pareja imperial. Habla con voz pastosa.

—A vuestras órdenes. ¿A quién puedo ayudar? ¿Al pequeño?

El zar indica con un gesto el codo de su hijo.

—Mire, amigo nuestro; está mal.

—Ya estoy aquí —dice Rasputin a Alexei—. Tranquilo. Está bien. Seré delicado.

El zarévich alza el brazo como exhibiendo un trofeo. Lo mueve a un lado y a otro, se toca el codo para demostrar que no tiene dolor.

Rasputin levanta el brazo del niño, lo mira fijamente, pasa la palma de la mano sobre la magulladura. Tiene en sus manos el destino del trono de los Romanov, de trescientos años de antigüedad. Así se cambia la historia. Así se cambia el mundo. Con un cuento, con una mirada hipnótica, con una oración. Clava en el zarévich sus ojos azules, abriéndolos mucho, más de lo habitual. Mueve los labios en silencio. Se pasa el dedo índice por los bordados finos de su blusa. Oye dentro de su cabeza el chapoteo del vino. Huele el caviar. Siente el peso del oro que lleva al cuello. Qué buena es la vida.

En el horizonte, un crepúsculo violeta ha ocupado el lugar del espectro del sol poniente, un morado oscuro que baña el mar Negro y lo hace arder. En el aire, el aroma embriagador del champán y del vino, el tintineo de las risas, los suspiros de la seda sobre la pista de baile.

El emperador levanta el brazo de su hijo, se lo enseña a la emperatriz, los dos cruzan miradas discretas. Dejan el brazo de Alexei ante ellos, se cogen de la mano por debajo de la mesa y esperan.

Ven con incredulidad que la hinchazón del codo de su hijo se reduce a ojos vistas. La piel magullada se vuelve más clara, menos inflamada, adquiere un tono normal.

Darya se frota la mejilla izquierda y se mira los dedos mojados.

Su ojo opalino ha soltado una única lágrima perlada. Un don de un ojo terco que ha pasado ocho años seco; se ha negado a verter una sola lágrima desde que murieron sus padres.

El cielo cobra vida con las explosiones coloridas de los fuegos artificiales. Miles de estrellas crepitantes estallan sobre el cielo y

sobre el mar. La orquesta toca *El vuelo del moscardón,* de Nikolai Rimski-Korsakov.

El zar toma una botella de champán que lleva un camarero y llena la copa de Darya.

Capítulo 30

— 1916 —

Tras cinco años de agitación

Darya está muy cerca de Avram, refugiándose en el olor a pintura y a lienzo que forma parte del tejido del hombre al que ella admira y ama con una pasión que no se ha reducido en los once años que hace que lo conoce.

Los artistas han recogido sus cosas, han despejado sus zonas, han cubierto sus puestos de trabajo y se han marchado hasta otro día. Dentro de media hora llegará la servidumbre para fregar, limpiar el polvo y pulir, para eliminar todo rastro del trabajo del día en el Salón de Retratos.

Avram se seca las manos y deja caer sus pinceles en la caja de madera. Quiere tocar con los labios la concha translúcida de la oreja de Darya. Esta está sumida en sus pensamientos, tensa; le brilla una lágrima en el ojo.

—¿Por qué estás triste, mi judía del ojo opalino?

—Es por el salón artístico, Avram. Estoy muy desilusionada.

—¡Desilusionada! Deberías estar orgullosa. Su éxito universal ha animado a los primos del zar a establecer salones artísticos como el nuestro. Han invitado a los mejores artistas de nuestro país a Inglaterra y a Alemania.

Cuando Darya oye hablar de los primos del zar, el rey británico y el káiser alemán, siente un sabor a ceniza que le hace encoger la lengua. Es innegable que no aprecia a aquellos dos hombres, que los considera indecisos y débiles. Lo que no sabe es que dentro de menos de un año se pondrá a prueba la lealtad de ambos hacia su primo. Y que los dos fallarán estrepitosamente.

Se seca la boca con el dorso de la mano.

—Tengo que decirte una cosa, Avram, y no quiero que te enfades conmigo.

Él le levanta la cara para mirarla a los ojos.

—¿Acaso me he enfadado contigo alguna vez?

—Sí; cuando discutimos de política.

—Pero por poco tiempo. ¿Qué gran proyecto se cuece ahora en tu cabeza?

—No es un proyecto, Avram. Tengo malas noticias. Estoy destrozada.

—¡No puede ser tan grave! —dice él, acariciándole la mejilla, mirándola con ojos tranquilizadores.

Ella baja la vista, levanta la mano para acariciarlo, retira la mano de nuevo. Se está retorciendo por dentro; le duelen todos los músculos del cuerpo, hasta el cerebro.

Hace una tarde sombría, y los nubarrones grises se están deslizando al interior de la habitación. La luz que se filtra por los visillos es del color de la plata sin bruñir.

—Esta ha sido nuestra última reunión del salón artístico, Avram.

—¡No! Pero, ¿por qué? ¡Con todo lo que has trabajado para que tuviera éxito! No me lo creo.

—Las cosas han cambiado, Avram. El salón ha cambiado.

Él la mira a los ojos con una mirada como una navaja de afeitar que la corta hasta llegarle al corazón.

—¿Y por qué resulta ahora, de repente, que el cambio es malo? Este es el único refugio que nos queda en estos tiempos. No lo hagas, Darya. No seas tonta.

—Avram, por favor... La decisión no es solo mía. Pero es lo que hay que hacer. No podemos pretender que la familia imperial consienta que haya un foro de debates políticos en su propia casa. El salón artístico se ha convertido en un nido de ideas antimonárquicas. Dimitri, que se había ganado su puesto en el salón con sus caricaturas promonárquicas, está desatado. ¿Has visto la última? ¡El zar y la zarina, sentados en el regazo de Rasputin! Ya no hay vergüenza, Avram, ninguna. Y me han contado que Igor Vasiliev ha vendido su último *ballet* a los bolcheviques, y que trata de una espía alemana que se hace emperatriz de Rusia y se enamora de un loco barbudo.

¿Por qué no prestaría atención al mensaje subliminal del *ballet* de Igor *El uro rojo?* Lo tuvo allí mismo, ante los ojos: el color rojo de los odiados bolcheviques, la violencia, la guerra entre las facciones roja y blanca. ¿Cómo le ha costado nueve años reconocer la semilla de la sospecha que se le plantó en la mente aquella noche, en el teatro Mariinski?

Avram le levanta con los dedos los encajes del cuello.

—Elegiste a artistas populares —le dice—; los animaste a que hablaran. Y ahora quieres hacerlos callar.

—Fui ingenua; no creí que se revolvieran contra la monarquía. Entiéndelo, Avram, te lo ruego. Hemos sufrido cinco años terribles.

Darya recuerda que solo quedan doce miembros del Gobierno provisional recién formado, que gobierna por incomparecencia de las demás fuerzas políticas. Que se sigue aprobando nueva legislación que recorta cada vez más el poder y la libertad del zar. Las revueltas internas están destrozando el país. El Ejército se vio obligado a enviar al frente a quince millones de campesinos. Al principio de la guerra había veinte mil locomotoras; solo quedan diez mil, o menos. Es uno de los inviernos más crudos que ha padecido Rusia. Se ha movilizado a doce millones de hombres. Han perecido un millón, puede que dos millones. Los heridos son incontables.

—Lo que menos falta nos hace, Avram, es un grupo más de insurgentes dentro del propio palacio.

—Es trágico, Darya, ¡trágico! Pero, si no tenemos al arte para que nos recuerde nuestra faceta humana, ¿qué nos la recordará? Despide a Dimitri y a Igor, si es preciso. ¡Ellos son los radicales, los que promueven la histeria! No castigues a todos. Alejandra quería que ganásemos grandes honores para Rusia. Nosotros hemos cumplido con nuestra parte del trato. ¡Cumple tú con la tuya!

—Yo estoy de tu parte, Avram. Por favor, por favor, no te enfades conmigo.

—Entonces, muestra algo de coraje. Deja que gane la verdad, no el zar y sus compinches.

—Pero yo también soy uno de ellos. No puedo volverles la espalda. Lo siento, Avram.

Avram se le acerca más, con amenaza en las líneas felinas de su cuerpo.

—Déjalos, Darya. Vente conmigo. No quiero pasarme la vida entera escondido, viéndonos a oscuras como los ladrones.

—Me partes el corazón, Avram. Sabes que no puedo hacer eso.

A Avram le tiembla un músculo de la mejilla izquierda. Su mirada es como una bofetada en frío. Parece que se está distanciando de ella oscuramente, y que ella no puede hacer nada al respecto.

Él se saca de pronto del bolsillo una cajita, le arranca el envoltorio y la abre. Se la arroja a los pies. Toma a Darya de los hombros, grabándosela a fuego en la mente, le vuelve la espalda y se marcha precipitadamente por la puerta.

Darya tiene a sus pies, en la cajita, un magnífico anillo de compromiso de oro con veinticuatro ópalos translúcidos. La

promesa de una vida con Avram Bensheimer. Se pone el anillo en el dedo anular izquierdo. Extiende la mano hacia la puerta para mostrar que el anillo le viene perfectamente, como si él estuviera allí de pie, esperando a que ella diga «sí, claro que sí, sí quiero».

La puerta se abre girando sobre sus pesados goznes de bronce y entra corriendo el zarévich, al que le tiemblan las mejillas del esfuerzo de contener las lágrimas.

—¿Qué pasa, amores? —exclama Darya corriendo hacia él.

—¿Dónde te habías metido, Darya? Te he estado buscando por todas partes. Mamá está disgustada. Está muy triste. Tienes que decir a papá que vuelva.

—Todos estamos tristes, amores, muy tristes.

¿Cómo va a explicar a un muchacho de doce años que una guerra contra Austria y Alemania, que ya dura dos años, ha provocado escasez de alimentos, de combustible, de municiones, y que los ferrocarriles no bastan para transportar los suministros indispensables? ¿Cómo va a explicar al muchacho que su padre, para subir la moral a sus soldados, ha partido de la capital para ir al frente, dejando a los suyos para que se las arreglen solos? ¿Cómo va a explicarle que cada nuevo desastre que surge se le achaca ahora a él?

El país no ha conocido la paz interior desde que se creó seis años atrás la Duma, el parlamento electivo que concedió el zar tan a regañadientes. La derecha política sigue enfurecida por el debilitamiento del régimen absolutista; la izquierda teme que la revolución pierda ímpetu; los liberales no confían en la Duma; las masas están hambrientas y confusas, y la Policía, a la que se ha quitado poder, fomenta la violencia.

En ausencia del zar, la política del país está en manos de la emperatriz y de su *muzhik* errante, Grigori Yefimovich Rasputin, que evalúa a los ministros y aporta consejos políticos y militares que carecen de base y de utilidad.

Y el país, que no sabe que el zarévich padece hemofilia ni que la emperatriz considera a Rasputin el salvador de su hijo, solo ve en él a un farsante borracho y mujeriego al que se permite libre acceso al palacio.

Darya rodea con sus brazos al zarévich.

—Prométeme que te cuidarás mucho, amores. Un día reinarás en nuestro país. ¿Me lo prometes? ¡Bien! Ven, necesito que me ayudes. Tu madre te hará caso. Debes convencerla de que despida a Rasputin. Está provocando demasiados problemas. Hecho eso, deberá enviar un telegrama a tu papá, pidiéndole que vuelva a casa.

¿Te sientes capaz?

El zarévich se abotona la chaqueta.

—Estoy dispuesto, Darya. Vamos.

El Salón Lila está a oscuras. Están echadas las cortinas. El olor a flores podridas y a madera quemada es abrumador. Una sola lámpara de pie arroja sombras insípidas sobre los muebles, sobre el sofá vacío, sobre el escritorio de la emperatriz, curiosamente ordenado, sin una sola carta a medio escribir, sin una sola pluma o tintero a la vista.

Salen aprisa por la puerta y bajan por la gran escalinata, siguiendo el olor acre que los conduce hasta la sala de estar roja. La sala está en semioscuridad, en silencio; la lámpara de araña, sin encender, oscila como un fantasma enjoyado. En la chimenea, las llamas rugen vivamente, lamiendo las paredes ennegrecidas del enorme hogar. Sombras mórbidas se aplastan en el techo y bailan alrededor de la araña.

La emperatriz está sentada en una silla ante la chimenea, encogida, arrebujada en una bata color azulete, con un grueso chal echado a los hombros.

Darya acude corriendo a su lado.

—¿Qué está quemando vuestra majestad?

Alejandra Feodorovna se reclina sobre el respaldo de su silla. Se seca los ojos enrojecidos con un pañuelo bordado, señala con un gesto un montón de cartas que le ha ido enviando su marido a lo largo de los años.

—Estoy prendiendo fuego a mis recuerdos. Las he leído y releído mil veces, y después...

Arroja a las llamas otra carta, la ve abarquillarse, ve cómo los bordes se convierten en pequeños fuegos de artificio, en ceniza.

—¡Ya! Otro recuerdo. ¡Acabado!

—Vuestra majestad tiene sus recuerdos en la cabeza y en el corazón. Pero, ¿por qué está quemando sus cartas?

—He recibido noticias de nuestro amigo. No son buenas.

Un temblor helado recorre las venas de Darya. Se aparta un poco más de la lumbre, se rodea el cuerpo con los brazos. Cinco años atrás le fue revelada su vida pasada. Pero este conocimiento no le proporcionó alivio, no la protegió del castigo de los fuegos. ¿No bastó con quedar cegada por su pecado, con que la quemaran en la hoguera? ¿Tiene que volver a sufrir con cada fuego, tiene que padecer este frío atroz en los huesos? Y ahora, para colmo de sufrimiento, se ve amenazada la supervivencia de la monarquía misma.

—Guárdese algunas cartas vuestra majestad, por si...

—¿Por si hay un juicio? Sí. ¿No es triste que tengamos que demostrar nuestro patriotismo con estas cartas?

Prepara cuidadosamente algunas cartas de su abuela y del zar y las guarda en una carpeta forrada de piel.

Alexei le pone una mano en el hombro.

—Mamá, pide a papá que vuelva a casa. Nos hace falta aquí. Él volverá a arreglarlo todo.

—Es un buen consejo, majestad —lo secunda Darya—. El emperador hace falta en la capital.

La zarina sonríe a su hijo, le acaricia el pelo.

—He estado intentando ponerme en contacto con papá. Le enviaré otro telegrama, y con suerte tendremos noticias suyas.

Toma con mano temblorosa un sobre que está en la mesilla auxiliar y se lo entrega a Darya.

—Mira, querida, esto acaba de llegar. ¡Nuestro mundo se está derrumbando!

Darya extrae de un sobre una hoja amarilla. Reconoce el encabezamiento soberbio, la letra apretada:

> *El espíritu de Grigori Yefimovich Rasputin-Novykh, del pueblo de Pokrovskoe. Escribo esta carta en Petrogrado, donde la dejaré. Siento que dejaré esta vida antes del primero de enero. Quiero hacer saber al pueblo ruso, a Papá, a la Madre Rusa y a los Niños, a la tierra de Rusia, lo que deben entender. Si me matan unos asesinos vulgares, y sobre todo si son mis hermanos los campesinos rusos, entonces, tú, zar de Rusia, no tienes nada que temer: quédate en tu trono y gobierna; y tú, zar ruso, no tendrás nada que temer por tus hijos: reinarán en Rusia durante cientos de años. Pero si me asesinan boyardos, nobles, y si son ellos los que vierten mi sangre, sus manos quedarán manchadas de mi sangre; no habrá nobles en el país durante veinticinco años. Zar de la tierra de Rusia, si oyes doblar la campana que te dice que han matado a Grigori, has de saber lo siguiente: si han sido tus parientes los que han provocado mi muerte, entonces nadie de tu familia, es decir, ninguno de tus hijos ni de tus parientes, vivirá dos años más. Los matará el pueblo ruso... Me matarán. Ya no estoy entre los vivos. Reza, reza, sé fuerte, piensa en tu bendita familia.*
>
> *Grigori*

La emperatriz pliega la carta y vuelve a guardarla en el sobre.

—Estoy fuera de mí de inquietud. Envié a mi querida Anna a que diera un icono a nuestro amigo. Anna me dijo que estaba invitado a cenar en casa del príncipe Yusupov, para que conociera a su mujer. Pero debe de tratarse de un error. Estoy seguro de que su mujer está en Crimea. Toma, Darya: esto es para ti. Lo envió el padre Grigori.

La emperatriz señala un paquete pequeño que está sobre la mesa, atado con bramante basto.

Darya se plantea no abrir el bulto, tirarlo cuando no la vea la emperatriz; pero la zarina la está observando, y el zarévich se asoma por detrás de su hombro. Desata el nudo y rasga el papel marrón; descubre una bolsa pequeña, cosida burdamente y cerrada con un imperdible. Suelta el imperdible, entreabre la boca de la bolsa.

Está llena de semillas de alguna clase.

Se pregunta qué estará tramando ahora Rasputin. ¿Para qué necesita ella semillas?

—Semillas de flores —propone el zarévich.

—Lirios —aventura la emperatriz.

Darya mete un dedo entre las semillas, las revuelve. Encuentra en el fondo una nota pequeña, muy plegada.

—Léela en voz alta —solicita el zarévich.

Darya Borisovna Spiridova:

Quiero que tengas estas semillas mágicas para tu jardín. Para tu mente. Y para tu alma. No las compartas con nadie. Guárdalas a buen recaudo hasta que las necesites. No te diré cuando ha llegado ese día. Tú lo sabrás.

Grigori

—Vamos a sembrarlas —dice el zarévich.

—¡No, Alyosha! —lo amonesta la emperatriz—. ¿No has entendido la nota? Deben plantarse a su debido tiempo.

Darya extrae algunas semillas de la bolsa; las palpa entre dos dedos, se las lleva a la nariz, inspira su aroma penetrante, picante, vuelve a echar las semillas a la bolsa y se guarda esta en el bolsillo.

No es consciente de que antes de que hayan transcurrido dos años elevará a Rasputin una oración de acción de gracias por haber tenido la previsión de enviarle aquellas semillas.

Capítulo 31

— 31 de diciembre de 1916 —

Rasputin se recuesta en el automóvil del príncipe Yusupov, que conduce el chófer a través de las calles de Petrogrado, cargadas de nieve.

Viste la blusa bordada que le regaló la emperatriz. Lleva los botines pulidos y relucientes y unos pantalones de terciopelo negro nuevos.

Suelta un suspiro de satisfacción, se mete la mano en el bolsillo del abrigo y acaricia el icono que le ha enviado la emperatriz aquella misma tarde. Piensa para sus adentros que llega demasiado tarde para salvarlo. Su muerte es inminente, pero no llegará a manos de su fiel amigo el príncipe Felix Yusupov. Y mucho menos esta noche en la que Irina, la bella esposa del príncipe, ha vuelto a la ciudad con el único objeto de verse con él, con Grigori Rasputin. Y ¿por qué no? El príncipe homosexual, que se pasea de noche por los bulevares vestido con la ropa de su mujer, no es el amante ideal para la imponente Irina.

Rasputin mira por el vidrio ahumado del automóvil el reflejo de la luna en las cúpulas en forma de cebolla de las iglesias y en la superficie helada del río Moika.

Sus partidarios le habían advertido que no saliera a esas horas de la noche. No es seguro. Al fin y al cabo, la Duma lo ha denunciado, lo ha acusado de influir sobre las decisiones políticas de la zarina en ausencia del marido de esta. Puede que sea así. Él cree en la conservación del absolutismo, cree en la monarquía. A los miembros de la Duma no les gustan sus profecías acertadas ni las relaciones estrechas que mantiene con la pareja imperial, que consideran una amenaza directa contra su autoridad. Se quejaron al zar. ¡Y bien! La zarina reaccionó, orientada por él, por supuesto, destituyendo a los ministros ignorantes e introduciendo una legislación que recortaba todavía más el poder de los que quedaban en la Duma.

Ahora, él, Grigori Rasputin, celebra audiencias, asesora sobre las cuestiones de Estado y remite los asuntos a los ministros correspondientes. Revisa los planes de campaña para la guerra, recomienda las fechas adecuadas y reza por el éxito del zar. Se santigua. Esta guerra es monstruosa. Se ha vertido demasiada sangre. Los cadáveres son incontables.

Baja la ventanilla del auto. Ese mismo frío penetrante del que todos se quejan le quita a él de encima las pequeñas inquietudes.

La silueta amarilla del palacio del príncipe Yusupov se levanta sobre el cielo oscuro como un gran barco fantasma anclado a orillas del Moika.

Rasputin se ríe de alegría para sus adentros. Hace crujir las articulaciones de sus dedos de gruesos nudillos. Está impresionado. El portón, la puerta cochera, las altas y pesadas puertas principales del palacio, se abren todas a su paso como movidas por manos invisibles que le dieran la bienvenida.

Sigue a un criado de cara de querubín por pasillos decorados con esculturas y antigüedades en penumbra, bajando por unas escaleras, siguiendo un pasadizo de piedra, hasta llegar a un sótano de techos abovedados bajos y paredes de piedra gris. Sobre el suelo de granito está echada a modo de alfombra una piel de oso blanco. Un samovar de plata murmura sobre una mesa cubierta de bordados. Hay pasteles en platos ornamentados, dos botellas de madeira en una bandeja de plata. Un aparador con taracea de ébano y espejos tallados multiplica su imagen jovial. Al ver un crucifijo de plata y cristal de roca se yergue y se santigua.

En alguna parte del piso superior suena *Yankee Doodle* en un gramófono.

Se queda de pie, titubeante, con las pupilas contraídas, dilatando las aletas de la nariz para identificar un olor que no le resulta familiar.

El príncipe Yusupov sale de entre las sombras. Es esbelto, bello de una manera afeminada, con las largas pestañas marcadas con rímel. Abraza a Rasputin, lo besa en ambas mejillas.

—¡Bienvenido, amigo mío! Estás en tu casa. Vamos, siéntate, por favor. Mi cocinero ha preparado tus pasteles favoritos.

—¿Dónde está tu encantadora esposa? —pregunta Rasputin, risueño, incapaz de contener su alegría.

—Tiene una fiesta en el piso de arriba. Bajará dentro de un rato —le asegura el príncipe, haciéndole un guiño aparatoso con el que exhibe sus largas pestañas.

—¿Y tus criados? —pregunta Rasputin—. ¿No hay nadie que nos

sirva?

—Irina les ha dado la tarde libre. No sé por qué hoy, precisamente.

Pero Rasputin piensa que está claro: Irina ha debido de tomar todas las precauciones posibles para que su encuentro sea íntimo y confidencial. Al fin y al cabo, es sobrina del emperador, y no debe correr la voz de que se han visto. Se instala ante el aparador, en un sillón de madera tallada, se recuesta y se frota las manos con impaciencia.

—Toma un poco de pastel, te lo ruego —le ofrece el príncipe.

Rasputin adelanta la mano a la bandeja de pasteles; titubea y vuelve a dejar la mano en el regazo.

—No; me quitará las ganas de cenar. Bueno... uno o dos, quizá.

Devora dos pasteles. Se bebe dos copas de madeira. Pide otra. *Yankee Doodle* suena más fuerte en el piso superior. Tose; sus ojos desquiciados adquieren una palidez de muerte. Le cuesta respirar.

—Deberías evitar el sótano, Felix —dice—. Esta humedad no es sana. Un poco de té para despejarme la cabeza, ¿eh? Gracias. Canta para mí, te lo ruego.

El príncipe toma su guitarra, que está apoyada en una pared. En general le gusta lucir su hermosa voz, pero no esta noche. Quiere que esto termine ya. Aprieta la guitarra con fuerza contra el pecho, pulsa las cuerdas febrilmente, su voz femenina llena el sótano. Canta una canción tras otra, una melodía tras otra.

Rasputin siente que los ojos le vagan en sus órbitas, la cabeza le pesa como el plomo, tiene la respiración superficial. Piensa que quizá haya bebido demasiado madeira. Se sirve otra taza de té, bebe el líquido caliente como si fuera inmune al calor. Se bebe otra taza. Ya se siente mejor. Sonríe, chasca los dedos, mueve el pie y el cuerpo al ritmo de las canciones de Yusupov.

El príncipe tiene las cuerdas vocales irritadas, le duelen los dedos. Echa una mirada al monje.

—¿Otra copa de madeira?

—Un té, quizá. No lo dejes, Felix. Me encantan tus canciones.

Felix deja la guitarra.

—Discúlpame un momento, vuelvo ahora mismo.

Sale del sótano y sube las escaleras de dos en dos peldaños para reunirse con sus compinches. Han renunciado a su primera idea de simular una fiesta, y ahora forman un corrillo arriba, en el rellano.

—¿Qué pasa ahí abajo? ¿Por qué estás cantando?

—¡Sigue vivo! —susurra el príncipe con apremio—. ¿Qué hacemos?

Lazovert, que ya se ha desmayado dos veces de miedo, vuelve a derrumbarse.

—Será mejor que abandonemos el plan y nos volvamos a casa —propone el gran duque Dmitri.

Purishkevich, el de más edad y el más sensato de todos, les recuerda que no se pueden permitir dejar allí a Rasputin medio muerto.

—Pero es que no lo entendéis. Ni siquiera está medio muerto —exclama Yusupov, retorciéndose las manos de desesperación.

—¿Se comió los pasteles? ¿Se bebió el madeira?

—Sí, sí; muchos —responde Felix con insistencia.

—Pero, ¡esto no tiene sentido! Contienen el cianuro suficiente para abatir a toda una cuadra de caballos.

—Es inmune al veneno. Hay que hacer alguna otra cosa. Aprisa, pensemos, pensemos...

Los hombres se intercambian miradas, maldicen entre dientes.

El príncipe se ajusta el corbatín, yergue los hombros.

—Está bien; entonces, terminaré el trabajo.

—¿Dónde te habías metido, Felix? —protesta Rasputin en cuanto regresa al sótano Yusupov—. Sírveme algo más de vino.

Ya no piensa en Irina, y ha trazado otros planes para la noche.

—¿Qué te parece si vamos a visitar a los gitanos? —propone.

Felix se sitúa ante Rasputin. Con las manos a la espalda, observa el rostro del monje para ver lo que refleja. ¿Miedo? ¿Confusión? Pero no ve más que a un borracho. ¡No! Ni siquiera eso: el hombre solo está levemente indispuesto. Está pidiendo vino con gestos de la cabeza.

—Mira el crucifijo que está sobre el aparador, Grigori.

Rasputin se inclina hacia delante, apoya la barbilla en sus manos vellosas.

—Me gusta más el aparador mismo —anuncia. Se mira al espejo, se recoge un mechón de pelo gris, se lo echa hacia atrás, enarca una ceja como interrogando a su imagen. Se oye romperse algo en el piso superior. Ruido de pisadas sobre piedra. ¡Silencio!

—Grigori Yefimovich, más te vale mirar el crucifijo y rezar una oración.

Rasputin dirige brevemente los ojos al crucifijo y vuelve a mirar después a Yusupov.

El príncipe apunta al monje con una pistola Browning.

El eco de dos tiros resuena en el sótano.

Rasputin profiere un aullido salvaje. Todo su cuerpo salta del sillón como un resorte. Un instante de titubeo, como si se

preguntara qué dirección seguir, hacia dónde ir. Cae de espaldas sobre la piel de oso polar.

Yusupov mira fijamente la pistola humeante que sostiene en la mano temblorosa. Se planta ante el cuerpo postrado. Rasputin tiene los ojos abiertos, clava en su asesino su mirada abrasadora. El príncipe se pregunta qué clase de persona puede ser inmune a tales cantidades de alcohol y de veneno. Durante unos momentos terribles se le había ocurrido que quizá fuera inmune también a las balas.

Los compinches del príncipe irrumpen en el sótano.

—¡Está muerto! —grita Yusupov—. ¡Muerto, por fin!

Echa la pistola sobre la mesa. El arma choca con la botella de madeira y la destroza en fragmentos que se dispersan. Ha conseguido por fin eliminar al monje loco que estaba empeñado en destruir a Rusia y a su monarquía de trescientos años.

Se arrodilla, inspecciona el cadáver de Rasputin, que parece hecho de hierro y de acero. ¿Cómo podría haber soportado tanto cianuro, si no? Le extrae una esquirla de cristal que tiene incrustada en la mejilla derecha. Una gota de sangre brota de la herida. Yusupov entreabre los labios con una sonrisa ufana. Se vuelve hacia sus compañeros de conspiración.

—Mirad: el monje loco estaba hecho de carne y hueso, después de todo. Muy bien; ahora, pensemos qué vamos a hacer. Tenemos que librarnos de él antes de que venga la policía. Subid y traed algo para envolver el cadáver.

Toma de la mesa una servilleta, envuelve con ella el fragmento de cristal y la guarda en un cajón del aparador para que le sirva de recuerdo del valor que tuvo ante el mal. La Duma lo aplaudirá. Los ministros lo recompensarán. Y el país lo exaltará por su valor.

Se detiene ante el aparador para admirarse a sí mismo, reflejado en los espejos tallados; se atusa con la mano el pelo engominado; se moja de saliva dos dedos y se los pasa por toda la extensión de las pestañas. Retrocede un paso y felicita a su propia imagen en los espejos.

—Bien hecho, Felix. ¡Bravo, muchacho!

Dos manos lo aferran por la espalda. Le rodean la garganta y empiezan a apretar.

—Niño malo —le susurra al oído Rasputin, cuyos ojos venenosos lo miran fijamente desde los espejos.

El príncipe retrocede con un movimiento convulsivo. Se debate con todas sus fuerzas. No es un hombre fuerte. No puede respirar. Le van a estallar los pulmones. Va a morir. ¡A morir, a manos de

aquel loco!

Levanta un pie hacia atrás y lanza una patada a Rasputin en la ingle. Se libera entre toses, sale corriendo del sótano y sube por las escaleras.

—¡Está vivo! ¡Se escapa!

Rasputin sube las escaleras gateando aprisa, tras el aterrorizado Yusupov, que corre a refugiarse en los aposentos de sus padres. Rasputin sigue avanzando a cuatro patas, hacia la puerta principal, sale al patio cubierto de nieve y llega al portón. Se incorpora apoyándose en él, coge el cerrojo. La voz le desgarra la garganta.

—¡Felix! ¡Felix! ¡Se lo contaré todo a la emperatriz!

Un disparo hiende la noche. Después, otro. Purischkevich está en un extremo del patio con un revólver en la mano derecha. Se lleva a la boca el puño izquierdo. Ha fallado los dos tiros.

Se muerde la mano con fuerza para dejar de temblar. Tres pasos más, y Rasputin se les habrá escapado. Y eso significaría la perdición de todos, sin duda alguna.

Una tercera bala se incrusta en el hombro de Rasputin. La cuarta le acierta en la cabeza.

Rasputin se revuelve como un perro que persigue su propia cola. El chorro de sangre lo salpica todo: los ladrillos, el portón, el patio cubierto de nieve. Cae de espaldas sobre la nieve, y un halo de sangre se va filtrando alrededor de su cuerpo postrado.

Purishkevich se acerca al cuerpo, que sigue temblando. Le asesta una fuerte patada en la sien. Le clava la bota en la cara. Otra patada fuerte entre las piernas, y después otra, y otra.

Llega corriendo el príncipe Yusupov, histérico. Tiene la cara manchada, el rímel se le ha corrido por las mejillas. Empieza a apalear el cuerpo con un garrote, en la cabeza, en el estómago, entre las piernas, hasta que deja de dar señales de vida el hombre que prácticamente ha gobernado Rusia durante los últimos años tumultuosos.

Los hombres envuelven el cuerpo en una cortina azul y lo atan con cuerdas. Se turnan en la labor de revisar los nudos, tirar, apretar y sujetar por todos lados. Retroceden para observar su obra. Piensan que ya está. El monje no volverá a levantarse.

Provistos de antorchas, se deslizan por callejones oscuros. El cielo, sobre sus cabezas, es una hoja de metal; la nieve apretada que pisan es resbaladiza. Se oye a lo lejos el crujido alarmante de los trineos y de las ruedas de carruajes. Se detienen de vez en cuando para recobrar el aliento, para maldecir la carga pesada que llevan a hombros como si fuera una alfombra enrollada.

Llegan a una parte solitaria del Neva. Dejan caer su carga en la nieve, junto a la orilla, retroceden y se miran unos a otros. Las altas farolas de gas arrojan a su alrededor una luz triste. En aquellas fechas del año, el hielo que cubre el Neva es espeso, las troikas atraviesan el río por encima, la gente va a patinar. ¿Cómo van a conseguir romper el hielo? Yusupov, desesperado, clava la antorcha en la nieve y cae de rodillas, agotado; el vapor de su aliento le sale a jadeos. A lo lejos suenan campanas de iglesias. Falta poco para que amanezca. Uno de los hombres da pisotones para limpiarse la nieve de las botas, se frota las manos y emite una vaharada fría de vapor.

—Vamos a romper el hielo —dice.

—¿Con las manos?

El príncipe vuelve su antorcha hacia abajo. La llama chisporrotea y se apaga en cuanto entra en contacto con el hielo.

Purishkevich vuelve a encender la antorcha de Yusupov con la suya, recoge las demás antorchas y las agrupa formando algo parecido a una pequeña hoguera. Se reserva una antorcha para un caso de necesidad. Se arrodilla y acerca cuidadosamente las llamas al hielo, retirándolas antes de que se apaguen, repitiendo el proceso una y otra vez y volviendo a encender las antorchas cuando es preciso. Aparece a sus pies un charco de agua poco profundo. Los hombres lo rodean para protegerlo del viento creciente, mientras él pisotea con las botas en una zona pequeña que quizá se haya adelgazado un poco con el calor, o quizá no. Se acercan más, dando pisotones con sus botas, con sus botines de cabritilla, con sus zapatos italianos de piel. El hielo se queja bajo sus pies. Aparece una grieta delgada. La atacan con las pocas fuerzas que les quedan. El sol asoma por el horizonte. La luz del día trae peligro.

Purishkevich introduce las manos en una abertura estrecha entre dos placas de hielo, rasgándose la piel. La sangre le corre hasta llegar al hielo. Todos se agachan a ayudarlo, fijan las manos entre las placas de hielo y empujan con todas sus fuerzas, separando más el hielo a la fuerza, negándose a soltarlo, muy conscientes de que aquella tarea les puede costar perder los dedos.

Miran la grieta que han producido en el grueso hielo.

Hacen deslizarse el cuerpo hasta el borde, y lo meten a presión por la hendidura.

Tardarán tres días en descubrir el cadáver.

La autopsia desvelará que los pulmones están llenos de agua.

Al final, Grigori Yefimovich Rasputin no murió envenenado, ni por las balas.

Se ahogó.

Capítulo 32

— Marzo de 1917 —

En Petrogrado ha estallado un motín. En las azoteas y en los balcones ondean banderas rojas. El rugido de los camiones y los estampidos de la artillería son constantes. Grandes multitudes frenéticas ocupan la ciudad sin atender a los carteles gigantes que les advierten que se retiren de las calles. Con los puños en alto, luciendo brazaletes rojos, gritan:

—¡Abajo la alemana! ¡Abajo la guerra!

El emperador se apresura a enviar refuerzos a la capital. Pero su Ejército debilitado, que ha sufrido graves reveses militares, está desmoralizado e inútil. La guarnición de Petrogrado tampoco se basta para contener el mar de manifestantes. Sesenta mil de los soldados más leales del zar se han sumado a la revolución. El regimiento de élite de Volinski y el legendario Regimiento de Guardias, fundado por Pedro el Grande, se niegan a obedecer órdenes. Parece como si estuviera ardiendo todo el país: el Ministerio del Interior, el cuartel general de la Policía, edificios militares, hasta la Fortaleza de Pedro y Pablo con su arsenal de artillería pesada.

Los hechos del Domingo Sangriento, doce años atrás, prendieron una serie de revoluciones que estallaron como una marea incontenible. Ahora, todo el país es una olla a presión de descontento. La Duma y el Sóviet de Petrogrado de Diputados Obreros y Soldados han formado un Gobierno provisional, han exigido la abdicación voluntaria del emperador a favor de su hijo, con el gran duque Miguel Alexandrovich como regente.

El Gobierno provisional decidió sacrificar a Nicolás II para salvar a la dinastía Romanov.

El emperador firmó los documentos en virtud de los cuales se transmitiría el trono a su hijo de doce años.

Después de despedir a sus tropas en Mogilev, el zar tomó un tren que lo llevó a Tsarskoe Selo, donde su esposa y sus hijos están a

merced del Gobierno provisional y sujetos a arresto domiciliario en el Palacio de Alejandro.

Hunde el rostro en el regazo de su esposa. Los sollozos del zar se oyen por los pasillos del palacio, en las habitaciones de los ayudas de cámara; los oyen los edecanes, y llegan hasta el parque, donde guardias revolucionarios vigilan bajo las ventanas.

—¿Te has enterado, Sunny? ¿Te has enterado de lo que ha pasado?

Ella le aprieta la mano helada, se la lleva a la mejilla.

—Has hecho lo que debías, Nico. Has tomado la decisión acertada. Pobre querido mío, allí tú solo. Has dado muestras de mucho valor. Un día serás el orgulloso padre de un zar.

Nicolás levanta la cabeza del regazo de Alejandra y vuelve hacia ella los ojos enrojecidos.

—Sunny, me parece que no te has enterado de todo.

Ella le seca las mejillas con el borde de su falda.

—¡Corren tantos rumores, Nico! No sé lo que debo creer.

Él pierde el color del rostro mientras se esfuerza por contar los últimos hechos, por justificarlos ante su esposa.

—Escúchame, Sunny. Cuando hube firmado los papeles, abdicando a favor de Alexei, tuve seis largas horas para pensar. Hice llamar al doctor Fedorov. Tuvimos una conversación. Me recordó que la hemofilia no tiene cura. Que Alexei estará siempre sujeto a hemorragias internas. No podrá montar a caballo, ni hacer viajes largos, ni hacer nada que le fatigue las articulaciones. Nunca llegará a ser un monarca fuerte y sano.

—¡Ay, Nico! ¿Qué sabrán los médicos? Descubrirán un tratamiento. Nuestro hijo se hará fuerte. Dirigirá nuestro país.

—Eso pensaba yo, Sunny. Pero el doctor Fedorov me convenció de que acechaba el peligro del exilio, y no precisamente a Crimea.

—¡No, Nico! Jamás llegaremos a eso. Nuestro pueblo nos quiere. Lucharán por nosotros. Los disturbios son pasajeros. Te lo prometo. ¡No nos marcharemos de nuestra patria!

—Pero, si llega a pasar, la formación de Alyosha y su salud delicada quedarían al cuidado de extraños. No sobreviviría. Yo tenía que pensar como padre. Estaba seguro de que tú estarías de acuerdo. De modo que, pocas horas después de haber firmado mi abdicación, redacté un manifiesto distinto. Designé como nuestro zar a Miguel Alexandrovich. Está en la flor de la vida y se ha formado pensando en su posible sucesión.

Alejandra se pone de pie, va a la ventana. Vuelve la espalda erguida hacia su marido mientras se esfuerza por dominar sus

emociones. Por fin, se gira hacia él con dolor en el rostro, hablando en voz baja.

—Pero debe ser temporal, Nico. Miguel abdicará cuando Alexei sea mayor de edad.

Nicolás se sujeta la cabeza entre las manos.

—Esto no es el fin, Sunny. Envié un telegrama a Miguel, que estaba en Gatchina. Le expliqué por qué había dado este paso. Lo felicité. Él salió inmediatamente para la capital. Pero en vez de ser bienvenido, se encontró con una firme oposición. Yo propuse que se reuniera con los ministros del Gobierno provisional para buscar una solución. Pero le dijeron que su vida corría peligro. Nuestro pueblo no nos quiere, Sunny. No quieren a los Romanov. Quieren una república. Miguel también abdicó.

—¡No! —exclama Alejandra, con la cabeza inclinada como un signo de interrogación quebrado—. Misha no haría tal cosa.

—Lo hizo, Sunny.

Ella barre de su escritorio papeles y material de escribir, levanta la cesta imperial de joyas que representan lirios del valle. Oro. Diamantes. Perlas. ¡Basura sin valor! La deja caer en la mesa. Se desprende de la cesta una perla que rueda por la alfombra. Que se queden esto también esos necios sin corazón que la están despojando de todo lo que es querido para ella.

Nicolás se está apretando las sienes.

—Lo siento, Sunny. No me pareció aceptable la opción de separarnos de nuestro hijo.

—Claro que no, Nico. Y quiero que sepas que, pase lo que pase, con independencia de lo que nos tenga deparado el porvenir, te quiero mucho más como esposo y como padre de nuestros hijos que como monarca.

Las puertas se abren bruscamente e irrumpe un guardia revolucionario cuyas botas dejan huellas de barro en la alfombra de seda.

El gran duque Miguel Alexandrovich aparece en el umbral. Tiene desabotonada por el cuello la guerrera militar. Le falta la medalla de la cruz de San Jorge, la que siempre había lucido con tanto orgullo. Va hasta su hermano, lo abraza. Todavía abrazados, se miran a los ojos expresando con sus miradas todas sus emociones.

El guardia que está en la puerta vigila a los hermanos con un cigarrillo colgado de los labios.

Alejandra finge mirar por la ventana. Lo más íntimo de su ser se le retuerce de pena y de temor. La falta de datos es lo que más la

asusta. ¿Dónde estarán mañana? ¿Y al otro día? ¿Cómo es posible que su mundo se haya venido abajo tan deprisa?

Caen en el alféizar algunas gotas gruesas de lluvia. Fuera, un ave del paraíso está acurrucada entre las hojas moteadas. Se oyen risas groseras en alguna parte, cerca del portón.

Nicolás sujeta a su hermano mayor con los brazos extendidos, incapaz de soportar su mirada demacrada, el dolor profundo de su rostro joven, el silencio que dice más que cualquier palabra.

Miguel toca el brazo de Nicolás como si quisiera retenerlo un poco más. Tira de un botón de la chaqueta de su hermano.

—¿Dónde iréis vosotros?

—Nuestro destino está en manos de Dios.

La emperatriz cruza la habitación y llega ante Miguel, lo aprieta contra su pecho, le apoya en el hombro la mejilla húmeda. Cuenta los segundos por el latido frenético del corazón de él.

Él le seca las lágrimas con su pañuelo. Su sonrisa forzada es triste.

—Ahora tendréis tiempo para viajar. Disfrutad de los niños. Nico hasta podrá cuidarse la dentadura.

Entra corriendo Alexei con su perra spaniel, que lo sigue ladrando.

Darya llega tras ellos.

—Pido disculpas a vuestras majestades. Alyosha quería saludar al gran duque Miguel Alexandrovich.

—Ven a dar un beso a tu tío, muchachote —dice el gran duque, y abraza al muchacho, lo besa en la frente.

—Pero, ¿por qué lloras, tío?

—Política, muchachote. Nada que te tenga que preocupar.

—¿Es porque papá ha abdicado y yo voy a ser zar?

—No, en absoluto, muchachote. Estoy seguro de que serás un gran zar —responde Miguel. Después, añade—: No sé qué decir. Todo ha sucedido tan deprisa...

En el transcurso de un día terrible, su hermano transmitió la sucesión a su hijo, como marcaba la ley, y durante unas horas Alexei, a sus doce años, se convirtió en monarca absoluto de todas las Rusias. Después, él transmitió a su vez el trono a Miguel Alexandrovich, que se convirtió en emperador durante una hora, hasta que se vio obligado a renunciar al trono que ya se desmoronaba. El país quedó a merced del Gobierno provisional, que también está sumido en la confusión.

—Todos estamos consternados, muchachote. Tendrá que pasar mucho tiempo hasta que seas zar. Veremos qué pasa. Veremos lo

que nos depara el futuro.

En la habitación hay un silencio agobiante, el sabor amargo de las palabras que no llegan a pronunciarse. Llega de las ventanas el olor acre de la pólvora. El gran duque Miguel levanta las manos a Alexei y le planta un beso en el dorso de cada una.

—Que vuestra majestad siga bien, y que se cuide.

Miguel se vuelve y sale por la puerta, casi corriendo.

Capítulo 33

Dentro del Palacio de Alejandro flota el olor a medicina del alcanfor y el alcohol. El aroma dulce, ácido, de la cataplasma que prepara Darya con limones secos, clavo de especia molido, miel, pasta de cúrcuma, esencia de manzanilla y naranjas amargas impregna las habitaciones de los niños.

Olga, Tatiana y Alexei han contraído el sarampión. María está delirando. Además del sarampión, tiene pulmonía, y Darya le está aplicando la cataplasma al pecho.

En el exterior, en lugar de los cosacos imperiales hay centinelas que marchan de un lado para otro ante las puertas del palacio; sus gritos antimonárquicos sustituyen a los graznidos de los cisnes y a los cantos de las ave del paraíso.

Se oyen risas alcohólicas y detonaciones de armas de fuego en los pasillos del palacio, por donde los revolucionarios se pasean con sus botas rojas embarradas, irrumpen en los dormitorios sin previo aviso y escupen obscenidades a los pocos criados que han quedado en el palacio.

Se han cortado todas las líneas telefónicas salvo la del cuerpo de guardia, y el comandante no suele permitir a la familia imperial usar ese teléfono. Cuando lo usan, deben hablar en presencia de un guardia, y en ruso, no en francés ni en inglés. Todas las cartas que entran y salen deben ir abiertas. La comida que entra en el palacio es inspeccionada por dedos sucios, catada, y los revolucionarios confiscan lo mejor.

Solo quedan en el palacio un puñado de partidarios de la familia imperial: dos amigos de la emperatriz, el conde Benckendorff y su esposa, dos damas de honor, los dos tutores de los niños y el doctor Botkin, que han rechazado la inmunidad.

Darya, con un tazón de pasionaria caliente y tintura de espino blanco en la mano, cierra la puerta tras ella y cruza el pasillo hasta el cuarto de Alexei.

—¿Dónde estabas, Darya? —le pregunta él—. ¿Por qué no

podemos sacar a los ponis? ¿Cuándo se irán los guardias? ¿A qué disparan allí fuera?

Darya se sienta en el borde de la cama, toma la mano de Alexei.

—No sé cuánto tiempo van a seguir aquí, amores. Espero que no mucho. Cuando menos te lo esperes, todo habrá vuelto a ser como antes.

¿Cómo va a explicar a un chico de trece años que los miembros del nuevo Consejo Revolucionario de Tsarskoe Selo están cazando la querida familia de ciervos que las grandes duquesas habían amansado y alimentado durante años? ¿O que Derevenko, el marinero y asistente que llevaba diez años siguiendo al niño en sus salidas para cuidar de él y guardarlo de accidentes, había huido ante los primeros indicios de peligro?

Darya entrega a Alexei el tazón de elixir.

—Toma, amores, te ayudará a dormirte.

Se acerca a la ventana, mira al exterior. Sumida en sus pensamientos, hace girar su anillo de compromiso alrededor del dedo, se lo quita, juega con sus ópalos, traza con el índice un círculo alrededor de cada una de las cúpulas lisas. Ha tomado la costumbre de quedarse mirando por alguna puerta, por alguna ventana, esperando que Avram entre con sus andares de felino y su sonrisa burlona, esperando que aparezca de manera tan inesperada como lo fue su desaparición, hace ocho meses. ¿Pero fue verdaderamente inesperada su marcha? Puede que no. La había amado mucho más tiempo del que habría aguantado cualquier otro hombre. En cuanto a ella, todavía siente las palpitaciones del pulso de Avram cuando le cogía la muñeca, cuando le contaba en las venas los golpes de la vida.

—Te espero —murmura con voz apenas perceptible.

Contiene una exclamación, se aferra al alféizar, se asoma para ver mejor.

Una cuadrilla de rebeldes, con uniformes improvisados, están escalando las torretas de vigilancia de acero que rodean los terrenos del palacio.

—¡Detenedlos! —grita a los guardias del palacio—. ¡Aquí no tienen nada que hacer!

Los guardias, desaliñados y desorganizados, levantan la vista, le dedican una sonrisa de indiferencia.

A Darya le dan ganas de preguntar a gritos por qué volvieron la espalda a su emperador los cosacos imperiales. ¿Dónde está su fidelidad? ¿Dónde su juramento de servir a su monarca?

Los rebeldes saltan al interior del parque, corren por la carretera

circular de entrada. Saltan como monos posesos, alzando los puños y gritando consignas antimonárquicas.

—¡Debería daros vergüenza! —les grita Darya a su vez—. ¡Marchaos!

—¡Bájate de tu trono, mujer! —vociferan ellos—. ¡Baja a echar un buen polvo!

Se llevan las manos a la ingle, se doblan de risa.

El joven jefe de los insurgentes se retira constantemente la melena rizada que le cae sobre el rostro. Sus grandes ojos castaños buscan a Darya con una mezcla de veneración y curiosidad. Haciendo bocina con las manos alrededor de la boca, grita:

—¡Por orden del Sóviet, hemos venido a llevarnos a los Romanov a la Fortaleza de Pedro y Pablo!

Darya retrocede y cierra las ventanas.

Alexei se ha quedado dormido, con las miniaturas de su colección dispersas sobre su cama.

Darya sale corriendo y baja por las escaleras en busca del conde Benckendorff, gran mariscal de la corte y encargado de la seguridad del zar.

—Señor, han irrumpido en los terrenos del palacio cincuenta hombres o más. Quieren llevarse al zar. Haga algo, por favor.

—Lo intento, querida. Lo intento con todas mis fuerzas —responde él, mientras se le empaña el monóculo—. Me temo que es la anarquía. Vuelve con los niños. No digas nada a la familia imperial.

El conde Benckendorff se estira las solapas de la chaqueta, se tira del largo bigote, se pasa la palma de una mano por la calva. Cada día se presenta en el Palacio de Alejandro un nuevo grupo de los que dicen ser revolucionarios, hombres que no responden ante ninguna autoridad superior, que pueden abusar de su nuevo poder, que se niegan a marcharse mientras no se cumplan sus exigencias nada razonables.

El conde sale al exterior y camina con paso firme hasta el joven jefe.

—Caballeros —dice—, es inaceptable e innecesario molestar de esta manera a la familia. Les ruego que se marchen inmediatamente. ¡Tengan un buen día!

El jefe levanta la mano haciendo algo parecido a un saludo.

—¿Dónde está su majestad..., quiero decir, Romanov?

—En el palacio. El Gobierno provisional lo tiene sujeto a un arresto domiciliario estricto. Tienen mi palabra de que no va a marcharse a ninguna parte. Esa pequeña zona vallada de allí es el

único espacio abierto por donde se le permite pasear. No representa ningún peligro. Tengan la bondad de marcharse.

El jefe se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Se ha decidido que hay que llevar a cabo una inspección. ¡Ahora mismo!

—¿Una inspección? —pregunta el conde Benckendorff, mientras le tiembla un músculo en la mejilla izquierda—. ¿De qué?

—Del depuesto Romanov.

—¿Con qué fin?

—¡Eso es asunto nuestro!

A pesar del frío cortante, a Benckendorff le empieza a sudar el rostro. Da media vuelta y entra en el palacio, que en su día estuvo fragante de lilas, pero que ahora huele a las cartas y a los diarios forrados de satén que destruyó la zarina en la chimenea.

El conde Benckendorff entra en el estudio. Nicolás está sentado tras su escritorio, sujetándose entre las manos la cabeza encanecida. La superficie del escritorio está cubierta de una delgada película de polvo. Benckendorff toma aire penosamente y cierra la puerta tras de sí sin hacer ruido. Da un taconazo y hace un saludo militar formal.

El zar alza la cabeza. Está demacrado. Tiene grandes ojeras.

—Esas formalidades son innecesarias —dice con una sonrisa triste.

Benckendorff mantiene la postura formal.

—Majestad, ha irrumpido en el palacio otro grupo de rebeldes. No quieren marcharse a menos que se lleve a cabo una inspección. Espero vuestras órdenes.

—¿Una inspección? —dice Nicolás, recorriendo la habitación con la mirada—. ¿De qué?

—Quieren inspeccionar a vuestra majestad. Sospecho que por pura curiosidad. Pido disculpas.

—Un zar destronado, exhibido como un fenómeno de circo... Tiene su gracia, ¿no te parece? Pero no es culpa tuya, hombre. La decisión de abdicar fue mía, y satisfaré sus exigencias. Diles que bajaré dentro de un cuarto de hora.

Benckendorff, con los ojos ardiendo, sale de la habitación para ordenar a los pocos oficiales que quedan a cargo del zar que tomen posiciones a lo largo del pasillo para protegerlo de nuevas injurias.

Pasa un cuarto de hora, y Nicolás Alexandrovich Romanov aparece en lo alto de las escaleras.

Con las manos unidas tras la espalda, baja las escaleras con la precisión estudiada de un comandante en jefe. El pasillo silencioso

está muy iluminado; el olor a sudor y a miedo es penetrante. Se pasea por el vestíbulo ante el joven revolucionario y sus hombres, yendo y volviendo una y otra vez, procurando cuidadosamente avanzar a paso lento. Lo consuela la seguridad de que está sufriendo esta humillación para proteger a su familia.

Se detiene bruscamente ante el jefe y levanta la vista para mirar al hombre a los ojos.

—¿Por qué, amigo mío? —pregunta—. ¿Qué he hecho yo?

El joven jefe carraspea, tose dos veces. Es un hombre corriente sin aspiraciones políticas, un hombre a merced de su estómago vacío. Pero ahora que se encuentra cara a cara ante el digno Nicolás, lo que más querría sería rezar por la salud del emperador, caer de rodillas y pedir perdón al zar que fue omnipotente y cuya autoridad dimana de Dios.

El jefe da un paso atrás, da un taconazo. Está a punto de hacer al zar un saludo militar, pero se lo piensa mejor. Se vuelve a sus hombres y les habla con voz sonora, pero a punto de quebrarse.

—¡El ciudadano Romanov no va a ninguna parte! —anuncia.

Capítulo 34

El comandante Vasiliev, el último revolucionario al que el Gobierno provisional ha encomendado la misión de custodiar el palacio, no puede dormir. Tiene la vejiga llena, pero le cuesta trabajo dejar el calor que se ha acumulado bajo su manta áspera. Revisa a su pelotón de cinco hombres, que duermen a pierna suelta a su alrededor, bajo sus mantas. Son voluntarios chechenos, tártaros y daguestanos, hombres difíciles de someter a disciplina, pero combatientes fuertes y eficaces, y acostumbrados a este frío brutal. Ha llegado sin previo aviso una ventisca invernal que los ha tomado a todos por sorpresa; la nieve es tan densa que le pesa en las pestañas.

El comandante observa el cielo ceniciento, la silueta siniestra del Palacio de Alejandro, no muy lejos; más allá, el estanque artificial, una mancha oscura y helada.

Le llama la atención un movimiento tras unos arbustos. Se quita de encima la manta de un tirón, se pone de pie de un salto, apunta con el fusil a los arbustos cubiertos de nieve. Dispara varias balas.

Sale huyendo una familia de conejos que se dispersan entre la noche.

Sus hombres, despertados por las detonaciones, sueltan carcajadas que recorren el parque y hacen sonar sus ecos en la gran plaza, donde en otros tiempos Catalina II veía desfilar a sus regimientos.

—¡En fila de a uno! —grita Vasiliev—. ¡Seguidme! Traed las mochilas. ¿A qué esperáis? Ya es hora de que recuperemos lo que nos robaron esos bastardos de los Romanov.

Vasiliev, hombre pequeño, huesudo, de cara esquelética, se retuerce nerviosamente las puntas del largo bigote pensando en los tesoros que pueden contener aquellos vastos jardines imperiales, un caudal de curiosidades olvidadas que valdrían un buen dinero en el mercado de los recuerdos zaristas.

Los hombres se adentran por el parque haciendo crujir la nieve

bajo las botas; atraviesan lagos, golfos y canales. De cuando en cuando, Vasiliev rebusca en su mochila, saca una botella de vodka y toma un trago.

Conduce a sus hombres a través del puente de mármol, de balaustradas azules y blancas. Se toca la punta aguda de la nariz, se la dobla hacia la barbilla. ¿Por dónde debe seguir? Tira una moneda al aire; opta por tomar el sendero estrecho que sale hacia la izquierda y que conduce a una arboleda con una pirámide de granito de cuatro caras. Levanta una mano. Indica por señas a sus hombres que se detengan tras la pirámide, junto a la orilla de un canal helado.

Se agacha para limpiar la nieve de una lápida de mármol; lee una inscripción. Cae de rodillas y empieza a golpear el mármol con los puños.

—¡Perros! ¡Tumbas de perros! —exclama—. ¿A qué esperáis! ¡A ello! ¡Destruidlas! Perros Romanov bastardos.

Los hombres atacan las tumbas con navajas, a culatazos y entre maldiciones. Atan con cuerdas los ángulos rotos y se ponen a tirar hasta que las losas se sueltan de sus bases. Debajo, la tierra está húmeda e infestada de gusanos. Vasiliev aparta con la bota una capa de terreno, convencido de que sacará a la luz algo valioso, una joya o una moneda de oro que dejarían al muerto para que pagara el peaje al otro mundo. La bota toca algo duro. Mueve la punta hasta que atrapa el objeto. Levanta la pierna con cuidado. Tiene enganchada la punta de la bota en la órbita de una calavera canina. Baja el pie con fuerza. La calavera se hace pedazos. Las esquirlas de hueso se dispersan. Una esquirla aguda va a caer en el dorso de la mano velluda de Vasiliev. Él la toma y se la clava en el cuello de la guerrera como si fuera una medalla honrosa.

Llegan a la isla privada con su puente levadizo, atacan las articulaciones metálicas, los cables y los anclajes y destrozan el motor, dejando el puente inmovilizado. Prosiguen con su labor en las profundidades del parque, dejando a su paso montones de metal abollado, de mármol destrozado, de barro y de huesos de perro blanqueados.

Vasiliev entrecierra los ojos con avaricia. Ve algo rojo y brillante que asoma entre la nieve. Suelta un silbido, entrecierra los ojos, la boca se le hace agua con la ilusión. Mete la mano entre la nieve con el silencio y la rapidez de un gato que caza y cierra el puño sobre su hallazgo. Abre la mano de espaldas a sus hombres. En la palma de su mano brilla un automóvil en miniatura, con su volante, sus ruedas, sus radios y sus cubos, un chófer minúsculo, Nicolás y

Alejandra en el asiento trasero; todo intacto, salvo uno de los pendientes de perlas de Alejandra. Se ha soltado de su hilo de oro y está enterrado en la nieve bajo la bota de Vasiliev.

—Un jodido juguete de rubí, enorme —murmura para sí, echándoselo al bolsillo del abrigo.

Prosiguen la búsqueda, vagan por el parque, entran y salen de las galerías, pasean por arboledas y emparrados sin hojas, curiosean por todos los rincones, arrancan las esculturas menores, amontonan cadáveres de ciervos cazados para comerlos y hurtan lilas de los invernaderos de la emperatriz para llevárselas más tarde a sus mujeres.

En las profundidades del parque, Vasiliev indica de nuevo con un gesto a sus hombres que se detengan.

Están ante una capilla pequeña.

El comandante apunta al frente con su fusil, pasa un buen rato evaluando la situación. No le gusta la sensación extraña de tristeza y desamparo que se cierne sobre aquel lugar, ni cómo sale el vapor por sus ventanas, ni cómo se estrellan incesantemente los insectos de todo tipo, de caparazón duro y de patas largas, contra los pocos vidrios que quedan en las ventanas.

—¿A qué esperáis? —grita a sus hombres—. ¡Adentro!

En la capilla cargada de humedad se encuentran ante ojos tristes, reprobadores. Iconos sobre estantes, en las paredes, pintados en el techo. Ojos tristes por todas partes. Un rayo espectral de luna se abre paso entre el vidrio roto de una ventana alta e ilumina un bloque de mármol que está a sus pies, encajado en el suelo, en el centro de la capilla.

Los hombres están callados, paralizados, no se atreven a respirar. Se suben las solapas de los abrigos para protegerse las orejas del viento huracanado que se abre paso hasta el interior. No temen a Dios, ni a Sus santos, cuya presencia sienten claramente en esta capilla. Lo que los aterroriza es aquel hombre misterioso cuya mirada acusadora atraviesa capas de tierra y de piedra, perforándolas hasta llegarles al pecho.

Están contemplando la tumba de Grigori Rasputin.

Vasiliev se tira del bigote.

—¿A qué esperáis? —dice—. A trabajar.

Los hombres, confundidos, se agitan sin saber qué hacer. ¿Cuáles son las órdenes?¿Qué espera de ellos su jefe?

Todos han oído contar la muerte de Rasputin. Saben que el primo del zar asesinó al monje, han oído hablar de la carta profética que dejó. Como todos los rusos, han visto cumplirse sus profecías.

Les da miedo profanar su tumba, temen que aquello podría acarrearles la venganza de Rasputin.

Vasiliev apunta con su fusil al mármol oscuro que tiene a los pies y dispara una bala tras otra.

Los hombres saltan para esquivar los proyectiles que saltan rebotados de la lápida. Toman posiciones ante una pared y siguen disparando. Las balas van mellando, una tras otra, la losa de mármol. Despacio, tranquilamente, como un fenómeno geográfico que podría tardar siglos enteros en cambiar las formas de la naturaleza, aparecen en la tumba fisuras como venas, que se ensanchan para formar arterias. Un quejido colosal sacude la pequeña capilla, y las arterias se abren dejando al descubierto un ataúd de roble en la tierra.

—¡Sacad su jodido cuerpo! —grita Vasiliev—. ¿A qué esperáis?

Saltan al interior de la tumba. Se debaten bajo el peso inesperado del ataúd. Sueltan maldiciones tras cada intento infructuoso de sacarlo de la fosa.

—En nombre del cielo, lo que hay dentro es un cadáver podrido, no es plomo —vocifera Vasiliev.

Bajan más hombres a ayudar. Pero el ataúd no quiere moverse.

Vasiliev salta a la fosa para arrimar el hombro.

Como si Rasputin hubiera estado esperando al comandante en persona, el viento amaina en el exterior, el ataúd se estremece, suspira y cede a regañadientes, y consiguen levantarlo y sacarlo de la tumba haciéndolo rodar.

El comandante, agotado, cubierto de mugre y de sudor, se sienta sobre el ataúd para recobrar el aliento. Se saca del bolsillo un cortaúñas y se recorta las uñas. Está de muy mal humor. No sabe bien por qué. Puede que sea por el frío. Puede que sea por la existencia misma de los Romanov. Se pasa la lengua por los labios cortados y sigue recortándose las uñas. Se echa el cortaúñas al bolsillo; se quita de la solapa el hueso de perro y se escarba con él los dientes. Las tablas en las que está sentado ceden con una serie de crujidos secos. El ataúd se hunde.

Vasiliev cae entre los restos podridos de Grigori Rasputin. Los hombres retroceden ante el hedor, ante los huesos, algunos envueltos en carne todavía. La cabellera larga, enmarañada, los dientes al descubierto en la calavera sonriente.

Rezuma del ataúd, burbujeante, un líquido de color indescriptible. Vasiliev se inclina hacia delante, sacudido por las arcadas, baña de vómito su abrigo. El hedor es espantoso.

Se yergue, toma una gran bocanada de aire, se limpia la boca

con la manga. Se agacha a coger un icono y una nota que está metida entre las tibias del cadáver. Observa el icono, le da la vuelta. Está firmado por la emperatriz; es un regalo de despedida que hizo al monje:

> *Mi querido mártir, dame tu bendición para que me siga siempre en el camino largo y sombrío que tengo que seguir aquí abajo. Y acuérdate de nosotros en tus santas oraciones, allí arriba. Alejandra.*

Vasiliev arruga la nota y vuelve a echarla en la tumba, con el icono.

—¡Afuera! ¡Vamos! ¡Buscad leña para hacer una hoguera!

Los hombres salen de la capilla. El frío resulta agradable tras el aire podrido del interior. Se apresuran a improvisar unas escobas con ramas para recoger algunos de los restos desintegrados y dispersos por la capilla y los amontonan junto a Rasputin, sobre una tabla del ataúd que ha quedado intacta. Sacan la tabla con su carga y la arrojan sobre troncos de pino que han recogido de los muchos montones de leña que hay por el parque, preparados para las chimeneas del palacio. Vasiliev vierte su vodka sobre la leña fina. Arroja una cerilla al débil fuego; después, otra. Los hombres retroceden. Esperan. Avivan el fuego dando aire con sus abrigos. La lumbre irá cogiendo fuerza.

Sale de alguna parte, de bajo tierra, un silbido vivo. Estallan lenguas de fuego. Puntas de flecha azules centellean en millones de dardos furiosos que se abren como un gran castillo de fuegos artificiales.

Rasputin está volviendo a la vida; está doblando la cintura. Se está sentando entre el fuego. Estira las piernas, y los restos de sus brazos se apoyan en el suelo para incorporarlo; dirige hacia ellos sus órbitas vacías. Los hombres, aterrorizados, huyen y corren a refugiarse tras los árboles.

—¡Volved! —les ordena Vasiliev—. ¡Rasputin está muerto! El fuego le encoge los tendones, y el cuerpo se le contrae.

Los hombres reaparecen uno a uno de detrás de los árboles, con las miradas clavadas en el cadáver de Rasputin, que se está retorciendo y fundiendo, desmoronándose. Los hombres, aliviados, se suben los pantalones, se unen de los brazos para formar un corro y bailan alrededor del fuego, que devora lo que habían dejado del monje los gusanos (pelo, carne y huesos), hasta que no queda nada.

El comandante escupe en la hoguera, se limpia la cara ennegrecida de hollín. Está satisfecho. Al fin se ha reducido al

silencio al monje loco.

—¡Buen trabajo! —dice a sus hombres para animarlos—. Traed las mangueras y apagad el fuego.

Los hombres buscan por el parque, recogen las mangueras que han dejado los jardineros y las conectan a bocas de riego. Atacan las llamas con chorros potentes de agua.

Pero parece como si el agua, en vez de extinguir el fuego, lo alimentara. Intentan ahogar las llamas con nieve y con barro, y después con sus abrigos. Pero el incendio cobra fuerza e ímpetu, se eleva más alto que las copas de los árboles y los ciega de humo y ceniza.

Pasa una hora, y el rugido del fuego y el hedor que lleva el aire despiertan al pope, que está en una capilla próxima. Temiendo que haya sucedido a los Romanov un percance desventurado, se levanta trabajosamente de la cama.

Desaliñado, con la sotana ajada y con olor a naftalina, con un frasco de agua bendita en una mano y el libro sagrado en la otra, se adentra en el parque.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta el pope, tartamudeando como un pajarito—. ¿Está a salvo la familia imperial?

El comandante registra los bolsillos del pope para cerciorarse de que no lleva ningún arma.

—No lo estará —dice— si tú no dices unas oraciones, o haces algo, lo que sea, para apagar este infierno.

El pope saca un frasco de una bolsa de papel, mete los dedos en el agua bendita y asperja las llamas, recitando el réquiem, repitiéndolo después una y otra vez, como el acto repetitivo de un desesperado.

—¿No ves que no da resultado? —grita Vasiliev—. ¡Haz otra cosa!

—Y si tu mano te escandaliza, córtatela; pues más te vale entrar en la vida manco que irte con las dos manos al infierno, al fuego que no se apagará nunca.

Dicho esto, el pope arroja al fuego el frasco de agua bendita, se vuelve y corre hacia el palacio.

Surge a borbotones de debajo del fuego un residuo oleoso, un líquido viscoso que zigzaguea entre los árboles y los arbustos cargados de nieve, se desliza bajo las matas y los arriates de flores en letargo invernal, serpentea hacia el Palacio de Alejandro.

Una sensación repentina de horror, una emoción desconocida, incita a Vasiliev a pasar a la acción. Se apresura a reunir a sus hombres y a apartarlos del peligro.

El hedor creciente a carne quemada asalta a Darya. Se ve por todas las ventanas una columna creciente de humo pútrido, penachos sulfurosos que ascienden en espiral y difuminan todos los límites que separan el cielo de la tierra.

Baja corriendo por las escaleras y cruza el pasillo inferior hacia el dormitorio del conde Benckendorff. Golpea la puerta.

—¡Despierte, señor! ¡Debe pedir ayuda!

A medianoche llega una cuadrilla numerosa de bomberos. Trabajan durante horas para sofocar las llamas, con agua, con sal, con tierra y con sustancias químicas de todas clases. Trabajando con picas de cuatro metros de asta intentan separar el fuego en hogueras menores, más manejables. Pero las llamas vuelven a unirse como cortinas magnéticas. Al amanecer, derrotados y cubiertos de sudor y de hollín, los bomberos recogen sus mangueras y sus herramientas.

—El palacio corre peligro —dice uno en voz baja—. Evacuad a la familia.

Una figura espectral se materializa tras los árboles del bosque, etérea, con un camisón fino del color de su cara pálida, con un ojo brillante que abre un sendero entre la oscuridad. Camina hacia un bombero que se ha quedado petrificado, le toma la manguera con una mano y, con la otra, le hace señal de que se retire. Con el pelo más oscuro que la noche, se apoya en un tronco de árbol; la silueta de sus muslos fluye bajo su camisón vaporoso. Con la manguera sujeta entre las piernas, dirige a las llamas un fuerte chorro de agua; la manguera se retuerce como un ser torturado; la fuerza la empuja a un lado y a otro, el camisón mojado se ciñe a su figura esbelta, el pelo le aletea sobre los hombros como alas de cuervo.

Las llamas giran, se retuercen y se abrazan como amantes en plena pasión, cambian de color, del cobalto al rubí y al oro líquido. Sin previo aviso, y sin dar ninguna muestra de perder intensidad, brota del fuego una vaharada enorme.

Los soldados revolucionarios, alarmados, huyen por el parque, dejando atrás sus mochilas, sus cuchillos, el vodka y el botín de lo que han robado.

De las madrigueras y de los arbustos salen corriendo conejos y ardillas, con el pelo erizado, dejando el rastro de sus huellas por la nieve al huir.

El ave del paraíso roja revolotea en lo alto, tentada de refugiarse tras el manto de humo de mal agüero que cubre el cielo; pero opta por volar en círculo y posarse en una rama helada.

La profecía de Rasputin de que desenterrarían su cadáver y

atormentarían su cuerpo tras su muerte se ha cumplido.

Capítulo 35

Poco después del *Gran Incendio,* como se acabó llamando a la exhumación de Rasputin, llega una esperanza en la persona de Alexander Fyodorovich Kerenski, ministro de Justicia del Gobierno provisional.

Este hombre modesto, sin bigote ni barba, que se ha comprometido a poner a salvo a los Romanov desciende del automóvil del depuesto zar que se ha elegido al azar de entre los del garaje imperial. Va al volante el chófer del zar, que se apresura a abrir la puerta del vehículo. Saluda militarmente a Kerenski como si este fuera el zar en persona, y después lo acompaña por la entrada de la cocina.

Kerenski, que lleva una camisa azul abotonada hasta el cuello, sin puños, con la mano derecha metida en la chaqueta, parece tan incómodo como un campesino vestido de domingo. Está tenso, brusco; los crujidos de sus botas anuncian su llegada a cada paso.

Se detiene a inspeccionar el entorno, dando golpecitos con los pies inquietos. Habla en voz alta, sin cesar; ahora se dirige al conde Benckendorff.

—Reúna a los soldados de la Guardia, a los criados y a toda persona que trabaje aquí.

El conde se quita el monóculo y lo inspecciona como si en la superficie de la lente pudiera aparecer proyectada la solución de aquellos horrores interminables. Se encuentra atrapado una vez más en una nueva situación espinosa. Al no quedarle otro recurso, se apresura a reunir en el vestíbulo a todos. Pero no a la emperatriz, ni a Alexei, ni a las grandes duquesas. Les ahorrará aquella humillación. El doctor Botkin, el cocinero, algunos criados, hasta el propio Vasiliev con sus hombres, se congregan alrededor del nuevo ministro de Justicia.

La voz de Kerenski se oye por todo el palacio, en los salones, en el Salón de Retratos, en el Salón Rojo y en el comedor, donde está almorzando la familia imperial.

—Ya no estáis al servicio de vuestros antiguos amos. Ahora servís al pueblo. El pueblo os paga vuestro sueldo y espera que tengáis los ojos abiertos y que deis parte de cualquier cosa sospechosa. Consideraos a las órdenes del comandante y de los oficiales de la Guardia.

Una vez concluido su discurso de esta manera revolucionaria, Kerenski se dirige a Benckendorff.

—He venido a ver cómo viven, a inspeccionar este lugar y a hablar con Nicolás Alexandrovich.

—Plantearé la cuestión a su majestad —responde lacónicamente Benckendorff, que no tiene intención de molestar a la familia durante el almuerzo.

—Antes, una vuelta por el palacio —dice Kerenski, adelantándose con tanta prisa como una ardilla a la que se le estuviera quemando la cola. Abre puertas al azar, entra en habitaciones y vuelve a salir precipitadamente, como si no llegara a tener claro por qué ha entrado allí siquiera ni lo que busca. Pasa a los aposentos privados del emperador, se planta en el centro de la sala para evaluar el entorno. Abre todos los cajones, inspecciona con gran curiosidad todos los rincones, mira bajo los muebles, observa el gran escritorio, la librería, saca libros encuadernados en piel para ver lo que hay detrás.

Después, sin previo aviso, Kerenski se vuelve hacia Benckendorff y le habla en voz baja, cosa rara en él.

—La mujer del ojo opalino...

—¿La *tyotia* Dasha?

—Sí, sí. ¡Quiero verla!

—Permítame que se lo haga saber —responde Benckendorff.

Pero Kerenski ya se dirige al vestíbulo a paso vivo, y Benckendorff se ve obligado a adelantarse corriendo y a conducirlo hasta los aposentos de Darya.

—Dispénsenos —dice Benckendorff señalando a Kerenski, que entra en la habitación tras él—. El ministro de Justicia, Alexander Fyodorovich Kerenski.

Kerenski se lleva una mano al ala de un sombrero invisible.

Darya hace caso omiso de su saludo. Le planta cara con su mirada opalina inflexible.

El zarévich está al fondo de la habitación, viendo una película que le regaló en tiempos mejores la productora cinematográfica Pathé. Darya había instalado un proyector que había sacado en secreto de la sala de proyecciones, y emplean una pared a modo de pantalla improvisada para exhibir una escena de una partida de

caza real, con caballos y perros, en la que se persigue a los legendarios bisontes.

Kerenski tose, se mete la mano en el abrigo, da unos golpecitos con los pies nerviosos, se vuelve hacia el zarévich como para tranquilizarlo, y dice:

—Todo marcha bien.

—¿Se puede retirar el zarévich, señor? —pregunta Darya.

—El exzarévich —la corrige Kerenski, frunciendo el ceño—. Se puede marchar. Necesito que me responda usted a algunas preguntas que formula el Partido.

—¿Qué puedo añadir yo, señor, a lo que ya sabe el Partido? —le pregunta Darya, después de haber cerrado la puerta tras la salida de Alexei.

—Muchas cosas, por supuesto. Usted ha vivido más de doce años con la familia. Está muy cerca de ellos. Pero la familia es otra cuestión. Ahora queremos hablar del salón artístico. ¿Por qué se suspendió? ¿Cuáles eran las tendencias políticas de los artistas?

Darya se clava las uñas en las palmas de las manos y se esfuerza por mantener la compostura.

—¿Los están investigando, señor?

—Sí, sí; así es.

—Pero, ¿por qué, señor?

—Por diversos motivos; entre ellos, por haber mantenido contactos sospechosos con los Romanov y con sus allegados más próximos. Y hay también la cuestión de cierta pintura que representa al zarévich en brazos de la Virgen. Las autoridades la han estado buscando. ¿Dónde está?

—No sé nada de tal pintura, señor —responde ella, sin la menor intención de conducirlo al Salón Lila—. ¿Se puede saber, señor, por qué haber tenido tratos con la familia imperial es una actividad sospechosa?

—Le ruego que se abstenga de hacer preguntas. Según tengo entendido, el salón era una tapadera que servía para explotar a hombres y mujeres impresionables para que engañaran a las masas con todo tipo de arte burgués y religioso.

Escupe las dos últimas palabras como si se hubiera encontrado una cucaracha en la boca.

—Y me han dicho que la pintura de la Virgen oculta mensajes políticos —añade.

Darya sonríe con amargura.

—Está usted mal informado, señor. La libertad y el apoyo que recibieron los artistas en aquella época fueron preciosos. ¿Sabía

usted que *Dioses asesinos y sus víctimas* sigue siendo la pieza más preciada del Museo Estatal Ruso? Esa escultura fue obra de Rosa Koristanova, y se creó aquí mismo, en el Salón de Retratos. Y *El uro rojo,* presentado en el teatro Mariinski, fue el *ballet* que ha tenido más representaciones de nuestra historia. Lo creó Igor Vasiliev, también en nuestro salón artístico. Supongo que no es preciso que le recuerde, señor, la fama internacional de los retratos de Avram Bensheimer. Así pues, si dar a luz algunas de las obras más importantes de nuestro arte contemporáneo es un pecado, acháquemelo a mí, y no a la familia imperial. Y en lo que a sus tendencias políticas respecta, los artistas resultaron ser, más que nada, unos vanguardistas en ciernes que encontraron un foro donde airear sus ideas revolucionarias. Me figuro que esto no le desagradará a usted.

Kerenski la evalúa con mirada de desconfianza.

—Parece que usted aprecia a los artistas, más todavía que a los Romanov...

—Por supuesto que no, señor —lo interrumpe ella—. Es solo que aprecio el arte y lo que ha hecho por nuestro país.

Él consulta su reloj.

—Antes de seguir hablando con usted, le pido que todo lo que digamos quede en secreto —dice a Darya—. ¿Queda entendido?

La sala está en silencio. Se oye el ruido sordo de un vehículo blindado ante el portón del palacio. Alguien intenta izar el puente levadizo de la isla privada; el chirrido metálico de las articulaciones da muestras de los desperfectos que ha sufrido. Darya se lleva la mano al corazón. Sus viejas cicatrices se niegan a curarse; le palpitan de dolor y le arden cada vez que se enciende un recuerdo de Avram. Avram había llegado a dominar el arte de izar ese puente levadizo con rapidez y eficiencia y en silencio, para no sobresaltar a persona alguna, ni siquiera a los cisnes, ni a los ciervos, ni a las aves del paraíso. ¿Volverá a funcionar ese puente algún día? Ahora está demasiado cansada para hablar, y asegura a Kerenski que comprende la necesidad de discreción.

—El Consejo de Ministros ha aprobado una resolución importante —dice Kerenski—. No debe llegar a oídos de nadie ajeno a la familia. La familia debe marcharse de Tsarskoe Selo.

—¿Por qué, señor? ¿Por qué? Aquí están a gusto.

—Sí, lo comprendo, pero ahora no se puede hacer nada. Tendrán que marcharse.

—Entonces, quizá se les permita instalarse en el Palacio de Livadia.

—¡No! Crimea está demasiado cerca de la capital. Sería peligroso. Yo soy responsable de ellos, y haré todo lo que esté en mi mano por alejarlos al máximo del peligro. No quiero ser el Marat ruso —añade, aludiendo a Jean Paul Marat, el revolucionario francés radical que hizo verter mucha sangre—. Debe eliminarse nuestro régimen absolutista, pero sin derramamiento de sangre.

Darya intenta tragarse el nudo que se le forma en la garganta.

—Entonces, envíenlos a Inglaterra, con el primo del zar, si es preciso. Eso está bastante lejos.

Kerenski se pasa una mano por la cabeza bien poblada de pelo.

—Ya veremos. Existe esa posibilidad, desde luego que sí. Dígales que empiecen a hacer el equipaje, pero sin hacer nada que pueda despertar sospechas.

Capítulo 36

— 13 de agosto de 1917 —

—¡Despídete de tu palacio, *gospodin polkovnik!* —grita al zar Vasiliev, con la cara grasienta y sin afeitar. Nicolás II aparta la vista del brazalete rojo de Vasiliev. En los últimos meses, a Nicolás le han llamado cosas peores que *gospodin polkovnik* (señor coronel), y ahora no piensa reaccionar delante de su familia que, reunida en el vestíbulo, aguarda el tren que, según Kerenski, los llevará a un lugar seguro, no saben cuál será.

La familia imperial ha forjado una extraña amistad con Kerenski, quien ha hecho todo lo posible para asegurar al Gobierno provisional la lealtad de Alejandra a Rusia y ha ordenado a los periódicos (el *Russkoe-Slovo*, el *Russkaia-Volia*, el *Rech*, el *Novore-Vremya* y el *Petrogradski Listok*) que pongan fin a su campaña contra ella. Nicolás piensa para sí que Kerenski no es mala persona, no es mala persona en absoluto.

Vasiliev levanta el fusil y clava la culata en las costillas de Nicolás II.

El emperador, sobresaltado, suelta un quejido y retrocede unos pasos, tambaleándose, aferrándose a su bastón para no caer.

Darya se lleva la mano al ojo izquierdo. Se está formando una grieta en el ópalo, una fisura delgada en el centro del globo. Durante las décadas posteriores, cada vez que vea en el espejo su ojo opalino quebrado recordará aquel momento vergonzoso, el momento en que Rusia perdió su alma.

Vasiliev esboza una sonrisa burlona, exhibiendo sus dientes podridos.

—Tú, ciudadana Darya Borosivna, puedes marcharte, a diferencia del señor coronel aquí presente.

—¿Dónde os lleváis a mi familia? —pregunta Darya.

—¡No es asunto tuyo! ¡Aprovecha tu jodida suerte, y lárgate!

—¿A qué debo este honor?

Vasiliev levanta tres dedos.

—¡Uno! A que apagaste el Gran Incendio. ¡Dos! De alguna manera, metes el miedo en el cuerpo a mis camaradas, y quieren que te vayas. ¡Y tres! A los rumores que corren de que eres una bruja maligna. De modo que, ¡vete! ¡Vete a joder a otra parte!

Darya yergue los hombros. Se cruza de brazos.

—Acompañaré a sus majestades hasta el fin del mundo —dice.

Vasiliev se parte de risa. Por fin, se repone y toma aliento convulsivamente. En vez de risa, tiene ahora un fuerte hipo.

—¡Vaya, vaya, camarada Spiridova! Entonces, no te asustes si te encuentras en el fin del mundo de verdad.

—En estos tiempos ya no me asusta nada. Ni siquiera el futuro tremendo que veo grabado en tu frente —responde Darya con calma.

A Vasiliev se le apaga el hipo en el pecho.

—Y ¿qué futuro es ese?

—Veo que el espíritu de Rasputin se cierne sobre ti y te persigue durante el resto de sus días. Veo que tú y los tuyos ardéis para siempre en fuegos mucho peores que el Gran Incendio que viste aquella noche. Veo que toda tu familia...

—¡Está bien! Basta de tonterías. ¡Quédate, si eres tan estúpida! —grita Vasiliev como si estuviera domando unos caballos salvajes —. ¡Muévete! Recoge tus efectos personales. ¡A ti te lo digo, camarada Spiridova! ¿A qué esperas?

Darya corre a sus aposentos; su prioridad más urgente es organizar el transporte del ámbar gris sin llamar la atención. Kerenski ha prometido que permitirá a la familia llevarse consigo sus objetos de valor. Pero, ¿cómo va a explicar lo que es el ámbar gris sin despertar el interés de los posibles ladrones? Opta por partir el ámbar gris en dos fragmentos, que guarda en sendas fundas de almohada que cose muy apretadas. Mete las almohadas en el fondo de dos maletas y amontona encima varias capas de ropa. Saca un baúl a rastras del almacén y lo deja junto a las maletas. Con la decisión terca de una niña rebelde, llena el baúl a rebosar de ropa colorida de todas clases: estolas de terciopelo, de armiño y de marta cibelina, vestidos tachonados de joyas con colas de gasa, faldas de damasco bordadas, ligerísimas, y guantes de cabritilla de textura de mantequilla que la emperatriz hizo traer de París. Darya se compromete a que, aunque la exilien al corazón de Siberia, donde se le helará la saliva en la boca y los inviernos le quebrarán en dos el ojo opalino, ella se empeñará en exhibir la opulencia imperial, que es como una espina que tienen clavada los revolucionarios.

El tren que debe transportar a la familia imperial y a su séquito

a un destino desconocido no llega. La noche de insomnio se alarga hasta la madrugada. Hay cajas, baúles y maletas amontonadas ante la entrada principal del palacio.

Alejandra, con los ojos secos, con el pelo recogido, está en el vestíbulo, sentada en una butaca, con la cabeza de Alexei en su regazo. Tira de un mechón de pelo que le cae al muchacho sobre la frente, lo recoge y se lo enrosca en el índice. Intenta de cuando en cuando dirigir una sonrisa triste a sus hijas, que, apiñadas a su alrededor, dormitan a ratos. Son unas jóvenes damas hermosas. Tienen por delante todo un mundo de posibilidades. Olga tiene veintidós años; Tatiana, veinte; María, dieciocho, y Anastasia ya ha cumplido los dieciséis. Si Dios quiere, les permitirán establecerse en Inglaterra con sus primos británicos, gozar de una vida tranquila, casarse y cuidar de sus propias familias.

Darya está sentada sobre su baúl, junto a sus maletas. Se lamenta en silencio, despidiéndose de Tsarskoe Selo, de los doce años maravillosos que ha pasado aquí, del ave del paraíso roja que no quiso huir la noche del Gran Incendio. Pero no es capaz de despedirse de Avram. El nudo que los une se estrecha a cada día que pasa.

¿Qué será de él ahora? ¿Qué será de todos ellos?

Kerenski mantiene una de tantas discusiones interminables por el teléfono, que se volvió a conectar en el vestíbulo para su uso personal.

—Señor, ¿dónde nos envía el Gobierno provisional? —le pregunta Darya cuando pone fin a la llamada.

—A Tobolsk —responde él distraídamente, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño—. El pueblo de Tobolsk no protestará porque se traslade allí a la familia. Siguen siendo leales a Nicolás Alexandrovich.

—Pero, ¿por cuánto tiempo, señor?

—Hasta que se reúna en noviembre la Asamblea Constituyente. Después, podrán volverse aquí todos ustedes. O irse donde quieran.

—¿Cuándo llega el tren?

Kerenski juguetea nervioso con las manos, como si acabara de descubrir que las tiene; se mete una en el bolsillo del pantalón y la otra por dentro de la chaqueta.

—No van a enviar ningún tren, señor. ¿No es así? —pregunta ella.

—El personal de los ferrocarriles es hostil —responde él. Se da la vuelta y se dirige, pisando fuerte, hacia el emperador, que se pasea de un lado a otro ante la puerta principal con las manos unidas tras

la espalda.

—Le pido disculpas por el retraso —le dice Kerenski—. Pero yo le aseguro que el Gobierno provisional ha garantizado su seguridad.

—Gracias, amigo mío —dice Nicolás, saliendo al exterior y pidiendo a Kerenski con un gesto que lo siga—. Quiero decirle que ha hecho usted todo lo que ha podido por nosotros. Y lo que suceda en el futuro será la voluntad de Dios.

Se oye a lo lejos el pitido de un tren que se aproxima.

Nicolás tiende la mano a Kerenski.

—Últimamente me siento cansado y viejo —le dice—, y espero pasar el resto de mi vida con mi familia en paz y en el anonimato. Pediré en mis oraciones que le vaya bien a usted.

—¡El tren está en la estación! —anuncia Kerenski al grupo del interior del palacio.

Se ordena a los criados que transporten los baúles y las maletas a la estación.

El sol de la mañana se esfuerza por atravesar la manta de humo que sigue arrojando una sombra triste sobre el pueblo. Los árboles están firmes como centinelas que ostentan medallas sin valor. Halcones de ojos de rubí echan a volar a lo lejos.

Dentro, Olga y María despiertan a Tatiana y a Anastasia, les componen el pelo con la mano y les dicen que es hora de marcharse. Olga arruga un pañuelo húmedo en la mano apretada, aparta el rostro de sus hermanas menores e intenta tragarse las lágrimas.

Alexei se ha quedado dormido en el regazo de su madre, y su spaniel ronca a su lado.

Darya, que espera con impaciencia un cambio que resuelva aquella espera sin fin, lo despierta sacudiéndolo con suavidad.

—Nos vamos, mi zarévich. Despídete de tu casa. Tómate el tiempo que quieras. No te asustes de los guardias.

—¿Vienes tú, Darya?

—Claro que sí. Estaré siempre a tu lado, vayas donde vayas.

La familia y su séquito se suben a los automóviles que los llevarán a la estación de ferrocarril. Kerenski toma asiento en el automóvil imperial que encabeza el convoy. Cosacos a caballo formados a ambos lados despiden al séquito, mientras los automóviles se ponen en marcha y salen velozmente por las puertas, arrojando gravilla hacia el Palacio de Alejandro, hogar de la familia imperial durante veintitrés años.

El conde Benckendorff está de pie en la puerta del palacio, con una mano levantada en postura de saludo formal y apretando en la

otra una medalla de San Nicolás de Bari que le entregó la emperatriz en muestra de gratitud.

Se quedará allí para velar por los asuntos personales del zar hasta la vuelta de la familia: mantener en orden el palacio, pagar a los pocos criados que se quedan y cuidar de que no se saqueen los objetos de valor y las obras de arte que se han conservado.

Capítulo 37

— 1918 —

Medianoche. Olga, Tatiana, Anastasia y Alexei, empapados por la llovizna incesante, se apiñan junto a Darya; sus cuerpos temblorosos buscan calor unos en otros. Apenas son capaces de mantener abiertos los ojos, por la falta de sueño y el cansancio del largo viaje de Tobolsk a Ekaterinburgo. Las muchachas tienen miedo; las piernas les duelen y les tiemblan. Su madre les ha dicho por carta que «dispongan de todas las medicinas según lo acordado», que según la clave y el plan que habían trazado previamente significa que se traigan todas las joyas que habían llevado de Tsarskoe Selo a Tobolsk y que la pareja imperial tuvo que dejar atrás, ya que solo les dieron una hora de aviso para desplazarse. Las muchachas tardaron varios días en preparar la tarea. Ahora, cargadas con el peso de su ropa, en la que llevan cosidos diamantes, esmeraldas, perlas y rubíes, apenas se tienen de pie.

El viento les arroja a la cara una ráfaga de lluvia como si fuera gravilla. Darya los rodea con los brazos. Se le ocurre que el odioso Vasiliev pudo tener razón, al fin y al cabo. Después de trece meses de arresto (cinco en el Palacio de Alejandro, de Tsarskoe Selo, y ocho en Tobolsk) parece que han llegado al fin del mundo.

A Nicolás, Alejandra y María los llevaron a Ekaterinburgo un mes antes. Alexei, incapaz de viajar, se quedó con Darya y con sus tres hermanas. Nagorny (el marinero que se encarga de llevar en brazos a Alexei), el doctor Botkin, el cocinero Kharitonov, el lacayo Troup y el pinche de cocina Leonid Sednev forman ahora un muro silencioso alrededor de Darya y de los hijos de los Romanov.

La casa que los contempla desde lo alto emite un aliento pútrido. Las piedras blancas de la fachada, ásperas por la violencia de la ciudad y mordidas por el tiempo, son amenazadoras en la oscuridad de la noche.

—¡Bienvenidos a la Casa de Propósito Especial! —dice con brusquedad un comandante revolucionario, uno de tantos que han

conocido en estos meses de exilio.

Están perplejos. ¿Qué dice ese hombre? ¿Qué es la Casa de Propósito Especial?

Darya se adelanta.

—Esta era la casa de Ipatiev, que yo sepa —dice—. ¿Qué es la Casa de Propósito Especial?

El comandante se mete un dedo en el oído velludo para aliviarse un picor.

—¡Ipatiev está *kaput!* ¡Se ha marchado! ¡Lo ha expulsado la oficina del Sóviet de los Urales! —dice, alzando la mano en una parodia de saludo—. Ahora están aquí Nicolás el Sanguinario y su mujer alemana.

A Darya le parece que la casa tiene un aspecto distinto. Con sus barrotes en las ventanas, sus cristales pintados y la cerca alta de madera que la rodea, parece más bien una cárcel que la bonita mansión que fue en otro tiempo. Su primer piso domina la animada Perspectiva Voznesenski. El segundo piso da a una alta colina que se levanta a lo lejos, sobre la que se levanta el Palacio de Diversiones.

Darya no es consciente de que el destino no tardará en tomarla del cuello y conducirla al palacio, donde a lo largo de los años, de muchos años, centenares de mariposas anunciarán un nuevo día y la harán salir de la cama el aroma del café de Criadito. No es consciente de que está hecha de una pasta más dura de lo que se imagina ahora, ni de que su constancia incansable y sus recuerdos tenaces la llevarán hasta una edad muy avanzada.

El guardia revolucionario entreabre los labios, mostrando una hilera de dientes de plata.

—¡Niño! Adelántate para someterte a un registro a fondo.

Darya nota que las muchachas se apiñan más contra ella, oye el rumor de la sangre en sus venas, el fuerte latido del corazón de Alexei; oye a Joy, la spaniel del muchacho, que da saltitos y gañe alrededor de ellos.

No se ha apartado ni un momento del lado de Alexei, ni durante el viaje fluvial a bordo del vapor Rus, ni en la estación de ferrocarril de Tiumén, donde el comisario intentó separarla de Alexei, ni cuando estaba también Nagorny, fuerte y dispuesto a ayudar. Ella misma llevó al niño al camarote del vapor, al vagón de cuarta clase, al final mismo del tren. No está dispuesta a separarse de él ahora. Mira al comandante con furia. Él le devuelve otra mirada furiosa. Darya habla con voz cortante como un cuchillo.

—¡Regístrame a mí, si te atreves! O apártate y déjanos pasar.

El comandante se saca del bolsillo un guijarro liso, le da vueltas como si su decisión estuviera escrita en la piedra. Se pasa la piedra de una mano a otra y se la vuelve a guardar en el bolsillo para otra ocasión.

—Debes de estar cansado —dice a Alexei—. La noche ha sido larga. Está bien; pasa si quieres. Bastará con tus hermanas.

Se frota las manos frías.

—¡Adelantaos, muchachas!

Olga y Tatiana dan la impresión de estarse encogiendo, como si las pesadas joyas las apretaran y las oprimieran por todas partes. La lluvia ha arreciado, empapándoles la ropa, amenazando con poner de relieve las formas de las piedras preciosas.

Darya se planta delante de las grandes duquesas. Alzando los brazos hacia el cielo húmedo, clava en el comandante su ojo opalino quebrado, hunde las mejillas, frunce la boca, y escupe una llamarada de chispas a la cara del hombre.

—¡Fuego! ¡Fuego!

La voz chillona del comandante lo precede mientras este retrocede, vacilante, dándose manotazos en la cara, en la cabeza, en las orejas. Tambaleándose, llega hasta un charco embarrado y mete dentro la cabeza como si le estuviera ardiendo el pelo.

—¡Déjalo, Darya! —le implora Alexei, asustado—. No nos dejará ver a papá y a mamá.

—¡No temas! —dice Darya—. He tenido que darle un escarmiento; de lo contrario, nos habría hecho la vida imposible aquí.

Se inclina y recoge del suelo unas semillas rojas.

—Son granos de granada que llevo en el bolsillo para casos como este. Me las eché a la boca cuando no miraba. Un hombre inocente habría reaccionado de otro modo.

Toma de la mano a sus pupilos y los lleva hasta la Casa de Propósito Especial.

En la casa, en los meses de verano van pasando días cada vez más horribles. Las pocas cartas de parientes y amigos en el exilio ya no llegan a la familia. Tampoco llegan los periódicos locales, que Nicolás solía aguardar con impaciencia, aunque eran pocos e infrecuentes.

Su única fuente de información son los periódicos viejos en los que llegan envueltos el pan y los huevos que les envían las monjas de la población, los recortes de revistas en el retrete, una nota de un

amigo oculta en una cesta de fruta, pero, sobre todo, datos viejos y rumores procedentes de los guardias.

Se enteran de que el káiser alemán, primo de Nicolás, permitió el regreso a Rusia del exiliado Vladimir Lenin, y de que este hombre está causando estragos, fomentando la rebelión, incitando a todos los trabajadores a que tomen las armas. Se libra una guerra civil, el ejército rojo contra el ejército blanco. Nadie sabe quién mata a quién ni quién está ganando la guerra.

Se oye a lo lejos, día y noche, el retumbar lejano de la artillería.

Los revolucionarios, temiendo que alguien haga señales desde dentro de la casa, pidiendo ayuda a algún soldado blanco partidario suyo o a un monárquico que cruce la Perspectiva Voznesenski, no permiten a la familia abrir ninguna puerta ni ventana, y han encalado todos los vidrios de las ventanas, con lo que el calor queda atrapado y las habitaciones se convierten en hornos infernales.

Alexei está perdiendo peso y pasa casi todo el día en la cama, con Joy acurrucada a sus pies. Como Vasiliev le confiscó sus miniaturas en Tsarskoe Selo, se entretiene con trocitos de alambre, restos de metal y una maqueta rota de un barco.

El brebaje de ámbar gris que le aplica Darya a las piernas atrofiadas no resulta tan eficaz a falta de vino viejo de Livonia, aceite de almendras dulces, vetiver, hachís o raíz de jengibre. Buscando desesperadamente una curación, se pasa horas enteras mezclando todos los ingredientes añejos que encuentra en la cocina: hojas de eucalipto secas, una ramita de canela, corteza de limón, incluso sal, añadiéndolas al ámbar gris fundido, hasta que las cazuelas se ponen negras y el olor alerta a un guardia, que irrumpe en la cocina y le manda salir de allí.

Alejandra y Nicolás dan clase a sus hijos. Estudian los clásicos, practican francés, hablan de política. Las muchachas hacen punto, ganchillo, bordan o remiendan la ropa.

Rezan juntos, la familia, los criados, el médico, el cocinero y Darya. Piden en sus oraciones comida que no sea pan negro y té. Piden unas botas nuevas para Alexei. Piden que se les conceda ir al retrete sin sufrir acoso, injurias y obscenidades, sin tener que sufrir las caricaturas groseras pintadas en las paredes que representan a la emperatriz y a Rasputin en posturas horrorosas. Pero piden en sus oraciones, por encima de todo, la salvación; piden la victoria del ejército blanco anticomunista; piden que si les quedan parientes y amigos, estos oigan sus oraciones y los libren de esta humillación.

Y todos lloran juntos. Lloran a Nagorny, el fiel custodio de Alexei, al que detuvieron por haber impedido que otro guardia

robara al niño su cadena de oro, lo metieron en la cárcel y lo ejecutaron.

Lloran cuando los revolucionarios celebran la caída del Gobierno provisional, compuesto de liberales de la última Duma. Lloran la caída de Kerenski y la ascensión de Lenin, que está destrozando sistemáticamente sus últimas esperanzas de libertad.

También celebran cosas juntos. No los cumpleaños, que pasan sin grandes alharacas. La emperatriz cumple cuarenta y seis años; el emperador, cincuenta. Alexei tiene trece años. Celebran las pequeñas libertades diarias. Que les permitan pasearse por el jardín por las tardes, aunque sea ante los ojos torvos de los guardias. Aunque Alexei, prácticamente inválido, se quede sentado en silencio en una silla, con su compañera, la perrita spaniel, roncando a sus pies. Celebran los paseos, que les sueltan las articulaciones entumecidas. Nicolás lleva su guerrera de oficial, aunque le han quitado las charreteras. Alejandra se apoya en un bastón, tiene casi encanecido del todo el pelo que lleva recogido, arrugas profundas alrededor de la boca.

Celebran la bendición de estar juntos.

Capítulo 38

— 16 de julio de 1918 —

Yakov Yurovski sube a paso vivo las escaleras que llevan al segundo piso de la Casa de Propósito Especial. Tiene las manos hundidas en los bolsillos de su capote militar, que lleva abotonado hasta la barbilla; la boca, cerrada con fuerza. La espesa cabellera rizada, las cejas pobladas y el bigote y la perilla cuidadosamente recortados arrojan sombras negras sobre su cara delgada.

Se detiene ante el cuarto de Nicolás y Alejandra, el dormitorio que han compartido con su hijo durante los cinco meses que han pasado aquí. Mira fijamente la puerta. No le gusta. Es miembro de la Policía Secreta bolchevique, respeta el orden, espera que lo obedezcan; pero, a pesar de las instrucciones estrictas de que todas las puertas deben permanecer abiertas, esta está cerrada. Parece que solo se mantiene una ilusión de orden, a pesar de que él ya lleva doce días al mando, después de haber despedido al inútil del comandante anterior y a sus hombres indisciplinados.

Se saca del bolsillo la mano izquierda. Llama a la puerta golpeándola con el puño cerrado. Se aparta de la puerta antes de volver a hundir la mano en el bolsillo para acariciar el frescor duro, tranquilizador, de su revolver Colt. Espera. Se tira de las mangas del capote. Silba por lo bajo, sin melodía, una marcha guerrera.

Entornan la puerta. Nicolás se asoma con ojos de alarma. Susurra, a disgusto; no quiere despertar a su mujer y a su hijo enfermo.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Pido disculpas por la intromisión —responde Yurovsky, dando muestras exageradas de respeto—. Debido a los disturbios en la población, es preciso trasladar a todos al piso inferior. Es peligroso estar en el piso superior mientras haya disparos por las calles. Les ruego que se vistan lo antes posible.

—¿Hay novedades? —pregunta Nicolás.

—El ejército blanco ha pasado a Siberia. Están ganando terreno

al ejército rojo.

—Siberia es muy grande, amigo mío. Los blancos tardarán mucho tiempo en llegar.

—Ya están en la ciudad —responde Yurovski en voz baja, con pesadumbre, con discreción.

Nicolás hace todo lo posible por disimular su entusiasmo. Al parecer, ese *bum, bum* de la artillería que los ha estado desvelando las últimas noches pertenece al ejército blanco.

Habían tenido noticias del avance del ejército blanco en una nota escondida en una cesta de huevos que les enviaron las monjas dos días antes. Pero la situación geográfica de Ekaterinburgo, en el corazón de Siberia, y su población numerosa de rojos bolcheviques ponían al ejército blanco en situación difícil, y la victoria parece poco probable.

Alejandra, que tiene una más de sus pesadillas, se despierta con sobresalto. Se frota los ojos, se incorpora sobre un codo.

—Aprisa, debemos prepararnos. Los blancos han invadido la ciudad. ¿Lo ves? ¿No te lo había dicho? ¿No te había dicho que nuestros generales nos salvarían? Vienen de camino. Aprisa. Vístete.

—¿Es posible? —pregunta ella mientras su marido la ayuda a levantarse—. Nuestro amigo vela por nosotros desde arriba. Bendita sea su alma.

Yurovski golpea las cinco puertas entreabiertas de los dormitorios, despertando al resto de la familia y a su personal; les ordena que se vistan y que se reúnan en el pasillo.

Hecho esto, tose dos veces, se pasa la lengua por los labios delgados, se recuesta sobre la balaustrada del rellano y espera. De vez en cuando se tira del bigote y da golpecitos en la balaustrada con sus uñas largas, un *tap, tap, tap* de impaciencia que se oye en el dormitorio de las grandes duquesas y alarma a estas todavía más.

Darya, como si se dispusiera a asistir a una velada imperial, elige sin prisas un vestido de damasco fino, un chal de guipur bordado y un sombrero de ala ancha con plumas. Despacio, tranquilamente, se pone el vestido por la cabeza, siente cómo se desliza sobre su piel el rico damasco, cómo le acaricia el chal los hombros desnudos, cómo la abraza el sombrero como un amante perdido hace mucho tiempo. ¡Su Avram! Se quita, uno tras otro, el sombrero, el chal, el vestido. ¿Qué llevaba puesto hacía quince años, cuando se bañaron juntos por primera vez en el *banya?* Revuelve tejidos ricos y coloridos, vestidos con abalorios, capas bordadas, chales de crepé fino, zapatos blandos de ante y de piel, hasta que encuentra lo que buscaba. Hunde el rostro en el chal de

gasa, inspira el aroma de eucaliptos y de deseo, se abotona el vestido de raso de seda con abalorios que la abraza con la misma suavidad que la abrazaba Avram, desliza los pies en los zapatos de ante tachonados de perlas, se hunde las manos en el pelo y se suelta los rizos en los que él le susurraba. Rehúye el espejo. No quiere ser testigo de los estragos que han causado los últimos meses a su ser de treinta y un años.

Recoge una de las almohadas de ámbar gris que ha llevado consigo de un lado al otro y se la aprieta contra el pecho como un escudo protector antes de salir de su cuarto. No se fía de Yakov Yurovski, no se cree una sola palabra de lo que dice, no sabe dónde se los llevará. Los dieciséis meses de exilio le han enseñado la importancia de estar siempre en guardia y dispuesta.

Nicolás y su hijo, vestidos con ropa militar sencilla, blusas, pantalones, botas y gorra cuartelera, esperan en el pasillo. Alexei está en brazos de su padre, sujetando la almohada que su madre le dijo que llevara consigo siempre.

—¿Dónde está Joy? —pregunta Alexei a Darya—. ¿Me la buscas?

—Ahora no, amores. Después.

—Pero a Joy no le gusta nada dormir fuera.

—Solo unas horas, amores, te lo prometo.

El doctor Botkin, Demidova, el cocinero Kharitonov y el lacayo Troup se reúnen con la familia.

El médico se sitúa junto a Nicolás.

—Majestad, ¿qué pasa? —susurra.

Nicolás le da un golpecito en el brazo, con expresión tranquilizadora.

—Nada malo.

—¡Hagan el favor de seguirme! —dice Yurovski con tono tranquilo, correcto—. Vamos a bajar.

La exuberancia esperanzada de la procesión produce a Darya un escalofrío que le recorre el espinazo. Los ojos del emperador han recuperado su aire juvenil, y sonríe al ver cómo intenta su hijo despejarse las últimas telarañas del sueño. La emperatriz, alta y esbelta, está majestuosa, y, a pesar de tener que apoyarse en su bastón, camina con elegancia. Las grandes duquesas (Olga, de veintidós años; Tatiana, de veintiuno; María, de diecinueve, y Anastasia, de diecisiete), con vestidos blancos arrugados, parecen una guirnalda de ángeles soñolientos.

Van en silencio. Nadie protesta. Nadie pregunta nada. Les da fuerza el porte de Nicolás y Alejandra, que recuerda tiempos

imperiales.

Darya se pone detrás del rígido Yurovski, escruta su actitud distanciada, su espalda rígida, sus manos muy hundidas en los bolsillos. Cuenta los veintitrés escalones que descienden hasta el sótano, los cuenta con fanatismo de amante, de integrista religiosa, de loca que se aferra a sus últimos jirones de razón. Los conducen a otra escalera que desciende hasta lo más hondo de la casa.

Afloja el paso, se pone a la altura de Nicolás.

—Majestad, esto no me gusta —le dice—. No podemos ir a nada bueno. Somos once. Podemos reducirlo. Huir a la calle.

—¡Obedece las órdenes! —responde Nicolás con severidad—. Ya vienen a ayudarnos.

—Suplico a vuestra majestad que nos permita intentarlo. ¡Esto no es nada bueno! La boca me escuece de ceniza amarga. Este hombre es peligroso, majestad, os lo ruego, escuchadme.

—¿Les puedo ayudar en algo? —pregunta Yurovski, volviéndose.

Darya lo mira fijamente a los ojos.

—Me estaba ofreciendo a llevar al zarévich. No está bueno.

—¿Lo puedo llevar yo?

—No, gracias. Yo me basto —asegura Nicolás al comandante.

Recorren un largo pasillo que conduce a una habitación del sótano.

Yurovski se detiene junto a la puerta. Mira la procesión con sus ojos oscuros, cuenta a las personas con voz tranquila. Abre la puerta y se aparta, indicándoles que entren.

—Todos, por favor. Gracias, sí, muy bien. Usted también, camarada Spiridova. Dese prisa, por favor. No haga esperar a los demás.

Pasan uno tras otro a una habitación pequeña del sótano, vacía, con papel pintado en las paredes. En un muro se han hecho dibujos obscenos. La emperatriz, en posturas indecentes con Rasputin. Las grandes duquesas, en los brazos de desconocidos. Por una única ventana con barrotes se ve el cielo sin luna. Una nube de mosquitos azota con las alas el vidrio de la ventana, mojado por la lluvia. El aullido de un viento de verano que se está levantando se cuela por las grietas.

—¿Cómo? ¿No hay sillas? —exclama la emperatriz, dando una primera muestra de intranquilidad—. ¿No podemos sentarnos?

Yurovski saca la cabeza por la puerta y pide a gritos dos sillas. Toma las sillas que le pasan por la puerta entreabierta y las dispone en el centro. La emperatriz se instala en una silla, y el emperador sienta suavemente a su hijo en la otra.

—En Moscú, la gente teme que ustedes se hayan escapado —dice Yurovski—. Una fotografía, para demostrar lo contrario. Camarada Spiridova, le ruego que se quite el sombrero. No le veo la cara. Gracias. Así está mejor. Usted quédese de pie aquí, y usted aquí, allá, ante la pared del fondo; gracias. Un poco más a la derecha, por favor —dice, apartando de una patada el sombrero que Darya le había echado a los pies.

A Darya le asignan un lugar tras la silla de Alexei.

Mirando a Yurovski con furia, se planta delante del muchacho.

—A su majestad no le gusta que le hagan fotografías —gruñe—. ¿De qué servirá una fotografía? No va a huir sin sus padres.

—¡Darya! —le ordena el zar—. Detrás de Alexei. ¡Ya!

Ella se tira del colgante, que ha sobrevivido a los muchos ladrones y bandoleros que se han encontrado por el camino hasta llegar allí; tira con fuerza hasta que la cadena le corta la piel, le hace brotar sangre de la nuca. Sin prisa, rodea la silla de Alexei y se sitúa detrás. Nicolás está de pie junto a ella, tras la silla de la emperatriz.

El grupo de once personas está dispuesto cuidadosamente en dos filas ordenadas, a distancias regulares, con las dos sillas más próximas entre sí, un poco más hacia el centro.

Yurovski retrocede, ladea la cabeza, evalúa la pose que ha preparado.

—Será una foto muy buena. Buenísima. La gente verá que ustedes están a salvo. Que no se ha escapado nadie. Sí; ya están preparados.

Asoma la cabeza por la puerta y llama al fotógrafo.

Darya pone las manos en los hombros frágiles de Alexei.

—Escúchame, Alexei Nikolayevich Romanov. No te preocupes, ni por un momento. Cuando salgamos, te llevaré a Petrogrado, al teatro del Hermitage. Cenaremos en el Podval Brodyachey Sobaki. Conocerás a artistas y poetas famosos, e iremos...

Se abre la puerta. Irrumpen once hombres armados.

Darya suelta un pequeño quejido de dolor. Se lleva las manos a la cabeza como si la arrastraran de los cabellos, como si le ardiera el ojo, como si se le fundiera la carne en los huesos. Allí está la Antigua, que ha vuelto después de siete años; no se revuelve ni está cubierta de velos ondeantes, sino que es un bajorrelieve en la pared. «¿Por qué me abandonaste?», grita Darya dentro de su cabeza. «¿Cómo pudiste despedirte sin más y dejarme, después de revelarme los actos de Atalía? Me prometiste que me guiarías y que velarías por mí. Me prometiste que me advertirías de las tragedias en

ciernes. ¿Es que no viste nuestro futuro sombrío?».

La Antigua pone la mirada triste en Darya. Una sola lágrima le reluce como una cuenta de cristal en el ángulo del ojo izquierdo. Apenas mueve los labios pálidos, pero Darya la oye claramente, ve que señala la almohada de ámbar gris que lleva Darya en los brazos.

Arrebata por detrás a Alexei su almohada y pone en el regazo del muchacho la que llevaba ella.

—Sostenla como un escudo, amores, apriétatela con fuerza contra el pecho. El ámbar gris te protegerá.

Yurovski se adelanta al centro de la habitación llena de gente, que apesta a sudor, a miedo y a odio. Lleva en la mano izquierda una nota, la derecha metida en el bolsillo. Se encara con Nicolás II.

—En vista de que sus parientes persisten en atacar a la Rusia soviética, el Comité Ejecutivo de los Urales ha ordenado su ejecución.

—Dios santo, ¡ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es esto? No lo entiendo —exclama Nicolás, volviéndose hacia su familia, y después, de nuevo, hacia el comandante. Se le marcan las venas del cuello, tiene la cara tan blanca como la funda de la almohada que lleva su hijo en el regazo.

Yurovski se saca bruscamente del bolsillo la mano derecha y apunta al zar con su revólver Colt.

Una bala disparada a bocajarro echa hacia atrás la cabeza de Nicolás y le revienta el cráneo. El cuerpo le tiembla de pie antes de derrumbarse de lado sobre Darya. Ella sujeta el cuerpo, se aferra a aquel peso muerto, se niega a soltarlo, mientras sus gritos se mezclan con otros.

Todo el pelotón abre fuego. El humo y el olor acre de la pólvora llenan la habitación. Alejandra y Olga intentan santiguarse. Una salpicadura violenta de la sangre de ambas ciega a Darya. Suelta el cuerpo de Nicolás.

Las bayonetas hacen crujir los cráneos y los huesos. Los cuerpos caen unos sobre otros. Se abren los vientres, se rompen los cráneos, saltan los sesos. Los cuellos y las extremidades se doblan y adoptan ángulos grotescos. Las balas rebotan en la almohada que Darya aferra contra su pecho y la impulsan hacia atrás. Cae de costado. La están enterrando. Enterrando en un montón de cadáveres, con la cara apretada contra el suelo de tarima, con sabor a sangre y a ceniza en la boca, con humo en los ojos.

Pasos veloces por todas partes. La puerta se cierra de golpe. Darya se esfuerza por quitarse de la cara una mano sin vida. Los dedos de Alejandra, bien cuidados. Darya la suelta con un quejido

silencioso. Se esfuerza por respirar, por moverse bajo el peso de los cadáveres, por buscar una pistola, una bayoneta, algo que le sirva para poner fin a sus sufrimientos. Fragmentos de hueso la hieren en la mejilla. Un pie se le clava en la axila. Pasa el tiempo. Tiene la almohada apretada contra la cara. Las esmeraldas, los rubíes y los diamantes son visibles a través de los orificios de las balas. ¡Señor! ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho, por Dios? No debería haber intercambiado su almohada por la del zarévich.

Las joyas escondidas en la almohada habían servido para protegerla de las balas.

¿Y si el ámbar gris no ha salvado a Alyosha?

Oye el chirrido de la puerta al abrirse, el crujido de las botas que se acercan, ruido de cadáveres arrastrados. Abre la boca para pedir que la rematen de un tiro, pero de su garganta solo sale un borboteo no humano.

La ataca una bocanada de aire rancio. Alguien la toma de los hombros. Le retiran la almohada de la cara. Un hilo de perlas cuelga de un agujero que tiene la funda de la almohada.

Ella toma la almohada y vuelve a hundir en ella el rostro, incapaz de hacer frente al humo, al hedor, al mundo maldito.

La levantan de un charco de sangre pegajosa, la aprietan con fuerza contra un abrigo basto cuyos botones se le clavan en el pecho, una barba áspera le roza la mejilla, la oreja, una mano se le mete entre el pelo.

—¡Suéltame! —chilla al hombre de la barba amarilla, el pelo revuelto y los ojos de loco—. ¡Alexei! Respóndeme. ¡Amores! ¿Dónde estás, Alyosha?

Vuelve su rabia contra aquel hombre, lo abofetea, le asesta patadas.

Se libera y se arroja hacia una bayoneta que está apoyada en la pared.

Él la sujeta por la cintura y la arrastra hacia atrás. La está apretando contra él, sus manos poderosas la tienen presa, ella siente su aliento en el cuello. Se vuelve y le golpea el pecho con los puños, con la cabeza, le muerde en el cuello.

—Amor mío, amor mío —exclama él entre su pelo, mojándole el cuello con sus lágrimas—. Soy yo, Avram. ¿Qué te han hecho? He venido a salvarte. ¡Ven! Te llevo conmigo.

Capítulo 39

La noche sin luna tiembla con las descargas próximas de la artillería. De cuando en cuando, el cielo se inflama con una llamarada de fuego de cañones. El ruido de las botas que marcan el paso, de los vehículos, de los disparos y de los soldados es más fuerte, y también lo es el olor a basura podrida.

Avram Bensheimer lleva a Darya sobre un hombro, serpenteando por las calles secundarias y las callejas de la ciudad para evitar los puestos de control, los vehículos blindados y las avenidas más peligrosas. Pisa algo resbaladizo, pierde el equilibro y se cae contra el muro de un edificio.

Darya suelta un grito de dolor.

Él recupera el equilibrio y sigue corriendo, respirando aprisa, sintiendo con regularidad en el pecho el impacto de sus pasos sobre el asfalto.

Ella se queja, retuerce las manos contra el aire, contra sí misma, contra el mundo.

—¿Dónde está Alexei, Avram? ¿Dónde está?

—No lo sé, Darya. De verdad que no lo sé —murmura él entre la oscuridad—. Te llevo a un lugar seguro. Sabía que estarías en Ekaterinburgo con los Romanov. Por eso me alisté en el regimiento del ejército blanco que ha llegado hasta aquí.

—¡Alexei! —grita ella con voz desgarrada—. ¡Alyosha!

—¡Chist! —le advierte él, al oír pisadas de botas que se aproximan—. No saques las joyas de la almohada.

Rodea rápidamente una esquina, entra en un callejón y se refugia en un portal.

Pasa un batallón de soldados en formación; va en cabeza un hombre grueso que hace ondear una bandera que, por lo demás, cuelga flácida entre el calor bochornoso. Una descarga de artillería desde algún lugar próximo arroja un resplandor fantasmagórico sobre los rostros de los hombres, con ojos inyectados en sangre, labios secos y quebrados, pelo sudoroso y enmarañado. Un perro

manchado de sangre sigue a los soldados cojeando, intentando seguir el paso de un caballo sin jinete.

Está descendiendo una aurora gris sobre las colinas circundantes cuando Avram deja por fin a Darya en tierra y se agacha para recobrar el aliento.

Ella reconoce el bosque de abedules, tilos y cedros que la rodea, de belleza sobrecogedora y que, invadido por esta aurora siniestra, parece más desamparado que un barco fantasma ente la bruma.

—Aquí estarás a salvo —dice él—. Al menos, de momento. Vamos, no te quedes aquí parada. Es peligroso.

Al ver que está débil y es incapaz de andar, la sujeta con más fuerza y la conduce hasta el Palacio de Diversiones, abre la puerta de una patada y la ayuda a pasar.

Un olor a cerrado los recibe en el umbral. Es un pasillo largo que ahora está casi vacío. Los huevos de Fabergé de la vitrina han desaparecido. También han desaparecido las alfombras persas. Ya solo quedan algunas pinturas, un tapiz y retratos de la familia imperial. También está la colección completa de los libros de la familia: una biografía de Pedro el Grande, volúmenes de Chéjov, las *Fábulas* de La Fontaine, un volumen de *Cuentos de Shakespeare* y el cuento favorito de los niños, *El pájaro de fuego*. También estos los saquearán ante sus ojos en un futuro próximo, mientras ella sea joven e inexperta y no haya aprendido todavía a utilizar su ojo opalino y su lengua maldiciente para poner en fuga al enemigo.

Avram señala la almohada que sujeta ella con fuerza contra el pecho.

—Deja las joyas —dice.

Enciende una luz. Se acerca más a ella y la toma de los hombros. Se sobresalta al verle el ojo quebrado.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Quién? ¡Dímelo!

Ella se cubre el ojo con una mano.

—No tiene importancia, Avram. ¡Ahora no!

—Te lo han hecho los bolcheviques, ¿verdad? ¡Los voy a matar! ¡Voy a matar a tiros a todos esos bastardos!

—No te molestes, Avram. Ya te he dicho que no tiene importancia ahora.

Él se besa la punta del dedo índice y le toca con ella el ojo.

—Me marcho, Darya. No me gusta nada dejarte sola, pero aquí estarás a salvo. Todo el mundo te tiene por bruja. No se acercarán. Escúchame. Voy a volver a la Casa de Propósito Especial. Buscaré a Alexei.

Ella no lo aparta de sí cuando él la envuelve en sus brazos. Se

siente frágil entre ellos, como si la más mínima presión la fuera a romper en mil pedazos.

—Voy contigo —le dice.

—¡No! Es demasiado peligroso. Tengo que hacerlo yo solo.

Ella se queda mirando fijamente la puerta que él ha cerrado al salir, sin molestarse en echar la llave; se ha quedado en un palacio que conoce bien, todos sus rincones, todas sus habitaciones, los amplios terrenos que lo rodean y por los que vagaban en tiempos Alexei y ella descubriendo milagros a cada paso: las hierbas aromáticas que aplastaban en las palmas de la mano, la ardilla voraz que amaestraron con puñados de nueces, el *banya* que convirtieron una vez en un gran estanque para hacer navegar los barcos de vela de juguete, el almendro dulce al que se subieron para ahuyentar al gato de ojos malévolos que solía aparecer de improviso y asustaba a Alexei.

La necesidad de lavar la sangre, las visiones, el hedor de la pólvora, es abrumadora. Ordena a sus piernas que den pasos vacilantes, titubeantes, hacia ninguna parte. Se le enredan los pies en la falda. Pierde el equilibrio, da trompicones como una borracha. Entra en el baño de invitados que da al jardín, que es un atajo para llegar al *banya*. La bañera de alabastro está manchada de goterones de velas, de espuma de afeitar, de cabellos. El nicho sobre la bañera está despojado de sus botes de cristal; las bombillas desnudas reflejan pesar en el espejo que está más abajo.

Hace frente en el espejo a su imagen, que ha estado evitando desde que los exiliaron de Tsarskoe Selo. Mira con atención su ojo desencajado, aterrorizado. Observa fijamente, durante largo rato, el ópalo, quebrado como su corazón y rodeado por un marco de salpicaduras de sangre seca.

La sangre de ellos.

Capítulo 40

Pasan dos días, y Avram se presenta en la puerta llevando en los brazos dos sacos que deja a los pies de Darya. De uno de los sacos extrae amuletos, iconos rotos, una cruz de esmeralda rota, piezas sueltas de una cerradura, prendas de ropa, monedas de cobre, clavos, papel de plata y una Biblia.

—He encontrado estas cosas en la casa de Ipatiev; pensé que querrías tenerlas.

—¿Y Alexei? —pregunta ella; el dolor de su ausencia sustituye al sabor a ceniza de su boca.

—No lo he encontrado —miente Avram, dispuesto a protegerla, sabiendo que ella no descansará mientras no lo haya visto en persona—. Pero no voy a rendirme. Te lo prometo. Por la ciudad corre el rumor de que mataron a Nicolás por orden del Sóviet provincial, y se llevaron al resto de la familia a diversos escondrijos.

Ella se pliega dentro de sí misma como un abanico roto.

—Mataron a tiros al zar y a la zarina ante mis ojos. También a Olga. ¿No lo viste?

—¡No! Puede que se hubieran llevado los cuerpos antes de que llegara yo.

Avran intenta abrazar a lo que queda de Darya.

—Chist, querida —le dice—. Vamos, come algo. Has perdido demasiado peso.

A ella se le revuelve el estómago con solo pensar en la comida. Cae de rodillas y extiende la mano para hojear la Biblia de la emperatriz; algunas páginas están arrancadas; otras contienen muchas anotaciones; hay hojas y flores secas prensadas entre las páginas.

—También he encontrado esto —dice él, sacándose del bolsillo una bolsita.

Ella reconoce el paquete de semillas que le envió Rasputin. «No sirve de nada», piensa por un instante para sus adentros, sintiendo en la boca el hedor acre de la culpabilidad. ¿Por qué se ha

molestado en llevarlo de un sitio a otro? No tiene intención de sembrar nada, ni de dar vida a nada, ni ahora ni nunca.

—Y esto —añade Avram, extrayendo del saco la almohada de Alexei.

Ella se la arrebata de la mano, la vuelve de un lado, de otro, la inspecciona durante largo rato. La funda está acribillada a balazos. ¿Qué ha hecho? ¿Por qué hizo caso a la Antigua? ¡No debería haber intercambiado su almohada con la de Alexei!

Se lleva las manos a los ojos. Se le ocurre una cosa. Ase la almohada, mete cada dedo en un orificio de bala, tira y rasga la funda para dejar al descubierto el ámbar gris que contiene.

Levanta el ámbar gris hacia la luz, lo vuelve y lo observa por todos lados.

—¡Dios todopoderoso! —exclama—. Mira, Avram, ven a ver esto. ¡Alexei Nikolayevich está vivo! ¡Es un milagro! En el ámbar gris no hay orificios de bala. ¡Lo salvó! ¡No olvides este día, Avram! ¡Juro por las almas de mis padres que no descansaré hasta que haya encontrado a Alexei Nikolayevich y lo haya puesto en el lugar que le corresponde, como monarca absoluto de todas las Rusias!

Darya retrocede de pronto, gritando. Uno de los sacos, olvidado a sus pies, se retuerce y se acerca hacia ella.

Avram se apodera del saco y desata la cuerda de un rápido movimiento.

Sale de un salto la perrita spaniel del zarévich.

—¡Ay, Joy, mi cosita preciosa! —exclama Darya—. ¿Por qué estás tan callada? ¿Por qué no ladras ni meneas la cola? Lo viste todo, ¿verdad? Te has quedado muda, Joy; sí, eso es lo que te pasa.

Se vuelve hacia Avram, que está de pie a su lado, con los sacos vacíos colgándole de las manos como dos cadáveres flácidos.

—Gracias —le dice, haciéndole un gesto con la mano derecha como para despedirlo. En el dedo de Darya brilla la sortija de ópalo de Avram—. Ahora, vete a buscar a Alexei.

A él se le iluminan los ojos.

—¿Todavía llevas mi anillo?

—No me hables de anillos —responde ella, metiéndose la mano en el bolsillo.

Él señala con un gesto de la cabeza los objetos que están dispersos alrededor de los dos.

—Voy a guardar estas cosas.

—¡No! Ya las guardo yo.

—Entonces, te ayudaré yo —responde él, siguiéndola hasta el dormitorio de Alexei, donde ha pasado ella los dos últimos días sin

querer ver el resto del palacio, pues cada uno de sus rincones le recordaba su pérdida.

El dormitorio es grande, con ventanas altas que dominan el jardín. Brilla el sol por el cristal, cubriéndolo todo de un manto dorado. La brisa mueve los periódicos y panfletos que dejaron allí los revolucionarios. Una página rasgada se queda prendida en una rama baja. Un cuervo se posa en la hoja de periódico y empieza a graznar, hasta que aparece, no se sabe de dónde, un gato callejero y ahuyenta al ave.

Un tren mecánico de juguete sigue montado en sus vías; la locomotora roja está volcada. El bastón del emperador está colgado de un gancho por su empuñadura de águila bicéfala. En una mesa redonda están expuestas fotografías de la familia imperial: Nicolás II con sus oficiales; Alejandra al piano en el Salón Lila; la familia a bordo del yate imperial, en una excursión por la costa de Finlandia; Nicolás con Jorge V, que después se negó a dar asilo a sus primos los Romanov.

Darya deposita su carga en la cama. Va levantando sucesivamente los pantalones de Alexei, los azules de marinero con ribetes, los de franela gris con vueltas, se los lleva a las mejillas, los huele, los dobla con el máximo cuidado. Toca con los labios su uniforme de gala, los dos agujeros pequeños de la manga derecha, su chaqueta de esmoquin, a la que le faltan los pantalones y cuyas solapas han perdido el brillo; inspira su aroma de niño inocente; mira los dos pares de calcetines que tuvo que remendar varias veces la emperatriz. Los recoge uno en otro, los acaricia con las puntas de los dedos.

—No te abandoné —dice Avram mientras ella se dirige al armario llevando la ropa de Alexei como si llevara un niño en brazos—. Los bolcheviques me detuvieron. Fue un error poner en duda nuestra forma de Estado tradicional. Yo no sabía que la alternativa sería mucho peor. Caí en las redes de varios artistas, creí que ellos reformarían nuestras estructuras envejecidas. Poco me figuraba que cambiaría el rumbo y que los mismos artistas se pondrían a predicar cosas absurdas, como que el surrealismo cultiva la locura y fomenta la decadencia, que el impresionismo es antisocial y distrae a los ciudadanos con fantasías... y así sucesivamente, hasta que mi propia percepción de las cosas se distorsionó.

Se da una palmada en la frente como si quisiera imponerse violentamente algo de sentido común.

—¿En qué estaría pensando? —sigue diciendo—. De pronto,

parecía como si las coreografías de Igor, los cuadros de Belkin, hasta las caricaturas de Dimitri, proyectaran la realidad de nuestro estado político.

Darya va disponiendo con precisión, una a una, las cosas de Alexei en los estantes del armario donde sigue colgado todo un vestuario completo de los vestidos de noche de Alejandra: uno de terciopelo crema, cuajado de perlas; otro de seda vaporosa de color melocotón, con bordados de todas clases; mantos con ricos brocados y tachonados de piedras semipreciosas; todo tipo de tafetanes, sedas y grogren.

—Un año después, o puede que solo fuera unos pocos meses después de que tú cerraras el salón, mi obra empezó a sufrir críticas porque traicionaba al pueblo. Me ordenaron que aplicara mi talento a temas antimonárquicos. Yo no sabía si reírme a carcajadas o escupirles a la cara. Hice las dos cosas. Dimitri Markowitz me denunció a las autoridades. Estuve preso nueve meses, entre miles de prisioneros de guerra. Y una noche nos liberaron. Hacíamos falta para reforzar uno de los muchos regimientos del ejército blanco antibolchevique. Habían llegado noticias de que se había trasladado a la familia Romanov a la casa de Ipatiev. Yo sabía que te encontraría allí. Por eso me alisté en el regimiento que se dirigía a Ekaterinburgo.

Darya levanta la vista al rostro de Avram, que está demacrado, callado y muy distinto del hombre al que ella amó. También ella ha cambiado, es incapaz de perdonar, una mujer moribunda que atesora su resentimiento como un combustible que la mantiene viva. Se retira del rostro los rizos revueltos, se acerca a Avram y, poniéndose de puntillas, le echa los brazos al cuello. Junta su boca con la de él, con fuerza. Una fuerza salvaje que los sorprende a ambos.

Capítulo 41

Después de pasarse dos meses y trece días crujiendo y aullando, el palacio empieza a asentarse alrededor de Darya. Se han refugiado ratas en todas las grietas y rincones; duermen metidas en sus agujeros y roen todo a lo que pueden echar el diente. Como ella, viven de los alimentos secos y enmohecidos que dejaron en la cocina los del ejército blanco. Cuando las ratas han limpiado hasta la última miga, sus pisadas leves y sus ojos hambrientos la siguen por todas partes.

Darya tendrá que arriesgarse a salir a las calles hostiles; de lo contrario, las ratas la devorarán viva.

Toma su ámbar gris, sube por las escaleras y va por el pasillo hasta el salón; mira con rabia la cabeza disecada de un bisonte que está montada sobre la puerta, en cuyos ojos vidriosos ve reflejadas todas sus desventuras. Retira los fragmentos de vidrio de la botella rota de vodka que encontró en el salón el día anterior o el otro, que descorchó, apuró y estrelló contra la chimenea. Evita el espejo de marco dorado que está sobre la repisa de la chimenea y que proyecta el rostro triste de una mujer de treinta y un años que ha perdido las ganas de vivir. Se arrodilla para asomarse por el tiro. A pesar de las ratas, y de que hace años que no la limpian, la chimenea se encuentra en buen estado. No obstante, Darya envuelve una escoba con un trapo y barre los restos de hollín que quedan de la última vez que se empleó, tres años atrás, en la celebración del aniversario de bodas de la pareja imperial.

¡Qué noche aquella! La familia imperial y sus ciento cincuenta invitados llevaban ropajes del reinado de Catalina la Grande. Con pelucas levemente empolvadas, soportando el peso de los ropajes con remates de armiño, tachonados de piedras semipreciosas, las mujeres pasaron delante, airosas, llevando vestidos relucientes de hilo de plata con figuras de águilas. Sobre los amplios pechos brillaban reproducciones de la cadena de la Orden de San Andrés. Los hombres lucían cascos con ricos plumajes, uniformes con

galones dorados, cargados de medallas, charreteras que denotaban sus altos rangos. Treinta y una salvas de artillería disparadas desde la fortaleza de Vladivostok sacudieron Ekaterinburgo. La multitud los aclamaba y se apiñaba alrededor del palacio, deseosa de ver fugazmente a los invitados que iban llegando en carruajes descubiertos, arrastrados por caballos ataviados con galas de la misma época. Hubo un concierto, seguido de baile, con coreografía de Joseph Kschessinski, del *ballet* imperial.

Ahora solo queda la lámpara de araña desangelada sobre el escenario, la máquina que producía los sonidos del viento, el trueno y la lluvia y el aparato que sube el foso de la orquesta para que el salón pueda servir de sala de baile. También están los sofás y los sillones Luis XVI revestidos con tapices de Aubusson, así como el tapiz francés gobelino y la alfombra de seda, regalo del sultán del Imperio otomano, Abdul Hamid II.

Envuelve los dos bloques de ámbar gris en capas de tela, se pone en cuclillas en el hogar y los oculta en un nicho interior de la chimenea. Al salir, antes de cerrar la puerta con llave, mira a un lado y a otro como en busca de intrusos, de espíritus entre las sombras quizá.

Vuelve a la cocina, en el piso inferior, desplazando las capas de polvo de la balaustrada. Abre un armario, después otro, mueve un paquete de judías secas, tarros de mermelada vacíos, un bote de champiñones encurtidos mohosos; pasa la palma de la mano por los estantes. ¿Qué busca? ¿Por qué está en la cocina! ¡Ah, sí! Ya lo recuerda. Abre un cajón y rebusca entre una colección de cuchillos de todos los tamaños. Elige el más grande, un cuchillo de caza que ella había visto afilar al cocinero, que lo empleaba para trinchar las piezas de caza.

El sótano en que se guardaban antes las provisiones de la familia, arroz, patatas, cebollas, champiñones secos y alimentos enlatados de importación, ahora está atestado de cajas vacías. Darya revuelve las cajas buscando lo que ella misma escondió allí hace días, o hace meses, no lo sabe con certeza porque el tiempo ha perdido todo sentido; mientras ella vaga por las habitaciones, no transcurren los días ni las noches, ni le importan. ¡Allí está! La almohada de joyas que estaba buscando. La extrae de detrás de una caja. Sale huyendo una cucaracha. Ella la aplasta bajo su zapatilla.

Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas e introduce con fuerza la punta del cuchillo entre las tablas de la tarima, las va soltando una a una. La tierra húmeda, bajo las tablas, apesta a gusanos, moho y podredumbre. Echa a un lado el cuchillo, que cae

de plano sobre una caja. Excava con las manos desnudas, retira terrones, cuya tierra se le mete bajo las uñas.

Ensancha la abertura de la funda de la almohada y va extrayendo una joya tras otra; entierra cada pieza como si realizara una ceremonia religiosa; no un funeral, eso no, porque está segura de que algún día se las devolverá a su propietario legítimo.

Entierra el collar de perlas que llevó la zarina el día de su boda, un brazalete de oro que se puso cuando el zar volvió del frente oriental, el anillo de rubíes de la buena suerte, un cinturón de perlas del mar del Sur, el collar de diamantes rosados que llevaba Olga en el viaje a bordo del *Standart,* cuando la familia navegó desde Peterhof por la costa del Báltico, el brazalete de ópalos que regaló a la gran duquesa María cuando cumplió los doce años, y una cruz de esmeraldas a la que la emperatriz tenía un cariño especial y que se ponía en las ceremonias religiosas. Va enterrando uno a uno sus recuerdos para que estén a salvo en la tumba somera; apoya la palma de la mano sobre la tierra para comprimirla y deja allí la mano como haciendo una promesa; después, pone las tablas en su sitio y amontona encima las cajas.

Registra el armario del piso superior, acaricia los vestidos formales que guardaba allí la emperatriz para ocasiones especiales. Elige un vestido bordado de *voile* con mangas con volantes, el cinturón con cuentas que compró ella para la emperatriz en una tienda de antigüedades, y un sombrero con plumas de color lavanda.

Provista del bastón del zar, con el sombrero bien calado sobre los ojos, sale a las calles de Ekaterinburgo, cubiertas de hollín.

Vacila al ver los edificios acribillados a balazos, los camiones militares detenidos en la calle Malysheva. Banderas rojas por todas partes. Brazaletes rojos. Carteles con puños amenazadores alzados como otras tantas maldiciones. Carteles del San Jorge rojo, Leon Trotski, matando al dragón contrarrevolucionario blanco. Saludos que le hacen daño en los oídos: «Salud, camarada». «Buenos días, comandante». ¿Es que solo queda ella para llorar la muerte de un imperio? Los rusos terminarán por despertarse, cuando sea demasiado tarde y estén huérfanos, y no sabrán lo que los ha destruido ni para qué.

Frunce los labios al ver la casa de Ipatiev, posada sobre una colina, todavía rodeada de su cerca como la empalizada de un fuerte.

—¡Maldición y perdición! —grita, sin dirigirse a nadie en concreto, soltando por la boca una nube de cenizas que ascienden

en espiral y flotan en lo alto como un halo, y caen después como una lluvia y se le posan en el sombrero, en los hombros, en los labios.

Entra en la tienda de alimentación del barrio.

—Chico, dame una hogaza de pan. Y también una barra de mantequilla de oveja, y un bote de yogur amargo —manda, como si siguiera siendo la *tyotia* Dasha del zarévich, y como si el tendero, un joven de gruesos labios con pelusa en la barbilla, fuera su criado.

—Ahora mismo, excelencia —balbucea él, apresurándose a preparar el pedido y envolverlo, sin ser capaz de apartar los ojos de ella. No ha visto nunca una mujer tan llamativa, con un ojo tan extraño, dorado y translúcido. Con restos de ceniza plateada en la boca regordeta, pero tan frágil que parece a punto de disolverse ante los ojos atemorizados del tendero. Este tiene el impulso inexplicable de caer de rodillas y llevar el rostro a los ricos pliegues de su vestido. En vez de ello, extiende la mano, vacilante, para aceptar su dinero.

Ella le deja caer en la palma de la mano una astilla de esmeralda rota de la cruz de la emperatriz.

—¡Toma esto a cuenta! No es vidrio; es esmeralda. Úsalo con prudencia, o te traerá mala suerte.

Está convencida de que en cuanto ella haya salido de la tienda, el tendero dará rienda suelta a la lengua y difundirá el chismorreo de que hay en el barrio una bruja joven con un ojo opalino, y hará una crónica exagerada de sus poderes sobrenaturales, lo que será una bendición para ella porque meterá el miedo en el corazón del populacho, que así no se acercará al Palacio de Diversiones, a cuyo alrededor se reunían no hace tanto tiempo las multitudes para gozar de la música exquisita que salía por sus ventanas.

Darya sale de la tienda mirando al frente, impaciente por huir de las calles y callejones empapados de sangre, de las banderas y brazaletes que parecen manchas de sangre, de los edificios que son espectros humillados de lo que fueron.

—Hechizos, señora, filtros de amor, semillas para la magia —le chilla al oído un buhonero astroso, de largos cabellos, que la sigue, acercándosele demasiado.

Ella levanta el bastón y golpea en el hombro al adolescente.

—Déjame en paz, chico. Vete a otra parte.

Sigue su camino con una idea que le da vueltas en el fondo de la mente. «¿Dónde había oído hablar ella de *semillas para la magia,* o cosa parecida?» La idea le perfora el cerebro como un gusano pertinaz mientras serpentea por las calles y callejas sombrías hasta

llegar al palacio, donde va directamente a la cocina.

Vuelca sobre la encimera la bolsa de provisiones. De pie ante la pila, rompe un pedazo de pan y lo mastica sin saborearlo. Llena un vaso de agua en la pila y hace bajar el pan con el agua.

—Semillas para la magia —repite en voz alta—. Semillas para la magia.

Y recuerda entonces la bolsa de semillas que le dio Rasputin, con la nota que decía:

> *Quiero que tengas estas semillas mágicas para tu jardín y para tu alma. No las compartas con nadie. Guárdalas a buen recaudo hasta que las necesites. No te diré cuándo ha llegado ese día. Tú lo sabrás.*

¿Dónde había dejado aquel paquete Avram? Registra el palacio, habitación tras habitación; vuelve a la cocina para buscar en los cajones, en los estantes, dentro de los hornos, tras las persianas y cortinas, en los alféizares. ¿No había traído Avram el paquete con los objetos de la familia que había encontrado en la Casa de Propósito Especial? Entra en el cuarto de Alexei. El paquete de semillas está sobre la mesa, junto a fotografías de la familia imperial. Lo coge y sale al jardín.

El sol está alto, brilla con fuerza brutal, funde las pocas manchas de nieve que quedan. Los ruidos de la ciudad se oyen como si vinieran de algún lugar lejano. Un ave aletea, chilla, se posa en una corteza de árbol. Darya se pregunta qué será de las aves del paraíso.

Se pone en cuclillas, cerca de la tierra húmeda, a cavar sin prisas unos hoyos que no tienen por qué ser profundos, labra la tierra con un azadón antes de que haga falta, acarrea agua en cubos cuando bastaría con la manguera que tiene allí cerca. Mientras se siga moviendo, la rabia no dejará lugar a la desesperación.

Siembra el regalo de Rasputin, semilla a semilla, todo el día, temiendo la llegada inevitable de la noche, profunda y oscura como su duelo.

Cuando se pone el sol y el zumbido de los insectos ocupa el lugar del rumor de la ciudad, se dirige a su cama, con el cutis salpicado de picaduras, rojo e irritado del sol. Se hunde en un sueño intermitente que reproduce los sonidos y las imágenes, el silbido de las balas, los chasquidos de los huesos, los crujidos de los cráneos, los suspiros de los pulmones que se hunden.

Se despierta sobresaltada y se incorpora en la cama con la expresión angustiada de una mujer que ha vivido horrores en sueños. Se protege con la mano los ojos de la luz del sol, que entra a

raudales por la ventana. En el alféizar está posado un gato gordo, de ojos malévolos, que aúlla. Tiene levantada la cola sensible, el pelo moteado cubierto de mariposas minúsculas.

«Qué criatura tan extraña», piensa ella para sí, sin saber todavía que aquel visitante inesperado ha asustado tanto a Joy que la perra huyó a la calle. Se echa una colcha sobre los hombros y se acerca a la ventana. Suelta una leve exclamación de sorpresa.

El jardín que ella había sembrado el día anterior está invadido de nubes de mariposas. Sus alas opalescentes tiemblan sobre una alfombra de bayas; saltan alegremente, zigzaguean y ascienden, revolotean y giran, se ponen vientre arriba agitando las finas patitas al aire en un *ballet* de borrachos.

Las semillas de Rasputin han producido, de la noche a la mañana, una cosecha de bayas gruesas y jugosas que salen de la tierra como globitos blancos.

Sale al jardín y se abre camino entre la nube resplandeciente de mariposas, levantando un leve olor a podredumbre. Le gusta esta invasión, esta inversión del falso equilibrio de la naturaleza. Arranca una baya con raíz y todo, desecha el tallo y oprime la pulpa entre el índice y el pulgar. Un jugo lechoso le mancha los dedos. Lame el jugo picante, pegajoso, prueba su sabor bajo la lengua, notando cómo se le frunce el paladar.

Rasputin había predicho que ella agradecería algún día un don que le permitiera poner fin a las pesadillas, a la desesperación. Ella no podría haber pedido un regalo mejor que unas bayas venenosas.

Se pone en cuclillas entre las bayas; centenares de mariposas la abanican con sus alas tiernas, se le posan en las pestañas, se le meten entre los rizos, le suspiran al oído. Ella, con temeridad aturdida, hasta con alegría, arranca una baya tras otra y se las echa a la boca.

Suspira, cierra los ojos y se tiende, con la boca llena del dulce sabor de la tierra y del olvido. Ya no oye las detonaciones de las armas, no ve el cráneo del zar que revienta, las manos de la emperatriz que se levantan para hacer la señal de la cruz, a Alexei que hunde la cara en la almohada.

Alzando los ojos al cielo, exclama:

—¡Gracias, padre Grigori!

El sol se abre camino hacia lo alto. El aire huele a podrido y a gasolina. Darya tiene la espalda pringosa de bayas aplastadas. Le duele todo, la cara, los huesos, pero sobre todo el pecho, como si se hubiera pasado toda la noche al relente. Está tendida abierta de piernas y de brazos sobre la alfombra de bayas, que de momento le

mitigan el dolor; el gato adicto de ojos verdes malévolos está roncando a su lado.

Se pone de pie, se limpia la ropa húmeda y entra en la casa.

Todo está distinto. Las pantallas de las lámparas con volantes de seda, las repisas de las chimeneas y la butaca de Berger están cubiertas de mariposas. Revolotean bajo su falda, colgada de un gancho en la puerta, y la hinchan como si estuviera llena de papel de seda. Hace varios intentos de ahuyentarlas, sin mucha energía, de agitar una toalla para dirigirlas hacia la ventana abierta. Levanta los brazos al cielo.

—Ay, ¿qué más da? Quedaos vosotras también. Invitad a todos los insectos y a todo el reino animal si hace falta.

Tres golpes en la puerta le llenan de pánico el corazón. ¿Ha oído pisadas de botas, el clic de una pistola? Esos bastardos han tardado bastante en encontrarla. Pues bien, ya están aquí por fin. Va a la puerta y la abre de par en par, como dando la bienvenida.

Allí está Avram, que le dedica un gesto sonriente de disculpa. Su capote militar es del color del barro; lleva alzado el cuello desgastado para ocultar su rostro pálido, con la gorra calada sobre los ojos. A Darya se le ocurre que, a pesar de todas las penalidades que ha sufrido Avram, sus ojos moteados de verde han conservado una parte de su chispa.

—Quiero estar contigo —dice—. Esconderme contigo en el palacio.

—Si tú quieres... —dice ella—. Pero así te perderás la posibilidad de luchar por tus ideas.

—Te echaría de menos demasiado —responde él.

Ella se encoge de hombros y se aparta para dejarlo pasar.

Él deja junto a la puerta una caja de herramientas y sus materiales de pintura. Abre la caja y saca candados, cadenas y cerrojos de todo tipo. Los clava por toda la puerta, probando cuidadosamente cada uno de ellos, aunque sabe que hará falta algo más que candados y cerrojos para aislarse de la locura que corre por las calles.

Una vez terminada su tarea, sigue en silencio a Avram escaleras arriba hasta el pasillo del piso superior, con sus magníficos estucos y sus paredes que lucieron en tiempos las pinturas más destacadas de la época; la sigue hasta el teatro de forma ovalada, con sus columnas corintias, donde la familia imperial organizaba ricas producciones teatrales, y cuyas paredes conservan todavía los ecos de la música, de las risas y de los aplausos.

Ella se instala en una silla y se recoge las rodillas contra el

pecho.

—¡Píntame, Avram! —le dice—. Capta mi dolor.

—Posa para mí como lo hacías antes, mi judía del ojo opalino —dice él, como si siguieran siendo amantes en Tsarskoe Selo y él fuera el artista más consumado del salón.

—Es distinto —murmura ella—. Nada es igual.

Él, sin pérdida de tiempo, monta el caballete, mezcla los colores y mide el lienzo. La contempla con una intensidad angustiosa. Toma el pincel y emprende la tarea de pintar su retrato, con la pasión de un moribundo que tiene los días contados.

Ella sale de su dormitorio día tras día para pasarse horas en la intimidad del caballete, y más horas de pie, a cierta distancia, examinando las pinturas que hace él y que la representan a ella entre sinagogas en ruinas, entre cadáveres con kipás ensangrentadas, y entre niños hambrientos, esqueléticos. Rasga un lienzo tras otro y vuelve a empezar, como si quisiera poner orden en el caos que tiene en la cabeza. Es una sombra de lo que fue, y solo es capaz de crear a base de someterse a una disciplina tremenda, y con la ayuda de las bayas alucinógenas que le administra ella.

Cuando ella parece perdida en el pasado, incapaz de comer y de beber, él le abre la boca y le echa una baya, le da de comer una cucharada o dos de yogur endulzado con miel, de arroz muy cocido, de champiñones adobados, o una loncha de salmón ahumado que él va a comprar al joven tendero, que tiene la tienda abierta hasta muy entrada la noche. Le da de comer como a una niña, día tras día, hasta que a ella empieza a asentársele el estómago revuelto y se le asoma algo de vida a los ojos.

Avram limpia sus pinceles, dispone un lienzo y se pone a aguardar como lo ha hecho durante las últimas semanas, esperando que ella lo mire a los ojos como hacía antes, que se recueste en el sofá, quizá, o que se acurruque en posición fetal en la alfombra, abrazándose tal vez las piernas contra el pecho y apoyando la barbilla en las rodillas. Algo, lo que sea, con lo que dé muestras de estar presente, aunque a ella no le importe.

—Así es imposible trabajar —se queja por fin, después de rasgar otro retrato que no lo satisface—. Algún día volverás a confiar en mí, incluso a amarme, quizá. De momento, intenta mirarme si puedes. Al fin y al cabo, todavía llevas mi anillo.

Ella se plantea decirle que sigue llevando el peso del anillo de él a modo de penitencia por haber arrojado de sí a su hijo, al hijo de los dos, como si hubiera sido un tumor que no era suyo. Pero le

costaría demasiado esfuerzo explicárselo; de modo que se encoge de hombros, se recoge en sí misma todavía más y, desmadejada y con los ojos secos, aparta la mirada de él.

Pasa otra semana, un mes, una década quizá, y la vida sigue adelante en el exterior como si el mundo fuera el mismo y como si tuviera importancia qué leyes se proclaman y quién las proclama. Lo que tiene importancia es la esperanza de que, algún día, alguien le traiga noticias sobre la suerte que ha corrido el zarévich.

Es domingo por la tarde, y hay nubes negras suspendidas a lo lejos, entre la bruma; la fuerte lluvia azota los vidrios de las ventanas del salón del piso de arriba como si estuvieran arrojando guijarros. En el interior, el aire tiene el olor a incienso rancio que dejó el ámbar gris quemado con el que untó Darya un diente que le dolía a Avram, por la costumbre que ha adquirido este últimamente de rechinar los dientes.

Avram está absorto en la tarea de mezclar una paleta de colores para luces: un poco de vainilla perlada, limón pálido y un toque de rojo transparente. Elige un pincel pequeño del tazón donde los tiene de todos los tamaños, acaricia el retrato de Darya con unas leves pinceladas, lo centra en el caballete, y después retrocede, entrecerrando los ojos para echarle una última mirada. La calma que sentía cuando remataba una obra de arte es cosa del pasado, de una época en que él organizaba sus días sobre la base de los gestos con que ella lo premiaba, ladeando la cabeza, separando los labios exuberantes, sonriendo con sus ojos fascinantes. Ahora no hay más que angustia y la necesidad inexplicable de inspirarla o de dejarse inspirar por ella, la necesidad de cambiar algo.

Retira el retrato del caballete y lo dispone sobre el espejo de marco dorado de la repisa de la chimenea. Los ojos de la Darya del retrato observan el mundo desde todos los ángulos, desconcertados unas veces, tristes otras, pero siempre con una admiración perpetua hacia el pintor. No la ha pintado como está hoy, tapada y acurrucada en el sofá, sino como la recuerda de tiempos mejores, en un desnudo glorioso, profundamente enamorada y despojada de toda inhibición.

—¿Te gusta? —le pregunta.

—Mucho —responde ella.

Él le estrecha el rostro entre sus manos grandes y se la queda mirando, más tiempo del que ella es capaz de soportar.

—Perdóname, amor mío —dice—. Tengo que marcharme. Tengo que luchar contra los bolcheviques; de lo contrario, no me soportaré a mí mismo. Están matando a mi gente, a todos y cada uno.

Darya no le pregunta por su lealtad hacia ella. No le dice que su genio comprometido le había llenado las horas vacías. No le dice que cree que si quiere marcharse es por su carácter inquieto y porque sabe, como ella, que en aquel entorno de ruinas no es posible alimentar el amor.

Avram se recoge un rizo tras la oreja.

—Pase lo que pase, mi reina, no te olvides nunca de este judío.

Levanta la mano de Darya y apoya los labios en la arteria que le palpita en la muñeca, se retira y hace un saludo militar como el de los cosacos de la Guardia Imperial.

—Cierra con llave cuando me haya marchado —dice, antes de perderse entre la niebla espesa.

Capítulo 42

— 1991 —

—Y esta es mi historia —dice Darya por fin a la gran duquesa Sofía Sheremetev.

En las altas ventanas, la fuerte luz del sol de Crimea ha dejado paso a un crepúsculo gris. El final del día trae consigo un frío inesperado que a Darya se le mete en los viejos huesos. Se rodea el cuerpo con los brazos y espera. Tiene la lengua pesada de la carga del pasado; los recuerdos levitan a su alrededor como el humo del cigarrillo de la gran duquesa. Ahora que ella ha cumplido su parte del trato, espera que la acompañen a ver al zarévich inmediatamente; de lo contrario, abrirá la boca y dará rienda suelta sin más a la impaciencia que se le está acumulando.

La gran duquesa forma un anillo de humo perfecto, aplasta el cigarrillo en el cenicero.

—Gracias, Darya Borisovna. Ya sé que es difícil recordar tragedias como estas; pero ahora que conozco las propiedades mágicas del ámbar gris, comprendo por qué cree que podría haber sobrevivido el zarévich.

Darya se echa el bolso bajo el brazo y se pone de pie.

—No es que crea, es que sé que sobrevivió. ¡Y voy a verlo ahora mismo!

Darya espera a que los ojos se le acostumbren a la luz tenue de la biblioteca con paredes revestidas de caoba. El corazón le palpita con fuerza en el pecho. Teme que le falle, que se rinda en el momento más inoportuno, después de ciento cuatro años. Recorre la sala con la vista, los volúmenes de enciclopedias en las estanterías, con lomos de aspecto antiguo con dorados, un samovar que borbotea en un rincón, una colección de relojes dorados en un par de vitrinas. Pasa un momento tranquilizándose, inspirando el aroma de los libros forrados en piel, que la transporta al estudio del emperador, donde el zarévich gateaba bajo el escritorio de su padre y jugaba con las miniaturas de Tamara Sheremetev.

Se oye el roce de una silla sobre el suelo de parqué, y alguien se levanta tras el escritorio. Darya parpadea, incapaz de confiar en sus ojos, incapaz de aceptar este giro devastador del destino. Estaba segura de que iba a encontrarse cara a cara con el zarévich en persona; pero este hombre alto y delgado, con traje de lino arrugado y un corbatín azul al cuello, es demasiado joven, con mucho, como para ser el hombre acerca del que ha girado toda la vida de ella.

El hombre le tiende una mano y se presenta con voz firme.

—Pavel Nikolayevich Romanov, señora.

Ella aparta con su bastón la mano que le ofrece.

—No debe presentarse usted como Romanov, joven.

—Pero, ¡lo soy! Y usted, señora, aunque no sea Romanov de sangre, se ha ganado el título, sin duda. Lo sé todo acerca de usted y de su pasado. Estuvo muy unida a los Romanov durante una parte de sus vidas, y esto me interesa.

—¿No tiene usted nada mejor que hacer que acosar a una anciana? —dice Darya, conteniendo el impulso de arrojar una bocanada de ceniza a la cara de ese sinvergüenza—. Si usted es, en efecto, un Romanov, ¿por qué no ha acudido a mí antes, ya que no es ningún secreto que he buscado siempre al zarévich? Dígame la verdad, o le escupo una maldición que le dejará la cara del color de la vergüenza.

—Tuve que ocultarme —dice él, apartándose de ella—. Porque era imposible demostrar mi ascendencia paterna. Pero ahora que se han exhumado los restos del zar, y mi ADN concuerda con el suyo, los resultados no dejan lugar a dudas de mi ascendencia. Y aquí estoy.

—Y ¿por qué se guarda en secreto una noticia tan importante?

—Usted sabe mejor que nadie, señora, que al Gobierno no le interesa hacer pública la existencia de un heredero de los Romanov.

Entra volando en la biblioteca un gorrión, perdido y desorientado. Da vueltas por la sala, vuela ante ellos, golpea el vidrio de la ventana con las alas. Pavel ahuyenta al pájaro asustado, que sale de nuevo por la ventana.

—Vuelva usted aquí, joven —le ordena Darya—. ¡Tiene muchas cosas que explicar!

Él se queda de pie bajo la lámpara de araña; a sus pies se forma un charco de luz ambarina. Se mete la mano derecha en el bolsillo del pecho, la guarda dentro un instante y saca por fin una cartera de piel marrón que lleva grabado el símbolo de los Romanov. Acaricia con la punta del índice un pequeño candado de plata, lo

mueve de un lado a otro para ver si ha sufrido algún daño. Tras comprobar que el candado se encuentra en buen estado, se da unos golpecitos en los bolsillos y se tira de las mangas, sin prisas, como si fuera a hacer un juego de magia. Por fin, se saca del otro bolsillo una bolsita con cremallera en la que lleva una llavecita, que utiliza para abrir el candado. Dentro de la cartera hay una hoja de papel de color azul claro, plegada en forma de cuadrado perfecto. Lo despliega con gran cuidado y se lo entrega a Darya.

—Aquí tiene, señora. ¡Los resultados del ADN!

Ella recorre con la vista el documento, la cabecera, la firma al pie que confirma su autenticidad. Dedica un momento a reflexionar sobre esta información, y varios más a cambiar de registro mental. El ábaco de su mente empieza a sonar, calculando, sumando y restando años de vida del zarévich, sus posibles fechas de matrimonio, de nacimiento de sus hijos, hijas y nietos.

De pronto, abre los brazos y estrecha con fuerza a Pavel. Había tenido razón durante tantos años. ¡El ámbar gris había protegido de las balas a Alexei Nikolayevich, en efecto! Había sobrevivido, había encontrado una esposa y había tenido un hijo, padre a su vez de este hermoso joven.

—Muchacho, querido muchacho, debes de ser nieto de Alexei y bisnieto de Nicolás II. Es un gran honor, desde luego. Ahora que te miro de cerca, veo el parecido; sí, desde luego que lo veo. Tienes los ojos de tu bisabuelo y la sonrisa de tu abuelo. ¿Sabes que fui algo más que la *tyotia* Dasha de tu abuelo? También fui su amiga y maestra. Lo cuidé como si fuera hijo mío. Yo tenía diecisiete años cuando nació tu abuelo. Él tendría ahora ochenta y siete. A esa edad se es todavía joven si sabes cuidarte, y eso se lo enseñé yo bien, vaya que sí. Le enseñé a creer en la esperanza y en los milagros. La esperanza es el elixir de la juventud, ¿sabes? Acércate, Pavel. Dime con quién se casó Alyosha. ¿Dónde está ahora? ¿Qué ha hecho durante todo este tiempo?

Deja que la acompañe a un sofá, que le sirva un vaso de té caliente, que la mime de nuevo un Romanov. Planta ante sí el bastón del zar y apoya la barbilla en la empuñadura con el águila bicéfala, abrazando a Pavel con su mirada afectuosa.

La mirada de él es intensa, firme, como si no tuviera importancia nada de lo que hay fuera de aquella sala, como si el núcleo de su vida estuviera centrado en aquella anciana que lleva en sus ojos dorados la juventud eterna. Se inclina hacia ella, haciendo crujir la butaca tapizada de satén.

—Sin duda habrá oído hablar usted de las reliquias sagradas,

señora. Lo dijeron en las noticias. Un relicario que contiene restos de un incendio desenterrados: tierra ensangrentada, algunas balas, fragmentos de hueso y un frasquito con grasa solidificada. La caja viajó de Siberia a Europa, pasando de un gran duque a otro, pero ninguno quería quedarse con ella, porque traía mala suerte. Al final, la Iglesia ortodoxa rusa del extranjero aceptó hacerse cargo del relicario. Las pruebas realizadas recientemente han confirmado que el relicario contiene restos de Alexei Nikolayevich, recogidos después de que se quemara su cadáver. El zarévich pereció en Ekaterinburgo con la familia.

—Yo estaba allí. ¡No murió! —exclama ella, revolviendo en el interior de su bolso, buscando el trozo de ámbar gris, cualquier cosa que le pueda mitigar los recuerdos violentos.

—¡Señora! —exclama Pavel desde alguna parte, muy lejos—. ¿Está usted bien?

—¡No, no estoy bien! —dice ella.

Extrae un pañuelo que lleva las iniciales de la emperatriz y se seca el rostro.

—Y no me cuentes historias, como si yo no supiera lo de las reliquias. Yo también escucho las noticias, y sé que no se encontraron entre ellas restos del zarévich. Lo que quiero saber es, ¿quién eres tú?

Él se levanta de su asiento y empieza a pasearse por la habitación.

—La verdad, señora, es que yo no soy descendiente de ninguno de los hijos que tuvo Nicolás II con Alejandra Feodorovna de Hesse. Soy fruto de un momento de soledad y de temor del zar Nicolás II. Mi bisabuela, Jazmín, se quedó embarazada de una niña la noche que el zar perdió la batalla de Galitzia. Yo soy hijo de esa niña.

En el frente de Mogilev, el zar reúne a sus generales. Mira sucesivamente a cada uno a los ojos y les exige saber la verdad sin paliativos. Y ellos se la dicen: su campaña se está resintiendo de las malas comunicaciones. Aunque Rusia está sufriendo el invierno más crudo que se recuerda, se está enviando a sus hombres al frente sin material, a sufrir el frío devastador y donde están indefensos ante la superioridad del Ejército alemán. Alemania ha dirigido sus ataques al frente oriental, expulsando a las fuerzas rusas de Galitzia, así como de la Polonia rusa. El zar está perdiendo la batalla contra los odiados alemanes.

Los generales saludan militarmente a su comandante en jefe,

dan taconazos, le dan las buenas noches y lo dejan solo con sus pensamientos. Cae la noche sobre el campamento tras una serie de derrotas terribles. El frío cortante del invierno se ha instalado en el recinto militar; fuera no se ve un alma. No se oyen las pisadas de las botas sobre la nieve, ni el aullido de los lobos, ni el susurro de las ramas. Pero la tienda común donde se sirven las comidas y donde se trazan las estrategias está iluminada con quinqués de petróleo y húmeda del aliento de centenares de hombres excitados.

Han enviado al frente a Jazmín, la bailarina persa, para que entretenga a los soldados y les suba la moral. Gira y se cimbrea como una aparición benigna que insufla vida en los corazones helados y esperanza en las almas marchitas. Va bailando de un hombre a otro, apoya los labios rojos en una frente, en una mejilla, en una coronilla, musita un requiebro en un oído, en una nuca. Está cálida y espléndida, y contiene su impaciencia. Quiere marcharse. Tiene otros planes.

A medianoche, entre un coro de risas alcohólicas y aplausos atronadores, sale airosamente con gesto de profundo pesar, como si lo único que le importara en el mundo fuera aquella tienda de campaña y como si lamentara mucho tener que despedirse de aquellos soldados cansados.

Casi desnuda, sin más que algunas capas de velos transparentes que recoge a su alrededor, avanza con agilidad de pantera, sin que la afecte el frío que se le clava en la piel y en los huesos y que le hiela la médula. El destino le ha puesto en las manos una baza ganadora. Ni la guerra ni el frío del invierno se la van a arrebatar.

Va en silencio, le escuecen los ojos, no siente los dedos de los pies descalzos, que va poniendo uno tras otro, procurando no tropezar con las ramas heladas, los guijarros y las piedras, mientras sortea a los centinelas adormecidos y se cuela en el dormitorio del zar.

Se acerca de puntillas hasta llegar junto a su cama. Ama a aquel hombre. Lo ama profundamente. Cada una de sus células doloridas le dice que tampoco él ha dejado de amarla. Deja caer sus velos a los pies de él, donde quedan amontonados como gruesos pétalos de rosa.

A la mañana siguiente, el zar tiene un recuerdo turbio de los hechos de la noche anterior, alimentados por el vodka, cuando entró contoneándose en la habitación una mujer exótica cuyos pechos anunciaban su llegada como una fanfarria. Enérgica, sociable y bulliciosa, se despojó de su vestido diáfano para dejar al descubierto unas piernas musculosas de amazona; se desabrochó el

corsé, cuyas ballenas dejaron señales rojas en la carne cremosa que él había lamido mientras ella abría a fondo sus muslos acogedores.

Darya se lleva el pañuelo al dolor insoportable que siente en el ojo opalino, temiendo que le sufra una nueva rotura. Se revuelve en su asiento, se tira de los bordes gastados de la falda. Sus dos vidas no se pueden reducir a esto, a un pasado de pérdidas y devastación, a un presente en que se repite lo mismo. Un bastardo de los Romanov, aspirando al trono. Las décadas de búsqueda no pueden concluir en eso.

—Pavel Nikolayevich, Jazmín fue una buena mujer, pero no por eso dejó de tener muchos amantes entre los Romanov. Y tú, joven, puedes ser descendiente de cualquiera de ellos.

Lo mira con furia para cortar sus protestas, desprecia con un gesto el documento sobre el ADN que él se ha vuelto a sacar del bolsillo como prueba. Ella sabe que dice la verdad, sabe que es descendiente del emperador. El texto que ella encontró en los pliegues mohosos de la maleta, escrito de puño y letra del zar en una hoja suelta de papel, es prueba suficiente. Aquella única noche con Jazmín era el tormento que estaba destrozando al zar, era el secreto que el zar había querido llevarse a la tumba, y ahora lo sacaban a la luz para manchar el nombre de los Romanov.

Se acerca a las ventanas altas para cargarse de aire los pulmones, el cerebro dolorido. Vuelve hacia Pavel, a quien domina con su determinación.

—Lamento echar tu sueño por tierra, joven, tanto más cuanto que yo creo en la importancia de los sueños. Pero lo cierto es que nuestra ley eslava prohíbe la sucesión por línea extramarital. Y tú no solo eres fruto de una unión desigual, sino que eres bastardo. De manera que será mejor que te olvides de convertirte en nuestro zar, y que hagas otra cosa con tu vida.

Pavel se retira el pelo de la frente; los ojos grises le arden de convicción.

—Prometí a mi abuela que haría todo lo que estuviera en mi mano para desvelar mi ascendencia cuando cambiara la situación política, y eso es lo que estoy haciendo. Los tiempos han cambiado, señora. Nuestras leyes sucesorias han cambiado.

Vuelve a llenar en el samovar la taza de té de Darya, que se le ha quedado fría, le echa dos terrones de azúcar y se lo revuelve. Contiene su impulso de cogerla de la mano, de esa mano que le recuerda a los dedos frágiles de Jazmín en los últimos años de la

vida de esta, con la piel fina como el papel de seda, las venas ramificadas que palpitaban bajo los dedos de él.

—Me pregunto qué querría mi abuela que hiciera yo ahora.

—Que seas honrado, Pavel Nikolayevich, y que respetes el legado de los Romanov. Eso es lo que habría querido Jazmín que hicieras. Así que, Pavel, ¡sigue por el camino más honrado! ¿Me entiendes?

—¿Aunque me duela?

—Sí, joven. Hacer una vida honrada nunca duele, pero una mentira sí duele.

El samovar hierve con más fuerza en la esquina. Pavel baja la manija y le sirve otra taza de té.

Ella le aparta la mano.

—No quiero té, Pavel Nikolayevich. Siéntate, y dime qué es lo que estás ocultando.

Pavel dedica unos momentos a frotarse las sienes. El rostro le ha adoptado un gesto contraído de dolor. Toma la taza de té que rechazó Darya y bebe distraídamente un trago.

—Poco después de la revolución, mi abuela (¡Dios la tenga en su gloria!) se dedicó a investigar todos los rumores sobre la suerte que había corrido la familia imperial. También ella creía que Alexei había sobrevivido aquella noche. Como ella sabía que usted buscaba en las grandes ciudades, ella se dedicó a las villas de campesinos, y viajaba de pueblo en pueblo, en muchos casos a pie. A fuerza de contarse y recontarse a sí misma su relación con el zar, la realidad le fue cambiando de forma en la mente, cobrando paulatinamente atributos de fábula, hasta que llegó a creerse que ella misma era de sangre real. Me hacía tocarle una vena azul que tenía en la parte interior del brazo, me decía que la sangre real busca siempre su misma arteria, me aseguraba que aunque ella no encontrase a Alexei, él la encontraría a ella. Pues bien, lo encontró.

—¿Qué estás diciendo, Pavel? ¿Me estás diciendo que Jazmín encontró al zarévich?

—Sí, señora. He mentido por bondad para con él. Alexei Romanov vive.

Una salva de maldiciones y de preguntas se le amontona en la boca.

—¡Has mentido! ¡Vil hijo de puta como un kopek! Quiero ver al zarévich. ¡Ahora mismo! ¡Ya!

—Pero, ¡él no quiere que lo encuentren, señora!

—¡Quiere que lo encuentre yo! Escucha, joven: soy vieja, estoy cansada, y no me queda mucho tiempo. Lo voy a encontrar, de una

manera o de otra. El zarévich y yo nos necesitamos el uno al otro.

—Yo no estoy seguro de que él la necesite a usted, señora. Está asentado en una vida tranquila. Sería una crueldad agitar los cimientos de todo a lo que se ha acostumbrado. He cometido un error. No debería haberle revelado...

—Escucha, joven: tú no estás en situación de decidir quién necesita a quién. De modo que no me insultes. Aunque no quiero hacerte daño, si se da el caso te volveré del revés para sacarte la verdad. Así que, vamos a hacer un trato. Toma ese papel y esa pluma que están en el escritorio y anótame dónde puedo encontrar a Alexei; y yo te enseñaré a ti el camino secreto para salir de aquí. ¡Vamos! No me hagas esperar.

—Pero, ¡yo puedo marcharme de aquí siempre que quiera! No estoy preso.

Ella se echa a reír, dándose palmadas en los muslos.

—Puede que no estés preso, pero no cabe duda de que estás sometido a una vigilancia estricta. El jardín está plagado de guardias de seguridad de paisano, contratados por la Asociación de la Nobleza Rusa para que vigilen a todos los que entran y salen del recinto. Además, la gran duquesa Sofía, y Rostislav, un antropólogo forense con el que no te conviene enfrentarte, están esperando a que yo salga de esta habitación para anunciar tu candidatura al trono. Y, lo que es más importante, ya se está trazando un golpe de Estado. Hay demasiadas cosas en juego como para que tú te puedas largar de aquí sin más y sin darles una explicación convincente. Y eso te lo prohíbo.

—Pero yo no tengo intención de largarme, señora. Porque el trono me pertenece por derecho.

Ella frunce la boca con gesto burlón.

—No, Pavel. ¡El trono pertenece a Alexei Nikolayevich Romanov!

—Pero yo soy mucho más joven, señora. Estoy más capacitado para reinar.

A Darya se le va asentando en el corazón un afecto irracional hacia aquel joven terco, e intenta quitárselo de encima.

—Mi querido Pavel, tú no puedes aspirar nunca al trono. Debes saber una cosa más acerca de tu abuela. Ten, toma un poco de té, alguna cosa que te calme. Te daría una de mis bayas, si me quedara alguna. ¡Muy bien! ¿Estás preparado? Mi querido Pavel Nikolayevich, tu abuela era judía. Sí; Jazmín era judía. Veo tu consternación. Ella guardó el secreto hasta el final. No es preciso que te diga que el pueblo ruso no aceptará nunca, jamás, a un

monarca judío. Y yo no dudaré en desvelar la verdad en caso necesario.

—No; señora, no la creo. No es posible que mi abuela fuera judía. Me lo habría dicho.

—Estoy seguro de que te lo dijo, a su manera. Debes de estar circuncidado, Pavel Nikolayevich, como se circuncida a todos los niños judíos al nacer. ¿Verdad que sí? ¡Claro que lo estás! Esa fue su manera de decirte la verdad.

Pavel se pone pálido. Le cae por la frente una gota de sudor. Se lleva la mano al corbatín. Lo dobla, lo retuerce, se lo enrosca en la mano. Suelta el corbatín, que le cae tan flácido y arrugado como su traje de lino.

—De acuerdo, hijo; creo que tenemos trato. En el escritorio hay papel y lápiz. Escríbeme dónde puedo encontrar al zarévich.

—Espero estar haciendo lo correcto, señora, y que usted sea buena para él.

Ella aprieta entre las palmas de la mano el papel plegado. A su alrededor se levanta aire como si hubiera entrado en la habitación Alexei tras ella, como en otros tiempos en que ella sentía su presencia sin tener que volver la cabeza. Lo único que quiere hacer ahora es guardarse las emociones revueltas e ir junto a Alexei. Se echa la nota al bolso, abre las puertas que dan al exterior y sale a la terraza, indicando a Pavel que la siga. Ante ellos, una ladera cubierta de lavanda desciende hacia el mar y hacia otras mansiones próximas que están a menor altura. En el cielo de terciopelo está suspendido a baja altura el disco de una luna gruesa. Un búho se posa en la balaustrada y empieza a ulular una melodía triste.

Darya aprieta el hombro del joven.

—No te preocupes, hijo; algún día te acordarás de esta noche y me recordarás con aprecio. Tienes un buen futuro por delante. Podrás estar triste a veces, pero no estarás nunca solo.

Saca la bolsa de su bolso y se la pone en la mano.

—Toma; esto te servirá. Hay joyas suficientes para que salgas adelante mucho tiempo. Si te alcanzan los guardias de seguridad, sobórnalos con uno o dos dijes. Te dejarán marchar.

—No, señora. No puedo aceptar lo que es de Alexei Nikolayevich.

—Cógelo. Para él hay más. Escúchame bien, hijo. Baja por la ladera y sal de la finca. Cuando llegues a la orilla, allí abajo, ve hacia la derecha. Pasarás por un embarcadero desierto, y después ante el esqueleto de un barco abandonado; allí, otra vez a la derecha, encontrarás una escalera estrecha tallada en la ladera, que

conduce a una calle donde encontrarás una parada de taxis. Piérdete de vista durante algunos meses, hasta que te olvide. Vete, antes de que vengan a buscarte.

Los cabellos rubios se agitan con la brisa. Sus pasos ágiles descienden con rapidez creciente. Titubea un instante, abre la bolsa y elige algunos artículos pequeños con los que comprar su libertad; se vuelve y arroja la bolsa hacia ella, para echar después a trotar al pie de la ladera y perderse entre la oscuridad espesa.

Capítulo 43

Darya agita su bastón a modo de saludo ante las múltiples imágenes de la gran duquesa Sofía y de Rostislav que aparecen en los espejos del salón que la rodean. En las consolas doradas se han dispuesto platos delicados y vodkas aromatizados, y por encima la observa un retrato de la duquesa que exige saber la verdad.

El Salón Sheremetev está preñado de expectativas tácitas, del peso de lo desconocido. La tarde ha dejado paso a la noche mientras Darya Borisovna y Pavel Nikolayevich seguían encerrados en el estudio. A Rostislav y a la duquesa les sirvieron sucesivamente el té de la tarde y la cena en esta ala del palacio mientras esperaban noticias de Darya.

—¿Buenas noticias? —pregunta la duquesa en cuanto ve llegar a Darya. Extiende la boquilla para que su asistente le ponga otro cigarrillo. Toma una honda calada y suelta una nube de humo que le oculta por un momento la cara pensativa.

A Darya le duelen los huesos. Se instala en una silla que adelanta el asistente.

—Por desgracia, no. Pavel Nikolayevich no es la persona que dice ser. Le pedí que se marchara.

Rostislav se levanta de un salto. Su perfil quemado se frunce de rabia.

—¿Por qué? ¿Por qué diantres lo hiciste marchar?

—¡Aborrezco a los impostores, Rostislav! O se marchaba, o lo habría estrangulado.

—¡Avisen a los guardias! —grita Rostislav—. ¡Ahora mismo! Antes de que salga de la finca.

La gran duquesa apunta a Darya con la boquilla con gesto acusador.

—Vino aquí para confirmar su autenticidad o refutarla. No tenías derecho a tomar otras decisiones.

—Pues eso ha sido exactamente lo que he hecho. Es un charlatán, excelencia, sin vínculos con la familia imperial.

Rostislav se sirve un vaso de vodka, lo apura de dos tragos y deja el vaso vacío boca abajo sobre la mesa.

—Querida, las pruebas de ADN ya habían demostrado sus vínculos paternos. Has debido de insultarlo. Por eso se habrá marchado.

Surge de pronto a lo lejos un bramido repentino, un ruido desconcertante como una descarga lejana de artillería.

—¡Un terremoto! —grita Rostislav.

—¡Nos atacan! —chilla el asistente.

Darya se recuesta en su asiento, cruza los brazos sobre el pecho y deja que el miedo a la naturaleza haga su magia. Media hora más, y Pavel estará fuera del alcance de los guardias de seguridad. Abre el broche de su bolso y encuentra en el fondo una baya marchita; le retira del tallo una mariposa petrificada, pelusa seca que se desintegra en el aire. Se echa la baya a la boca y se consiente a sí misma celebrar el milagro de que el nieto de Jazmín la haya conducido hasta el zarévich.

—¿Qué puede ser ese ruido tan espantoso? —pregunta la gran duquesa.

Darya se levanta y sale a la terraza, asintiendo con la cabeza, gesticulando y haciendo reverencias como si mantuviera una conversación privada con una autoridad superior, manifestando su agradecimiento a un cetáceo que sufre en alguna parte del mar, más allá del horizonte teñido de fuego.

Da golpecitos con el bastón en el suelo de mármol, atraviesa la terraza y vuelve al salón para presentarse ante los que la observan atónitos. Intenta santiguarse, por primera vez desde aquella noche en el sótano de la Casa de Propósito Especial, pero la mano no la obedece, y ella la deja caer a su costado.

—Lo que oyen allí fuera es la voz del Señor, que me hace saber que el zarévich vive.

La risa burlona de Rostislav ahoga las interrupciones tronadoras del cetáceo.

La duquesa sostiene la boquilla como en gesto de expulsar de sus dominios aquella intrusión.

—¡Avise a los guardias! —exclama Rostislav—. ¡Está intentando ganar tiempo!

—Mi querido Rostislav, me invitaron a venir aquí para que decidiera si Pavel es un Romanov o no lo es. ¡Pues bien! No lo es. ¿Es que tengo que repetirlo?

—¡Déjate de tonterías! He aguantado tus imaginaciones de anciana, convencido de que el verdadero aspirante al trono te

encontraría. ¡Y, ahora que te encuentra, te comportas como una bolchevique!

Darya blande el bastón y, sin pestañear siquiera, apunta con la contera a la arteria del cuello de Rostislav.

—¡Te voy a ensartar como a una rata! ¡Entonces, veremos quién es el bolchevique!

Rostislav se queda paralizado. Ya ha visto a aquella mujer manejar el bastón con la fuerza y la rapidez con que mueve la espada un maestro de esgrima. No sabe si titubearía o no en clavarle en la arteria la contera de plata.

La gran duquesa aplasta el cigarrillo entre otras colillas teñidas de barra de labios, se pone de pie e indica con un gesto a su asistente que se quite de su camino. Sujeta a Darya rodeándole un brazo, adelanta la mano y le quita el bastón.

—¿Qué te pasa, Rostislav? Deja que Darya termine lo que tiene que decir.

—Deja de saltar como un mono, Rostislav —dice Darya con enfado—. ¿Quién prefieres que suba al trono: un impostor, o Alexei Nikolayevich Romanov? Llama a la Asociación de la Nobleza Rusa y explícales que mis oraciones han tenido respuesta: ¡el zarévich ha aparecido!

Rostislav se pasa una mano por el perfil como si quisiera alisarse las arrugas.

—¿Otra vez soñando, Darya? Un hemofílico no puede vivir tanto tiempo. ¡Deja de engañarte a ti misma!

La gran duquesa se quita una hebra de tabaco del labio inferior.

—No le falta razón. Aunque el zarévich hubiera sobrevivido a la matanza aquella noche, es poco probable que hubiera alcanzado la edad de...

—Ochenta y siete años —apunta Darya—. Los demás hemofílicos no alcanzan una edad tan avanzada porque no pueden conseguir ámbar gris que les corte las hemorragias internas y los mantenga jóvenes.

La gran duquesa Sofía se acaricia las arrugas de la frente fruncida. Aparta de sí con una mano el humo del cigarrillo.

—Es verdad que habló de una almohada llena de ámbar gris que pudo frenar las balas. Muy interesante. ¿Tiene algo de ámbar gris?

—No mucho —miente Darya—. ¿Y tú, Rostislav? Te di un trozo generoso.

A él se le ponen los labios del color de la leche cortada.

—¡No recuerdo que me hayas dado nunca nada de ámbar gris! —exclama.

Se da palmaditas en la chaqueta, se mete las manos en los bolsillos traseros, se pone de pie con dramatismo para buscarse en los bolsillos de los pantalones.

—Tú y yo sabemos que no me lo has dado nunca, Darya —dice por fin—. Pero, ya que sale el tema, ¡sí que querría algo de ámbar gris!

—Búscalo en tu maleta —le sugiere Darya, recostándose en su asiento y pensando que Pavel ya ha debido de salir de la finca y ya habrá llegado a la carretera de Crimea.

Capítulo 44

Darya desciende del taxi en el que ha recorrido los treinta kilómetros desde el ferrocarril de Varsovia a Moscú hasta Biaroza, a orillas del río Yaselda. Deja su maletín en tierra, se apoya en su bastón y observa su entorno. ¿Es posible, verdaderamente, que este pueblo sea donde reside su amado zarévich? Alexei Nikolayevich Romanov, que lo sigue siendo todo para ella, que sigue mitigándole el dolor de la pérdida de sus padres, que ocupa el lugar del hijo que perdió ella, que le llena el vacío que le dejó la ausencia de Avram (que ella no califica de pérdida, porque él está siempre con ella). ¿Es posible que el niño que vivió entre una opulencia inconcebible viva ahora en una de estas casas deterioradas, en este pueblo de campesinos?

Biaroza, que pertenece a la república independiente de Bielorrusia, ha conocido bastantes agitaciones. A lo largo de los múltiples cambios políticos, la población pasó de mano en mano, como un melón podrido, entre Rusia y los ejércitos rojo y polaco. Durante la Gran Guerra, el Ejército alemán eliminó a la mayor parte de la población, que estaba compuesta de judíos en un setenta por ciento.

Pasa caminando ante el ayuntamiento y ante las ruinas del monasterio de Biaroza, que fue saqueado y derribado en un pasado lejano. Sus ladrillos sirvieron para construir la cárcel principal. Los restos del monasterio se han declarado Patrimonio Arquitectónico Histórico de Bielorrusia, pendiente de renovarse y restaurarse como tal, pero no se ha avanzado gran cosa en el trabajo. Hay gente que se pasea alrededor de una fuente, en el centro de la plaza del mercado. Un asno demacrado está atado a un árbol. En las tiendas se ofrecen piezas de tela, botes de especias, juguetes de plástico. De una panadería próxima sale el aroma del pan recién cocido. La mezcla de cosas antiguas y modernas la sorprende. A lo largo de las calles hay algunos abedules mustios; unos cuantos más rodean la fuente.

¿Se acordará de ella Alyosha? ¿Se acordará del ámbar gris y de sus milagros? Al pensar en la posibilidad de encontrarse con un anciano senil que no le preste atención, se sienta en el pretil de la fuente, se seca la frente, sintiendo de pronto el peso del viaje fatigoso desde Crimea.

Una central hidroeléctrica cobra vida a su derecha, y el corazón empieza a palpitarle con fuerza, como un pájaro carpintero loco. Según las indicaciones de Pavel, la casa donde vive el zarévich está más a la derecha, al final de la central eléctrica.

Toma su maleta y echa a andar con confianza de mujer joven, disfrutando de cada paso que da para cruzar la calle estrecha y para rodear la cerca de madera encalada. ¿Es esta su casa? Este edificio de dos pisos, de ladrillos vistos, con dos balcones encendidos de buganvilias. Aunque la casa es modesta, está bien cuidada, a diferencia de las que la rodean. Darya saca la nota, la despliega, vuelve a leer las indicaciones.

El aire huele a hierba y a leña. El cielo es de un azul puro. Pasa una campesina con un grueso pañuelo a la cabeza y un bulto en la mano encallecida, y le sonríe. Un asno flaco rebuzna y pasa con ruido de cascos.

Darya respira hondo, levanta los hombros y sube los tres escalones que conducen hasta la puerta principal, que huele a pintura fresca. Se le ocurre que debería haberse vestido mejor para la ocasión, haberse comprado una blusa nueva, un par de zapatos. Con el sombrero viejo de la emperatriz y su falda de terciopelo marrón debe de parecer vieja y cansada.

—Ya no tiene arreglo —murmura, levantando el llamador con forma de león y dando un solo golpe en la puerta.

Una ráfaga de viento aúlla rodeando la esquina de la casa, un puñado de chinas se le clavan en la pierna derecha. Se frota la pierna, se yergue. Le duele la espalda.

Espera, vuelve a llamar. En una ventana lateral se asoma una cara entre unas cortinas entreabiertas. Se oye dentro el roce de zapatillas que se acercan; después, los golpes metálicos de los cerrojos y los pestillos y un ruido de cadenas. Sí, piensa que esas precauciones son necesarias en una población con tanta historia de agitaciones, y tanto más en una casa en la que reside el zarévich.

La puerta se abre de par en par, sobresaltándola. Aparecen en el umbral un hombre y una mujer altos, enjutos. El hombre lleva una kipá bordada y bucles de pelo en las sienes. La mujer lleva medias gruesas y un pañuelo de flores anudado bajo la barbilla. El hombre coge la maleta de Darya, la mujer la toma a ella de la mano y la

hace pasar casi a rastras. Los movimientos extraños de los dos, casi sincronizados, desconciertan a Darya.

—Pavel Nikolayevich me dijo cómo venir a su casa —balbucea.

—Sí. La estábamos esperando —dice el caballero, retirándose cabellos rubios de una frente pálida, ensombrecida por una red de venas—. Yo soy Viktor. Esta es Greta, mi hermana gemela. Pavel nos avisó de su llegada. Debe de estar usted cansada.

Conducen a Darya a un cuarto de estar pequeño, de techo bajo con vigas, con muebles agradables tapizados de cretona. Hay dos ventanas que dan a la calle, con visillos a los lados. En el exterior, un perro callejero huele algo en plena carretera. Un bote de basura repiquetea con el viento. Pasan volando hojas secas y trozos de papel. Aquello recuerda a Darya a las primeras semanas, meses, incluso años, después de que se instalara en el Palacio de Diversiones, flotando sin rumbo como aquellas hojas, con la certeza y la esperanza de que la fuerza de su dolor se la llevaría. Pero ha llegado por fin, con solo una pared por medio entre el zarévich y ella.

Greta sacude un par de cojines del sofá para ablandarlos.

—Siéntese, haga el favor. Ha debido de hacer un viaje largo.

—No, muchas gracias. Estoy impaciente por ver a Alexei Nikolayevich. ¿Cómo reaccionó cuando se enteró de que venía yo? ¡Debe de estar fuera de sí! Claro que lo estará. No quiero hacerle esperar ni un instante más.

—Pero debe usted respirar un poco primero. Voy a sacar un refrigerio —insiste Greta, y sale del cuarto.

—Cuéntemelo todo de Alexei —dice Darya a Viktor cuando se han quedado solos—. ¿Cómo llegaron a hacerse cargo de él?

Antes de que Viktor haya tenido ocasión de responder a la pregunta de Darya, Greta ya ha vuelto con una bandeja con té caliente, bollos de miel y dos velas.

—Vamos a encender las velas del sábado. ¿Quiere usted rezar con nosotros? Somos judíos hasídicos.

Darya se esfuerza por dominar su inquietud. ¿Cómo es posible que Alexei Nikolayevich Romanov, nacido en el seno de una familia cristiana ortodoxa y criado para reinar sobre Rusia, se haya educado con creencias tan distintas de las suyas? Mira al hermano y a la hermana. Al fin y al cabo, ella también debería saber rezar con aquellas personas. ¿Acaso no fue una reina hebrea en su otra vida? ¿Por qué es incapaz de rezar, entonces?

—Por favor —dice Greta—. Rece en su corazón, si prefiere, en su propia lengua.

Darya se suma a los dos, ante las velas encendidas sobre la repisa de la chimenea, baja la cabeza y reza pidiendo un corazón más fuerte, más paciente, que le permita soportar esa espera. Ha aguantado setenta y tres años, pero quizá se muera si aquello dura un minuto más.

—Le he preparado una habitación —dice Greta—. Haga el favor de pasar la noche con nosotros. Podrá ver a Alexei mañana. Ya ha pasado su hora de acostarse.

Darya alza la voz, alarmada.

—Apenas son las siete. ¿Por qué se tiene que acostar tan temprano? ¡Despiértenlo, si es preciso!

Viktor pone una mano en el hombro de Darya.

—A Alexei le gusta la fotografía. Se despierta al amanecer para aprovechar la luz mejor, y trabaja mucho durante todo el día. A esta hora suele estar cansado.

—Pero, ¿no sabe que he venido yo a verlo?

—Se ha quedado dormido, y no me atrevo a despertarlo.

Darya vuelve a hundirse en su asiento, mientras le corren por la mente un millón de pensamientos terroríficos. Él no se acuerda de ella. Ella no significa nada para él, significa menos que una buena noche de sueño. ¿Cómo explicar, si no, su falta de entusiasmo? Mira a los ojos a Greta, clavándole su propia mirada inflexible.

—Voy a esperar aquí mismo, en esta habitación, otros ochenta años si es preciso, hasta que lo vea.

Greta baja los ojos, se ajusta el pañuelo de la cabeza.

—Lo despertaré, entonces. Pero prepárese para ver a un hombre que, como todos nosotros, ha quedado moldeado por las atrocidades incontables que ha tenido que soportar.

Sale de la habitación y cierra la puerta tras ella.

—¿Cómo vino a parar el zarévich a Biaroza? —pregunta Darya a Viktor.

—Según tengo entendido, nuestro tío se lo encontró medio muerto en una casa, durante la revolución, oculto detrás de unas cajas. Había un perro a su lado. Puede que el perro lo arrastrara hasta allí y lo escondiera; puede que lo hiciera algún revolucionario que simpatizara con él; no lo sabe nadie. En cualquier caso, nuestro tío dejó oculto al zarévich con una familia de campesinos, en algún lugar de las proximidades de Ekaterinburgo. Cuando fue posible moverse sin peligro, nuestro tío lo trajo aquí, con nuestro padre y nuestra madre. Los bolcheviques estaban muy ocupados en las grandes ciudades. Biaroza era el último lugar que se les ocurriría. Mamá y papá criaron a Alexei durante veintitrés años. Greta y yo

teníamos trece años cuando murieron nuestros padres, al estallar la Gran Guerra Patriótica, cuando los alemanes ocuparon Biaroza. Nosotros tres (Alexei, Greta y yo) nos quedamos solos. Nos escondimos en un pajar, con los animales. Al principio era demasiado peligroso moverse mucho, sobre todo para Alexei. Había soldados alemanes y rusos por todas partes; y, más adelante... Bueno, esta es nuestra casa, y no queríamos marcharnos.

Darya se esfuerza por guardar la compostura. Está hecha un manojo de nervios, incapaz de afrontar la semilla de la duda que va convirtiéndose en certeza.

Viktor señala hacia la puerta.

—Venga conmigo, haga el favor. Quiero enseñarle una cosa.

Darya hace acopio de todas sus fuerzas para seguirlo por un pasillo estrecho. Las paredes a ambos lados están cubiertas de fotografías: vistas de Biaroza envuelta en una aurora desolada; retratos de campesinos que llevan sus escasas mercancías; niños de ojos tristes jugando en un callejón; un tendero que pone una moneda en la mano que le tiende un mendigo; un cachorrito sarnoso. Afloja el paso para observar mejor las fotografías melancólicas, que parecen veladas por el humo.

—Son de Alexei —responde Viktor a la pregunta que ella no ha formulado en voz alta—. Es todo un fotógrafo.

Viktor abre una puerta, la hace pasar a un comedor, apartándose como si el cuarto no fuera lo bastante grande para dar cabida a las pasiones de aquella mujer.

Darya se lleva la mano a su colgante de Fabergé. El bastón le cae al suelo con ruido.

Allí, ante ella, en la pared, hay un retrato del zarévich siendo niño de pecho. Sus ojos grises azulados, su cabello rubio y sus mejillas con hoyuelos derrochan salud. Darya piensa que quizá no haya otro cuadro en el que se consiguiera expresar tan bien lo que se deseaba como en aquel retrato del zarévich en brazos de Paulina *Muslos Blancos*. El cuadro no solo otorgó a la zarina una gran esperanza cuando más la necesitaba, sino que desazonó a los bastardos revolucionarios suscitándoles mil preguntas indignadas.

Darya intenta recuperar el bastón, pero Viktor se lo alcanza. Darya contiene una exclamación. Ante su mirada incrédula, montado sobre un caballete de madera sencillo al otro lado de la habitación, hay otro retrato.

En aquella casita de Biaroza donde vive su zarévich, se encuentra delante del retrato del que más orgulloso estaba Avram, y tiene a su espalda el único retrato del que el pintor se avergonzaba.

Se acerca, toca el lienzo, la cicatriz de su frente, que es un reflejo de la que llevaba Avram con altivez como prólogo de las persecuciones que tuvo que soportar. Darya está recostada en un estrado cubierto de satén, con los pezones hinchados, con la suave curva de su cintura y de su cadera escultural semiiluminada por una lámpara de araña. Dirige los ojos hacia el pintor con mezcla de curiosidad y de adoración.

A lo largo de los años, los museos compraron a Avram varios cuadros. Otros muchos fueron a parar a palacios y a mansiones aristocráticas. Pero este se lo quedó para sí. Avram creía que este retrato revelaba, más que ningún otro, la energía, la pasión y los enfrentamientos que existían entre los dos, entre el artista y su modelo, durante las horas que pasaron juntos.

—Debió de conocer usted bien al tío Avram —dice Viktor.

—No tanto como hubiera debido. ¿Cómo es posible que adquiriera este retrato, el de la Virgen con el Niño?

—No sé por qué no le agradaba este —dice Viktor—. Es un retrato encantador, ¿verdad? Dedicó mucho tiempo y energía a buscarlo. Tengo entendido que se lo compró a un comandante bolchevique por un precio exorbitante. A un tal Vasiliev.

«¡Ese canalla de Vasiliev!» maldice Darya para sus adentros. No le bastó con invadir el Parque de Alejandro, desenterrar a Rasputin y prender fuego a todo lo que se le puso por delante, sino que tuvo que saquear también el Salón Lila.

—¿Tienen más pinturas de Avram?

—No. Pero pintó mucho después de la revolución. Produjo litografías numeradas, carteles y réplicas en cerámica de los retratos de usted. Se hicieron muy populares. Hizo amigos importantes que estaban dispuestos a hacerle favores pequeños y grandes a cambio de algún cuadro suyo.

—Yo seguí sus éxitos por los periódicos. Se hizo rico.

—Pero estuvo siempre solo, hasta su muerte en 1943.

—Veinticinco años después de que nos separásemos —murmura Darya. Cruza los brazos sobre el pecho—. Puede que no estuviera tan solo. Sabía bien dónde encontrarme. Yo lo estaba esperando.

—Lo intentó. Más de una vez. En la primera ocasión, la checa, recién constituida, lo detuvo cuando se acercaba a su puerta. Siguiendo las órdenes de Lenin, estaban metiendo en la cárcel a los disidentes y confiscando las obras de arte burgués. El tío Avram se ajustaba a estos parámetros. Y usted, por su lealtad a los Romanov, estaba sujeta a vigilancia constante. El tío Avram intentó ponerse en contacto con usted un año más tarde, cuando salió de la cárcel.

—Aquel fue un año terrible —dice Darya—. El terror de Lenin estaba en pleno apogeo, y se ejecutaba a la gente en público. Yo no soportaba salir.

—El tío Avram intentó volver a verla. Creo que fue su tercer o cuarto intento, no lo sé con seguridad. Le alcanzó los pulmones una bala que iba dirigida a otro. Los médicos optaron por dejarle la bala. Habría sido demasiado peligroso extraérsela.

Viktor Bensheimer respira hondo, se ajusta la kipá y da a Darya Borisovna un vaso de agua con hielo.

—Sobrevivió también a ese incidente. Había sobrevivido a guerras y revoluciones, cárceles, torturas y balas. Tenía sesenta y tres años y había visto ya bastante del mundo. Decidió viajar de nuevo a Ekaterinburgo.

Avram Bensheimer está ante la entrada principal del Palacio de Diversiones. Pasa la mano por la puerta inmensa que tiene delante; el roble, deteriorado por la intemperie, ha perdido todo resto de su esplendor pasado. Las bisagras de bronce están oxidadas y deslustradas. A pesar de las puertas pesadas y de los gruesos muros que lo separan de Darya, el aroma de eucalipto y de trébol de su pelo lo rodea por todas partes. Levanta una mano y hace un gesto de dolor que le arranca la bala que lleva en el pulmón, que le dejó una cojera imperceptible que le dificulta su andar de felino. Deja caer la mano al costado, respira largamente y da dos golpes en la puerta, y más fuerte una tercera vez al ver que no responden. Se aparta de la puerta, que sigue cerrada ante él. En su interior se arremolinan la desilusión, la rabia y la tristeza.

No sabe que Criadito está en la destilería del jardín, ocupado en catar el vodka, ni que Darya se está bañando en el *banya,* enjabonándose el pelo con aceite de eucalipto y prímulas búlgaras. Tal como ha hecho todos los días de veinticinco años a esta parte, hace girar alrededor de su dedo el anillo de compromiso de ópalo y vuelve a vivir el gozo de la primera vez que se entregó a él. ¡Avram! Su primer y último amor. Lo había sumergido en el *banya* imperial, empeñándose en llevar a cabo aquel rito a pesar de que no tenían planes matrimoniales para un futuro próximo. La juventud y la arrogancia de Darya la habían hecho pasar por alto el riesgo tan enorme que corría aquel día, dejando pasar a un judío, más aún, atrayéndolo con seducciones hasta hacerlo entrar en el sanctasanctórum de la corte imperial. Pero a pesar de tantos sufrimientos como causó ella para los dos, no se arrepiente de aquel

día. Cómo había gozado ella con el primer atisbo de la excitación de él, inesperada y absolutamente deliciosa.

Vuelve la espalda a la puerta y desciende por los escalones que había subido una hora antes. Le cuesta trabajo respirar; el dolor del pecho es atroz. Se le ha soltado la bala, que se le desplaza hacia el corazón.

Se saca un revólver del bolsillo del abrigo y lo apunta hacia su dolor. Según los rumores, encontraron su cuerpo, todavía caliente, en el umbral del Palacio de Diversiones. Como no tenía parientes conocidos, enviaron el cadáver a un gran crematorio, construido para las víctimas de la guerra. Otros rumores dicen que un buhonero que pasaba por allí intentó darle un entierro como es debido, pero que al artista se le negó un sepelio judío porque se había suicidado.

Y un número abrumador de testigos juran que, en un momento determinado, vieron el cuerpo postrado del pintor vestido de una luz blanca que le emanaba de dentro. En cuestión de segundos, y ante la mirada incrédula de los testigos, no quedó de él más que un brillo fantasmagórico que iluminó todo el Palacio de Diversiones como si fuera un templo sagrado.

Darya se seca las mejillas húmedas, se frota los ojos que le escuecen. Maldice el *banya,* las bayas, a Criadito y a su vodka. ¿Por qué había tenido que bañarse aquel día, a aquella hora concreta, atiborrándose de bayas? Al fin y al cabo, ella es una mujer paciente. Debería haberse sentado a la puerta, haberse pasado esperando durante años si era preciso, haber dejado abierta la puerta de par en par para Avram. Debería haber sabido que vendría.

Viktor saca de un cajón un paquete envuelto en papel marrón y se lo entrega.

—El tío Avram dejó esto para usted.

Ella abre el paquete sin prisas, desgarrando las capas del envoltorio hasta dejar al descubierto el tesoro que contienen. Un retrato de ella que no había visto nunca, más pequeño que ninguna de las demás pinturas de él. Está rodeada de velos blancos que le caen sobre el pelo y sobre la cara; el brillo de sus bucles negros como el cuervo y de sus ojos dorados es palpable tras las gasas. Su alegría ilumina el lienzo. Es una novia. Se otorga un momento especial para atesorar aquel instante, captado con tal maestría bajo una nube de velos, para reconocer el amor de él, su ansia de ella, más fuerte quizá que la que sentía por su mismo arte. Pasa la palma

de la mano sobre la firma y sonríe al ver su mensaje: *Adiós, mi novia del ojo opalino.*

Capítulo 45

Aparece en el umbral, alto y elegante, con rizos plateados en las sienes, una kipá bordada sujeta con horquillas. Se agarra con una mano al marco de la puerta; con la otra, busca el guardapelo que lleva colgado al cuello con una correa. Greta le da un empujoncito para animarlo a avanzar. Él tira de la cámara fotográfica que lleva colgada del hombro. Avanza con cautela algunos pasos hacia Viktor y adelanta una mano para asirse a la de él.

—¡Alexei! ¡Amores! ¡Soy yo, Darya!

Darya contiene el impulso de cruzar la habitación, de abrazarlo, de apretarlo contra su pecho.

Él ladea la cabeza y la mira con ojos sobresaltados, de los que ha huido la sorpresa desde hace mucho tiempo; la observa de pies a cabeza: el sombrero bien calado sobre las cejas fruncidas, la chaqueta desgastada con remates de armiño, la falda de terciopelo.

—¿Mamá? ¿Eres tú, mamá?

—No soy mamá, amores —susurra ella, quitándose el sombrero y soltándose los bucles plateados, que siguen tan indómitos como cuando era joven—. ¡Mírame el ojo! Míralo bien. ¿No te acuerdas de cuánto te gustaba tocarme el ojo tan raro?

Él adelanta un dedo para recorrerle el perfil de la cara, la barbilla, el puente de la nariz, las cejas en toda su extensión, rodeándole un ojo, y después el opalino, sin manifestar la menor sorpresa. Se busca la funda de la cámara, saca una Polaroid, las líneas de su cara apuesta se le recalcan mientras hace girar un botón negro. Levanta la cámara para mirarla por el visor.

Mucho antes de haber abierto la boca para decir la primera palabra, Darya ya se había dado cuenta de que el viejo zarévich está terriblemente mal; tiene la mirada perdida y los gestos inconexos.

Está estupefacta, hundida de nuevo por el dolor; la esperanza se le escapa, se desmorona a su alrededor como unas antiguas ruinas a las que hubieran quitado sus débiles puntales.

Él suelta de pronto un sonido de sorpresa, baja la Polaroid,

avanza algunos pasos hacia ella y se inclina para mirar más de cerca el amuleto que lleva ella prendido de la blusa. Esboza una amplia sonrisa.

—¡Darya! ¿Eres tú?

—¡Sí, sí, amores! ¡Tu Darya! ¡Hay que verte! Tan guapo como siempre. ¡Ven! ¡Dame un abrazo!

Él no se echa a sus brazos abiertos, sino que sigue acariciando el amuleto.

—¿Lo encontraste? ¿Dónde? Cuéntame.

Ella se lleva la mano al pecho.

—¿El amuleto?

—Sí. ¿Me lo das?

—Claro, amores, si lo quieres.

—Sí, lo quiero de verdad.

Abre el guardapelo que lleva al cuello y saca un trocito de ámbar gris.

—¿Ves? Solo me queda un poquito. Cuando se haya terminado, empezaré a sangrar otra vez. Pero ahora que me has traído mi amuleto de la buena suerte, estaré bien. ¿Te acuerdas de cómo me hiciste dejar de sangrar?

Sí; ella lo recuerda demasiado bien. Recuerda los diversos compuestos de ámbar gris que consiguieron cortarle las hemorragias; recuerda cómo el amuleto pasó a formar parte de sus uniformes cuando era niño, cómo estaba presente en sus retratos formales, cuando jugaba con sus hermanas, un compañero a todas horas del día. Hasta cuando se hubo designado a dos marineros de la Marina Imperial para que lo siguieran a todas partes, para que lo protegieran de caídas y de lesiones, él siguió sin salir nunca del palacio sin su amuleto de buena suerte.

Privado de una infancia normal, también él había buscado un milagro en las cosas pequeñas.

Como si volvieran a estar en Crimea, y como si ella acabara de vestir al joven zarévich con su ropa de gala para asistir a la inauguración del Palacio de Livadia, se quita el amuleto del vestido y se lo prende a él en la solapa de la chaqueta.

Él la rodea con los brazos y le cubre de besos la cara, las mejillas, la frente, el dorso de las manos.

—Creía que te había matado a ti también. Los asesiné a todos, ¿sabes? ¿Por eso no viniste a verme?

—¿Qué estás diciendo? —exclama Darya, incapaz de disimular su consternación—. ¿A quién mataste?

—A mamá, y a papá, y a Tatiana, y a Anastasia; a todas mis

hermanas, y, ya sabes..., a todos.

Se deja caer en el sofá y la arrastra a ella también a su lado, apretándose la cámara contra el pecho.

—No, amores, no pienses eso nunca. Yo estaba allí. Tú no hiciste nada malo.

Le acaricia el pelo, mientras se riñe a sí misma por estar recurriendo a la voz infantil de hace muchas décadas, cuando él era niño.

—Pero sí que lo hice. Te contaré lo que hice, si no me castigas.

—¡Qué cosas dice vuestra majestad! —dice ella, bajando la cabeza—. ¿Quién soy yo para castigarte?

Él baja la vista a las manos, en las que tiene el guardapelo.

—Murieron todos después de que yo perdiera el amuleto aquel día, en tus aposentos. No recuerdo exactamente qué día fue; creo que fue hace una semana, o puede que hoy. Encontré en tu cama un monstruo, una tortuga marina, o la ballena a la que le duele la tripa y grita mucho. Era resbaloso y olía al tabaco de papá y a los guantes de piel de mamá. Le pinché la tripa con el alfiler del amuleto. No te enfades. Me lo has prometido. Solo quería quitarle el dolor para que la ballena se sintiera mejor. Pero, de pronto, se tragó mi amuleto. Y entonces papá se fue a la guerra. Mamá lloraba mucho. Nos mandaron a otro sitio y estuvimos presos. Y murieron todos.

Darya se cubre los ojos con las manos. De manera que no se trataba de una conspiración, después de todo. El propio zarévich había metido su amuleto en el ámbar gris, donde había estado enterrado durante décadas, delante de sus narices sin que ella lo supiera.

De pronto, a él se le iluminan los ojos y vuelve a aparecer el niño travieso de otra época.

—¿Sabes lo que hice esa noche?

—¿Qué noche, amores? Hubo tantas noches...

—¡No! Solo hay una noche. La noche de las balas. Saqué un poco de ámbar gris de la almohada que me diste, y me lo guardé en el puño, mucho tiempo, hasta que Avram me dio este guardapelo para mi ámbar gris.

Le enseña el guardapelo que llevaba colgado al cuello.

A Darya se le levanta en el corazón un viento helado. Abre su bolso, lo cierra, y lo vuelve a abrir y mete en él la mano. No soporta pensar en lo que ha padecido Alexei. Encuentra en el bolso el ámbar gris envuelto en el pañuelo y se lo entrega.

—Toma, amores; rellena tu guardapelo. Yo tengo más en mi

maleta, más del que necesitarás nunca. Nunca volverás a quedarte sin ámbar gris.

Él hurga en el cierre de su guardapelo para abrirlo. No pregunta a Darya cómo sobrevivió aquella noche, ni cómo ha conseguido encontrarlo. Su mundo está limitado a su cabeza y a las cuatro pequeñas habitaciones por las que se mueve, a su cámara siempre frenética, mientras busca baratijas, chapas de metal, cables eléctricos, monedas de cobre, clavos y trozos de cuerda, para hacerse juguetes rudimentarios. En raras ocasiones, cuando le surgen recuerdos inesperados, se encierra en su cuarto y chupa un trozo de ámbar gris hasta que lo invade la amnesia dichosa. La mente de un niño de trece años reside en el cuerpo de un anciano judío que sigue preso en el sótano de la Casa de Propósito Especial, la noche calurosa y húmeda del 16 de julio de 1918, cuando mataron a su familia.

Capítulo 46

Darya se quita la manta de encima y, con la misma ropa con que viajó a Biaroza el día anterior, se sienta en el borde de una cama y se frota los ojos. No ha dormido en toda la noche, a pesar de que los Bensheimer hicieron todo lo posible por que estuviera cómoda en el cuarto de invitados. En una mesa de café, ante un sofá, hay un jarrón con flores silvestres y una jarra de agua. Una estufa portátil calienta la habitación. Hay más mantas y almohadas sobre una tumbona. Pero estas comodidades no significan nada para ella, ahora que sus décadas de búsqueda han culminado en esta verdad amarga.

Alexei Nikolayevich Romanov es un hombre deteriorado.

No está a la altura de la labor de reinar sobre Rusia.

Y ella no está a la altura de la labor de cambiar de bando.

También ella es cautiva de sus propios sueños y pesadillas, de sus rituales de baño que la vuelven a su juventud con Avram, de las bayas que mantienen viva su esperanza y firme su voluntad. Ha pasado tanto tiempo buscando al zarévich que no se le había ocurrido nunca que él no querría que lo encontraran.

El viento frío de su corazón se convierte en ventisca, y se teme que está a punto de morir. De morir en el peor momento, y en el último lugar donde querría que la enterraran.

Se compone la ropa ante el espejo de cuerpo entero, y después se acerca más para examinar el abanico de arrugas que le rodean los ojos, la boca con los ángulos tristes, hacia abajo, las rayitas que le irradian de ella, y por primera vez en su vida se ve a sí misma como la anciana que es. ¿Empezó este deterioro décadas atrás, cuando salió de Tsarskoe Selo y entró en la Casa de Propósito Especial? ¿Hace una semana, cuando salió de Ekaterinburgo hacia la finca de Sheremetev? ¿O ayer, cuando se encontró ante Alexei Nikolayevich Romanov?

Un golpe tímido en la puerta la sobresalta. Mira los números fosforescentes verdes del reloj de la mesilla. Las cinco de la

madrugada. Cruza el cuarto y abre la puerta.

Alexei, con pijama amarillo de cuadros, con el pelo sin peinar que le cae sobre los ojos soñolientos, le ofrece una sonrisa tímida.

—¿Puedo hacerte una foto?

Pone en la mesa de café un portafolios encuadernado en paño y atado con cordel, con la figura de Moisés estampada en relieve en la cubierta. Dedica su atención a la rueda negra de enfoque de la cámara, concentrándose con seriedad de matemático, absorto por completo en el proceso de manipular el universo que se encierra en el marco de su visor, un mundo minúsculo que él rige como rigió en su tiempo el Palacio de Alejandro. Empieza a hacer una foto tras otra, captando la sonrisa forzada de Darya, y después su impaciencia ante los destellos de luz sucesivos que le hacen cerrar los ojos, ante los chasquidos frenéticos de la cámara que le ponen de punta los nervios, ya delicados, y lo que le molestan las cámaras caras, inútiles, que dan fotos inmediatas como si fuera una especie de parto sin dolor.

Él va sacando las fotos de la Polaroid, una a una, y las dispone sobre la mesa de café. Primero tres, después seis, ocho, y así sucesivamente. De cuando en cuando, la mira a los ojos con extrañeza, preguntándose por qué ha dejado de sonreír, si estará triste, o enfadada con él.

Coloca las fotografías sobre la mesa, observa cómo se van formando las imágenes al revelarse. Despacio, con cuidado, las cambia de lugar como si estuviera montando un puzle y como si tuviera una importancia crucial que cada pieza esté bien encajada con las demás.

Ella observa las hileras crecientes de fotos, dispuestas en un orden que no llega a entender. Parece que el fotomontaje muestra un deterioro lento, inexplicable, en los ángulos de sus ojos, las ojeras negras bajo estos, un hundimiento de su barbilla, que antes fue redonda, una ligera caída del arco de sus cejas.

Se recuesta en el sofá, se sujeta la cabeza entre los brazos, sintiéndose débil y desorientada.

—Estoy confundida, amores. Dime de qué tratan tus fotos.

—De ti, Darya.

Se le ocurre que, así como las pinturas de Avram le habían presentado a ella misma a la Darya joven, en formación, estas fotos, de franqueza brutal, muestran a la mujer desesperada en que se ha convertido. Mete la mano en el bolso buscando algo de ámbar gris para echárselo a la boca; pero, al no encontrarlo, se encoge de hombros con resignación.

—Dime, amores, ¿eres feliz aquí?

—Soy más feliz ahora que tengo el amuleto, y más ámbar gris.

Darya cierra los ojos para reflexionar sobre la sencillez profunda de la respuesta. Nunca se le había ocurrido pensar que la felicidad podía depender de tan poca cosa. La baña una sensación de paz que no había conocido desde hacía mucho tiempo. Pasa un brazo por los hombros de Alexei y cierra los ojos para disfrutar mejor de una impresión de calor que le impregna el ojo opalino.

—Darya, ¿sigues enfadada conmigo?

—No digas eso, amores. Yo no estoy enfadada contigo nunca. ¿Recuerdas nuestro rito? Bien. Baja la cabeza. Así. Ahora, repite conmigo. Vivirás una vida larga y sana. Serás nuestro zar, y reinarás hasta cumplir los cien años. Me impresionas. Recuerdas todas las palabras. Y te doy un beso para que estés más seguro todavía.

Él sonríe con perplejidad, como si no supiera bien si se le permite dar rienda suelta a su alegría, a su sentimiento inesperado de euforia.

—¿Qué piensas, amores? ¿Quieres decirme algo?

—¿Me llevas contigo? —le pregunta él.

—¡Ay, amores! Nada me haría más feliz. ¡Nada del mundo!

Ha soportado la revolución bolchevique, las guerras civiles y setenta años de régimen comunista solo para oír al zarévich decir estas palabras. Pero abre la boca y dice:

—Pero este es tu hogar, amores. Y yo tendré que volverme al mío. Una vieja como yo puede ser una carga grande. No puedo ocuparme de ti.

—Pero mira las fotos, Darya. No eres vieja en absoluto.

La desconcierta una nueva imagen que se revela sobre la mesa, un primer plano de sus ojos, que la miran desde las fotografías. Una mirada de aceptación delicada ilumina su ojo derecho, pero es el izquierdo el que le hace darse cuenta de que lo que ha sentido en el ojo opalino hace unos momentos estaba relacionado con las fotos. Toma una de las imágenes, la acerca a la luz, vuelve a dejarla sobre la mesa y se inclina para escrutar las demás. Se levanta para inspeccionar el reflejo de su ojo en el brillo de la mesa lacada, en los vidrios de las ventanas, y por último en el espejo.

—¿Me estoy volviendo loca, amores? ¿Esto es verdad, o me lo estoy imaginando?

—¿Tu ojo? —pregunta él, sin rastro de sorpresa.

—¿Lo ves tú también?

—Claro. Pasa constantemente.

—¿La gente cambia en tus fotografías?

—De verdad. Mira, ya no estás rota.

—Gracias, amores. Es una maravilla verme, y verte a ti... Bueno, verlo todo como no lo veía antes.

Se desabrocha el colgante, acaricia el huevo de Fabergé esmaltado y lo abre para inspirar el aroma agridulce de sus alegrías y sus penas, los altibajos de sus dos vidas. Lo cierra al cuello de Alexei.

—Toma, amores. Ahora ya tienes dos guardapelos.

Se saca del bolso la bolsa de joyas y se la pone en la mano.

—Da esto a Viktor y a Greta. Te han cuidado bien.

Capítulo 47

Ataviada con el vestido de tul de la zarina, que fue blanco en tiempos y ha heredado el tono polvoriento de los caminos que ha recorrido, Darya deja en tierra el maletín y se apoya en el bastón del zar, las águilas bicéfalas, el astil reluciente por la pátina del tiempo y por los aceites de lustrar. Está en su casa por fin. Cansada de los días de viaje, de Ekaterinburgo a Crimea, de allí a Biaroza, y la vuelta. Un mes fuera de su casa le parece una eternidad, y espera encontrarse su Palacio de Diversiones asediado por un ejército hostil, incluso arrasado por alguna facción política. En vez de ello, algunos retoños verdes de abedul y de tilo y unos cuantos cedros brotan de la tierra sobresaltando el paisaje gris de sus cafetales.

Inspira hondo, sorprendida de encontrarse el aire perfumado del suave aroma de vainilla y chocolate del café que le prepara Criadito, más que de la peste podrida que tienden a dispersar en todas direcciones las bayas alucinógenas.

Toma la maleta y avanza algunos pasos hacia su casa, mientras una brisa suspira ente las copas de los árboles. Levanta la vista hacia las nubes blancas dispersas por el cielo. Hay cambio en el aire, una humedad en el viento que anuncia lluvia. La charla de los pájaros le recuerda a las aves del paraíso, y se pregunta si también ellas se vieron obligadas a cambiar de bando.

Se sorprende al ver salir por la puerta de acceso a su jardín posterior a dos personas, seguidas de un remolino de mariposas blancas. Sus mariposas no son seres sociables. Entonces, ¿por qué han salido en masa, como atraídas por un néctar fragante? ¿Quiénes son esos desconocidos con sombreros de ala ancha que les ocultan el rostro, uno de ellos con la cara cubierta por un velo?

Darya se retira entre los árboles que bordean la amplia extensión de la finca de su palacio y se protege los ojos del sol con la mano para ver mejor.

Las siluetas de los intrusos se mueven con soltura bajo abrigos holgados que parecen capas con anchas mangas que siguen

ondeando mientras ellos avanzan, deslizándose; uno se ajusta el velo; el otro agita una mano para despejar la vista. Pasan entre los arbustos, los gatos y las civetas montesas que se les meten entre las piernas. Se detienen para estudiar la fachada ruinosa del palacio; miran a su espalda para evaluar las nubes que se amontonan en el horizonte, y después se pasean sin prisa como si estuvieran inspeccionando la finca.

Darya se pregunta si la estarán esperando. Se pellizca las mejillas para sonrojárselas; se compone el pelo y se quita las hojas de la falda. «Qué inútil es arreglarse por si vienen visitas», piensa para sí. Avram ha muerto. Alexei está preso en su propio mundo. La Antigua la ha abandonado. ¿Quién más queda que le pueda hacer una visita?

Los desconocidos se detienen ante la casa y, como respondiendo a una señal, la puerta se abre y sale Criadito envuelto en una manta y tiritando desesperadamente. Lleva en la mano una regadera de metal y mira a un lado y a otro como para cerciorarse de que no haya regresado su señora y de que no lo esté viendo. Los otros dos están a sus lados como ángeles o como ladrones, como cómplices de una conspiración quizá, mientras él se arrodilla, abre la regadera y deja la tapa a sus pies. Vierte líquido en un arbusto. Mete la mano bajo los pliegues de su manta y saca una cajita, prende una cerilla, levanta la llama como si fuera un faro en miniatura; la brisa lleva el olor del fósforo. Deja caer la cerilla en el arbusto empapado de gasolina. Vacía la regadera y enciende cerilla tras cerilla mientras los otros dos abanican las llamas crecientes con sus anchas mangas.

Darya se sienta sobre su maleta, oculta tras la espesura de árboles. Mira fijamente el fuego como si volviera a ser joven y estuviera mirando los ojos inflexibles de Rasputin, que tenían el poder de sumirla en su vida pasada y en un fuego de muerte y renovación. El ritmo constante de su corazón ahoga los cantos de los pájaros, los maullidos de los gatos y de las civetas montesas. Lo único que oye es la sangre que corre con fuerza por sus venas.

Criadito arranca de los arbustos puñados de bayas de café, las arroja al fuego crepitante, echa el resto de la gasolina de la regadera y se aparta. Una deflagración repentina se abre como un ramillete de rosas rojas, y las gruesas bayas se disuelven como el azúcar en el té caliente; la savia serpentea entre los arbustos, los tocones y los retoños y se abre camino hacia los cimientos del Palacio de Diversiones.

Darya, sobresaltada, entra en acción. Sale de entre los árboles dispuesta a correr hacia el fuego para impedir que consuma su casa.

Titubea; vuelve a sentarse sobre su maleta. No ve ningún motivo para salvar una casa que ha heredado el hedor de sus recuerdos, ni tampoco tiene prisa por recuperar el resto de las joyas de los Romanov que siguen ocultas bajo las tablas del suelo del sótano. ¿De qué servirían esas joyas al zarévich ahora? Piensa en sus amigas, las ratas de ojos saltones, cebadas con las provisiones que le han robado. Piensa en el ámbar gris, alegrándose de haber tenido la previsión de llevar un buen pedazo al zarévich. Pero piensa, sobre todo, en el retrato de ella que está en el salón de arriba, sobre la repisa de la chimenea, y que es un regalo de amor de Avram. Eso sí que lo echará de menos.

Rompe el silencio una explosión de llamas doradas, esbeltas, que iluminan el entorno, el crepitar de los arbustos, los aullidos de los gatos y las civetas montesas, la cacofonía de los pájaros y los chillidos de las ardillas. Una bandada de aves se levanta de las ramas y asciende por el cielo, desorientada entre el fuego fragante y las llamas que silban y bailan acompasadamente.

Sus mariposas, cuyas alas son arcoíris de colores pálidos, ascienden hasta alturas inconcebibles y se le pierden de vista. ¿Se han marchado sus mariposas? ¿Se han marchado sin un simple aleteo de despedida? Y entonces las ve aparecer tras una nube baja, un arrebato de copos de nieve blancos que descienden flotando hacia ella, que adornan su cuello de armiño, le envuelven los brazos y los hombros, le coronan el pelo y caen en cascada sobre sus bucles como velos de novia deslumbrantes.

Criadito contempla atónito la determinación feroz con que las llamas lo devoran todo a su camino. Él no había pretendido más que encender una hoguera pequeña para calentarse; pero parece que este fuego brutal tiene voluntad propia y se extiende sin control en todas direcciones.

Arroja su manta a las llamas y huye hacia la ciudad.

Darya sigue con la vista la huida de su criado hacia Ekaterinburgo, ciudad de cemento y hormigón, ciudad de vergüenza donde pulula una generación amnésica que no deja de prender guerras sin sentido cuya devastación perdurará durante siglos.

Los desconocidos, con capas tan gráciles como alas diáfanas, siguen paseándose por la finca, como si disfrutaran del espectáculo de los arbolillos que arden, de los abedules en llamas, de la combustión de todas las bendiciones y pecados que se encuentran por su camino.

Darya levanta su maleta, sale a terreno abierto, saluda con la

mano y grita:

—¿Quiénes sois?

Ellos la saludan a su vez mientras caminan hacia las llamas; sus anchas capas y mangas dispersan hacia ella un calor delicioso. Uno levanta un brazo y le hace una seña con la palma de la mano abierta. El otro se retira el velo con un movimiento fluido. Darya reconoce el rostro de su madre, deslumbrada por las llamas, y la sonrisa acogedora de su padre, antes de que los dos se den la mano y se adentren en el fuego.

Una brisa deliciosa acaricia las mejillas de Darya, como si el fuego hubiera abierto una puerta. Vacila, sin saber lo que puede encontrarse al otro lado de la puerta, si será mejor que lo que dejará atrás. Rasputin había profetizado que ella estaba condenada a regresar una y otra vez hasta que enmendara el mal cometido en su otra vida. ¿Lo ha enmendado? ¿Ha dado la espalda a Alexei? No lo sabe con certeza.

Abre su bolso y busca dentro algo de dinero. Lo suficiente para sacar un billete de tren para volver a Biaroza. Toma su maleta y alza la mano en gesto de despedida a sus padres.

Entonces aparece él. Avram Bensheimer. Como convocado por una fórmula mágica, camina hacia ella con ese andar felino suyo que desafía la gravedad, mirándola a la cara con esos ojos moteados de verde, tan alto y altivo como cuando lo vio por primera vez en la corte de San Petersburgo. En su cabellera, que le cae hasta los hombros, se reflejan los colores de su paleta; en cuanto la ve, le aparece la sonrisa burlona. Avram se acerca, saludándola con la cabeza, señalándole el anillo de compromiso de ópalos que lleva ella en el dedo, prometiéndole que esta vez es distinta y que no va a desaprovechar esta última oportunidad de estar con ella.

Nota de la autora

Cuando me puse a escribir mis dos primeras novelas, *El guardián del harén* y *El placer de la cortesana,* no sabía dónde ni cómo empezaría mi historia, ni sabía dónde ni cómo terminaría. Estaba, eso sí, bien familiarizada con mis personajes principales, con su aspecto, con sus gustos y sus aversiones, sus puntos fuertes y sus debilidades, y con sus muchas excentricidades. También sabía que eran personas llenas de determinación, aunque todavía no era consciente del alcance de su tenacidad de toros. Como tengo la fortuna de contar con un reparto pintoresco de excéntricos familiares, abuelos, tías, tíos, primos y amigos, recopilé todo un tesoro de material del que ir tirando, rasgos de todo tipo que podía incorporar a mis protagonistas masculinos y femeninos, que me conducían por los altibajos de sus vidas y me sorprendían en cada página. Y disfruté plenamente del elemento de sorpresa, de la emoción de no saber qué harían a continuación ni cómo se desenvolvería su historia. Pero me puse a escribir *El último Romanov* de una manera muy distinta. Conocí los huesos destrozados, bañados en ácido y quemados de mis personajes principales, los últimos Romanov, el 18 de julio de 1991, tras la disolución de la Unión Soviética y la caída del comunismo. La introducción de la perestroika por Gorbachov y la política de apertura permitieron al Gobierno anunciar al mundo que se habían descubierto los restos de los Romanov después de setenta y tres años.

Pero sigue sin resolver el misterio que rodea a la ejecución por los bolcheviques, en 1918, del zar Nicolás II, la zarina Alejandra y sus cinco hijos. Se exhumó cerca de un millar de fragmentos de huesos, pero solo se descubrieron nueve cráneos, a pesar de que en el sótano de la casa de Ipatiev, en Ekaterinburgo, se asesinó a once personas (la familia Romanov y cuatro criados). Los científicos rusos emprendieron el largo proceso de identificación de los esqueletos. Las primeras pruebas, por medio de la técnica de la superposición fotográfica, llegaron a la conclusión de que los

cuerpos que faltaban eran los de la gran duquesa María y el zarévich Alexei. Otro equipo forense, estadounidense en este caso, se desplazó a Ekaterinburgo en 1992 para analizar los especímenes dentales y óseos. Esta vez se llegó a la conclusión de que la hija que faltaba era Anastasia. Para constatarlo, un especialista ruso en ADN llevó a Gran Bretaña algunos huesos para la realización de pruebas genéticas. El ADN mitocondrial (que solo se transmite por línea femenina y es muy distinto de una familia a otra) de los restos de la zarina y de los tres hijos se comparó con el del príncipe Felipe, duque de Edimburgo, cuya abuela materna, la princesa Victoria de Hesse, era hermana de Alejandra. La coincidencia fue exacta.

Me apasionaba cada nuevo detalle que iba surgiendo, suscitando nuevos interrogantes. ¿Por qué no se cuidaba la dentadura el zar, mientras que la zarina tenía trabajos dentales sofisticados, hasta coronas de porcelana? ¿Quién era aquel Yakov Yurovski, el verdugo bolchevique principal, que con toda la sangre fría dejó una nota en la que describía las ejecuciones, además de relatar la destrucción de los cadáveres con todos sus detalles sangrientos? ¿Cómo y por qué pudo alcanzar el misterioso Grigori Rasputin, llamado *el monje loco,* tanto valimiento ante la familia imperial? ¿Era un hombre de Dios, un charlatán o un hechicero? ¿Era cierto que él había sido la causa de la caída de la dinastía Romanov, de trescientos años de antigüedad? Pero la cuestión que más me asediaba era el misterio insondable de la desaparición de los restos del zarévich Alexei Nikolayevich. ¿Sobrevivió? Y, en tal caso, ¿se encontraría en situación de restaurar la dinastía Romanov? Me he formulado con frecuencia esta pregunta, aunque bajo forma distinta, en el contexto de otra revolución que he presenciado en persona. Han pasado treinta y dos años desde la Revolución islámica en Irán, en 1979, y la caída de la dinastía Pahlevi. Yo viví en Irán mis años de estudiante. Recuerdo bien el día en que cambió mi vida de muchas maneras profundas. Mi familia y yo, apiñados ante el televisor, vimos al ayatolá Jomeini bajar del avión en el aeropuerto de Mehrabad. Su mirada oscura, furiosa, y su gesto de condena con la mano expulsaban al sah Mohamed Reza y daban entrada a una época de confusión y de incertidumbre.

Ahora que ya he vivido más de tres décadas en los Estados Unidos, soy una mujer distinta, una escritora estadounidense que tengo la libertad de escribir con sinceridad sin miedo a la censura, sin miedo a la cárcel. Con la libertad de preguntarme «¿Y si...?». ¿Y si se derroca a la República Islámica? ¿Y si se reinstaura la dinastía Pahlevi? Las preguntas sobre la posibilidad de la caída del

comunismo y de la restauración de la dinastía Romanov se convirtieron en semillas inquietantes que florecieron en una novela. Opté por comenzar y concluir en el año 1991, el mismo en que se descubrieron los huesos de los Romanov, mi novela que abarca la vida (de ciento cuatro años) de mi personaje principal. Así pues, aunque los restos que faltaban de Alexei y de una de sus hermanas se descubrieron en 2007, cuando yo estaba escribiendo la novela, no vi ninguna necesidad de cambiar el curso del relato. Como siempre, tejí a mis propios protagonistas ficticios tomando de la amalgama de diversas culturas que he vivido, como a Darya Borisovna, con su ojo opalino, y el pintor judío Avram Bensheimer, introduciéndolos entre figuras históricas épicas. Y, como siempre, me concedí un cierto grado de licencia artística, imaginándome un encuentro entre el joven Nicolás y Alix en el bosque de Belovezh, o un aniversario en el ficticio Palacio de Diversiones de Ekaterinburgo.

Después de documentarme por extenso, llegué a familizarizarme íntimamente con las figuras del zar Nicolás II y la zarina Alejandra Feodorovna, las cuatro grandes duquesas y Alexei, el hemofílico heredero del trono. Conocí el gran amor que se tenían Alejandra y Nicolás, que pudo ser otra de las causas de su caída; cómo afectó el padecimiento de su único hijo varón a sus vidas privadas, al futuro político de Rusia, y puede que a la historia del mundo entero. Sobre el fondo de una de las épocas más tumultuosas de la historia rusa, los años de disturbios, la sucesión de revoluciones, la guerra ruso-japonesa, la Primera Guerra Mundial y el levantamiento bolchevique, me propuse ofrecer al lector una comprensión íntima de lo que fue una corte decadente, impregnada de mitos, supersticiones y negaciones de la realidad.

Agradecimientos

Mis primeras gracias de todo corazón son para Nader, cuyo apoyo, paciencia, amor y comprensión son fundamentales en todos los aspectos de mi carrera. Carolyn, Negin y David; Leila, Adam, Hannah y Macabee, mis estrellas brillantes, siempre estáis allí cuando salgo a tomar aire. Agradezco vuestro amor, vuestro ánimo y vuestro apoyo incondicional.

Mantengo una deuda especial de gratitud con Anna Ghosh, mi agente literaria, que tuvo fe y perseverancia. La sabiduría, la inspiración y la orientación extraordinaria de Shana Drehs, mi editora maravillosa, mejoraron el libro en todas sus facetas. Gracias. Mi agradecimiento a Dominique Raccah, cuya visión y respeto por la palabra escrita han revitalizado el sector del libro. Un millón de gracias a mi extraordinario equipo editorial: Holly Bahn, Sabrina Baskey-East, Katie Casper, Ed Curtis, Heather Hall, Beth Pehlke, Will Riley, Lindsey Tom, Danielle Trejo y Sarah Zucker.

Doy las gracias de corazón a Marcela Landres por sus consejos, su visión, su ánimo y su amistad constante a lo largo de los muchos altibajos que hemos pasado juntas. Como siempre, las palabras no bastan para transmitir mi agradecimiento eterno a mis generosos amigos y colegas Paula Shtrum, Maureen Connell, Joan Goldsmith Gurfield, Leslie Monsour y Alex Kivowitz, que leyeron un borrador tras otro, y en cuyas críticas preciosas he confiado a lo largo de los años.

Puede que escribir sea un proceso solitario, pero para completar un libro se precisa el apoyo de todo un ejército de familiares, amigos y colegas. Yo tengo la fortuna de gozar del apoyo de mi hermosa madre, Parvin Levy, y de mis queridos hermanos Ora, Nora, Laura, David y Sol. ¡Gracias! Mi padre, Sion, de bendita memoria, sigue alegrándome, dándome a conocer su presencia a su propia extraordinaria manera. Gracias especiales de corazón a mi querida amiga Ann Kirsch, y a Jonathan Kirsch, mi mentor, vuestra orientación y amistad constantes han enriquecido mi vida de

múltiples maneras. Tengo una deuda con John Schatzel, Lita Weissman, Judith Parlarz, Piera Klein, Megan U. Beatie y Lynn Goldberg, cuya intervención ha sido indispensable para abrir el camino, facilitar el viaje y garantizar el éxito final del libro.

Título original: *The Last Romanov*

Edición en formato digital: agosto de 2013

© Dora Levy Mossanen, 2012
publicado de acuerdo con el autor c/o Baror International, INC, Armonk, New York, USA
© Traducción: Alejandro Pareja Rodríguez, 2013
© De esta edición: Algaida Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9877-926-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es